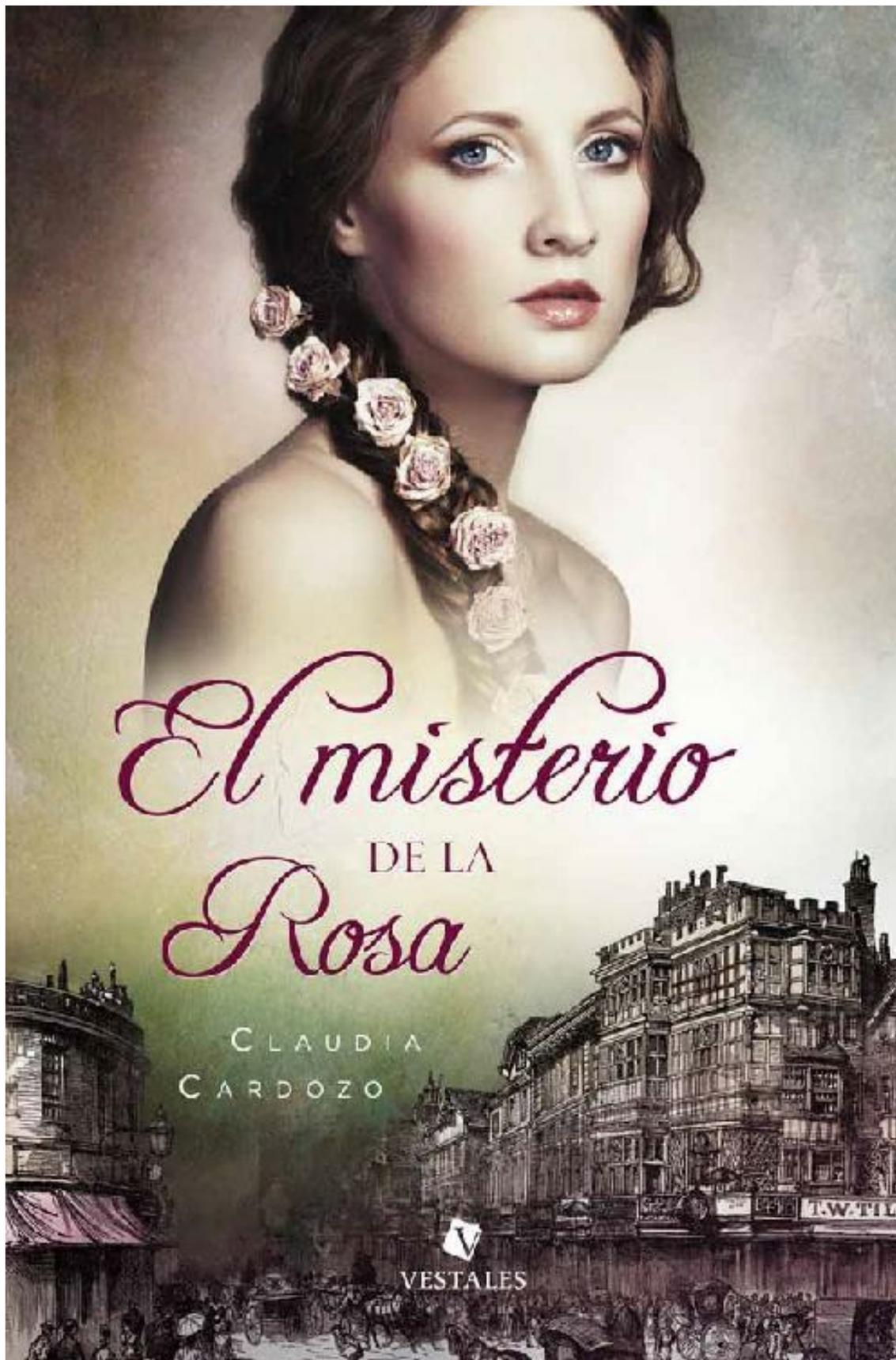
A woman with long, dark, wavy hair styled in a braid adorned with several light-colored roses. She has blue eyes and is looking slightly to the right. The background is a soft, textured gradient of light green and yellow.

*El misterio*  
DE LA  
*Rosa*

CLAUDIA  
CARDOZO



VESTALES



*El misterio*  
DE LA  
*Rosa*

CLAUDIA  
CARDOZO

  
VESTALES

Cardozo, Claudia

El misterio de la rosa / Claudia Cardozo. - 1a ed . - San Martín : Vestales, 2017.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-3863-98-1

1. Novelas Históricas. 2. Novelas Románticas. I. Título.

CDD 863

© Editorial Vestales, 2017

© de esta edición: Editorial Vestales.

[info@vestales.com.ar](mailto:info@vestales.com.ar)

[www.vestales.com.ar](http://www.vestales.com.ar)

ISBN 978-987-3863-98-1

Primera edición en libro electrónico (epub): diciembre de 2017

Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas,

sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*,

bajo las sanciones establecidas en las leyes,

la reproducción total o parcial de esta obra

por cualquier medio o procedimiento,

comprendidos la reprografía y el tratamiento informático,

y la distribución de ejemplares de ella

mediante alquiler o préstamos públicos.

*A mi padre, por haber inculcado en mí  
el amor por las letras.  
A mi madre, por tanto amor. Te extraño.  
Ambos viven en mi corazón.*

*A Carlos.*

# PRÓLOGO

Gloucestershire, junio de 1892.

Querido Alexander:

¿Son acaso Londres y la temporada social tan emocionantes que nos has olvidado ya? Me veo en la necesidad de recordarte que nosotros no poseemos sentimientos tan veleidosos y te echamos mucho de menos. Las cosas por aquí no han cambiado, lo que nos complace a todos; confiamos en que opinarás lo mismo una vez que regreses. Porque lo harás pronto, ¿cierto? Sabes que soy demasiado orgullosa para rogar, así que apreciaría que no me obligues a renunciar de esa forma a mi dignidad.

Mis rosas florecerán pronto y me gustaría que estuvieras aquí para verlas; prometo que te dejaré tomar notas y no criticaré ni una sola de tus observaciones. Esto es lo más cercano a una súplica que obtendrás de mí, espero que te encuentres satisfecho.

Emily acaba de llegar y me pide que te transmita su cariño y sus mejores deseos, y también los de lord Falmouth.

Por favor, mi querido amigo, vuelve a casa. Quiero dar un paseo por el lago y no me fío de nadie más para maniobrar el bote.

Siempre tuya,

Mary

P.S. ¿Has bailado mucho? Si la respuesta es sí, ten compasión de mí y no me lo digas, mi pobre corazón no podría soportarlo.

Londres, junio de 1892.

Querida Mary:

Puedo asegurarte que, sin importar cuán emocionante sea Londres, jamás podrá compararse en absoluto con la belleza de Gloucestershire y de Falmouth Manor en especial, aunque estoy convencido de que eso ya lo sabes, ¿acaso no pasaste una temporada aquí hace dos años? También los echo de menos y me complace anunciar que estaré de vuelta en casa antes de lo que puedes imaginar, pero no te daré una fecha porque deseo que sea una sorpresa.

Lamento tener que mencionarlo, a pesar de que, según recuerdo, nunca has dudado en suplicar cuando deseas obtener algo, aunque puedo decir en tu favor que lo haces con tanto encanto y buenas maneras que tus ruegos en verdad parecen órdenes que deben ser obedecidas en favor de tal muestra de cortesía. Me siento honrado de que transigieras en permitir que vuelva a ocupar mi puesto como tu secretario personal; nunca me sentí tan humillado como cuando me despediste con tan poca indulgencia. ¡Juro que estaba totalmente convencido de que la *rosa gallica* y la rosa damascena eran idénticas!

Por favor, di a Emily que espero verla pronto, lo mismo que a John. Y a Benedict, Beatrice y Catherine, desde luego.

De no ser porque no hay por aquí un solo lago en el que me seduzca la idea de navegar, tomaría tus palabras con desconfianza. ¿Será posible que solo añores mi regreso porque necesitas un remero? Me niego a creerlo.

Siempre tuyo,

Alexander

P.S. Jamás me atrevería a expresar una sola palabra que pusiera en riesgo a tu corazón.

# CAPÍTULO I

Falmouth Manor, Gloucestershire.

Mary Browning dobló con mucho cuidado la carta que acababa de leer y la guardó junto con otras en uno de los cajones de su pequeño escritorio con una sonrisa bailoteando en sus labios.

Alexander volvería pronto, y ese era un excelente motivo para sentirse feliz.

Se puso de pie con presteza, alisó unas arrugas casi imperceptibles del frente de su vestido y salió de la habitación con paso apurado para ir en busca de su hermana que, tal y como supuso, se encontraba en el ala sur, donde se ubicaban las habitaciones de los niños. Antes de entrar, se detuvo en silencio bajo el dintel de la puerta entreabierta y sonrió con ternura al observar a Emily y los hijos.

Su hermana era dueña de una serena belleza que invitaba a la contemplación; por otra parte, su temperamento determinado y, al mismo tiempo, cálido y sereno, le confería un aura muy especial que Mary siempre había relacionado con un desarrollado instinto materno, el mismo que volcó precisamente en ella durante buena parte de su infancia. Luego, cuando se casó con el conde de Falmouth y trajo al mundo a sus tres adorados hijos, ese instinto tan solo se multiplicó. Emily era tan bondadosa que incluso la calidez

de su tacto infundía una extraordinaria sensación de paz. Mary la había sentido durante toda su niñez y ahora veía sus efectos en cada uno de sus sobrinos.

En ese momento, Emily sostenía a la pequeña Catherine contra su pecho en tanto la niña elevaba una elegante muñeca por los aires bajo la atenta mirada de Beatrice, que, con ocho años, tres más de los que contaba su hermana, mostraba una indulgencia que Mary encontró muy divertida. Mientras las niñas y su madre se entretenían con juegos, Benedict, el mayor y futuro conde, estudiaba con seriedad un libro que descansaba sobre sus rodillas.

Fue él quien notó la llegada de la muchacha en primer lugar y le dirigió una gran sonrisa que Mary se apresuró a corresponder. Benedict tenía solo once años, pero mostraba una madurez extraordinaria, que, según lord Falmouth, debía haber heredado de su madre. Sin embargo, su carácter reservado y afecto al estudio, no le impedía comportarse con frecuencia como un muchacho de su edad; por el contrario, gustaba de jugar bromas ingeniosas y era también asombrosamente observador.

Emily notó el movimiento de su hijo y miró en dirección a su hermana, que se apresuró a entrar y sentarse sobre las rodillas, sin preocuparse por el vestido, para acariciar el oscuro cabello de Catherine, que alzó los brazos hacia ella tan pronto como reparó en su llegada. La niña adoraba a su tía, y se divertía pasando el tiempo con ella. Su pronunciación era bastante correcta pese a su corta edad, pero era de pocas palabras, en especial cuando se trataba de demostrar afecto; en esos casos, no dudaba en lanzarse a los brazos de quienes más quería.

Tras dedicarle atención a la niña por unos minutos, Mary se dirigió a su hermana con una sonrisa que revelaba entusiasmo.

—Acabo de recibir una carta de Alexander, Emily —dijo sonriente—. No ha querido confesar una fecha de regreso, pero, por sus palabras, estimo que será muy pronto. ¿No es maravilloso?

Lady Falmouth elevó una ceja y sonrió un tanto burlona.

—Desde luego que lo es: su ausencia es muy sentida; en particular para quienes extrañan los paseos en botes y las excursiones botánicas —dijo sin dejar de sonreír.

Mary mostró una falsa expresión ofendida.

—No me gusta lo que implicas, aunque debo reconocer que Alexander hizo un comentario similar... —dijo tras encogerse de hombros.

—En ese caso, es justo que consideres la coincidencia para estimar su regreso por la dicha que significará tenerlo entre nosotros.

—¡Pero lo hago! ¡Desde luego que sí! —Mary apoyó la delicada cabeza de Catherine sobre su hombro y respondió con vehemencia—. Sabes que es mi mejor amigo y que lo he echado mucho de menos. Falmouth Manor no es lo mismo sin él. Muchas de mis actividades carecen de diversión si no puedo compartirlas con quien mejor me comprende.

Emily asintió; dejó de lado la chanza y mostró una sonrisa cargada de cariño. Conocía perfectamente los sentimientos de Mary hacia Alexander, se conducía con él como haría con un hermano mayor y él a su vez mostraba una predilección evidente por ella, lo que no era de extrañar. Alexander era apenas un muchacho tímido de doce años, carente de amistades y falto de confianza cuando conoció a Mary, que, con cuatro años menos, mostraba una determinación notable y un espíritu generoso que se vio de inmediato inclinado a robustecer su amistad. El hecho de que Alexander fuera también entonces el heredero de su hermano, el conde de Falmouth, no evitó que considerara a esa niña decidida, que llegó un día a Falmouth Manor de la mano de su hermana, como alguien a quien admirar y querer sin reservas.

—No pretendía burlarme de ti, querida, lo prometo —dijo a fin de apaciguar a la joven—. Sin embargo, creo que deberías procurar no acaparar a Alexander tan pronto como regrese. Hay mucho de lo que él debe ocuparse.

Sabes que lord Falmouth espera que lo ayude con la propiedad y así inculcar en él algunas responsabilidades.

—Claro que lo sé, me lo repites con frecuencia. —Mary exhaló un suspiro resignado—. Y estoy segura de que Alexander se esmerará para complacer a lord Falmouth, pero sabes tan bien como yo que es lo último que en verdad él desea hacer.

—Alexander quiere un barco, ¿cierto? Uno enorme que lo lleve a surcar los océanos.

La interrupción de Benedict las tomó por sorpresa y tanto una como otra giraron a mirar al niño con similares muestras de incredulidad.

—¿Y cómo es que sabes eso? —fue Mary la primera en preguntar, intrigada.

El niño se encogió de hombros y dirigió a su madre y tía una mirada cargada de sabiduría.

—Todo el mundo lo sabe —respondió con simpleza.

—Asumo que con todo el mundo te refieres a los habitantes de Falmouth Manor —replicó milady.

—Por supuesto —reconoció el pequeño.

Emily no se molestó en señalar a Benedict que el mundo no era solo Falmouth Manor, por mucho que amara la propiedad, porque sabía que él iría descubriéndolo con el tiempo, y tenía sentimientos encontrados al respecto. Como una madre amorosa, habría preferido que su hijo no conociera un mundo que, por un lado, albergaba cosas bellas por descubrir, sí, pero también, por el otro, muchas terribles. Sin embargo, esperaba que con un desarrollado sentido común el muchacho pudiera disfrutar de las cosas buenas de la vida sin permitir que le afectaran demasiado las desagradables.

—Tal vez Alexander pueda contentarse con los botes de nuestro lago, ¿no lo creen? —Beatrice se incorporó a la conversación una vez que se aburrió de jugar con su muñeca—. O padre podría ordenar que le construyeran uno un poco más grande...

Mary sacudió la cabeza y puso los ojos en blanco frente al inocente razonamiento. Dudaba de que Alexander se encontrara muy de acuerdo con él, pero, sin duda, apreciaría la preocupación de sus sobrinos por su bienestar. Aun así, quizá ese no fuera el mejor tema a tratar frente a los niños, y Emily debió de pensar lo mismo porque tomó a una adormilada Catherine de brazos de Mary y la llevó a la pequeña cama en tanto tiraba de un cordoncillo oculto para llamar a una de las niñeras que esperaba órdenes en la otra habitación. La costumbre de Emily de pasar varias horas al día con sus hijos no era muy ortodoxa en la sociedad en que vivían, pero ella no le confería mayor importancia; atesoraba los momentos compartidos y se sentía satisfecha de poder compartir el tiempo con ellos, así como agradecida de contar con la ayuda necesaria para que nunca se vieran desatendidos.

Tan pronto como la niñera llegó, señaló a Catherine a fin de que estuviera pendiente de ella y besó a Beatrice y Benedict para despedirse de ellos hasta que los visitara para desearles buenas noches antes de que se acostaran. Mary sonrió a sus sobrinos e hizo una señal de despedida antes de seguir a su hermana fuera de la habitación.

En tanto se dirigían a la gran escalinata que conducía al piso inferior, Emily entrelazó los brazos con la muchacha para caminar juntas y con paso lento.

—¿Nos acompañará el señor Harding durante la cena de esta noche? —preguntó luego de unos minutos de silenciosa camaradería.

Mary hizo un gracioso mohín y se encogió de hombros.

—No estoy segura, no he recibido ninguna noticia al respecto y no creo que se presente de improviso —respondió un poco indiferente—. Pero, si he de ser sincera, me complace que así sea.

—¿Sus atenciones empiezan a incomodarte?

Mary negó con la cabeza.

—No, en absoluto, es un caballero extremadamente amable y de conversación muy agradable, aunque... —La joven dudó antes de continuar—. Aunque temo que no pueda manifestar el mismo entusiasmo que él muestra; eso es todo.

Emily asintió en silencio y observó a su hermana con discreción. Mary era una joven muy hermosa e irradiaba un aura de alegría y bondad que atraía a todos quienes la conocían. El cabello castaño, los ojos del color del océano en calma y la elegancia de su porte llamaban la atención sin que ella se esmerara demasiado en resaltar esos aspectos de su persona, lo que resultaba aun más atractivo. Acababa de cumplir veinte años por lo que no era de extrañar que algunos caballeros hubieran mostrado ya interés por cortejarla; sin embargo, ella mantenía siempre una prudente distancia en cuanto notaba que las atenciones iban más allá de la natural galantería.

—Comprendo —dijo Emily con semblante pensativo—. Pero creo que no deberías ser demasiado tajante al respecto; el señor Harding es, tal y como has señalado, un caballero respetable que merece consideración.

—¡Soy considerada! Es precisamente por ello que no deseo darle falsas esperanzas.

—¿Y tu renuencia a darle falsas esperanzas, como dices, se debe a tu falta de interés o a algún otro motivo?

Mary suspiró y retiró la mirada. Si alguien podía adivinar lo que pasaba por su mente con facilidad, esa era Emily. Nada escapaba al escrutinio de esos ojos oscuros y la aguzada percepción.

—Eso no tiene importancia, Emily; sabes que no me agrada tratar ese tema. —Mary forzó una sonrisa—. De todos modos, no comprendo cómo hemos llegado a hablar de las intenciones del señor Harding cuando solo debemos preocuparnos por la llegada de Alexander. He pensado que podríamos organizar algún tipo de festejo, ¿no lo crees? Ha pasado meses alejado de nosotros, y será una forma estupenda de darle la bienvenida a casa.

Emily pareció tentada a insistir en la renuncia mostrada por su hermana respecto a tratar el tema de su futuro, pero comprendió que quizá no fuera ese el mejor momento para hacerlo, por lo que relajó el gesto y sonrió al tiempo que asentía.

—Estoy de acuerdo, una reunión sencilla podría ser agradable; invitaremos a algunos de nuestros vecinos y amigos. Lord Leicester escribió a John hace unos días para indagar acerca del regreso de Alexander. Será una excelente ocasión para que puedan hablar.

Mary abandonó su contemplación de la alfombra y miró a su hermana con el ceño fruncido.

—¿Y qué es lo que desea el conde de Leicester con Alexander? Espero que haya abandonado esa ridícula idea de comprometerlo con su sobrina —dijo.

—Eso no es muy amable, Mary. —Emily elevó una ceja en señal de censura—. Creí que te agradaba su señoría.

—Y así es; creo que es un caballero encantador, aunque su sobrina no ha heredado ese rasgo del carácter del tío —rumió entre dientes—. Me desprecia, siempre ha sido así.

—Eso no es verdad, creo que estás siendo injusta y que te dejas llevar por una antipatía infundada. Lady Amelia es una joven muy amable.

Mary no respondió. Tal vez fue un tanto impetuosa al hablar de forma tan sincera, pero ella y Emily sentían una confianza absoluta la una por la otra y jamás se ocultaban sus opiniones, si bien desde hacía un tiempo Mary había optado por ser algo más reservada con sus pensamientos más privados. Pero, sin duda, lo poco que la muchacha le agradaba a lady Amelia Buxton no era un secreto, así como el hecho de que milady no era precisamente una de las personas predilectas por la joven Mary. Sin embargo, era justo reconocer que ambas se comportaban con exquisita corrección cuando se encontraban en un lugar, por lo que habría hecho falta una profunda y larga observación para advertir sus diferencias. La idea de que fuera precisamente esa joven la mujer con quien Alexander compartiría la vida le provocaba escalofríos. ¿Qué sería entonces de su amistad? Solo la certeza de que lord Falmouth jamás obligaría a su hermano menor a contraer un compromiso que no deseara le procuraba cierto alivio. Desde luego, la posibilidad de que Alexander pudiera encontrar tentadora la oferta de lord Leicester no pasaba por su mente, y quizá fuera lo mejor.

Sin retomar la plática, Mary y su hermana bajaron al primer piso de la mansión y se dirigieron al salón adyacente al comedor, donde las esperaba lord Falmouth.

Mary estaba convencida de que, sin importar cuánto tiempo transcurriera, jamás dejaría de encontrar fascinante la forma en que su hermana y el conde se comportaban en presencia de otros y el efecto que tenían en quienes los veían. Había algo entre ellos, un espejismo que semejaba a la bruma que se levantaba a su alrededor y, a veces tan solo por un instante, los convertía en dos personas del todo ajenas a quienes los rodeaban, como si solo ellos poblaran el mundo. La ilusión duraba solo un segundo y pronto todo volvía a transcurrir con normalidad, pero era una experiencia que a Mary le provocaba sentimientos variados: sorpresa, reverencia, alegría e, incluso, una pequeña cuota de sana envidia por aquello que admiraba, pero que sabía nunca podría tener.

Lord Falmouth era un hombre maduro que conservaba un aplastante atractivo; compartía con su esposa el cabello oscuro, aunque sus ojos eran grises y penetrantes, como si fuera capaz de ver más allá de lo que aparecía a simple vista; una cualidad que Mary admiraba desde pequeña. Cuando ella llegó a Falmouth Manor tenía apenas ocho años, estaba muy asustada y no sabía qué esperar. Se sentía una extraña, una huésped indeseada que era admitida solo porque iba en compañía de su hermana, a quien el conde había ofrecido un puesto como institutriz de Alexander. La posibilidad de que el amor naciera entre ellos jamás pasó por la mente de nadie, pero, sin duda, ese romance fue el más hermoso y apasionado que cualquier persona hubiera podido desear para sí. Si lord Falmouth fue gentil con Mary desde el instante de su llegada, con el pasar del tiempo y su nuevo parentesco se había convertido casi en una figura paterna, una que no supo que necesitaba hasta conocerlo y disfrutar de su bondad.

—Estaba a punto de enviar a buscarlas. —Lord Falmouth se puso de pie en cuanto ellas llegaron e hizo una breve reverencia.

—Pasé un momento con los niños; luego Mary y yo sostuvimos una breve charla. —Emily ocupó un sillón y le dirigió una pequeña sonrisa—. Ha recibido excelentes noticias y no podía esperar para compartirlas.

Mary no esperó a que lord Falmouth mostrara interés en conocer esas novedades, sino que se dirigió a él con expresión que delataba su alegría.

—Recibí una carta de Alexander esta tarde; me ha asegurado que volverá pronto, antes de lo que esperábamos.

Lord Falmouth recibió la noticia con evidente placer. Aunque era un hombre poco dado a las demostraciones de afecto, amaba a su hermano y estaba siempre al pendiente de todo lo relacionado con él. Lo consideraba un joven inteligente y de sólidos principios, cultivados tanto por él, casi desde el momento en que nació y perdió a sus padres, como por Emily cuando ocupó su posición como institutriz, primero, y, como una suerte de madre y hermana mayor, luego, cuando ellos contrajeron matrimonio.

—Son excelentes noticias —dijo complacido al tiempo que se sentaba al lado de su esposa—. Ha pasado demasiado tiempo en Londres, le vendrá bien respirar el aire del campo y ocupar el tiempo en actividades más productivas.

—Haces que la vida en Londres suene del todo reprensible. —Emily le dirigió una mirada burlona cargada de complicidad—. Estoy segura de que Alexander se ha comportado de forma impecable.

—Confío en Alexander, desde luego, pero es esa sociedad ociosa la que merece mi reprobación —replicó él con una actitud similar—. Aquí, en cambio, le encontraré una ocupación provechosa.

Mary se adelantó un poco en el asiento para dirigirse a él con ansiedad.

—Pero permitirá que disfrute de algunos momentos de esparcimiento, ¿cierto, milord? He planeado algunas salidas e, incluso, le mencioné a Emily la posibilidad de organizar una pequeña celebración para darle la bienvenida; ella está de acuerdo.

Lord Falmouth la escuchó con atención y, tras intercambiar una nueva mirada cómplice con su esposa, asintió.

—No debes preocuparte por eso, Mary; te aseguro que contarás con la atención de Alexander y que él estará más que complacido de brindártela.

Mary se mostró satisfecha por esa promesa. Mientras esperaban el aviso del mayordomo para pasar al comedor y su hermana y lord Falmouth se enfrascaban en una de sus animadas charlas, la muchacha empezó a planear todo lo que ella y Alexander podrían hacer tan pronto como llegara. La posibilidad de que él no estuviera del todo dispuesto a compartir su entusiasmo no pasó por su mente.

\* \* \*

Lord Alexander Cahill dio una mirada a la habitación para comprobar que no olvidaba nada e hizo un gesto a su ayuda de cámara para que terminara de hacer el equipaje. Luego se dirigió a la ventana para dar una última mirada al paisaje que se desplegaba frente a él.

Había llegado a familiarizarse con ese Londres plagado de contrastes que encontraba tan fascinante. Tal vez en ese momento solo veía ante él un elegante parque por el que desfilaban damas en carruajes abiertos y caballeros en majestuosos caballos, que interactuaban siguiendo el rígido protocolo reinante. Sin embargo, si cerraba los ojos, podía ver también las callejuelas transitadas por esa gran masa de personas residentes de la ciudad que no pertenecían a la nobleza; aquellos que trabajaban día a día y aun así no conseguían asegurar su futuro y el de sus familias. Las viejas casas de Wych Street y el puerto... Sobre todo el puerto a la ribera del Támesis. Quizá fuera lo que más iba a echar de menos.

Lo invadía la nostalgia al pensar en lo que dejaría tras de sí, pero bastaba con buscar en su memoria los campos de Gloucestershire y la silueta de Falmouth Manor vista por primera vez desde el recodo del camino para que esa melancolía se disipara, reemplazada por la emoción de verse una vez más en su hogar.

Se encontraría nuevamente con su hermano, la querida Emily, los niños y, sobre todo, Mary. Vería a Mary después de lo que le parecía una eternidad. La emoción que le provocó esa certeza fue suficiente para dibujarle una sonrisa en el rostro.

La echaba tanto de menos.

Lo único que opacó los meses pasados en Londres fue el hecho de que no pudo disfrutar de esa temporada en su compañía. Sin duda, a su lado, todo habría resultado aun más divertido.

La dulce, valiente y decidida Mary.

Con una nueva sonrisa colmada de expectación, dejó a su ayuda de cámara con sus labores y, tras darle unas cuantas indicaciones, bajó al comedor.

Cuando decidió pasar ese tiempo en Londres, luego de contar con la venia de su hermano John, estuvo tentado a ocupar la propiedad de su familia en la ciudad, Falmouth House, pero habría resultado demasiado complejo poner en marcha todo lo que implicaba tener a un miembro de la familia en la mansión. Si no recordaba mal, el mayordomo era excesivamente pegado al protocolo, lo que John apreciaba, pero a Alexander incomodaba un poco. No tenía deseos de ver a un ejército de sirvientes dando vueltas cuando él sería el único a quien tendrían que atender.

De modo que, cuando un viejo compañero de Eton, William Sinclair, le ofreció alojamiento en la casa de su familia, no dudó en aceptar. Conocía a sir Miles Sinclair, el padre de William, un viejo barón con un desternillante sentido del humor, lo mismo que a su madre y sus cuatro pequeños y bulliciosos hermanos. La casa era lo bastante amplia para que su presencia no significara ninguna incomodidad, así que podía decir que no pudo haber gozado de mejores anfitriones y una estancia más agradable.

En realidad, tanto sir Miles como la baronesa habían dado similares muestras de decepción ante su partida. Ya que Alexander no mencionó jamás durante cuánto tiempo pensaba quedarse, ellos habían asumido que no tenía una fecha exacta de regreso. Y no estaban del todo equivocados. Alexander procuraba vivir cada momento como si se tratara de una aventura en la que no había lugar para demasiados planes, sin importar cuán grande o pequeña fuera. Por desgracia, según él, aún no había emprendido ninguna que pudiera catalogar como grande o, al menos, tanto como a él le gustaría.

Sin perder el buen ánimo, cruzó un pasillo tras sonreír a la simpática ama de llaves, la señora Norris, que se había ocupado de que no le faltara absolutamente nada durante su estancia, y no detuvo el paso apresurado hasta

llegar al comedor familiar, donde los Sinclair se reunían cada vez que no contaban con invitados. Alexander era tan querido en la familia que no se lo consideraba como tal, sino como a un miembro más del clan.

—¡Miren quien se digna a honrarnos con su presencia!

Alexander recibió la pulla de William, su amigo, con una cabezada e hizo una breve reverencia en dirección al barón y la baronesa, que estaban en lugares opuestos de la mesa. Ocupó su lugar habitual con expresión satisfecha en tanto el lacayo se ocupaba de acercar unas fuentes para que pudiera servirse por sí mismo si así lo deseaba.

—¿Ha terminado ya con los preparativos de su viaje, milord?

Alexander asintió en respuesta a la pregunta de la baronesa.

—Sí, milady, está todo en orden, o eso espero. Sin duda Garvey se ocupará de resolver cualquier negligencia que pueda haber cometido —dijo él en mención a su ayuda de cámara, un hombre acostumbrado a imponer un orden marcial en todo lo que hacía, incluso para corregir los fallos de su señor.

—Es una verdadera lástima que deba partir, esperábamos que se quedara hasta el final de la temporada. —Sir Miles levantó la vista de su plato con una sonrisa que le bailoteaba en los labios—. Sé de unas cuantas damas que recibirán la noticia de su marcha con decepción.

Alexander recibió el comentario con una discreta sonrisa, pero William acusó el comentario de su padre con deleite.

—Es verdad, padre, tiene usted razón, aunque puedo pensar en una en particular que se sentirá desolada —dijo.

—William, querido. Discreción, por favor. —La baronesa dirigió a su hijo mayor una mirada velada.

William asintió de inmediato, en señal de respeto por esa prudente reconvencción y Alexander tuvo el placer de verlo sonrojarse. La dama, satisfecha de haber sido oída, decidió enrumbar la conversación a temas más seguros.

—Lo echaremos en falta, milord, ha sido un placer tenerlo entre nosotros durante este tiempo; no dudo, sin embargo, de que su familia estará ansiosa por verlo —dijo ella con una sonrisa maternal.

—Sin duda, milady, y me ocurre exactamente lo mismo; no puedo esperar para volver a Falmouth Manor. —Alexander se dejó llevar por su entusiasmo.

—Claro, claro, es natural, tiene usted una familia fascinante. Lord Falmouth es un caballero extraordinario y lady Falmouth una dama excelente. —La baronesa asintió—. Y claro, no podemos olvidar a todos esos encantadores sobrinos suyos. Temo que solo conozco a los mayores, aún no he visto a la pequeña, ¿cuál es su nombre?

—Catherine, milady —respondió Alexander de inmediato, para luego agregar—: También consideramos a la señorita Browning como parte de la familia.

La dama frunció un poco el entrecejo, como si buscara un dato en su memoria, y cuando dio con él, asintió mostrándose un poco compungida.

—Desde luego. La joven señorita Browning es hermana de lady Falmouth, ¿cierto? La recuerdo ahora, claro; mi memoria no es la de antes —se excusó—. La conocí hace dos años, creo, cuando acompañó a su hermana y asistió a algunos bailes. Una joven muy bella y de modales exquisitos; fue una lástima que no se quedara por más tiempo. De haberse presentado durante la temporada de ese año habría sido un éxito rotundo.

Alexander sonrió ante el entusiasmo mostrado que suponía que se originaba en parte en el afán de excusarse por haber olvidado mencionar a Mary y la sincera buena impresión que dejó en ella.

—Mary... La señorita Browning es una joven excepcional, sí, pero prefiere la vida de Gloucestershire sobre la de Londres —comentó.

—¿Y quién podría culparla? El campo es muy superior a esta ciudad atestada; además, Falmouth Manor es una de las mejores propiedades de la campiña inglesa. Si fuera mía, nadie me sacaría de allí.

Las palabras de sir Miles fueron dichas con tal apasionamiento que incluso su esposa debió ignorar la poca amabilidad mostrada hacia su ciudad de residencia y sonreír.

—No puedo discutir eso, sir Miles, pero no soy en absoluto imparcial —comentó Alexander.

—Descuida, buen amigo, lo sabemos —dijo William que se encogió de hombros.

—Su familia recibirá una gran sorpresa; es muy osado de su parte planear presentarse sin avisar la fecha de llegada.

Alexander hizo un gesto divertido ante la mención de la baronesa acerca de algo que había pensado a profundidad. Deseaba que su llegada fuera una sorpresa, y no dudaba de que, una vez pasado el sobresalto, fuera una muy bien recibida. Podía imaginar los medidos reproches de John por su poca formalidad, la alegría de Emily y Mary, el deleite de los niños.

—No se preocupe, madre, Alexander es tan querido en su hogar que su llegada será un acontecimiento memorable. —William habló con nobleza y elevó la taza en un amago de brindis—. Tanto como lo ha sido su estadía entre nosotros. Te extrañaremos, viejo amigo, espero que vuelvas pronto.

Alexander agradeció el gesto y asintió.

—Es posible que así sea, y no puedo estar más agradecido por su hospitalidad —dijo sinceramente conmovido por el aprecio mostrado por esa familia.

La conversación varió a otros temas, tales como el último baile al que asistiría Alexander esa noche poco antes de partir muy temprano a la mañana siguiente y lo que harían los Sinclair a fin de llenar el vacío que dejaría el apreciado huésped. Alexander participó en la charla con entusiasmo, pero parte de sí se encontraba muy lejos de allí. En una gran casa en medio del más bello campo, y en especial en un pequeño edificio que recordaba a la perfección. El invernadero que Mary había convertido en su reino. No dejaba de contar las horas para presentarse ante Su Majestad.

\* \* \*

Mary acababa de escribir una carta para una antigua amiga suya y de su hermana, la señora Jenkins, quien había sido su vecina y gentil compañera durante varios de los años que ambas vivieron en Colchester antes de que Emily aceptara la oferta de empleo en Falmouth Manor y contrajera matrimonio con el conde.

Pese a lo que ese gran cambio significó en sus vidas, tanto Emily como ella continuaban en contacto con la buena dama que tanto las había ayudado en los tiempos más difíciles de sus vidas. Mary procuraba escribirle al menos una vez al mes para mantenerla al tanto de las novedades y conocer también lo que ella tenía para compartir acerca del pueblo que las acogió durante tantos años.

Tras leerla una vez más para asegurarse de que no había olvidado agregar nada, se encargó de dejarla lista para que saliera en el correo de la tarde; luego se preparó para tomar su capa y dar un pequeño paseo por el jardín. Sin embargo, apenas acababa de envolverse en ella, todavía en busca de los guantes, cuando una doncella tocó la puerta de su habitación para informarle

que tenía una visita. Al oír el nombre del recién llegado, exhaló un profundo suspiro que habría podido significar muchas cosas, pero en verdad su rostro no expresaba muchos sentimientos.

Con tranquilidad, dejó la capa en su lugar, olvidó los guantes y bajó a la planta inferior, específicamente al saloncillo en que acostumbraban recibir a las visitas a esa hora de la tarde.

El salón dorado, como lo llamaban debido a su decoración, no era en realidad tan ostentoso como se podría haber pensado. Lady Falmouth lo había dispuesto de modo que cualquier visitante pudiera sentirse cómodo y bienvenido en él, rodeados por hermosos y delicados detalles que imprimían un toque de elegante sencillez en cada rincón. Con frecuencia Mary se sorprendía por la facilidad de su hermana para haber adoptado su nueva posición cuando se casó con el conde de Falmouth, porque, si bien su padre fue un brillante hombre de leyes que le inculcó siempre una educación esmerada, no tenían ninguna relación con la nobleza hasta que Emily conoció a lord Falmouth. Tras más de una década de matrimonio, la condesa había conseguido plasmar parte de su personalidad en cada rincón de Falmouth Manor sin que ello estuviera reñido con el estilo que el conde prefería. A decir verdad, Mary creía que no podía existir una pareja con gustos más similares y una capacidad de entendimiento como la que ellos mostraban.

El visitante se encontraba cómodamente sentado en un canapé ubicado cerca de la ventana, lo que dio a Mary la oportunidad de observarlo con atención durante unos instantes antes de que él advirtiera su llegada.

El señor James Harding era el hijo de un baronet asentado en Sheffield, antiguo conocido del conde, aunque en esa oportunidad se hospedaba en casa de los Lowell, vecinos y amigos que le habían ofrecido su hospitalidad tan pronto como anunció su deseo de visitar Gloucestershire. En un principio, se pensó que su estadía no superaría las tres o cuatro semanas, pero llevaba allí casi dos meses y no daba visos de tener en mente partir. En opinión de Emily, la misma que se cuidaba de mencionar sin ahondar demasiado en el tema, su

repentina desgana por volver a Sheffield tenía un motivo muy evidente: Mary. Y ella, aunque se sentía halagada por haber despertado semejante interés, no tenía tan claro cuál era su opinión al respecto.

Habría sido absurdo de su parte no reconocer que el señor Harding era un hombre extremadamente atractivo y con un temperamento agradable, con quien podía sostener conversaciones variadas e interesantes, pero había algo en él que le atraía tanto como le inspiraba una hasta entonces desconocida sensación de desagradable inquietud. Sin embargo, no lograba dar con la causa de esa ambivalencia, por lo que procuraba observarlo con atención a fin de descubrirlo. Alexander diría que su curiosidad solo le procuraba problemas innecesarios, y ella no habría podido discutir esa apreciación.

Con una sonrisa inspirada por el recuerdo de su amigo, avanzó en el salón para llamar la atención del señor Harding que se puso inmediatamente de pie al advertir su presencia.

Era un hombre alto, lo bastante como para no pasar desapercibido. Ancho de hombros, con facciones bien cinceladas y cabello oscuro, podría considerársele apuesto, sin duda.

—Señor Harding. —Mary hizo una pequeña reverencia en señal de saludo.

Él correspondió de inmediato, con el rostro iluminado por una sonrisa.

—Señorita Browning —dijo con voz profunda—. Ansiaba volver a verla.

Mary asintió y se acercó a un sillón, con cuidado de dejar la puerta del salón entreabierta.

—Eso es muy amable de su parte, pero me atrevo a decir que un poco exagerado considerando que nos vimos hace dos días en casa de los Lowell —dijo una vez que se hubo sentado.

—Y estoy muy agradecido a mis anfitriones por concederme esa gracia; sin embargo, creo que podría verla cada día y no sería suficiente.

Mary bajó la mirada a sus manos sobre el regazo, un poco azorada por lo sincero de esas palabras. Estaba acostumbrada a decir lo que pensaba, pero necesitaba de cierta confianza con el interlocutor para hacerlo y aún no creía haber llegado a ese grado de familiaridad con el hombre que la veía sin disimular su interés.

—Señorita Browning... —continuó él muy serio.

—Oh, señor Harding, qué día más agradable tenemos hoy, ¿no está de acuerdo? Mis rosas estarán encantadas. —Tal vez Mary no poseyera mucha experiencia en el trato con caballeros, pero había aprendido la utilidad de cambiar de tema con rapidez cuando lograba atisbar una seriedad no muy bien recibida.

—Habla de ellas como si fueran seres vivos. —Él no se mostró extrañado por lo abrupto de la actitud, pero Mary notó cierta tirantez en las palabras.

—¡Lo son! —dijo sorprendida por que él no lo supiera—. Están tan vivas como usted y yo.

—Bueno, pueden estarlo, claro, pero les confiere un entendimiento que no creo que posean. —Rio.

—Yo sí lo creo. —Mary dejó de lado sus reservas para fruncir el ceño y hablar con absoluta seguridad—. Desde luego, ese entendimiento difiere del nuestro, pero es posible que sea más puro y, por ende, más valioso.

—Tiene unas ideas realmente fascinantes. —La miró con admiración.

—O excéntricas —replicó ella burlona.

—No pretendía...

—Oh, no se preocupe. Creo que lo soy y no veo nada de malo en ello.

El señor Harding sacudió la cabeza de un lado a otro y se recostó en su asiento.

—No puedo imaginar nada que no sea digno de alabanza en usted, señorita Browning, aunque estoy seguro de que eso ya lo sabe. Su belleza, por ejemplo. Nunca la he visto más hermosa que hoy, si bien debo ser justo al reconocer que pienso lo mismo cada vez que la veo.

Mary elevó una ceja, pero se abstuvo de seguir el juego. No era tonta ni modesta en demasía; sabía que podía considerarse hermosa sin pecar de vanidosa, sí, pero le gustaba pensar que no era un aspecto relevante de su persona. Los halagos exagerados al respecto le incomodaban y los consideraba de por sí poco sinceros; se cuidó, de todos modos, de no revelar su opinión.

—Gracias, señor Harding —se contentó con agradecer el cumplido—. ¿Se quedará con nosotros a tomar el té?

Era una pregunta un tanto innecesaria si se consideraba la hora, pero supuso que podía ser tan apropiada como cualquier otra para llevar la conversación a un terreno más seguro.

—Me encantaría. —Él asintió de inmediato.

—Lord y lady Falmouth nos acompañarán; desde luego, les agradecerá verlo —dijo Mary—. Hemos recibido excelentes noticias y pensábamos hablar al respecto esta tarde.

El señor Harding elevó una ceja en señal de interrogación y la instó a continuar.

—El hermano de su señoría regresará pronto y deseamos organizar una bienvenida apropiada —explicó con entusiasmo evidente.

—Ya veo. Lord Cahill, creo. —Él esperó a su asentimiento para continuar—. No tengo el gusto de conocerlo, pero he oído que es un digno hermano del conde.

Mary frunció un poco el ceño, no muy segura de que ese fuera un halago digno de tomar en consideración, por lo que prefirió ignorarlo.

—Esperamos su regreso en cualquier momento —dijo.

—Confío en tener la oportunidad de conocerlo...

—¡Por supuesto! —Mary asintió—. Alexander estará encantado.

—Y yo también, sin duda.

Mary obvió una vez más la oscuridad en esa voz, indecisa acerca de si no estaría imaginando aquella supuesta nota oscura, y se puso de pie para llamar a una doncella e indicarle que tendrían un invitado para el té de la tarde, así como que se encargara de avisar de inmediato a lord y lady Falmouth. No sentía un gran deseo de continuar a solas con el señor Harding, lo que era obvio que él buscaba con desesperación.

Tal vez fuera curiosa, como decía Alexander, pero sin duda no era tonta, y no deseaba exponerse a una situación desagradable.

\* \* \*

Alexander sacó la cabeza por la ventanilla del carruaje y cerró los ojos para aspirar con fuerza el aire de la campiña, fascinado por las notas familiares que inundaban sus sentidos.

Estaba en casa.

Aunque John decía con frecuencia que no apreciaba Falmouth Manor como merecía debido a sus deseos de conocer otros lugares, lo cierto era que Alexander amaba su hogar. El aire siempre límpido, la luz que se filtraba entre los altos árboles de la alameda que flanqueaba el camino a la casa principal... Todo ello era tan cercano y le traía tan buenos recuerdos que no podía evitar sentir cómo el corazón se le aceleraba y una gran sonrisa se le formaba en el rostro.

Tal y como le había adelantado a Mary en su última carta, no anunció su llegada por ningún medio, aunque consideraba a su familia lo bastante perspicaz para suponer que estaría allí poco tiempo después de recibido ese mensaje.

Tras una nueva inhalación, regresó a ocupar el asiento del carruaje y recostó la cabeza contra el respaldar con la mirada puesta en el techo del vehículo, atento a los sonidos que llegaban hasta él y, cuando las ruedas empezaron a recorrer el camino de grava que separaba solo por unos metros a la casa principal, volvió a sonreír.

Esperó a que el carruaje se detuviera. Acababa de abrir la portezuela y poner un pie en el escalón para descender cuando el sonido de unos pasos pequeños y muy rápidos llegó hasta él. Apenas tuvo tiempo de salir del carruaje antes de sentir el impacto de unos brazos rodeándolo con un entusiasmo que se apresuró a corresponder.

—¡Te hemos extrañado tanto! ¿Cómo has podido mantenerte alejado por tanto tiempo? Te golpearía con gusto si no estuviera tan contenta de verte.

Alexander rio contra el cabello de Mary, que se alejó un poco de él para observarlo. Era una joven alta, de modo que apenas le llevaba unos pocos centímetros, pero los suficientes para que tuviera que estirar un poco el cuello para mirarlo a placer.

—Tu cabello está más largo y has perdido peso —dijo ella con el ceño fruncido—. ¿Es alguna clase de nueva moda londinense o has languidecido de añoranza por nosotros?

—Sé que pensarás lo que prefieras, así que me abstengo de responder. — Se encogió de hombros.

—Una contestación muy astuta, me alegra comprobar que no has perdido tu ingenio.

Alexander estaba a punto de hablar. Algo lo detuvo: miró sobre el hombro de Mary al captar un movimiento en la puerta de entrada y sonrió al encontrarse con las figuras de John y Emily, seguidos por Benedict y Beatrice, que llevaba a la pequeña Catherine de la mano. Se apresuró a salir a su encuentro y, tras estrechar la mano de su hermano mayor, tomó las de la condesa entre las suyas y depositó un beso en sus nudillos.

—Emily, me alegra tanto verte —dijo.

—Bienvenido, milord, esperábamos tu regreso con ansias —replicó ella con expresión cargada de afecto.

Aunque apenas los separaban poco más de diez años, Emily se había convertido en una figura materna para él casi desde el momento de su llegada a Falmouth Manor. Hasta entonces Alexander había vivido aferrado a la memoria de una madre que jamás conoció pues murió al nacer él. Emily se ganó su cariño con su carácter armonioso y sereno. El mutuo afecto no había hecho más que incrementarse con el pasar de los años.

John, en tanto, los observó con satisfacción. Cuando decidió ofrecer a una joven Emily el tutelaje de su hermano, un tanto desesperado por el carácter reservado del joven y por la propensión a espantar a sus anteriores maestros gracias a una desconcertante desidia, no pudo imaginar todo lo que eso implicaría a sus vidas. Esa joven decidida, digna y de maneras firmes, no solo

se convirtió en una madre para su hermano y le ayudó a encontrar y explotar su potencial, sino que pasó a volverse indispensable para él, el amor de su vida y la razón de sus mayores alegrías.

Emily y Alexander habrían continuado con sus mutuas muestras afecto bajo la satisfecha mirada de Mary y John si los niños no hubieran decidido que ya habían sido lo suficientemente ignorados y se apresuraron a reclamar la atención de su tío. Pasaron varios minutos en los que Alexander habló con cada uno de ellos, alabó lo mucho que habían crecido, y prometió regalos preciosos que se encargaría de distribuir tan pronto como su equipaje hubiera sido deshecho.

Cuando al fin pudo entrar a la casa, con Mary de su brazo y los niños revoloteando a su alrededor, se permitió detenerse un momento en el umbral para contemplar la belleza que se presentaba ante él. El amplio vestíbulo con la hermosa escalera tallada que llevaba a la galería y los muchos pilares que flanqueaban el camino al salón familiar que deseaba tanto ocupar con los suyos para hablarles de sus últimas aventuras.

Mientras John y Emily abrían el paso y los niños no dejaban de parlotear sin descanso, Mary le dio un cariñoso apretón en el brazo y se puso de puntillas para hablar en voz baja casi en su oído.

—Bienvenido a casa —dijo.

Alexander la miró con esos profundos ojos azules y le sonrió con ternura.

## CAPÍTULO II

—Confiesa ahora: ¿disfrutaste de tu estadía en Londres? ¿Asististe a muchos bailes? —La voz de Mary era divertida y hablaba con rapidez, como ocurría siempre que se encontraba emocionada.

Alexander meditó la respuesta y, tras todo un minuto de silencio, levantó la mirada del camino que recorrían.

—Creí que el hecho de reconocerlo rompería tu corazón —dijo un poco burlón.

Ella se encogió de hombros al tiempo que fingía indiferencia.

—Era solo una frase, no hablaba en serio, porque mi corazón es más fuerte de lo que parece creer y un poco de envidia no lo dañará.

—¿Sientes envidia porque asistí a todos esos bailes a los que tú no o porque te habría gustado bailar conmigo? —preguntó en tono provocador.

—¡Qué suposición tan pretenciosa! Sabes cuánto me gusta bailar, creo que fue lo único que disfruté en mi breve estancia en Londres. Desde luego que envidio que pudieras ir a esos bailes y yo no.

—Ahora es mi corazón el que está roto —declaró Alexander con un gesto trágico.

—Exageras —dijo Mary con una sonrisa.

—No lo hago —replicó él en tono serio—. Mi corazón siempre es frágil cuando se trata de ti.

Mary recibió las palabras con una sonrisa y le apoyó una mano sobre el brazo para cruzar el sendero que los llevaría al lago.

Habían pasado buena parte del día de su llegada en la casa, reunidos todos mientras conversaban acerca de las últimas novedades, fueran de Londres – gracias a un muy informativo Alexander– o de Gloucestershire y sus alrededores. Luego compartieron un sencillo almuerzo en el que se permitió la presencia de Benedict y Beatrice mientras la menor era llevada a la habitación por una diligente niñera. Cuando los niños se retiraron a descansar, y lord y lady Falmouth dieron muestras de desear pasar un tiempo a solas, Mary logró convencer a Alexander de acompañarla a dar un paseo por los jardines. Tras unos minutos de caminata y, al tiempo que conversaban acerca de prácticamente todo lo que pasaba por sus mentes, se encaminaron casi sin darse cuenta hacia el lago, el lugar favorito de Alexander y el segundo más estimado por Mary luego del invernadero.

—¿Me llevarás a dar un paseo en el bote en cuanto hayas descansado? —preguntó ella cuando llegaron al pequeño embarcadero.

—Ahora mismo si así lo deseas —replicó con una exagerada reverencia.

—De ninguna manera. Necesitas dormir un poco, te ves agotado; has hecho un largo viaje y en cualquier momento empezarás a sentir los estragos.

Alexander asintió sin excusas para negar esa gran verdad y le dio la mano para ayudarla a que se sentara sobre la madera recién pulida en tanto él se dejaba caer a su lado con un suspiro. Era una situación tan familiar; aun cuando lo hubiera deseado no habría podido recordar cuántas veces habían compartido un momento similar.

—Sé que no hago más que repetirlo, pero te hemos echado mucho de menos y no puedo decir cuán feliz me siento de verte una vez más.

La voz de Mary rompió el silencio, y Alexander se puso de lado para observarla con avidez. Estaba aún más bella de lo que recordaba, que no era poco decir. Aun cuando su ausencia había sido de solo unos meses, le parecía que habían pasado años desde la última vez que había podido admirarla tal y como hacía en ese momento.

—Mi ego aprecia tu insistencia, siéntete libre de declarar cuánto me has extrañado tantas veces como lo desees —replicó él en tono un poco burlón.

—Ahora te aprovechas de mi cariño, eres un desconsiderado —contestó en tono similar, pero luego enserió el semblante y lo miró a los ojos—. Cuéntamelo todo, háblame de tus aventuras y de todas las personas que has conocido.

Alexander sonrió y sacudió la cabeza de un lado a otro al oírla, divertido por el anhelo en la voz y el interés que mostraba.

—Solo he estado lejos unos meses, Mary, no he tenido tiempo para vivir grandes aventuras: la mayor parte de las personas a quienes conocí las has visto tú también alguna vez y temo que te decepcionarás si te digo lo que hice cada día. Visto desde la distancia es un poco aburrido —reconoció pensativo—. Londres es una ciudad interesante, sí, y he disfrutado mi estancia ahí, pero dista de ser un destino digno de grandes discursos.

Mary lo observó con atención para luego fijar la vista en las manos unidas sobre los pliegues de la falda.

—¿Todavía sueñas con dejarnos? —preguntó de pronto algo dolida e indiferente.

Alexander buscó su mirada, que ella rehuyó.

—¿Y tú piensas aún que ese es mi deseo? No sueño con dejarlos, Mary, jamás podría siquiera imaginarlo. Pero sabes cuánto anhelo conocer el mundo.

—Acabas de pasar una larga temporada en Londres...

—Hablas como Benedict —rió y, aun cuando ella no pudo verlo, la miró con ternura—. Sabes que hay un gran mundo más allá de Londres.

—Pero yo no estoy en él —dijo ella y la tristeza en la voz se volvió casi tangible.

—Eso es lo único que me detiene.

Un largo silencio siguió a la declaración de Alexander. Ambos se contentaron con mirar el horizonte: el ocaso estaba en todo su esplendor y los últimos rayos de sol caían sobre el lago al tiempo que arrancaban destellos de la superficie que no pudieron dejar de admirar. No era la primera vez que se veían en una situación similar: hablaban de los sueños de Alexander de conocer el mundo, los destinos más exóticos que uno pudiera imaginar, y Mary mostraba desazón al pensar en separarse durante un período indeterminado de tiempo. Sin embargo, nunca profundizaban más en el tema, como si hubiera una barrera que ninguno se atrevía a intentar siquiera derribar.

—¿Has hablado ya con lord Leicester?

Fue Mary quien nuevamente reanudó la charla al tiempo que imprimía un tono desenfadado a su voz, como si nada importante se hubiera dicho y todo debiera brotar con la naturalidad usual entre ambos. Alexander, por su parte, la oyó con interés y respondió a la pregunta sin dudar.

—No. ¿Acaso debería?

—He oído que está muy interesado en sostener una importante charla contigo —dijo ella.

—¿Acerca de qué? —Alexander se mostró curioso.

—¿En verdad no lo sabes?

—Si lo supiera, te lo diría.

—¿Ahora dirás que me lo cuentas todo?

—No, claro que no. De la misma forma en que tú no lo haces conmigo —respondió sin ocultar una sonrisa burlona.

Mary se encogió de hombros sin lucir ofendida y suspiró.

—Supongo que lord Falmouth te lo dirá luego —dijo enigmática.

—¿Te atreverás a dejarme con la duda?

—¿Por qué no? —replicó ella algo divertida—. A decir verdad, es poco lo que sé, solo puedo sospechar algunas cosas, y Emily diría que no es correcto hablar sobre supuestos.

—Y siempre eres extremadamente respetuosa de los consejos de tu hermana.

—Bueno, no siempre... —Ella rompió a reír y le dio un golpecito cariñoso en el hombro—. Lo sabrás en su momento, espero, y luego podrás contarme si tenía razón.

Alexander la miró como si no estuviera del todo seguro acerca de si debía dejar de insistir, pero, pasado un momento, exhaló un profundo suspiro y asintió de buena gana.

—Me parece justo, aunque, como dijimos, no siempre te cuento todo, de modo que tendrás que dejar a mi juicio si será oportuno hablarte de eso.

—Supongo que debo aceptarlo —asintió—, pero no hablemos más acerca de posibilidades que no podemos dilucidar aún del todo. ¡Hay muchas cosas que debemos hacer! Me gustaría que diéramos un paseo por el lago con los niños, ya que Benedict ha insistido mucho al respecto y sabes cómo se pone cuando está decidido a algo. Catherine desea mostrarte su colección de

muñecas y, créeme, tendrás que dedicar horas a complacerla. Por fortuna, Beatrice es algo más magnánima y se contentará con que la llesves a montar de aquí al pueblo, quiere mostrarte cuánto ha aprendido. Y debes ir conmigo a ver el invernadero, hay una variedad de la rosa damascena que, estoy segura, encontrarás tan fascinante como yo. Además, no podrás confundirla con ninguna otra, ¡es única! No puede estar más hermosa en esta época del año, por completo viva, no importa lo que el señor Harding piense. Además, lord Falmouth ha dicho más de una vez que espera pases tiempo con él para que puedas aprender algunas cosas acerca del manejo de la propiedad, pues está decidido a que seas tan capaz como su administrador, lo que estoy segura es del todo posible, pero no creo que sea una ocupación que disfrutes en demasía. Sé cuánto odias permanecer quieto durante mucho tiempo... pero te las arreglarás para complacerlo, ¿verdad? No queremos que se disguste, es muy importante para él.

Cuando Mary al fin calló para recuperar el aliento y Alexander logró procesar todo lo dicho, asintió de buena gana.

—Creo que podré cumplir con todas tus órdenes, mi señora —dijo sin disimular una risa.

—Pensé que habías dicho que mis órdenes son en verdad ruegos dichos con mucho encanto —recordó ella con una ceja alzada.

—Ruegos, órdenes, no importa. Esperas que obedezca, ¿cierto?

—Me sentiría extremadamente complacida si así fuera, sí —reconoció al tiempo que lanzaba una carcajada.

Alexander asintió nuevamente, pero la sonrisa le abandonó el rostro cuando pareció reparar en algo que hasta entonces no había alcanzado a dilucidar.

—¿Y quién es ese Harding? —preguntó intrigado.

—El señor Harding —corrigió Mary de inmediato—. Es un invitado de los Lowell.

—¿Y cómo nos afecta eso a nosotros?

—No nos afecta en absoluto, por el contrario. El señor Harding ha visitado Falmouth Manor con frecuencia.

—Comprendo —respondió Alexander con cautela—. Asumo que es bien recibido.

—Desde luego.

—Espero tener la oportunidad de conocerlo.

—La tendrás esta misma noche —replicó Mary con una sonrisa—. Está invitado a cenar.

—Extraordinario —dijo él con tono irónico—. No puedo esperar.

Mary no encontró nada extraño en el tono y continuó hablando acerca de todo lo ocurrido en Falmouth Manor durante su ausencia hasta que las sombras empezaron a rodearlos y coincidieron en que debían darse prisa para volver a la casa y estar listos a tiempo para la cena. Se despidieron en el vestíbulo con una sonrisa. Mary subió a la habitación en tanto Alexander se dirigía al estudio de John en el primer piso luego de calcular que tenía tiempo para una breve charla. Sabía que su hermano estaba ansioso de hablar con él aun cuando fuera muy discreto al revelar sus deseos. O, como recordó Alexander con una sonrisa a medida que se acercaba a las grandes puertas de roble, esperaba que todos conocieran sus deseos aun antes de que él los expresara. Ese aspecto de su personalidad se debía al hecho de haber nacido con poder para mandar y estar convencido de que eso era del todo natural, suponía, pero eso no lo hacía menos exasperante.

\* \* \*

Muy pocas personas tenían acceso al estudio privado de lord Falmouth. Por lo general, acostumbraba manejar los asuntos de la propiedad con el administrador en la biblioteca, que era una habitación más amplia y se prestaba para esas labores. Cuando deseaba un poco de tiempo a solas o con las personas de su absoluta confianza, como su esposa y otros miembros de la familia y amigos, disponía de la estancia que había decorado de acuerdo a sus gustos y que reflejaba mucho de su personalidad.

Cuando Alexander entró, lo encontró sentado frente al gran escritorio de roble que dominaba la estancia y que era, en verdad, el mueble más lujoso de los que ahí se encontraban. Los otros —un par de sillas, un diván, e incluso las pinturas que colgaban de las paredes— hablaban mucho del carácter espartano y práctico del conde. Los libros, desde luego, tenían un lugar propio en altas estanterías que el mismo John y también Emily se encargaban de surtir cada tanto con nuevos títulos.

—Estaba a punto de enviar a buscarte —dijo el conde en cuanto vio a su hermano e hizo un gesto para que ocupara la silla frente a él.

—Ya lo imaginaba —dijo—. Supongo que tienes mucho para decirme, pero debo recordarte que la cena se servirá pronto.

—¿Crees acaso que Emily permitiría que lo olvidara? —replicó John con una oscura ceja alzada—. Serán solo unos minutos: mañana podremos hablar con mayor tranquilidad; de todos modos, no quiero dejar de mencionar algunos asuntos de especial importancia.

Alexander supuso que esos asuntos debían de estar relacionados con las sospechas de Mary, así que prestó atención a su hermano e hizo un gesto para que continuara.

—Espero que pueda gozar también de tu atención en los próximos días cuando el señor Crawford se encuentre presente —dijo al tiempo que se refería al administrador de la propiedad con una entonación amable, ya que el hombre había estado a su servicio durante varios años—. No me gustaría que mostraras ningún signo de desidia o aburrimiento en su presencia.

Alexander se adelantó en el asiento, un poco ofendido por la suposición del conde acerca de su comportamiento futuro.

—¿Crees que no seré lo suficientemente capaz para comprender los complicados matices del manejo de la propiedad? —preguntó.

John negó con la cabeza y suavizó el gesto severo.

—Desde luego que eres capaz, de eso y mucho más. Eres un joven brillante, Alexander, pero pierdes el interés con facilidad —dijo.

—No sé cómo responder a eso...

—Y dudas demasiado cuando debes tomar una decisión —continuó el conde.

—¿Esto es una lista de mis defectos? Porque puede tomar un tiempo y, como ya he dicho, creo que la cena será servida pronto.

John sonrió.

—También pienso que posees un gran corazón y un sentido del honor admirable. Por lo que, cuando sea necesario, sabrás asumir tus responsabilidades con madurez.

—¿Cómo es que pasamos de los insultos a los halagos en un plazo tan corto de tiempo? No es que me queje, claro.

—Si hicieras gala de tu brillantez y buen sentido del humor todo el tiempo, sin duda no tendríamos esta conversación.

Alexander se encogió de hombros.

—Pero es necesario que tengamos conversaciones como esta, John, lo sabes tan bien como yo. Tú necesitas reñirme de vez en cuando para reafirmar tu extraordinaria madurez, y yo requiero de estos sermones para apreciar a un hermano tan sabio. —Habló con tono ligero y carente de malicia—. Nunca pensé que lo diría, pero echaba de menos estos regaños.

—Son consejos, no regaños —aclaró el hermano.

—Sean lo uno o lo otro creo que debo sentirme agradecido de recibirlos desde que tengo memoria.

No había ningún signo de reproche en la voz de Alexander; por el contrario, era evidente cuánto apreciaba y respetaba a su hermano mayor. John era hijo del primer matrimonio del anterior conde, el padre de ambos, quien contrajo segundas nupcias con la madre de Alexander cuando su primogénito era un niño. A la pronta muerte de la segunda esposa siguió la del lord tan solo un par de años después, por lo que Alexander apenas podía recordarlo; John había sido un hermano y también un padre para él, y estaba muy agradecido por eso. Por eso, aun cuando pudieran tener ciertas diferencias, siempre escuchaba sus consejos con atención y procuraba seguirlos en la medida de lo posible sin perder esa independencia que tanto le había costado adquirir.

—¿Hay algo más acerca de lo que deseas hablarme? —preguntó atento al silencio del hermano.

John asintió tras vacilar brevemente.

—Lord Leicester mencionó que pasaste mucho tiempo con su sobrina durante tu estadía en Londres —dijo al fin.

Alexander frunció un poco el ceño, sorprendido por ese comentario inesperado.

—Podría decir que así fue, sí. —Se encogió de hombros—. Lady Amelia es una joven muy agradable.

—Agradable —repitió John tras emitir un resoplido—. Creo que lord Leicester tiene una idea un tanto más entusiasta acerca de lo que opinas de su sobrina.

—¿Te refieres a...? ¡Vaya! No me digas que continúa con eso. —Alexander se mostró exasperado.

—¿Te molestaría que fuera así?

—¡Sí! Quizá no, no lo sé; no me he detenido a pensarlo —respondió ante la astuta pregunta del conde.

—¿Dices que nunca te has planteado el matrimonio?

Alexander desvió la mirada para fijarla en su mano que tamborileaba con los dedos sobre el apoyabrazos de la silla.

—Estaría mintiendo si lo negara. —Elevó la cabeza y miró al hermano a los ojos—. Sé que tendré que hacerlo tarde o temprano, pero no es tan sencillo como parece creer.

La mirada de John se suavizó.

—Sé bien que no lo es, hermano, mucho más de lo que imaginas —dijo con voz serena y profunda.

Alexander se arrepintió de inmediato por esa declaración tan irreflexiva al pensar en el trágico pasado de lord Falmouth. John había estado casado por primera vez antes de conocer a Emily: fue un matrimonio de conveniencia que tuvo mucho que ver con su juventud y responsabilidades para con el condado, pero su esposa murió en un desafortunado accidente que le arrebató también a su pequeña hija, un hecho que le costó superar y que solo logró dejar en el pasado al conocer a Emily, quien era presa por entonces también

de sus propios demonios. Aun cuando ninguno lo mencionaba en público, Alexander creía que se habían salvado el uno al otro y que su amor les había dado una oportunidad de ser verdaderamente felices y desterrar a los fantasmas de otros tiempos.

—No he debido decir tal cosa, lo lamento; sé bien que conoces mejor que nadie lo que significa el sacrificio en nombre del deber —se disculpó de inmediato y procuró imprimir un tono más alegre a las palabras—. Prometo que reflexionaré acerca de lo que has dicho.

John se mostró complacido por esa concesión.

—Supongo que es algo por lo que estar agradecido —bromeó—. Ve ahora a cambiarte que yo haré lo mismo. Emily se disgustará si no nos presentamos a tiempo.

Alexander asintió y se puso de pie, listo para marcharse, pero pareció recordar algo y volteó a mirar al hermano cuando estaba ya junto a la puerta.

—Háblame de ese señor Harding que vendrá a cenar esta noche. ¿Es de fiar? —preguntó.

—¿Crees que lo recibiría en mi casa si no lo fuera? —observó John con cierta sorpresa.

—Tienes razón, disculpa. Es solo que no me inspira confianza.

—Creía que aún no lo habías conocido.

—Y así es —reconoció Alexander a regañadientes.

—¿Entonces cómo, en el nombre de Dios, puedes decir que no te inspira confianza?

—A Emily no le gusta que se blasfeme. —Sonrió travieso, y John lo miró con desconfianza—. Y por eso no lo mencionaré.

—Respecto a Harding...

—Es solo una idea, es posible que esté equivocado. —Alexander hizo un gesto para restar importancia a las palabras—. Te veré en la cena.

John lo dejó marchar, pero no dejó de sonreír mientras se dirigía a su habitación.

\* \* \*

El comedor principal de Falmouth Manor se utilizaba en ocasiones especiales y también cuando se recibían invitados no del todo cercanos a la familia. Al ser una estancia enorme, aunque decorada de forma que no resultaba intimidante sino acogedora pese a sus dimensiones, se podían disponer los asientos de forma que, fueran muchos o pocos los ocupantes, nadie se sintiera aislado o poco atendido.

Esa noche la cocinera se había esmerado en honor a la llegada de Alexander y había preparado sus platillos favoritos, los mismos que fueron servidos uno tras otro durante el transcurso de la cena, en tanto los participantes sostenían charlas diversas con las personas que tenían más cerca.

Si bien Mary había pensado en organizar un evento más concurrido a fin de ofrecer una digna celebración de bienvenida para Alexander, era justo reconocer que todos en la familia poseían un carácter más bien discreto que los llevaba a guardar distancia con quienes no consideraban que fueran de absoluta confianza. Cuando se encontraban en esas últimas circunstancias, claro, podían hablar durante horas, bromear, e incluso lanzarse inteligentes comentarios los unos a los otros con la seguridad de que nadie se vería ofendido.

En esa ocasión, sin embargo, aunque toda la familia a excepción de los niños se encontraba presente, también se contaba con la presencia de algunos invitados. Tal y como Mary la había anunciado a Alexander, el señor Harding había sido convidado a unirse a ellos porque mostró un especial interés en conocer al hermano de lord Falmouth, de quien Mary tanto hablaba. A él se le unieron sus anfitriones, los Lowell, en consideración a la antigua amistad que unía a las familias. El señor y la señora Lowell eran personas de mediana edad y carácter afable, lo que los convertía en una compañía agradable y que inspiraba confianza. La hija mayor del matrimonio, Penélope, que había cultivado cierta amistad con Mary con el paso del tiempo debido a lo cercano de sus edades, se encontraba también entre los invitados.

Durante la mayor parte de la cena, se habló de todo tipo de tópicos genéricos; el estado del tiempo, cuánto afectaría de forma positiva o negativa a la producción local, un tema que preocupaba de forma particular a lord Falmouth y al señor Lowell, así como las últimas novedades llegadas de Londres gracias a la variada y abundante información proporcionada por Alexander. Para cuando llegaron los postres el ambiente era relajado, ameno, e incluso lord Falmouth había dejado su natural reserva para hablar distendidamente con el señor Lowell, sentado a su izquierda. Emily, que ocupaba el otro extremo de la cabecera, charlaba animadamente con la señora Lowell, una dama de aspecto maternal que siempre la había tratado con especial consideración. Mary tenía al señor Harding a su derecha y a Penélope a su izquierda, lo que ubicaba a la joven Lowell entre Mary y Alexander, quien procuraba mostrarse amable con ella en consideración a la amistad que la unía a la menor de las Browning. Si bien no podía considerar a la joven como alguien interesante en demasía, puesto que sus preguntas carecían de ingenio y lo observaba con tan mal disimulado interés que apenas lograba evadirla con los temas más frívolos en los que pudo pensar. Alguien con mayor intuición y más observador habría notado que buena parte de su atención estaba puesta en la alegre charla que Mary y el señor Harding sostenían en voz baja. Cada tanto alzaba una ceja y esbozaba una pequeña sonrisa que tenía más de amargura que de alegría.

—¿Se quedará mucho tiempo entre nosotros, milord?

Al oír la pregunta de la joven Lowell, Alexander dejó la discreta observación de los ocupantes del otro lado de la mesa.

—No estoy seguro, pero confío en que pueda pasar una buena temporada aquí —respondió con cortesía.

—Eso es maravilloso —dijo la joven y sonrió al tiempo que se llevaba una mano a su cabello castaño sujetado en un intrincado peinado—. Usted podrá ayudarnos con algunas de las actividades que nos resulta a veces difícil organizar.

—Lo haré, claro, será un placer. —Alexander procuró sonar interesado—. ¿En qué han pensado?

—Bueno... —La joven frunció un poco el ceño al repasar sus ideas—. Sugerí un pequeño paseo al pueblo y a las ruinas de esa antigua abadía que está a algunas millas, pero no he podido convencer a Mary; ella va con frecuencia al pueblo para acompañar a lady Falmouth y dice que prefiere permanecer aquí o encargarse de ese invernadero suyo. El señor Harding, por supuesto, está siempre de acuerdo con ella, pero ha reconocido que participará en la excursión si logramos convencerla. ¿Nos ayudará, milord?

Alexander dio una nueva mirada sobre la copa en dirección a Mary para volver luego la atención a Penélope, que esperaba expectante.

—Desde luego —dijo—; creo que es una idea magnífica. No recuerdo cuándo fue la última vez que visité el pueblo, y esas ruinas son dignas de admirar.

—¿Hablará con Mary? —insistió ella sonriente.

—Pierda cuidado, señorita Lowell, lo haré con gusto y espero lograr que cambie de opinión.

La joven se encogió de hombros al tiempo que reía.

—En ese caso, no dudo de que iremos de excursión pronto; ella no se negará si usted se lo pide —respondió en voz un poco alta y con gestos de emoción.

Mary, que los había observado con interés por la expresión entusiasta de la amiga, se dirigió a ella sin poder disimular la curiosidad.

—¿Quién no se negará a un pedido de Alexander? —preguntó suspicaz—. ¿Qué planeas, Penélope? Debes compartirlo con nosotros.

La aludida la miró con una sonrisa y luego dirigió la atención a Alexander, como si esperara tener permiso para revelar la conversión. Él asintió de inmediato.

—Le decía a lord Alexander que esperaba contar con su ayuda para convencerte de aceptar participar en una excursión al pueblo y a las ruinas de la abadía. Él dijo que lo intentará y yo le he asegurado que aceptarás en cuanto te lo pida —explicó ella con sencillez.

Mary abrió mucho los ojos al oírla, pero no pareció sorprendida por la aseveración de la muchacha respecto de la influencia de Alexander sobre sí misma o con cuánta facilidad accedería a sus pedidos.

—Me cuesta creer que conspiren en mi contra —dijo al tiempo que fingía sentirse ofendida.

—¿En tu contra, Mary? —Alexander le dirigió una mirada burlona—. Te encantan esas viejas ruinas y, si no recuerdo mal, siempre has disfrutado de los paseos al pueblo.

—Quizá. Pero me veo acorralada ahora y no es una sensación muy agradable —dijo y miró al señor Harding, que había seguido la conversación en silencio—. ¿Se unirá a ellos para vencer mis reservas, señor?

Él sonrió, aunque la sonrisa no se le reflejó en los ojos; había cierta frialdad en ellos que no era fácil de detectar, al menos Mary no pareció consciente de ello.

—Debe hacer lo que usted desee, mi querida señorita; sabe que tendrá en mí a un seguidor entusiasta —respondió al fin con voz suave y la mirada fija en la joven, para luego dirigirla a Alexander que, a su vez, lo veía con abierta desconfianza—. Su buen amigo debe de pensar de la misma forma, claro, pero se deja llevar por un entusiasmo natural.

Alexander forzó una sonrisa antes de responder.

—A decir verdad, planeo convencer a Mary de que vaya con nosotros porque sé que se divertirá. —dijo.

—Es una aseveración un poco presuntuosa, Alexander, pero te perdono porque esta vez tienes razón. —Mary sonrió al oírlo, indiferente a la reacción del señor Harding—. Me gusta visitar el pueblo, sí; y disfruto de esas viejas ruinas, como las llamas, pero es verdad lo que dije a Penélope: últimamente tengo mucho por hacer en el invernadero y he pensado en plantar unos hermosos naranjos que llevan cierto trabajo.

—Puedo ayudarte con eso —ofreció Alexander de inmediato.

—¿Tú plantarás naranjos conmigo? —replicó Mary un poco escéptica.

—No sé por qué te sorprende, siempre te he ayudado en el invernadero y, salvo una que otra confusión con el latín y los nombres de las rosas... —sonrió burlón— creo que no soy un mal asistente.

Mary lo pensó un momento y luego asintió, aún no del todo convencida por la duda que se le reflejaba en el rostro.

—Veremos —dijo y dirigió la mirada a su amiga, que había seguido la charla con curiosidad—. Muy bien, Penélope, tu enviado ha cumplido con su compromiso; participaré en esa excursión.

La joven sonrió y dio unas palmaditas en el aire con tanto entusiasmo que casi vuelca una copa que Alexander se apresuró a sujetar.

—Gracias, milord, qué torpeza la mía —se disculpó sonrojada para luego dirigirse a Mary—. Nos divertiremos mucho, es la época perfecta para dar un paseo. ¡Tal vez podamos convencer a lord y lady Falmouth de que nos acompañen!

—Podemos intentarlo, claro, pero temo que no podrás confiar en las habilidades de persuasión de Alexander en este caso —replicó Mary con una pequeña sonrisa—. Lo comentaré con Emily.

La promesa pareció satisfacer a Penélope, que volvió la atención al postre. El señor Harding, que había permanecido en silencio durante varios minutos, en apariencia atento a la charla que sostenían lord Falmouth y el señor Lowell al otro lado de la mesa, carraspeó a fin de llamar la atención de los vecinos de asiento.

—Oí que ha disfrutado de la temporada social en Londres, lord Cahill —dijo al tiempo que se dirigía a Alexander.

—Sí, así es —respondió él.

—Pero la temporada aún no ha culminado, ¿cierto?

—No, aún hay algunos eventos programados...

—¿Y por qué decidió abandonar la ciudad en el mejor momento? —insistió el señor Harding con curiosidad.

Alexander sopesó la pregunta un momento, pero fue evidente que no la recibió con mucho entusiasmo.

—A decir verdad, encontré las actividades un tanto tediosas —respondió al fin.

—Me sorprende. Es la primera vez que oigo a alguien referirse de esa forma al ajetreo londinense.

—¿En verdad? Debo decir que también yo me encuentro extrañado porque estoy acostumbrado a oír cuán aburrido puede llegar a ser Londres —replicó con tono indiferente para llamar luego la atención del conde—. ¿No estás de acuerdo, John?

Lord Falmouth, que se encontraba inmerso en una charla con el señor Lowell, giró en su dirección al tiempo que alzaba una ceja.

—¿Sí, Alexander? —inquirió.

—Le decía al señor Harding que Londres es un poco aburrido en esta época —respondió él sonriente—. Creo que tú piensas lo mismo.

—Oh, sí, estoy de acuerdo. Puede ser insoportable —dijo y, al notar la mirada de su esposa fija en él, atenta a la repentina charla, le dirigió la sombra de una sonrisa cómplice—. Lady Falmouth comparte mi opinión, creo...

Emily meditó antes de responder y, cuando lo hizo, mostró también una pequeña sonrisa.

—Coincido en que es tediosa, sí... pero posee cierto encanto si se la visita con prudencia —reconoció con un encogimiento de hombros—. ¿Qué puedo decir? Me gusta bailar.

Mary intervino para dar su opinión.

—Estoy de acuerdo con Alexander y lord Falmouth —dijo con fervor—. He pasado poco tiempo allí, pero prefiero la vida en Gloucestershire sin dudarlo un instante, aunque debo reconocer que apoyo el interés de Emily por los bailes; es imposible negar el encanto que tienen.

El señor Harding escuchó sin disimular su incredulidad, asombrado por esa dinámica familiar que le resultó extraña.

—Es curioso encontrar opiniones tan similares en una sola familia — comentó.

Fue Alexander quien le respondió y, cuando lo hizo, no pudo evitar esbozar una sonrisa socarrona.

—Debe considerar que a algunos de nosotros nos une más una amistad que el parentesco, así que en verdad no es sorprendente que estemos de acuerdo. Es por ello por lo que nos consideramos amigos —dijo y miró de reojo a Mary, que sonrió satisfecha con esas palabras.

El señor Harding, en tanto, recibió el comentario con una sonrisa rígida y volvió la atención a las uvas que acababa de tomar de una bandeja extendida por un lacayo. Sin embargo, en lugar de comerlas, las estrujó con fuerza y el líquido granate se le escurrió entre los dedos.

\* \* \*

Dos días después, Mary se encontraba en el invernadero, empeñada en preparar todo lo necesario para llevar a cabo la última adición a las muchas especies que allí se podían encontrar. No había bromeado al asegurar a Alexander que deseaba trasplantar cierta variedad de naranjo a la colección, pero el proceso estaba resultando un poco más complicado de lo que había supuesto cuando empezó a albergar la idea en su mente.

El invernadero de Falmouth Manor era un edificio relativamente moderno en comparación con aquellos que lo rodeaban. Estaba ubicado un tanto alejado de la casa principal, rodeado por jardines y terrenos trabajados por los jardineros de la propiedad. Era una construcción encantadora, como una

pequeña joya en medio de un vergel que, a su vez, albergaba a las más curiosas especies que todo amante de la naturaleza habría sabido apreciar. El techo era de vidrio, lo mismo que parte de las paredes, salvo que estas se combinaban con un intrincado diseño en acero que le confería mayor fortaleza y cierta privacidad para quienes trabajaban en el interior. Fue la madre de Alexander quien se encargó de ordenar la construcción y quien, hasta su muerte, lo atendió con un amor casi obsesivo. Luego, la hija del primer matrimonio de lord Falmouth mostró abierta predilección por él, pero su pronta muerte dejó un enorme vacío para quienes lloraron su pérdida, de modo que el edificio fue abandonado durante varios años. Hasta la llegada de Mary.

Acababa de recuperarse de una terrible fiebre cuando llegó a Falmouth Manor de la mano de Emily, insegura acerca de qué encontraría y qué podría hacer a fin de no significar una carga para nadie. Lord Falmouth, generoso como era, le hizo saber de inmediato que era recibida con el mismo aprecio y respeto con que lo sería cualquier otro huésped sin importar su condición; además, también le ofreció el encargarse del invernadero tanto tiempo abandonado. Mary aceptó la oferta sin dudar y, desde el primer día en ese nuevo lugar que pronto aprendería a llamar hogar, supo que acababa de encontrar algo que la hacía inmensamente feliz.

Leer acerca de las muchas variedades de rosas era una de sus mayores pasiones, lo mismo que cultivarlas. Atenderlas como si fueran seres con alma, algo que ella sostenía con absoluta seguridad. Las consideraba casi sus amigas, por lo que cada nuevo brote le inspiraba una gran ilusión al pensar en el capullo que florecería en su debido momento y bajo sus cuidados. Con el tiempo había optado por emprender nuevos proyectos a fin de no caer en la rutina, claro, porque, si bien las rosas ocupaban un lugar en su corazón, había muchas otras especies que merecían admiración.

Debía su interés por los naranjos al hecho de que el dulce aroma que desprendían sus flores al desarrollarse le recordaban a su madre, lo mismo que le ocurría a Emily con el olor de la lavanda. Cuando Mary era solo una niña, su madre acostumbraba preparar bálsamos y perfumes con las flores de

azahar y, si cerraba los ojos cerca de una de esas flores, podía verla inclinada sobre la mesa de trabajo en la pequeña casa que ocupaban en Colchester, sonriendo mientras llevaba a cabo sus generosas labores.

Ahora, finalmente, podría tener unos naranjos en el lugar en que pasaba buena parte del día. Sería un recordatorio constante de la mujer que veló por ella durante sus primeros años y que, pese a que la dejó pronto con una hermana noble en la figura de Emily, había impreso una poderosa huella en su alma. ¿Cuántas damas habrían hecho lo que ella por alguien que no lo merecía? ¿Quién habría hecho suya a una niña indefensa y demasiado inocente para comprender la nube que la cubría y que la acompañaría durante toda su vida? Le debía tanto...

Con un suspiro, procuró contener los pensamientos para no profundizar en los malos recuerdos y centrarse en aquellos que sí valía la pena albergar en la memoria.

Dio una mirada al reloj en la mesita sobre el pequeño escritorio que usaba para tomar notas y sonrió al ver que era aún muy temprano. Sin embargo, no le sorprendió oír apenas unos minutos después unas fuertes pisadas que atravesaban el parque y se dirigían hacia ahí. Esperó en silencio sin abandonar las labores y sonrió al levantar la mirada a la puerta y ver a Alexander de pie con expresión pensativa, como si rumiara alguna clase de problema.

Se levantó con un grácil movimiento al tiempo que dejaba apreciar la belleza de su sencillo vestido color lavanda que flotaba a su alrededor y caía en delicados pliegues que le resaltaban la armoniosa figura. Alexander, con cierta experiencia ya en las tareas que iba a emprender, había optado por un traje sencillo, prescindiendo de la chaqueta, en mangas de camisa y con el chaleco a medio abotonar. Por el cabello revuelto y la respiración un poco agitada, era fácil adivinar que había corrido para llegar.

—Buenos días, milord. —Mary hizo una graciosa e innecesaria reverencia al tiempo que sonreía—. ¿Te has caído de la cama?

Alexander la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó al tiempo que devolvía una sonrisa.

Mary rio al oírlo, insegura acerca de si tomar o no como seria esa afirmación, pero debió de juzgar innecesario profundizar en eso porque se encogió de hombros y volvió al escritorio.

—Entonces es verdad lo que has dicho; serás mi asistente una vez más y me ayudarás a cultivar esos naranjos —expresó satisfecha—. Confieso que tenía mis dudas al respecto.

—Ni siquiera profundizaré en lo mucho que me hiere tu desconfianza.

—Deja de jugar y ven aquí a ayudarme, me gustaría que leyeras algunas de mis anotaciones.

Alexander se apresuró a acercarse y se detuvo a su lado para extender una mano y tomar el sencillo cuaderno en el que Mary acostumbraba recopilar toda la información de los temas que la apasionaban. Obviamente, por lo que había dicho y ahora leía, el cultivo del naranjo era uno de ellos. Leyó en silencio e hizo algunas preguntas sencillas acerca de puntos que no le habían quedado del todo claros, las mismas que Mary se apresuró a resolver. Una vez que hubo terminado con la lectura, cerró el cuaderno y la observó con atención.

—Toda esta... obsesión, ¿a qué se debe? —preguntó.

Mary no fingió no saber a qué se refería.

—Mi madre —fue todo lo que dijo.

Al parecer esa respuesta fue suficiente para Alexander, porque asintió y dejó el cuaderno nuevamente en manos de la muchacha, tras lo cual se arremangó las mangas de la camisa con movimientos enérgicos.

—¿Empezamos? —preguntó con una sonrisa.

Trabajaron codo a codo durante horas, aunque, como Alexander se ocupó de mencionar cada tanto, era él quien luchaba con los diminutos arbustos a fin de trasplantarlos a las zonas del invernadero dispuestas por Mary para albergarlos durante el crecimiento. Cuando oyó que tardarían al menos tres años en dar fruto, le dirigió una mirada torva, pero se abstuvo de hacer comentarios; sabía que ese repentino interés de Mary no tenía nada que ver con un súbito deseo de comer naranjas. Había algo más, algo profundo y complejo que, si bien procuraba entender, estaba fuera de su alcance, del todo escondido en el corazón y la mente de ella. Pese a la profunda confianza entre ambos, él no se atrevía a escarbar en el misterio. Ella jamás perdonaría esa intrusión, era necesario esperar a que se sintiera a gusto para que entonces aceptara confiárselo. Lo haría, Alexander no lo dudaba, pero en ese momento se preguntó cuándo sería eso, y si se encontraba lo bastante dispuesto a ver cómo cerraba esa parte de su corazón a los demás o, mejor dicho, a él.

Mientras Mary se encargaba de repasar las anotaciones con el ceño fruncido y el semblante concentrado, él se permitió detener las labores para observarla con la seguridad de que ella no lo notaría. Estaba de pie al lado de un arbusto de rosas, sencillos capullos que no debían de tardar mucho en florecer. Alexander no pudo evitar comparar a la joven de pie con la promesa de esa flor.

Mary era tan interesante como cualquier rosa y, si se la contemplaba sin apasionamiento, no resultaba difícil encontrar las similitudes entre ellas, o al menos aquellas que saltaban a la vista. Hermosa y fresca, invitaba a contemplarla con arrobó, maravillado por la tersura del rostro, la sonrisa gentil y discreta que tenía siempre en los labios, y ese aire de inocencia que la rodeaba. Pero, si se le observaba con mayor atención, rendido a la fascinación por ese aroma invitante que desprendía, deseoso de rozar su mano de la misma forma reverente en que se tocaría un frágil pétalo con la punta de los dedos, era imposible no advertir las múltiples espinas que adornaban el tallo que, en Mary, se traslucían en una pequeña aunque firme muralla que erigía alrededor de su corazón, una sólida defensa del mundo exterior, como si le

aterrara la posibilidad de que alguien pudiera derribarla y encontrarse con sus más secretos pensamientos. Alexander lo había intentado durante casi todo el tiempo que llevaba de conocerla y creía, sin pecar de falta de modestia, que, si exceptuaba a Emily, no había nadie en el mundo que la conociera de la forma en que él lo hacía. Sin embargo, había más, algo que se le escapaba, que estaba allí, casi al alcance de la mano, aunque lo que lo separaba de eso era una línea que no se atrevía a cruzar porque no quería poner en riesgo su confianza. Perder el favor de Mary, su amistad, esa complicidad que habían construido a lo largo de los años y que había convertido en un sentimiento que no se atrevía a nombrar siquiera...

—¿Alexander?

El delicado llamado lo sacó de sus pensamientos, y tal vez fue una suerte porque no estaba muy cómodo con el rumbo que habían tomado. Forzó una sonrisa despreocupada y miró a Mary al tiempo que fingía gran interés en la estabilidad del naranjo que acababa de trasplantar.

—¿Sí, Mary? —preguntó solícito.

Ella alzó una ceja en señal de desconfianza, pero no hizo preguntas, lo que él mentalmente agradeció.

—Me preguntaba si has hablado ya con lord Falmouth acerca de ese tema relacionado con lord Leicester... —Ella se veía un tanto insegura al preguntar, pero era evidente que era algo en lo que había pensado durante un tiempo.

Alexander comprendió al instante a qué se refería y se encogió de hombros antes de responder.

—Hablamos, sí, pero no hemos profundizado mucho en el asunto, solo dijo que lord Leicester deseaba sostener una conversación conmigo —dijo esquivo.

—¿El tema en cuestión es tu posible compromiso con lady Amelia? — insistió ella, más segura.

—No voy a tratar ese asunto contigo.

—¿Por qué no? Sé que dijiste que no me lo cuentas todo, pero no puedes ocultarme algo tan importante...

Alexander hizo un gesto que revelaba fastidio y se sacudió la tierra de las manos con movimientos bruscos.

—¿Qué opinarías si así fuera? Si se planteara una posible unión entre lady Amelia y yo —dijo y la miró con la barbilla alzada, en gesto de desafío.

Ella no se amedrentó; por el contrario, enserió aún más el semblante y no rehuyó la mirada.

—Por una parte, creo que sería algo bueno porque entonces tendrías que quedarte, no puedes ir a recorrer el mundo con una esposa que no parece sentir precisamente fascinación por los lugares que deseas visitar —dijo muy serena, aunque había un leve temblor en la voz que Alexander habría notado de no encontrarse tan alterado—. Sin embargo, confieso que no me emociona la idea de que te cases con ella.

Él se le acercó en silencio hasta que se encontró a solo un palmo de distancia. Sostuvo la mirada y procuró ver en esos ojos todo lo que no ponía en palabras.

—¿Y por qué sería eso? —preguntó al fin con voz temblorosa.

Mary hizo un esfuerzo por desviar la mirada, y eso pareció devolverle cierto aplomo, porque se vio entonces más dueña de sí misma y sus sentimientos.

—Nunca le he agradado a lady Amelia —dijo mientras se encogía de hombros.

Alexander supo con seguridad que esa no era la única razón de sus reservas, pero no se atrevió a insistir, ya que sentía que caminaba sobre una delgada capa de hielo y temía lo que podría pasar si forzaba demasiado la búsqueda de respuestas.

—¿Por qué piensas tal cosa? —procuró que el tono fuera indiferente.

—No lo sé, pero puedo sentirlo. Es como si ella supiera la verdad acerca de mí y me despreciara por eso.

Él escuchó con seriedad, aunque buena parte de su inquietud acerca de lo que ocurría entre ellos desapareció y se vio de pronto reemplazada por una desagradable sensación de angustia y preocupación.

—No veo cómo podría saberlo —dijo a fin de tranquilizar a Mary.

—Quizá lord Leicester se lo dijo.

—Él sería incapaz de hacer algo tan ruin.

—¿Lord Wilmot entonces? Dios sabe que, si alguien es capaz de semejante ruindad, es él.

Alexander calló al oír la suposición de Mary, que no tenía nada de descabellada. Lord Henry Wilmot era el único hijo de lord Leicester y, aunque durante mucho tiempo fue también el amigo más cercano de John, no era un secreto que lord Falmouth lo había desterrado de su vida hacía ya varios años. Si lord Wilmot había mostrado una infortunada propensión a la vida licenciosa cuando contaba con la amistad del conde y procuraba influir positivamente en sus actos, luego del rompimiento de las relaciones y alejado también de su padre, había caído en un abismo de disipación que Alexander consideraba casi digno de lástima. Sin embargo, la posibilidad de que viejos rencores y malas intenciones pudieran dañar de cualquier forma a Mary lo ponía frenético.

—No lo creo posible; él no se atrevería: sabes cuánto le teme a John — recordó para tranquilizarla.

—No tiene importancia. —Ella sonrió al oírlo y exhaló un suspiro—. Tal vez son solo ideas mías.

—Quizás. —Alexander se adelantó a tomar su mano y la miró muy serio—. Pero si no lo fueran, recuerda que no importa lo que otros puedan pensar: nadie tiene el derecho de incomodarte de ninguna forma.

—¿Tú me defenderías? —preguntó ella un poco burlona.

—Con mi vida si hiciera falta —dijo muy serio y convencido de que la joven lo sabía.

Mary elevó una mano con la intención de posarla sobre aquel rostro; sin embargo, lo pensó mejor y la dejó caer para luego retroceder un par de pasos, con lo que Alexander debió soltarle la mano con evidente reticencia.

—Solo quiero que seas feliz, Alex. —Ella era una de las pocas personas que usaban el diminutivo de su nombre y, por lo general, lo hacía cuando se encontraban en medio de una charla profunda, como aquella—. Con lady Amelia o con quién sea.

—¿Aun cuando no te agrade?

—¿Cómo podría no agradarme si tú la amaras? —preguntó ella a su vez.

Él no respondió, solo la observó un instante en silencio y luego desvió la vista hacia el último naranjo que acababan de trasplantar.

—Tres años —dijo—. Es mucho tiempo para esperar a que dé frutos.

Mary se encogió de hombros, aliviada por el brusco cambio de tema.

—Valdrá la pena, te lo aseguro —dijo entusiasmada mientras se acercaba para ver la planta—. Y antes de esos tres años podremos disfrutar de sus flores. Tienen un aroma delicioso.

—Ya lo creo, pero sabes que no poseo mucha paciencia para esperar. Tú, en cambio... —Dio una mirada alrededor, los ojos puestos en las muchas flores y arbustos que allí había, la mayor parte de ellos plantados por Mary—. Es una de las cosas que más admiro de ti.

—Lo haces porque no es un rasgo que tú poseas, como acabas de mencionar; de otra forma, tu admiración sería menor —bromeó ella.

Alexander acusó la burla con una sonrisa.

—Sí, es posible que tengas razón —reconoció—. Supongo que ahora que buena parte del trabajo está hecho no tendrás excusa para rehusar sumarte a los planes de la señorita Lowell.

—Oh, pero no pensaba hacerlo o al menos no era esa mi intención inicial. Penélope exageró al asegurar que me negaba rotundamente a formar parte de esas excursiones; creo que será una experiencia agradable; solo que no me veía capaz de aceptar mientras no tuviera este proyecto encaminado. Ahora, gracias a tu valiosa ayuda, me veo libre para hacerlo.

—Eso significa que he venido en tu rescate sin haberlo planeado.

—Lo que te convierte en un héroe digno de una historia, algún día se cantarán loas en tu nombre —dijo Mary al tiempo que rompía a reír y sacudía la cabeza, divertida por sus propias palabras—. Iremos a esa excursión, milord; estoy segura de que lo pasaremos muy bien.

Alexander le dirigió una enigmática sonrisa antes de responder.

—Eso espero.

Mary lo miró con el ceño ligeramente fruncido, intrigada por ese tono velado que no se correspondía con la usual claridad con que Alexander acostumbraba dirigirse a ella. Hizo un esfuerzo por ignorar esa sensación y volvió todo su interés en los pasos siguientes para dejar las plantas tal y como era necesario a fin de asegurar un correcto desarrollo. Miró a Alexander con discreción, deseosa de conocer su opinión, pero él se veía un poco ausente.

¿Extrañaba Londres? ¿Se encontraba deseoso por emprender alguno de esos viajes con los que tanto soñaba? La idea le encogió un poco el corazón y debió hacer un esfuerzo para comportarse con naturalidad. Sin embargo, ambos guardaron un tenso silencio hasta que hubieron terminado con sus labores y solo entonces se permitió verlo una vez más, sorprendida al notar que él la veía a su vez con el ceño fruncido y semblante pensativo.

—¿Qué ocurre? —preguntó intrigada.

Alexander se encogió de hombros.

—Me preguntaba... —Se sacudió una brizna de hierba del chaleco que le permitió desviar la mirada al continuar—. Supongo que el señor Harding nos acompañará en ese paseo; mencionaste algo al respecto durante la cena.

—Sí, lo recuerdo. El señor Harding es un compañero divertido y procuramos incluirlo en algunas de nuestras actividades —dijo sin concederle demasiada importancia—. Si exceptuamos a los Lowell, no tiene muchos amigos.

—Me encantaría conocer el motivo...

Mary dejó las anotaciones y levantó una ceja ante el comentario mordaz.

—Eso no es muy amable, Alex.

—¿No lo es? Muy mal de mi parte —dijo él sin variar el tono—. ¿Puedo preguntar si ha declarado cuáles son sus intenciones?

Mary suspiró, dejó la pluma con un movimiento suave y se cruzó de brazos; la rigidez en la postura era notoria.

—¿Sus intenciones acerca de qué exactamente? —preguntó en voz baja.

—De quién —la corrigió Alexander sin parecer intimidado por el tono—. Me refiero a ti, por supuesto.

—No fingiré que no sé a qué te refieres, pero sí diré que me sorprendes; sabes a la perfección qué es lo que pienso acerca de ese asunto.

—Te refieres al matrimonio... —dijo él.

—Exacto —asintió ella al tiempo que, para evitar su mirada, ponía en orden en la mesa de trabajo con gestos cargados de tensión—. Me extraña que toques siquiera el tema.

—¿Eso quiere decir que el señor Harding ha dado muestras de estar interesado en casarse contigo?

—No responderé a eso. —Mary se adelantó unos pasos y levantó la cabeza para mirarlo a los ojos; había un brillo peligroso en ellos—. Es muy cruel de tu parte mencionarlo cuando sabes perfectamente lo que siento al respecto.

Alexander no pareció arrepentido de sus palabras, aunque la mirada se le suavizó al dirigirse a ella.

—Nunca te heriría adrede, lo sabes, de la misma forma que sabes lo que opino acerca de esa obcecación tuya respecto al matrimonio.

—No tiene sentido hablar más acerca de eso. —Mary mantuvo el gesto obstinado—. Nunca me casaré, lo tengo asumido y no me molesta en absoluto.

—Cambiarás de opinión —presagió él con una leve mueca amarga en los labios—. Solo espero que cuando eso ocurra elijas a la persona correcta.

Fue el turno de Mary para mostrar una sonrisa falta de alegría.

—¿Acaso piensas que el señor Harding es esa persona? —preguntó desafiante.

—No, no lo sé, y prefiero reservarme lo que siento al respecto por ahora.

Alexander dijo esa última frase con un toque de irritación en la voz. Sin esperar una respuesta de Mary, se arregló las mangas de la camisa y se pasó una mano por el espeso cabello castaño: varios mechones habían caído sobre la frente dándole un aspecto más juvenil, aunque sus ojos parecían propios de alguien mucho mayor.

—Debo irme ahora —continuó—. Tengo una cita con John y el señor Crawford.

Mary no intentó detenerlo entonces, aunque cuando se marchó corrió a la puerta del invernadero y lo llamó con voz queda.

—Gracias por tu ayuda; no habría podido hacer esto sola —dijo para luego preguntar con cierta timidez—: ¿Vendrás para ver los avances?

Él la oyó de espaldas y asintió sin volverse para mirarla.

—Desde luego —dijo—. Solo tienes que pedirlo.

Sin esperar respuesta, retomó el paso rápido y se perdió entre los setos que se alzaban a cierta altura en el jardín camino a la casa principal. Cuando se quedó a solas, Mary se acercó a una de las plantas que acababan trasplantar y se arrodilló a su lado al tiempo que acariciaba las hojas con las yemas de los dedos; un gesto cargado de cariño y necesidad, como si ese ser pudiera infundirle la paz que tanto anhelaba.

—La persona correcta —dijo en un susurro y las lágrimas empezaron a correrle por las mejillas—. ¿Qué sabe él?

## CAPÍTULO III

Alexander dejó el despacho de John con sentimientos encontrados. Por una parte, la reunión había resultado más provechosa de lo que esperó en un primer momento. Esa fue en realidad la segunda que sostenían en dos días, y era justo reconocer que ambas habían resultado muy fructíferas. El señor Crawford compartía la pasión de John por Falmouth Manor y creía que, si se manejaba con la habilidad apropiada, continuaría creciendo a pasos agigantados y asentaría su posición como una de las propiedades más gloriosas de Gloucestershire, lo que era una excelente noticia. Desafortunadamente, tanto el administrador como el conde creían también que Alexander no tendría ningún problema en repetir la buena experiencia en sus propias tierras, pero él no estaba tan seguro de ello.

Cuando su madre murió le legó una importante herencia, la misma que le reportaba excelentes intereses que le permitían llevar una vida más que holgada sin arriesgar el capital y no depender en absoluto de lord Falmouth. La herencia, sin embargo, constaba también de unas cuantas propiedades en el campo, la mayor de ellas se encontraba en Surrey y, aunque marchaba de forma precisa gracias al administrador de la propiedad, Alexander no podía negar que su presencia era más que necesaria y que, si deseaba involucrarse en el manejo de su patrimonio, tendría que hacer un esfuerzo para mostrar un mayor interés por esas labores que siempre le habían sido ajenas.

Durante la infancia y buena parte de la juventud se había volcado a adquirir conocimientos relacionados con geografía, naturalismo y una amplia variedad de idiomas, convencido de que le serían extremadamente útiles una vez que tomara la decisión de perseguir sus sueños. Pero aún no lograba comprender qué tanto le ayudarían a manejar una casa en la campiña inglesa.

Según su experiencia viviendo en Falmouth Manor, no le parecía que fuera demasiado difícil, solo requería compromiso y mucho trabajo duro: dos cosas con las que se identificaba. El problema era que esas menciones a la importancia de incrementar sus conocimientos acerca del tema no le hacían ninguna gracia.

Sentía como si un cerco invisible se cerrara alrededor de él y se viera atrapado sin posibilidad de escapar. John jamás sería capaz de colocarlo en semejante situación o, al menos, no conscientemente, pero era también verdad que muchas veces cedía a la idea de que todo el mundo necesitaba un punto de partida y, según él, ese era el de Alexander. Estabilidad, lealtad, compromiso; todo ello muy respetable, pero Alexander no podía dejar de pensar que las inclinaciones de cada persona eran muy íntimas y que ni John ni el señor Crawford podían adivinar lo que le pasaba por la mente. Y con seguridad, de saberlo, no se sentirían nada complacidos.

Era una suerte que Alexander hubiera pasado buena parte de su vida aprendiendo a controlar sus palabras. O eso pensó mientras se encaminaba al desayuno, decidido a no permitir que esa charla lo afectara más de lo debido. Tal y como prometió a John, reflexionaría al respecto, y lo haría con gusto, pero, al fin y al cabo, su hermano tenía tan claro como el propio Alexander que había llegado ya a una edad y a un punto de madurez en que debía ser el dueño de su vida, tanto de los aciertos como de los errores.

Aun meditaba al respecto cuando se topó con una figura apurada. Apenas consiguió frenar el paso con un movimiento brusco para evitar una colisión frente a una desconcertada Emily, que los vio desde su asiento en la mesa con una ceja alzada.

—¡Alexander! Fíjate por dónde caminas.

Benedict observó al tío sin disimular una expresión reprobadora, y Alexander se dijo que nunca se acostumbraría a lo mucho que le recordaba a John, lo que le arrancó una sonrisa.

—Lo siento mucho, milord, no tengo excusa. ¿Se sentiría satisfecho si me reta a un duelo? Es posible que no acepte, pero, al menos, podrá dejar en claro su superioridad.

El niño frunció el ceño frente a las palabras de Alexander, lo que le confirió un aire aún más adusto, y sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Muy gracioso —dijo mientras exhalaba un suspiro, si bien su tío notó que las comisuras de los labios se elevaban en el asomo de una sonrisa—. ¿Aún no has desayunado?

—No, he estado ocupado en una interesante reunión con tu padre y el señor Crawford.

—Oh, bueno, entonces ha debido de ser algo muy importante. —Benedict estaba convencido de la absoluta importancia en cada uno de los actos de su padre pues lo adoraba—. ¿Te darás prisa, entonces?

—¿Y por qué habría de hacerlo? —dijo Alexander intrigado.

Habría jurado que su sobrino estuvo a punto de poner los ojos en blanco, pero una excelente educación lo contuvo.

—Prometiste que iríamos a dar un paseo esta mañana para mostrarte mis avances con *Silver* —respondió el niño con el primer gesto infantil mostrado desde el encuentro—. No lo habrás olvidado...

Alexander contuvo una sonrisa y fingió pensar.

—No lo sé, ¿*Silver* es un perro o uno de los gatos de Beatrice?—dijo y no pudo continuar con la broma al ver la expresión ofendida en el rostro del sobrino—. No hablo en serio, sé que *Silver* es tu caballo, uno que envidio, por cierto. Pero contendré mis celos y será un placer admirar tus avances. Dame media hora y nos encontraremos en las caballerizas; ordené temprano que ensillaran a *Ares* para mí.

Al comprender que su tío no había olvidado la promesa, el niño exhibió al fin una flamante sonrisa de satisfacción y agradecimiento. Tras hacer un gesto de despedida a su madre, que los observaba en silencio, salió del desayunador con paso apresurado.

—Ojalá fuera tan sencillo hacer feliz a todos —murmuró Alexander con semblante pensativo al verlo marchar.

—Lo he pensado con frecuencia, pero también debes considerar que no tienes la obligación de hacerlo. —Emily le interrumpió los pensamientos e hizo un gesto para que ocupara el asiento a su lado.

Alexander asintió y se dejó caer sobre la silla con un suspiro.

—Es un niño extraordinario —dijo en tanto se servía de la bandeja que un lacayo le acercó.

Emily asintió, sonriente; era evidente cuán orgullosa se sentía de su primogénito.

—Sí, lo es; aunque me gustaría que fuera un poco menos formal —reconoció ella.

—No creo que haya nada de malo en ello, es un rasgo que comparte con su padre y creo que es mejor que lo desarrolle ahora, siempre y cuando procure, claro, encontrar un balance apropiado con la simplicidad, antes que sufrir en la adultez por no hallar la seriedad que requerirá su posición. No puedo imaginar un lord Falmouth relajado —dijo lo último con una sonrisa que milady correspondió.

Compartieron un agradable silencio hasta que Emily lo rompió con voz queda mientras formulaba una reflexión salida de muy dentro de su corazón, como si el breve intercambio de palabras referido al carácter de su primogénito la hubiera llevado a analizarse los sentimientos y lo que significaba para ella.

—El día que Benedict nació fue el más feliz de mi vida —dijo con una pequeña sonrisa impregnada de un amor que Alexander apenas se atrevió a imaginar.

—Debo decir que lo fue de la mía también —acotó él al cabo de un momento.

Emily levantó la mirada y lo observó con el rostro ladeado, un gesto que delataba el interés y el deseo de ver más allá de lo que su interlocutor mostraba a simple vista. Al dar con aquello que buscaba, esbozó una pequeña sonrisa, mezcla de ternura burlona y cargada de afecto.

—Claro —dijo ella—, recuerdo lo contento que te veías. Pero según dijiste entonces, no se debía tan solo a la natural alegría de dar la bienvenida a un nuevo miembro de la familia.

Alexander se permitió un gesto irónico, al parecer dirigido a sí mismo.

—No, es verdad, no solo se debía a eso —reconoció—. Cuando supe que era un varón, que había sido desbancado como el heredero de John... Me avergüenza reconocerlo, pero jamás he sentido un alivio semejante. Imagino que eso me convierte en una persona terrible.

Emily extendió una mano y le dio un cálido apretón en el brazo.

—No, Alexander. Eso solo te hace humano.

Apenas acababan de retomar la comida cuando Mary se reunió con ellos. Llegaba un tanto agitada, y el sencillo vestido que acostumbraba usar durante las estancias en el invernadero exhibía una mancha nada favorecedora en el ruedo de la falda, pero ella pareció impasible ante la situación. Alexander, por su parte, apenas consiguió esconder una mirada de admiración que disfrazó con una sonrisa de bienvenida.

—Al parecer alguien se ha caído de la cama hoy —bromeó él.

Mary, al recordar haber usado una frase similar durante la última visita de Alexander al invernadero, hizo una reverencia afectada y cargada de burla.

—En absoluto, acostumbro levantarme siempre muy temprano, aunque comprendo tu desconcierto; es natural si consideramos que tú lo haces mucho más tarde.

—¡Mary! Eso no es muy amable. —Había poco de reprobador en el reproche de Emily y, por la sonrisa que le dirigió su hermana, ella también lo había notado.

Alexander ignoró la broma de Emily y miró a Mary con una ceja alzada.

—Rompes mi corazón —dijo al tiempo que se llevaba una mano al pecho en ademán teatral—. Y lo haces pese a saber cuán débil es por tu causa.

Si esas palabras poseían cierto doblez, Alexander dio pocas muestras de ello porque no revelaba mucho con la expresión. Tanto Mary como Emily le dirigieron similares sonrisas escépticas.

—Tu corazón. Claro. —La primera emitió un bufido poco femenino y rehuyó la mirada—. Dios me libre de lastimar a tu corazón.

Emily elevó las cejas frente a esa curiosa frase y pareció interesada en el bordado de su névea servilleta; sin embargo, tras un momento de silencio, carraspeó y dirigió a la más joven una mirada cargada de curiosidad.

—¿Qué haces aquí, Mary? A esta hora por lo general te encuentras ya en el invernadero. Y, por tu apariencia —señaló el maltratado vestido con un gesto— parece que vienes de allí.

La muchacha asintió y exhaló un suspiro al tiempo que se dejaba caer sobre la silla frente a Alexander.

—Y así es, pero acabo de recibir una nota de Penélope; parece pensar que necesito un recordatorio del paseo de mañana —explicó con un hondo suspiro—. Al ver la hora, decidí venir a desayunar; estoy hambrienta.

Emily asintió con el entrecejo fruncido.

—Debiste ordenar que te llevaran algo.

Mary negó con la cabeza y se encogió de hombros en ademán despreocupado.

—Habría sido una molestia innecesaria. A decir verdad, el recordatorio de Penélope no ha sido del todo inoportuno, hay algunas cosas de las que debo ocuparme —dijo y miró a Alexander sobre el hombro del diligente lacayo que le acercó una bandeja—. Supongo que no has cambiado de opinión y nos acompañarás.

Él asintió.

—Claro que iré; no me lo perdería por nada del mundo —dijo y continuó con tono similar—. ¿Vendrá John con nosotros?

Fue Emily quien respondió.

—Temo que no será posible, ya que espera la visita de uno de sus arrendatarios, pero los niños y yo estaremos encantados de acompañarlos si no les disgusta el retraso que podamos causar.

Alexander sonrió.

—No puedo pensar en nada que me alegre más —comentó con una halagüeña inclinación de cabeza y luego miró a Mary de reojo con distinta expresión—. Asumo que, tal y como aseguraste, el señor Harding será de la partida.

Ella le dirigió una mirada cargada de desconfianza.

—Asumes bien —respondió—. Vendrá temprano, lo mismo que los Lowell.

—Excelente. —Alexander forzó una sonrisa cortés y tomó un panecillo de la fuente con un movimiento brusco.

Compartieron el desayuno en un silencio apenas roto por el tintinear de la vajilla, los discretos pasos de los sirvientes y algún esporádico comentario respecto al clima que se podría esperar al día siguiente y cuánto afectaría al paseo. Mary apenas hilvanó un par de frases frente al desconcierto de Emily, que no dejaba de observarla con discreto interés y cierta preocupación. No que Mary fuera por lo general muy comunicativa, pero esa parquedad no dejaba de resultar extraña, en especial cuando se encontraba en su compañía y la de Alexander, las dos personas con quienes había mostrado siempre mayor confianza. Le buscó la mirada, pero era evidente que ella no deseaba ser analizada y rehuía sus ojos, de modo que Emily decidió dejar la observación para otro momento. Alexander, por otro lado, parecía también un tanto ausente y no dio visos de reparar en el extraño comportamiento de sus compañeras de mesa.

La llegada de Benedict, por lo tanto, fue recibida con infinito alivio por parte de su madre, que sonrió al suponer el motivo del rápido regreso.

—Al parecer, cierto caballero tiene problemas para contener su impaciencia... —mencionó Emily con una sonrisa cargada de afecto dirigida al niño, que veía a su vez a su tío con ansiedad.

Alexander levantó la vista al oírla y gran parte de ese semblante adusto se le esfumó.

—Creo que esto significa que mi desayuno ha concluido —comentó en tono muy serio al tiempo que se ponía de pie y dejaba la servilleta sobre el mantel—. Señoras, gracias por la compañía, pero tengo una deuda de honor que cumplir.

—Desde luego. —Mary mostró la primera sonrisa desde que había llegado, si bien fue dedicada a su sobrino.

Tan pronto como ambos se marcharon, Emily miró a su hermana con los ojos entrecerrados.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó sin parecer demasiado curiosa.

—¿A qué te refieres?

Mary frunció levemente el ceño al oírla.

—Entre tú y Alexander. Noté cierta frialdad poco habitual entre ustedes.

—No, claro que no —dijo mientras contenía un suspiro y rehuía su mirada, vacilante—. Es solo... Él y yo no siempre estamos de acuerdo. Eso es todo.

—Comprendo.

La réplica de Emily, sencilla e inexpresiva, pareció sorprender a Mary, que frunció el ceño y decidió tomarla como el pie para poder desfogar el disgusto que bullía bajo el férreo autocontrol que acostumbraba a mostrar en ocasiones como aquella.

—Me dijo... —empezó con ímpetu—. Parece creer que estaría dispuesta a aceptar una propuesta del señor Harding.

Emily asintió al oírla, sin parecer impresionada por la confesión.

—Asumo que eso te ofendió —se limitó a comentar.

—Desde luego que sí. Fue una suposición cruel.

—No estoy de acuerdo —dijo Emily y la miró a los ojos con expresión de regaño—. Me sorprende que puedas pensar tal cosa de Alexander; él sería incapaz de decir algo que pudiera lastimarte. Sabes perfectamente cuánto le

importas.

Mary aspiró con fuerza y apretó los labios, sin responder. Emily, en cambio, pareció comprender cuál era en verdad la razón del disgusto y eso fue suficiente para que el semblante se le suavizara. Sin dudar, posó una mano sobre la de su hermana.

—Mary... —dijo—. Sabes que no tienes por qué sufrir, eres tan dura contigo misma y con Alexander. Bastaría una palabra, él siempre...

La muchacha levantó bruscamente la cabeza que hasta entonces había mantenido inclinada y dirigió a la condesa una mirada cargada de ira contenida.

—No lo digas —la interrumpió—. Te quiero con todo mi corazón, pero no podré perdonarte si lo dices.

Fue el turno de Emily para lucir disgustada, pero, tras una leve indecisión, asintió de mala gana y guardó silencio por unos minutos, con la vista fija en la servilleta, si bien un observador atento habría notado que la sujetaba con más fuerza de la necesaria. Cuando el silencio se hizo casi insoportable, se puso de pie con un movimiento resuelto y miró a su hermana, que no parecía interesada en abandonar el mutismo.

—Pasaré la mañana con Beatrice y Catherine —dijo con voz animada, como si buscara desterrar las sombras del sordo intercambio entre ambas—. ¿Te gustaría acompañarnos?

—Gracias, pero prefiero volver al invernadero. Mañana estaremos fuera durante buena parte del día, y no quiero dejar a mis flores desatendidas.

Emily esbozó una sonrisa amable. Se dirigió a la puerta, pero antes de cruzarla pareció recordar algo y habló sobre el hombro.

—Esperamos la visita de lord Leicester pronto; llegará en los próximos días —dijo.

Mary asintió con gesto inexpresivo.

—Es una buena noticia, sabes cuánto me agrada él —respondió ella con cautela—. ¿Vendrá solo?

—Lo acompañará lady Amelia...

—Lady Amelia. Claro —dijo Mary con una falsa sonrisa—. Será muy divertido.

Emily abrió la boca para responder a esa frase dicha con amargura, pero pareció pensarlo mejor porque tan solo atinó a sacudir la cabeza de un lado a otro y dejar la habitación, dejando a Mary a solas con sus pensamientos.

\* \* \*

La Abadía de Hailes se encontraba ubicada a escasa distancia de Falmouth Manor. El apelativo de Alexander para referirse a ella, “ruinas”, no era del todo erróneo. Aun cuando solo lo utilizara para bromar con Mary. En realidad, apenas quedaban rastros de un anterior esplendor como uno de los lugares religiosos más visitados de Inglaterra o de la condición de centro de peregrinación que había ostentado tiempo atrás. De todos modos, era indudable que conservaba un aura de recogimiento y paz que inspiraba reverencia, y ese era uno de los motivos por los que Mary lo consideraba uno de sus lugares favoritos. Aun más, si bien no lo habría reconocido con facilidad, le parecía un escenario propio de una historia romántica.

Entre los restos de las antiquísimas construcciones, con la hierba que crecía sin pausa entre la piedra y los arcos que parecían a punto de ceder por el peso del tiempo, se sentía una heroína dispuesta a aguardar a su amado durante toda la eternidad. Al pensar en ello, en esas reflexiones tan

peligrosas, no pudo contener el deseo de mirar a Alexander de soslayo, pero, al descubrir que él la observaba a su vez, desvió la mirada y forzó una sonrisa animada al hombre que caminaba a su lado.

Podía decir en honor a la verdad y al ego del señor Harding que el sorpresivo sol que los acompañaba en esa excursión hacía maravillas con su apariencia. Si bien se lo podía considerar un hombre atractivo la mayor parte del tiempo, los rayos dorados del sol que caían sobre su cabello negro como la noche le conferían un aura aun más atrayente. Mary contuvo una sonrisa torcida al considerar que era una lástima que eso no le inspirara una emoción mayor y que solo fuera capaz de notar ese hecho con desapasionamiento. A Alexander le habría encantado saberlo.

—¿Le he dicho ya cuán agradecido estoy de que me haya invitado a acompañarla en esta excursión, señorita Browning?

Mary sacudió ligeramente la cabeza para concentrarse y asintió en dirección al señor Harding, que no había dejado de observarla durante buena parte de la mañana. Era impresionante que fuera capaz de apreciar la belleza de lo que los rodeaba pese a esa distracción.

—Es un placer para todos poder contar con su presencia —dijo Mary y sonrió mientras enfatizaba el hecho de que él no se encontraba ahí solo por su causa—. Espero que esté disfrutando de lo que ve.

—No puedo explicarle cuánto. —Sonrió sin dejar de observarla—. Aunque tal vez un día lo haga...

Mary simuló no comprender la insinuación y, mientras contenía un suspiro, se las ingenió para desviar la charla.

—Es una verdadera suerte que Penélope sugiriera este paseo con tanta insistencia, porque temo que luego habría resultado imposible organizarlo.

La frase dicha en tono de queja pareció conseguir el interés del caballero, que le dirigió una mirada de curiosidad.

—¿Por qué lo dice? —preguntó él.

—Esperamos la visita de un viejo amigo de la familia, el conde de Leicester —explicó ella.

El señor Harding asintió.

—Comprendo —dijo—. No tengo el gusto de conocerlo, pero lo he oído nombrar con frecuencia.

—Lord Leicester es un caballero encantador, pero no un amante de la naturaleza. —Mary esbozó una sonrisa afectuosa.

—De allí la imposibilidad de que hubiera aceptado formar parte de esta aventura —dijo el señor Harding con correspondida sonrisa—. Una lástima.

—Sin duda. Pero ello no opaca la alegría de la próxima visita de milord, claro.

—Por supuesto. Espero tener la oportunidad de conocerlo.

Mary asintió.

—Confío en que así sea —vaciló antes de continuar—. Es posible que lord Falmouth organice una cena en su honor y estaremos encantados de contar con usted. Además, lord Leicester vendrá con su sobrina, lady Amelia Buxton. Ella, al ser una joven acostumbrada a los entretenimientos de Londres, deseará contar con una vida social algo más activa de lo que se acostumbra aquí.

Un gesto de reconocimiento se dibujó en el rostro del señor Harding al oír lo último.

—Lady Amelia es una joven encantadora —dijo él.

Mary elevó las cejas en un gesto de sorpresa.

—¿La conoce? —preguntó con falso tono indiferente.

—Solo la he visto un par de veces en Londres, pero no hemos sido formalmente presentados.

—Ya veo. —Mary miró de soslayo hacia donde Alexander parecía sostener una seria conversación con la pequeña Beatrice para deleite de Emily—. Es muy hermosa, ¿no lo cree?

—Mucho. Se la considera una de las jóvenes más bellas de la ciudad —dijo el señor Harding y sonrió, seductor—. Desde luego, si usted se encontrara ahí, lady Amelia tendría que cederle ese título.

Mary rio, sabedora de que tan solo buscaba halagarla, pero lo poco que le agradaba la aludida la llevó a recibir las palabras con agrado.

—Eso es muy amable de su parte, señor Harding, pero poco sincero —continuó antes de que él pudiera insistir, tal y como vio en sus ademanes que estaba por hacer—: Descuide, no por ello me siento menos halagada.

La llegada de un muy entusiasmado Benedict zanjó cualquier intento del señor Harding por rebatir el comentario de Mary. El niño parecía haber abandonado todo rastro de seriedad, llevaba el cabello alborotado por el viento y las mejillas sonrosadas.

—Mary, ¿has visto cómo he cruzado ese riachuelo de un solo salto? Alexander dijo que él no se habría atrevido a mi edad —dijo él sin dejar de brincar.

Mary dio un vistazo sobre el hombro y se encontró con la mirada de Alex, que veía de uno a otro sin disimular una sonrisa divertida. Incapaz de contenerse, le sonrió de vuelta en un gesto rápido a fin de que el niño no fuera a creer que se burlaba de su proeza.

—Temo que no lo vi, pero lamento mi distracción porque es obvio que ha sido un espectáculo digno de aplauso... —empezó ella con el ceño fruncido y voz muy seria, como si se riñera a sí misma por el desatino.

Benedict sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Pierde cuidado —dijo él con tono indulgente—. Lo haré de nuevo.

Antes de que su tía pudiera agradecerle el gesto magnánimo, el niño ya estaba de vuelta sobre sus pasos, en dirección al mentado riachuelo. Esa vez Mary se concentró en no perder de vista los movimientos del niño. Luego de que repitió el acto, Benedict hizo una graciosa reverencia que todos los presentes festejaron con entusiastas aplausos. Luego, cada quien volvió a lo que hacían antes de la interrupción, de modo que Mary se encontró nuevamente con la mirada del señor Harding puesta en ella, lo que empezaba a incomodarla. Por lo general se le daba bastante bien ignorar o sobrellevar las atenciones de los caballeros, pero ese en particular resultaba especialmente insistente. Un tanto exasperada y temerosa de que esa situación continuara durante todo lo que restaba del paseo, forzó a su mente a pensar en algo y apenas consiguió contener una sonrisa cuando una idea acudió en su ayuda.

—Señor Harding, me gustaría pedirle un favor. Espero que no resulte demasiado complicado para usted, pero, si fuera así, le ruego que me lo diga —dijo de pronto en un tono que revelaba una tremenda urgencia.

El señor Harding frunció el ceño, sorprendido por ese abrupto pedido, y sobre todo por el hecho de que, por primera vez desde que se conocían, Mary se dirigiera directamente a él en busca de ayuda.

—Solo nómbrelo —respondió de inmediato y sin detenerse a pensar.

Mary esbozó una sonrisa beatífica.

—Verá... Estoy muy interesada en cierta variedad de rosa que crece en esta zona, sin embargo, desafortunadamente, me ha resultado imposible buscarla por mí misma. Temo por mi seguridad ya que es necesario descender unas pendientes para llegar hasta ella.—Mary se expresaba en tono vacilante, forzándose a mantener la vista baja.

—No diga más —interrumpió el señor Harding—. Solo señáleme dónde se encuentra y la tendrá pronto con usted.

Mary pestañeó, incrédula por lo rápido que había resuelto el problema.

—¿En serio? —carraspeó para adquirir un tono menos entusiasta—. Me refiero a que en verdad no deseo ocasionarle un incordio.

—Mi único incordio sería el de no poder satisfacer su pedido. Dígame en qué dirección debo ir y cómo es esta flor que desea.

Mary asintió.

—Bueno, es una rosa, como le dije, y su aspecto es bastante común, tiene pétalos rojos, pero es su aroma lo que encuentro más interesante. A decir verdad, solo me gustaría tenerla conmigo para estudiarla y ver qué tan viable sería su crecimiento en el invernadero de la mansión.

—Comprendo, creo que no tendré problemas en hallarla —asintió él con seguridad—. ¿En qué dirección debo ir?

Mary pensó con rapidez, intentaba recordar.

—Dirección. Sí, claro. —Ella miró de un lado a otro—. ¿Ve esa colina a unos cuantos metros de donde nos encontramos? Una vez que la haya atravesado, se encontrará con otra y... luego verá un campo abierto. En lo más alejado, si no recuerdo mal, se topará con una pendiente; a su derecha hay una zona de arbustos un tanto descuidados. Las rosas estarán ahí.

El señor Harding hizo un gesto de entendimiento que Mary no pudo dejar de encontrar sorprendente. ¿En verdad había comprendido algo de lo que le había dicho?

—Muy bien —contestó como un comandante que se prepara para la batalla—. Volveré pronto.

—Señor Harding...

El caballero, que se alejaba ya, miró sobre su hombro con expresión interrogante. Mary contuvo un suspiro. Empezaba ya a sentirse un poco culpable por la descabellada idea, pero era muy tarde para arrepentirse. La mirada anhelante del hombre solo ayudó a darle el último empujón que necesitaba.

—Suerte, señor Harding, y muchas gracias.

Él asintió y retomó el paso con rapidez. Unos minutos después había atravesado la colina y se perdió de vista. Mary se quedó ahí hasta que no pudo verlo y exhaló un suspiro mezcla de alivio y culpabilidad.

—Debería darte vergüenza —rezongó para sí, dividida entre alegrarse o correr tras él y disculparse.

—¿Debería? Me pregunto a qué se debe semejante pensamiento y, aun más, si quiero saberlo.

Mary dio un brinco al oír esa voz surgida de la nada que resonó cerca de su oído. Frunció el ceño al encontrarse con el rostro de Alexander que la observaba a su vez con una expresión cargada de regocijo.

—Deberías colgarte un cascabel al cuello —replicó ella con poca amabilidad—. No te oí llegar.

—Aunque me encantaría atribuirlo a mi andar sigiloso y elegante, temo que no es posible —dijo Alex y se encogió de hombros—. Simplemente estabas demasiado distraída para notarlo. Pero no has respondido a mi pregunta.

—Y no pienso hacerlo —soltó Mary sin dudar.

Él mantuvo la sonrisa.

—Según entiendo, se debe a que se trata de un secreto vergonzoso. ¿Qué crueldad has cometido y por qué sospecho que está relacionado con el hecho de que el señor Harding haya corrido a fingir ser escalador de colinas?

Mary lo fulminó con la mirada, incómoda porque él hubiera conseguido adivinar con tanta rapidez sus actos, pero decidida a no reconocerlo.

—El señor Harding me hace un favor por lo que agradecería que no te burlaras de él —pidió con tono frío.

—Porque tú ya lo haces lo suficiente —replicó Alex sin dudar.

—Alexander... —Ella mordió las palabras y lo miró con furia.

Él debió de haber notado que empezaba a tentar su suerte, de modo que hizo una reverencia y sonrió sin rastro de burla.

—Paz —pidió al tiempo que extendía una mano con gesto galante—. En tanto tu entusiasta compañero regresa, ¿permitirás que te escolte? La señorita Lowell y los niños no dejan de hacer preguntas acerca de la abadía y las plantas que crecen ahora entre sus restos. Temo que no tengo idea de qué responder, así que he venido en busca de la maestra.

Mary, más aplacada, miró en la dirección que él le señalaba y se encontró con el grupo reunido bajo un arco medio derruido y entre cuyas piedras crecían una gran variedad de plantas y flores silvestres que identificó de

inmediato. Con un suspiro rendido y una sonrisa divertida, tomó la mano de Alexander e ignoró el escalofrío que le recorrió la piel ante el contacto, incluso a través de los guantes.

—Creo que puedo hacer eso —aceptó con una rápida mirada.

Tal vez no fuera una buena idea después de todo; al parecer no conseguía dar con una sola en lo que iba del día, porque al encontrarse con los ojos de Alexander sintió que un suspiro escapaba de su pecho y la sonrisa se esfumó de los labios. ¿Por qué se exponía a ese dolor una y otra vez?

Lord Cahill no pareció darse cuenta de lo que ella pensaba, o tal vez sí, pero su expresión solo reveló una sonrisa satisfecha.

—Perfecto.

Alexander le sostuvo la mano con firmeza y se dirigieron hacia el grupo, que los vio llegar con similares muestras de deleite. Solo entonces Mary se permitió soltarle la mano con discreción. Ignoró la sensación de pérdida y empezó a hablar sin esperar preguntas, de pronto entusiasmada con la idea de compartir lo que sabía, y satisfecha por la emoción de sus sobrinos mientras les hablaba de la historia de la abadía, los monjes que la habitaron en su momento y cuán importante había sido dentro del panorama religioso de la nación. Les contó del posterior abandono y deterioro; de cómo, a su parecer, había pasado a convertirse en un centro casi mágico de historia y recuerdos que, si se lo trataba con la reverencia merecida, estaba dispuesto a compartir sus muchos secretos. Atisbaron entre los restos de las edificaciones al tiempo que inventaban historias truculentas acerca de lo que podría haber ocurrido en ellas a lo largo de los siglos, así como las razones por las que fue abandonada de forma tan precipitada. Los niños jugaron bajo la supervisión de la madre, que parecía tan entusiasmada como ellos, lo que emocionó a Mary, ya que Emily era por lo general muy contenida y discreta. Verla jugar y reír como una niña más le arrancó más de una sonrisa de alegría y no le sorprendió que Alexander se mostrara igual de emocionado que ella al verla. Ambos le prodigaban un afecto rayano en la adoración.

Recogieron plantas que Mary sostuvo que serían muy útiles para la cocinera de la mansión y algunas otras que deseaba llevar al invernadero para su estudio. Para cuando repararon en la hora, vieron que era muy tarde ya y la oscuridad caería en cualquier momento sobre ellos.

—¿No has deseado alguna vez que un momento dure para siempre? — Alexander hizo la pregunta en voz muy baja, solo para ella, en tanto Emily iba en busca de los niños para iniciar el regreso.

Mary lo miró de reojo y retiró la mirada de inmediato. No podía soportar que la viera como hacía en ese momento. Dolía demasiado.

—A veces, supongo. Como tú ahora —reconoció tras vacilar mientras rehuía la mirada.

Él, por el contrario, no la despegaba del rostro de la muchacha.

—Sí, como yo ahora —aceptó con una pequeña sonrisa y expresión pensativa—. Es una sensación muy familiar; lo pienso siempre que estoy contigo.

Mary juntó las manos sobre su pecho.

—¿Por qué dices cosas como esa? —preguntó en tono suave.

—¿Cómo cuáles?

—Sabes a qué me refiero.

—Sí, la verdad es que sí. —Él asintió con un suspiro—. Supongo que no puedo evitarlo, las palabras salen de mis labios antes de que pueda detenerlas. Tienes ese efecto en mí.

Mary apretó los labios con fuerza y guardó silencio por un momento, con la vista fija al frente. Cuando volvió a hablar, la voz le surgió contenida y giró la cabeza para mirar a Alexander a los ojos.

—¿Ya te enteraste? —preguntó ella.

La abrupta pregunta pareció sorprenderlo, porque la miró con el ceño fruncido y expresión curiosa.

—¿De qué?

—De la visita de lord Leicester y lady Amelia. Llegarán esta semana.

Alexander hizo un gesto de entendimiento.

—Oh, sí. John me lo dijo esta mañana —replicó tras asentir y verla con interés—. No pareces muy contenta.

Mary se encogió de hombros, sin responder, gesto que él apreció con sonrisa irónica.

—¿Se debe a lo que mencionaste acerca de lady Amelia? ¿Qué sabe acerca de...? —insistió.

Ambos estaban seguros de que eso no era lo único que la molestaba en realidad, pero ella se aferró a esa excusa con desesperación.

—Sí, eso creo, pero también sé que soy injusta. Puedo estar equivocada y, aun cuando no fuera así, lady Amelia no ha dado motivos para que me resulte antipática —dijo con palabras que le salieron con dificultad.

Alexander alzó una ceja en señal de desconcierto.

—De modo que has cambiado de opinión —comentó él.

—Solo quiero hacer las cosas más sencillas para ti —replicó ella al tiempo que lo miraba de reojo.

—No comprendo a qué te refieres con eso.

—Creo que está claro. Si tú y lady Amelia... —Mary vaciló—. No quiero ser la causa de ningún problema entre ustedes.

—Asumes demasiado —replicó él de inmediato con cierta sequedad.

—Solo procuro pensar en el futuro.

—Nunca te ha importado mucho el futuro, Mary.

—Bueno, no el mío, eso no ha cambiado; es al tuyo al que me refiero. Mereces un buen futuro.

Alexander se llevó una mano al cabello en gesto de desesperación.

—No merezco nada que no puedas tener también —dijo al fin muy seguro.

Mary esbozó una sonrisa triste.

—Eso es muy amable de tu parte, pero sabes que no es del todo cierto. —Ella lo interrumpió antes de que pudiera refutar esa afirmación, como sabía que estaba a punto de hacer—. Creo que debemos ir en busca del señor Harding, ha tardado demasiado y no podemos regresar sin él.

Alexander masculló entre dientes, y Mary no pudo comprender lo que dijo, pero no tuvo tiempo para preguntar, porque Beatrice se acercó a ellos con paso apurado, tan rápido como le daban las piernas, seguida de cerca por su hermano mayor, que tenía serios problemas para mantener el paso. Emily y Penélope iban unos metros detrás. La primera llevaba a la pequeña Catherine de la mano, seguidas por la diligente niñera, que cargaba toda clase de objetos entre las manos y resoplaba entre un paso y otro.

—¡Mary! —exclamó Beatrice mientras ignoraba a los demás—. ¿Ese que viene ahí no es el señor Harding? Lo vimos desde lo alto, pero creo que tú no te diste cuenta. Nunca vi a nadie bajar colinas tan empinadas sin usar las manos.

La joven miró en la dirección que la niña señalaba y sintió cómo un brutal ramalazo de arrepentimiento la golpeaba sin piedad. El señor Harding, que parecía haber perdido la chaqueta, daba torpes zancadas para bajar la colina en dirección a ellos y evadir los obstáculos en su camino sin usar las manos, tal y como había mencionado Beatrice. No lo hacía porque las tenía ocupadas, desde luego. Acunaba contra el pecho un bulto que, en un primer momento, le pareció un montón de tierra, pero, al mirar con mayor atención, descubrió que unas flores asomaban entre las manos cerradas.

—¡Oh, Dios! ¡Las encontré! —dijo Mary sorprendida sin dirigirse a nadie en particular.

Los niños corrieron hacia él, jubilosos sin conocer el motivo de esa impresionante llegada y un tanto divertidos por el aspecto del hombre. Mary no se movió, aún consternada, pero la voz de Alexander llegó a su oído con claridad, Habría estado encantada de golpearlo con algo.

—Creo que estabas en lo cierto, Mary —dijo él con voz risueña—. Debería darte vergüenza.

Ella renunció a la idea inicial de golpearlo, pero le dirigió una mirada furibunda y pudo escuchar la risa en tanto caminaba en dirección al señor Harding.

Grandísimo tonto.

\* \* \*

La casa bullía en actividad el día señalado para la llegada de lord Leicester y su sobrina. Si bien Falmouth Manor se conducía con la precisión de un reloj suizo, en gran medida gracias a la mano de hierro del ama de llaves, la señora Brown, en atención a los visitantes casi todos los miembros de la familia se

volcaron a contribuir en esa ocasión especial. No era un secreto que lord Falmouth consideraba al conde de Leicester como un segundo padre; mencionaba con frecuencia cuánto lo apreciaba y, más allá de las diferencias, que las había, era notorio el afecto que ambos hombres sentían el uno por el otro. En consideración a la importancia de esa visita, Emily, en particular, estaba decidida a que la estancia del invitado resultara tan agradable como fuera posible. Y, si bien en otras circunstancias Mary hubiese estado encantada de ayudar, los profundos recelos que tenía hacia lady Amelia la empujaron a mantenerse al margen.

Pasó buena parte de la mañana, como siempre, en el invernadero, ocupada con las plantas y con la excelente excusa de estudiar el ejemplar conseguido por el señor Harding en la última excursión. Poco antes del mediodía comprendió que, de continuar aislada, terminaría por ser considerado un gesto infantil, de modo que regresó a la casa; sin embargo, en lugar de reunirse con el resto de la familia prefirió retrasar el momento hasta la hora en que los llamaran al almuerzo y, mientras tanto, se dirigió a una de sus habitaciones favoritas.

La sala de música era el más grande orgullo de su hermana. Emily, siempre discreta y poco presta a cambios bruscos, optó por no intervenir más allá de lo necesario en la distribución y orden del nuevo hogar como condesa de Falmouth cuando asumió esa posición. Ella mencionaba con frecuencia que, si la casa era considerada como una de las más bellas de la campiña inglesa mucho antes de su llegada, haber interferido en su manejo habría sido un desatino. Mantenía excelentes relaciones con los miembros de la servidumbre, que la apreciaban y respetaban sinceramente, y eso contribuía a llevar una agradable vida familiar. Sin embargo, en consideración a su gusto por la música, y en gran medida también debido a lo mucho que Mary disfrutaba de tocar al piano, decidió hacer algunos arreglos en la habitación dispuesta para albergar las veladas musicales.

El lugar era hermoso, sin duda, aunque en su opinión mantenía una añeja atmósfera lujosa en extremo e incluso intimidante que le impedía brindar el ambiente agradable que relacionaba con una estancia en la que se debía de

compartir algo tan mágico y llano como consideraba a la música. De modo que se encargó de descartar algunos muebles ostentosos, optó por otros más sencillos, pinturas escogidas con cuidado y buen gusto de la mano del mismo lord Falmouth, que apreció los cambios y respetó, sin dudar un instante, el gran piano que dominaba la estancia.

Tan pronto como se hicieron las reformas, arregló todo para que el maestro de música de Alexander se encargara también de pulir las dotes de Mary: el resultado no pudo ser más satisfactorio. El talentoso francés, un hombrecillo parco y poco presto a los halagos, que exudaba frustración frente al poco interés mostrado por Alexander durante sus lecciones, se deshacía en lisonjas ante Mary. En su opinión, y lo mencionó con frecuencia hasta su último día de clase, la señorita Browning poseía las condiciones para dedicarse a la música de forma profesional, consejo que todos los miembros de la familia descartaron de inmediato, lo mismo que Mary, ya que no se veía capaz de interpretar una sola pieza frente a un público mayor que los pocos familiares y amigos cercanos que asistían a las veladas musicales en Falmouth Manor.

De todo modo, sin dudas, la música corría por sus venas y, después de su gusto por la jardinería, ocupaba un lugar muy importante en su vida diaria. Procuraba practicar al menos una hora al día sin falta, de ser posible en privado, a menos que tocara para su hermana y el conde cuando ellos se lo pedían. Era, además, un refugio más discreto y a la mano que ocultarse en el invernadero cuando deseaba estar a solas. Como esa mañana en que consiguió escabullirse en el salón y permitir que la tensión y las preocupaciones de los últimos días abandonaran su cuerpo a través de los dedos mientras tocaba con toda la pasión y sensibilidad que procuraba ocultar en público.

Escogió unas partituras propias para ejercitar sus habilidades y así pasó casi una hora, con la mente libre y su espíritu relajado, como le ocurría con tan poca frecuencia. Habría podido seguir sin pausa, y se encontraba a la mitad de una pieza particularmente complicada, cuando un discreto carraspeo la obligó a detenerse y levantar la mirada.

Su gesto no reveló todo lo que sintió al ver a Alexander en el umbral de la puerta, con los brazos cruzados a la altura del pecho y la vista fija en ella. Sonreía con ojos brillantes, como siempre que la oía tocar.

—¿Tocarías para mí? —preguntó él en cuanto se vio descubierto.

Mary sacudió la cabeza de un lado a otro, nada sorprendida por el brusco pedido.

—Estaba tocando hasta que me interrumpiste —le hizo notar con una ceja alzada.

Él sonrió aún más.

—No para mí.

Mary suspiró, rendida, pues sabía que no podría negarse a su pedido.

—¿Hace cuánto que estás ahí? —inquirió ella entonces.

—Lo suficiente.

Él se dirigió hacia ella y señaló el taburete en el que estaba sentada al llegar a su lado.

—¿Puedo?

Mary dudó solo un segundo antes de asentir. Tenía los hombros tensos y la postura revelaba esa incomodidad.

—Claro —dijo y mantuvo una expresión seria—. ¿Qué deseas que toque?

—Lo que prefieras, solo quiero oírte. Lo que toques será hermoso.

—No soy tan buena —dijo ella mientras tocaba unas notas y lo miraba de reojo.

Alexander se había dejado caer a su lado con descuido; de haber extendido una mano, hubiese podido tocarla, pero no fue eso lo que hizo. En lugar de ello, apoyó la cabeza en las manos sobre el piano de modo que su postura no incomodara a Mary durante la ejecución y cerró los ojos.

—Lo eres —respondió él y ladeó apenas la cabeza para mirarla con una amplia sonrisa—. Y lo sabes.

Mary ignoró la burla, suspiró y sonrió a su vez, imbuida de una sensación agradable que inundó su pecho.

Había algo en la sonrisa de Alexander, en el brillo travieso de los ojos y la postura despreocupada que acostumbraba a adoptar que le transmitían una enorme sensación de paz. Nada podía ir mal si él se encontraba cerca, a su lado. Los demonios del pasado se mantenían a raya como si la oscuridad no pudiera tocarla porque se encontraba protegida por la luz que él irradiaba, incluso en los momentos más difíciles. Ella lo amaba por eso. Por eso y mil razones más que hubiera podido enumerar de no encontrarse encerradas a cal y canto en lo más profundo de su corazón.

Como le ocurría siempre que se enfrentaba a los propios sentimientos y permitía que el corazón batiera alas libremente, se regañó sin piedad, mientras fruncía el ceño. Era el peor momento para pensar en eso, no con él ahí.

—¿Mary?

Alexander la veía con preocupación, la sonrisa se había esfumado del rostro; ella debió hacer un esfuerzo por parecer despreocupada.

—Vamos a probar con algo de Mozart, ¿sí? Pero abreviaré, o Emily nos reñirá si llegamos tarde al salón —dijo ella con tono divertido.

Alexander pareció dispuesto a contrariarla e insistir, pero debió adivinar que ella no le diría la verdad, porque hizo una mueca y sacudió la cabeza. Sin decir nada más, volvió a cerrar los ojos y suspiró.

Mary tocó como lo hacía siempre para él. Con pasión y sin ocultar nada. Era la única forma en que se atrevía a expresar todo lo que sentía por Alexander. Ninguna palabra hubiese podido decir más que las notas que surgían de esos dedos o la expresión de ese rostro cuando cerraba los ojos y permitía que las emociones tomaran el control. Habría deseado que ese momento durara para siempre, que el tiempo se detuviera y permanecieran ambos precisamente así. Juntos, a un leve roce de distancia y cada uno perdido en sus pensamientos con la certeza de que era el otro quien habitaba en ellos. Pero no era posible, claro, e incluso a través de la niebla que le confundía la sensatez, Mary oyó el sonido del reloj y un alboroto en la puerta principal, signo de la llegada de los visitantes; entonces detuvo bruscamente la ejecución. Luego dejó caer las manos sobre la falda y mantuvo la rígida postura, muy quieta y sin atreverse a abrir los ojos. No lo hizo siquiera cuando sintió un suave roce en su perfil.

—Gracias. —Alexander habló muy cerca de su oído—. Sabía que sería hermoso.

Solo entonces Mary se atrevió a abrir los ojos y, al hacerlo, se encontró con aquel rostro añorado a solo un palmo de distancia. Él había extendido una mano para posarle los dedos sobre la mejilla; una caricia delicada como el aleteo de una mariposa.

—Han llegado —dijo ella en un susurro.

Él no varió su expresión. Por el contrario, le deslizó uno de los dedos por los pómulos hasta subir al arco de la ceja y delineó la suave curva del párpado con ademán concentrado.

—No duermes bien —dijo.

Mary suspiró y negó con la cabeza.

—Esperaba que esas ojeras no fueran demasiado obvias; no quiero verme mal frente a nuestros visitantes —dijo con tono despreocupado.

Alexander, sin embargo, no recibió con gusto la ligereza y frunció el ceño.

—¿Aún tienes pesadillas? —preguntó él con cuidado y preocupación.

Mary apretó los labios, un poco fastidiada por ese comentario. Él lo sabía, claro. Siempre lo sabía.

—En ocasiones —respondió ella, vaga—. Solo cuando tengo un día agitado, y coincidirás conmigo en que ayer fue uno de ellos.

—Mary...

—No es algo por lo que debas preocuparte, Alex. Yo no lo hago.

Él sujetó entre los dedos un mechón de cabello que le caía sobre la frente.

—No pretenderás que te crea —dijo con voz de entendido—. Recuerdo a una niña a la que consolaba en medio de la noche.

Mary ladeó el rostro para deshacer el agarre con suavidad.

—Cierto. Esa niña que siempre agradeció tus cuidados ya no existe —replicó tajante.

—Tampoco puedo creer eso.

—Esa es tu decisión.

Ella se puso de pie con un movimiento brusco y cerró la tapa del piano sin mirarlo. Luego se dirigió a la puerta con paso apurado al tiempo que alisaba el vestido con rabia.

—Debemos reunirnos con los otros para recibir a lord Leicester y su sobrina —dijo apenas por sobre el hombro.

Alexander permaneció en la misma posición; muy quieto y con los ojos puestos en la figura de la joven. Sin atreverse a decir nada más, sin embargo, ella se marchó y lo dejó a solas.

## CAPÍTULO IV

Lady Amelia Buxton era, tal y como el señor Harding había señalado con tanta elocuencia, una joven extraordinariamente bella. Resultaba sencillo ver por qué se la consideraba una de las jóvenes más resaltantes de la temporada londinense. Con un sedoso cabello rubio que peinaba a la moda, un cutis perfecto y unos brillantes ojos azules, su presencia podía quitar el aliento. Su conducta, además, resultaba tan amistosa y afectada la mayor parte del tiempo, que no era de extrañar que quienes la conocieran cayeran a sus pies. Ese no era, desde luego, el caso de Mary, pero, desafortunadamente para ella, no dejaba de ser una aislada excepción. Su hermana Emily, lord Falmouth e incluso los niños la encontraban agradable. El caso de Alexander era, cuando menos, especial.

Cuando lord Leicester y lady Amelia llegaron a Falmouth Manor, fueron recibidos en las escalinatas de la mansión por los condes y Alexander, mientras que Mary y los niños se mantuvieron en un segundo plano. Ella intentó ver con discreción en la conducta de Alex cuáles podían ser sus reales sentimientos hacia esa visita, pero él no se mostró muy expresivo, lo que – llevada Mary por el conocimiento del carácter de lord Cahill–, descubrió para ella más de lo que ocultó respecto de lo que deseaba saber. Sin duda consideraba la posible oferta de lord Leicester para casarse con lady Amelia; de otra forma, él no se habría encontrado en primera fila para recibirla ni se habría mostrado tan solícito al tenderle el brazo para escoltarla a la casa. La idea consiguió que el corazón de Mary empezara a latir con fuerza y tuvo que sujetarse las manos detrás de la espalda para ocultar un temblor delator. Sabía que iba a ocurrir, tenía que ser así. Pero eso no hacía que fuera menos doloroso.

Con un suspiro de resignación, sin embargo, y sin permitir que el rostro develara lo que en verdad sentía, los siguió hasta el vestíbulo con el pequeño consuelo de verse tratada con sincero afecto por lord Leicester, quien preguntó por sus actividades, alabó su apariencia y, tal y como hacía con frecuencia, sugirió una nueva visita a Londres a fin de que disfrutara de los aires de la gran ciudad, como él la llamaba. Mary recibió la invitación con una sonrisa y unas palabras de agradecimiento sin profundizar demasiado en la posibilidad. La idea de visitar Londres la tentaba, sin duda, pero no veía en el horizonte la posibilidad de concretarla en el corto plazo. Y, con seguridad, dudaba de que fuera algo a disfrutar en compañía de alguien como lady Amelia, por ejemplo. La joven noble que oía la charla con interés, pese a que caminaba algunos pasos delante de su tío y la muchacha, giró la cabeza para mirar por sobre el hombro con una pequeña sonrisa carente de afecto dirigida a Mary.

—Debe venir, señorita Browning; lo disfrutará —comentó—. Además, podremos encontrar a unos cuantos candidatos para usted.

Alexander apretó los labios al oírla, pero no dijo nada, solo continuó el camino hacia el interior de la casa y, cuando se encontraron en el gran salón, una de las habitaciones más formales de la mansión, donde acostumbraban recibir a sus invitados, los invitó a sentarse con la venia distraída de John, que había iniciado ya una charla reservada con lord Leicester. Mary no respondió hasta que se sentó en un sillón bajo la ventana, al lado de Benedict y Beatrice, que habían recibido el permiso materno para acompañarlos hasta que la niñera los buscara.

—Es muy amable de su parte, lady Amelia, pero no he contemplado un viaje a Londres —dijo ella con una sonrisa formal.

—Pero debe hacerlo ahora. La temporada está por culminar, claro, pero ya que no parece usted muy entusiasta por formar parte de ella, sin duda se sentirá más cómoda —insistió la joven—. Conozco a muchas personas que estarían encantados de conocerla. No es apropiado que lo mencione, pero ya

que somos todos conocidos aquí, puedo tomarme la libertad de decir que sé de caballeros muy agradables que estarían encantados de tratar a una joven como usted.

Mary dio una rápida mirada alrededor para comprobar cómo habían tomado los demás ese comentario. Mientras que lord Leicester y John parecían del todo inmersos en su charla, un poco alejados del resto, Emily y Alexander veían a lady Amelia con similares muestras de discreto asombro. Era poco usual que se hablara abiertamente de ese tema, incluso en la intimidad familiar, en especial porque todos conocían la rígida postura de Mary al respecto. Ella, sin embargo, no se dejó intimidar y mantuvo una expresión calmada.

—Agradezco sus palabras, milady, pero, como le dije, no creo que sea posible. De cualquier forma, estoy segura de que esos caballeros encontrarán distracciones mucho más agradables que tratar con una joven del campo con poco que aportar a sus interesantes vidas.

—Se subestima, señorita Browning; precisamente comentaba a lord Cahill que nunca la vi más interesante que esta mañana. —Lady Amelia miró a Alexander con una sonrisa cómplice que revelaba un profundo interés—. ¿No es verdad, milord?

Alexander no respondió de inmediato, pero, por su expresión, fue evidente que no tomó la pregunta con agrado. No le gustaba que se hablara abiertamente y con tanta frivolidad de lo que le inspiraba Mary, aun cuando fuera hecho por una persona que no tuviera idea de lo profundos que eran sus sentimientos.

—Lo es, sí, y recuerdo haber mencionado que estaba de acuerdo, si bien tengo que reconocer que ese es un rasgo común en la señorita Browning — respondió al fin, sin ver a una ni otra; su voz delató cierto fastidio.

Mary sonrió agradecida y pensó con rapidez en un cambio de tema, no solo por su propia incomodidad sino porque supuso que, si lady Amelia insistía, Alexander terminaría por hacer un comentario aun más ácido, y no deseaba ser causa de cualquier fricción entre ellos. Pero no tuvo tiempo de hilvanar alguna banalidad, porque Benedict se adelantó en el asiento tras dar una mirada alrededor con semblante pensativo.

—Creo que lady Amelia se refiere a caballeros como el señor Harding —susurró a su hermana con discreción, pero no la suficiente para que no lo oyeran los demás.

La condesa frunció el ceño y, a continuación, elevó una ceja, gesto que el niño tomó como una reconvención, por lo que se mostró de inmediato arrepentido, pero fue muy tarde, porque lady Amelia entrecerró los ojos, encantada ante esa información.

—¡Qué adorable! ¿Se refiere acaso al señor Harding, pariente de los Lowell? Porque si es así, creo haberlo visto en Londres —dijo ella con una sonrisa encantada.

Emily se adelantó antes de que Mary atinara a responder.

—Los Lowell viven cerca de aquí, son nuestros vecinos, y el señor Harding se hospeda con ellos. Desde luego, nos visita a veces y es bien recibido —dijo con cierta cortedad y sin sonreír.

Lady Amelia pareció comprender que un nuevo comentario suyo al respecto no sería bien recibido, por lo que asintió, comprensiva y dirigió una sonrisa encantadora a Alexander, que había permanecido en silencio.

—Espero poder conocerlo —dijo para luego agregar—: Lord Cahill, no olvide que prometió llevarme a dar un paseo por ese lago que tanto parece apreciar. Ahora me encuentro muy cansada por el viaje, pero no le perdonaré si no vamos mañana.

Al oírla, Mary elevó la cabeza como si acabaran de pincharla con un alfiler y buscó la mirada de Alexander. ¿El lago? ¿Su lago?

—Desde luego —respondió sin mirarla, atento a la sonrisa de lady Amelia—. Iremos mañana.

—¿Podemos ir también? —Benedict hizo la pregunta antes de que su madre pudiera detenerlo.

Alexander asintió de inmediato.

—Claro que pueden venir. —Sonrió en dirección al niño y su hermana al tiempo que ignoraba el gesto de desaprobación de la visitante—. Podemos ir todos.

—Al parecer tenemos una nueva excursión en el horizonte... —Emily miró a Mary con expresión cautelosa.

Ella, sin embargo, no pareció compartir el interés porque hizo un gesto con las manos para restar importancia a la invitación.

—Lo siento, pero no podré acompañarlos. El señor Harding prometió visitar el invernadero para ver mis avances con las rosas que encontré para mí y posiblemente nos tome toda la mañana; está muy interesado en la jardinería.

Un sonoro resoplido llegó a ella, pero no tuvo tiempo para reaccionar de forma apropiada. Alexander ya se había puesto de pie con un movimiento enérgico mientras carraspeaba al mostrar una sonrisa burlona en los labios.

—Estoy seguro de que el señor Harding disfrutará de la lección. Es más, no me extrañaría saber que su latín es excelente.

Pese a las palabras, no hubo alteración en su voz, por lo que pudo tomarse como un comentario carente de malicia, salvo por Mary, que lo veía con los ojos entrecerrados.

El mayordomo llegó a anunciar que el almuerzo estaba servido y la réplica murió en sus labios, lo que fue una suerte, porque sin duda no hubiese sido nada amable. Lord Falmouth y lord Leicester, que hasta entonces no habían dejado de charlar y prestado poca atención a lo que sucedía alrededor, cesaron la conversación y se pusieron de pie para acompañarlos al comedor. John cedió el brazo a Emily; el anciano caballero hizo lo propio con Mary. Ella no pudo dilucidar si fue una muestra de atención exquisita o si deseaba asegurarse de que Alexander fuera con su sobrina; de cualquier forma, no era algo que le importara mucho en ese momento. Los niños se marcharon con la niñera a un aviso de su madre y, de pronto, Mary se vio en medio de una charla que juzgó vacía y dominada por lady Amelia, que, sin duda, sabía cómo conseguir que la conversación no decayera: ejemplo de que sería una anfitriona perfecta. La idea la atravesó como una flecha.

Por primera vez, anheló la presencia del señor Harding con desesperación.

\* \* \*

—Es tal y como le digo, señorita Browning. Nunca lo hubiese imaginado, pero me encuentro fascinado; no sé por qué no lo hice antes: es un entretenimiento extraordinario.

Mary contuvo una sonrisa a duras penas y observó cómo el señor Harding examinaba una rosa con interés de fisonomista: rozaba los pétalos con excesivo cuidado y los ojos entrecerrados, como si de pronto hubiese recordado las palabras de Mary respecto de la vida que habitaba en ellas y quisiera comprobarlo con sus propios ojos.

—Me complace saber que lo encuentra interesante, temía que se aburriera con rapidez —comentó ella mientras prestaba nuevamente atención a las anotaciones.

—¿Aburrirme? ¿Con usted a mi lado? Eso es imposible —replicó él con galantería.

—Ese es un nuevo halago poco sincero, señor Harding, pero, una vez más, lo acepto con mucho gusto.

Mary arrugó un poco la nariz al notar un error en los informes y procedió a subsanarlo, abstraída de golpe por las palabras. El señor Harding tuvo el tacto necesario para no insistir en la charla y esperó pacientemente a que ella terminara y volviera la atención a él, lo que hizo solo unos minutos después.

—Si le parece bien, podría dar un vistazo a mis anotaciones para que se familiarice con algunos términos e incluso le aconsejaría que lleve con usted algunos especímenes. Los Lowell tienen un hermoso invernadero en su propiedad y no dudo de que estarían encantados de albergarlos.

La voz de Mary surgió con facilidad, carente de malicia; era la misma que utilizaría para brindar un consejo a alguno de sus sobrinos, desapasionada y práctica. El señor Harding, sin embargo, pareció tomar esas palabras como el más grande halago que podría recibir.

—Me honra con su confianza, señorita Browning y, sobre todo, también con la amabilidad de compartir sus conocimientos.

Mary recibió el comentario con una sonrisa amable.

—Lo hago con mucho gusto, señor, pues no es habitual encontrar un público tan entusiasta.

—Me cuesta creer que cualquier persona no experimente lo mismo que yo al oírla.

—¿Y qué sería eso? —preguntó Mary, pese a sospechar lo peligroso de la respuesta.

—Una absoluta fascinación, desde luego —respondió él con voz grave al tiempo que buscaba su mirada.

Mary sonrió, azorada y volvió la atención a los apuntes, incómoda mientras se regañaba mentalmente por la imprudencia. En consideración de que estaban en el campo y el señor Harding era ya un visitante conocido para la familia, se encontraban a solas en el invernadero, pero Mary comprendió que tal vez no hubiera sido una idea muy inteligente. El señor Harding la veía de una forma que empezaba a ponerla nerviosa e incómoda.

—Usted debería comentárselo a los niños, no consigo que guarden silencio durante más de cinco minutos cuando están por aquí —replicó ella con descuido y voz divertida.

—No puedo imaginar por qué —sonrió en un gesto perturbador—. Debemos achacarlo, asumo, a su extrema juventud.

—¿No es acaso la juventud responsable de tantas cosas? —Mary se encogió de hombros—. Pero en este caso, le aseguro que mis sobrinos son del todo inocentes. Puedo ser muy aburrida cuando me exployo en mis gustos: no tengo problema en reconocerlo.

—Como dije, no lo es para mí.

—Y yo agradezco nuevamente esa deferencia. Ahora, si es tan amable, ¿podría acercarme ese pote de tierra en lo alto del armario?

El señor Harding se apresuró a cumplir el pedido, y Mary exhaló un leve suspiro de alivio, al tiempo que pensaba con desesperación en una excusa para librarse de él. El rumbo de la conversación iba por un camino peligroso y no veía con claridad cómo escapar. Sin duda que ahí no cabía la posibilidad de enviarlo a una peligrosa misión a un destino desconocido en busca de rosas ficticias.

—Perfecto. Muchas gracias. —dijo en cuanto el hombre dejó el recipiente sobre la mesa de trabajo—. Ha hecho ya mucho por mí hoy, señor, los Lowell deben de encontrarse consternados porque les arrebató a su huésped con tan poca consideración.

El caballero la estudió con una mirada insondable, como si en su interior comprendiera las intenciones y se alistara para hilvanar algún comentario que descartara esa posibilidad. Debió llegar a una decisión opuesta, sin embargo, porque esbozó una sonrisa afectada y asintió de mala gana.

—Los Lowell jamás pensarían tal cosa, señorita; dicen con frecuencia cuán afortunado soy de contar con su amistad. Pero sí, he pasado mucho tiempo aquí y tal vez sea momento de que me marche.

Mary sonrió, muy formal. Contrariamente a lo que supuso, esas palabras no le inspiraron la tranquilidad que esperaba; había algo en el rostro del hombre que, por el contrario, le aumentó la inquietud.

—¿Se llevará los ejemplares que le ofrecí? —preguntó ella mientras procuraba no parecer muy animada.

—Si insiste.

Mary sonrió en respuesta y le hizo un gesto para que esperara en tanto ella iba a buscar al ayudante del jardinero para que preparara lo indicado. Cuando volvió, lo encontró de espaldas a la entrada, con los brazos caídos a los lados y una postura muy erguida, como si su cuerpo fuera presa de una fuerte tensión. Dudó antes de acercarse: había algo en él que le provocó el absurdo deseo de dar media vuelta y alejarse como alma que lleva el diablo, pero se contuvo y, sin dar un paso en su dirección, carraspeó con suavidad. Al oírla, el señor Harding giró, y Mary pudo percibir —más que ver— cómo sus miembros se relajaban y una sonrisa artificial se dibujaba en los labios.

—El jardinero se encargará de que las plantas le sean enviadas a casa de los Lowell con mis instrucciones para cuidarlas, señor; las tendrá con usted esta tarde —dijo ella con algo de distancia.

—Gracias —asintió—. Espero no ocasionar ningún desastre y ser merecedor de su confianza.

—Sin duda así será.

—Ahora debo irme. ¿Será tan amable de acompañarme a los lindes del jardín? Regresaré a casa de los Lowell andando.

Mary frunció levemente el ceño. Aunque la residencia de sus vecinos se encontraba a escasa distancia, no dejaba de ser un buen trecho. Era la primera vez que el señor Harding mencionaba el deseo de hacer el camino a pie. Sin embargo, se guardó sus opiniones y sonrió mientras asentía.

El señor Harding se mostró agradecido y la precedió al tiempo que señalaba la salida del invernadero, y ella lo siguió con gusto. Una vez afuera, el aire le golpeó el rostro. Mary lo aspiró con todas sus fuerzas mientras sentía cómo le inundaba los pulmones y aligeraba la mente; no había reparado hasta entonces cuánto lo necesitaba.

Recorrieron el camino en silencio, roto apenas por algunos comentarios respecto al clima y la naturaleza, que Mary habría encontrado interesantes en otras circunstancias y otra compañía, lo que reconoció para sí con cierta cuota de culpa. Respondió la mayor parte de los comentarios del señor Harding con monosílabos y la razón estaba muy clara para ella. Tenía la mente muy lejos de ahí, se preguntaba si Alexander y los demás habrían regresado ya de su paseo, indecisa acerca de qué hacer una vez que el señor Harding se marchara: si regresar al invernadero o ir a la casa, pero obtuvo la respuesta pronto y de la peor manera que hubiera cabido esperar. El señor Harding insistió en que deseaba rodear la mansión para llegar a la zona oeste de la propiedad y así acortar el camino a casa de los Lowell, lo que Mary aceptó a regañadientes al tiempo que contenía a duras penas el deseo de decirle que

bien podría hacer el camino a solas desde ahí. La razón de sus reservas estaba clara para ella; el lago se encontraba en esa dirección y temía lo que podría encontrar ahí.

Tras apenas unos minutos de camino, desde luego, tal y como cabría esperar, se dijo entonces con ironía, se dio de bruces con su temor hecho realidad.

El grupo venía en la misma dirección y no hubo manera de que hiciera absolutamente nada por evitarlo; la única defensa que encontró fue fijar una sonrisa tensa en los labios y apretar las manos a los lados hasta hacerse daño.

Emily llevaba a Beatrice de la mano, y Benedict daba pequeños saltos a su alrededor, en tanto la niñera cargaba con Catherine y un lacayo arrastraba a duras penas una serie de bártulos para los niños. Iban, en realidad, algo alejados de la pareja central del grupo, y Mary hizo un gesto de saludo sin intenciones de acercarse. La condesa correspondió con una sonrisa cargada de cautela. Emily la conocía lo suficiente como para saber que cualquier muestra de afecto no sería muy bien recibida en ese momento y, por eso, mantuvo firmemente sujeta la mano de su hija e hizo un gesto a Benedict para que resistiera el impulso de acercarse a su tía. El señor Harding mostró un tiento del que hasta entonces no había hecho mucha gala al imitar la actitud de su compañera y se sumó al discreto saludo sin hacer mayor aspaviento.

Lady Amelia, sin embargo, que iba bien sujeta al brazo de Alexander mientras con la mano libre sostenía una sombrilla que protegía su cutis perfecto, no se mostró tan reservada. Arrastró a Alexander en dirección a Mary, y él no tuvo más alternativa que seguirla si no deseaba hacerla objeto de un desplante en público.

—¡Señorita Browning! —dijo la joven y sonrió al llegar a su altura al tiempo que lanzaba una mirada cargada de curiosidad al señor Harding—. Lamento que no pudiera acompañarnos en nuestra excursión, ha sido una mañana deliciosa.

Mary hizo una rígida reverencia y señaló al señor Harding.

—Me alegra saberlo. El señor Harding esperaba tener la oportunidad de saludarla, lady Amelia. —Mary hizo las presentaciones sin alterar el semblante.

El caballero hizo una reverencia también en deferencia a la joven, y ella pareció muy interesada en lo que veía, pues alternaba la mirada entre Mary y él con una sonrisa divertida.

—Ahora comprendo su ausencia, señorita Browning —dijo—. Espero que hayan disfrutado también de una mañana provechosa.

—Así fue. Extraordinaria, me atrevería a decir —se adelantó a contestar el señor Harding—. Pero debo marcharme ahora si quiero llegar a casa de los Lowell para recibir el envío y ver que lo traten de la forma apropiada.

Dijo lo último con una mirada a Mary, que asintió. Lady Amelia elevó una ceja en señal de interrogación y no tuvo más alternativa que explicarse al tiempo que evitaba en todo momento la mirada de Alexander que, si bien no había dicho una sola palabra, no le despegaba los ojos del rostro.

—El señor Harding está muy interesado en la jardinería y le he obsequiado algunas plantas y flores para que cuide de ellas y aprenda algo más acerca del tema —dijo ella.

Lady Amelia se mostró encantada ante esa información, mientras que Alexander tan solo frunció levemente el ceño, su rostro era casi una máscara de frialdad.

—¡Qué interesante! Cuán afortunados son de haberse convertido en buenos amigos, pues es tan difícil encontrar a alguien que comparta nuestros pasatiempos —dijo la joven y pestañeó una y otra vez con deleite, pero debió de notar que su entusiasmo era excesivo, por lo que recompuso el semblante y se acercó un poco más a Alexander—. Bueno, no debemos entretenerlos más.

—Ha sido un honor, milady —dijo el señor Harding con una nueva reverencia y reanudó el camino.

Mary se forzó a no mirar atrás, aun cuando lo deseaba con desesperación, pero eso hubiese sido un error y un acto de masoquismo. No necesitaba hacerlo para saber que el grupo se dirigía a la casa y que lady Buxton continuaría colgada del brazo de Alexander.

—Una joven encantadora, lady Amelia —dijo el señor Harding y la obligó a prestar atención. Frunció levemente el ceño al oírlo; no era algo muy agradable para escuchar en ese momento en particular.

—Me alegra saber que el conocerla ha confirmado su impresión —replicó ella con forzada amabilidad.

El caballero asintió y le obsequió una sonrisa divertida, como si supiera exactamente lo que pensaba y lo encontrara gracioso.

—Así ha sido, sí. Pero reafirmo también mi observación respecto de que no existe mujer que no palidezca en su presencia, señorita Browning.

Mary sabía que exageraba, que sus halagos rimbombantes eran solo una forma de impresionarla y conseguir que se sintiera agradecida. De todos modos, en ese momento, aun cuando solo fuera por la desesperada necesidad de saberse admirada, lo recompensó con una gran sonrisa que pareció sorprenderlo. Con seguridad, Emily diría que ese fue un gran error que podría traer peligrosas consecuencias, pero a Mary no le importó. El tiempo le daría la oportunidad, sin embargo, para arrepentirse de ese desliz.

\* \* \*

La habitación de Mary se encontraba a escasa distancia de la suya, en la misma ala en la que dormían todos los miembros de la familia a excepción de los niños, que ocupaban la otra ala. No era la primera vez que Alexander recorría ese camino; de hecho hubo una época –solo algunos años atrás– en que era usual para él hacerlo cada noche. Con seguridad, no era algo que John y Emily habrían deseado saber y, en su opinión, tal vez fuera mejor que continuara así.

Tan pronto como estuvo frente a la puerta, exhaló un suspiro y encuadró los hombros antes de tocar con mucha delicadeza, tan solo un pequeño golpe que por un instante dudó que fuera suficiente; sin embargo, cuando estaba a punto de golpear nuevamente, oyó unos pasos al otro lado de la puerta.

Mary abrió apenas una rendija y miró hacia fuera al tiempo que mantenía la hoja contra el pecho, pero no se mostró sorprendida de verlo, lo que no significaba, claro, que pareciera muy feliz por ello. Llevaba el vestido que había usado en la cena todavía, aunque ya se había deshecho el peinado, por lo que el cabello castaño y abundante le caía sobre el rostro, apenas sujetado por una peineta que no cumplía el propósito de mantenerlo controlado. Alexander sonrió sin poder evitarlo.

—Déjame entrar —pidió él en un susurro que Mary apenas consiguió registrar.

—Alex...

—Por favor.

Ella no necesitó oír más, no habría podido negarse, no cuando él estaba ahí de pie y aguardaba en silencio al tiempo que decía tanto con solo una mirada. Con un suspiro de rendición, se hizo a un lado y esperó a que entrara para cerrar la puerta con mucho cuidado tras dar una mirada al pasillo y confirmar que no había nadie más.

—Espero que tengas una buena razón para hacer algo como esto — sostuvo Mary al tiempo que se cruzaba de brazos y lo seguía con cuidado para mantener unos pasos de distancia.

La habitación de la muchacha era lo bastante amplia para ser cómoda, pero distaba de poseer el lujo que habría sido imprescindible para otras jóvenes de su edad y posición. Cuando llegó a Falmouth Manor, ocupó una distinta, en el ala reservada para los empleados, lo mismo que Emily; luego del matrimonio de su hermana con lord Falmouth, todo cambió, pero no lo suficiente para que, en el fondo, no pensara que tenía mucho más de lo que necesitaba y a lo que estaba acostumbrada, de modo que nunca mostró interés en alterar más su vida.

Alexander, ajeno a los pensamientos de ella, se dejó caer sobre el diván bajo la ventana. Era una noche cálida, de modo que las cortinas estaban corridas y, al llevar la mirada hacia afuera, se encontró con un cielo limpio cubierto de estrellas.

—Quería verte —respondió entonces él.

Mary alzó una ceja y no pudo contener una sonrisa de incredulidad.

—Me ves todo el tiempo —le respondió.

Alexander se encogió de hombros y enderezó la postura en el sillón, de modo que la veía directamente a los ojos. Tenía las manos tras la nuca y se recostaba contra el respaldo con ademán despreocupado, como si estuviese acostumbrado a estar ahí y se sintiera del todo cómodo.

—Cierto —reconoció al cabo de un momento con voz grave—. Y aun así no es suficiente.

Mary sacudió la cabeza de un lado a otro y vaciló por un momento: de haber atendido a los sentimientos que tenía, habría caminado hasta él y se habría dejado caer a su lado con la cabeza recostada sobre su hombro. La idea o, mejor dicho, el poderoso deseo que la recorrió desde la punta de los dedos

como una corriente eléctrica que subía con furia a través del cuerpo, la dejó sin aliento y se vio de pronto dar un paso hacia delante. Comprendió de inmediato lo que estaba a punto de hacer. La parte racional de su cerebro lanzó una alerta y retrocedió con rapidez al tiempo que apoyaba la espalda sobre uno de los altos postes de la cama, con los brazos fuertemente cruzados contra el pecho.

—Al parecer no soy la única con problemas para dormir —dijo desesperada por encontrar una frase, cualquier cosa que aliviara el ahogo que la invadía—. ¿Las emociones del día han sido demasiado para ti? Tal vez necesites recordarlas una y otra vez para calmar tu alegría. De todos modos, si has venido a que comparta tus confidencias, no has escogido una buena noche. A mí me gustaría dormir, estoy exhausta.

Sabía que no era justa. Que su conducta era infantil y cruel. Sin embargo, si Alexander había ido a buscarla en medio de la noche para hablar de la encantadora mañana con lady Amelia, bien podía dar media vuelta y desaparecer porque ella no sería capaz soportarlo. Él debió de comprender lo que ella pensaba, porque abandonó la postura relajada y enderezó la espalda, las manos sobre las rodillas y los ojos fijos en los de la joven.

—No lo dudo; de seguro estás cansada. Has tenido también un día ajetreado —comentó con voz seca y cierta frialdad—. Pero no he venido aquí a hablar de mi... alegría. Estoy preocupado por ti.

Mary pestañeó una y otra vez por la impresión, de pronto desconcertada por esas palabras.

—¿Preocupado por mí? —repitió ella.

Alexander asintió.

—No comprendo por qué lo alientas —dijo sin dejar de observarla y atento a la reacción.

Mary frunció el ceño, aún sin entender, aunque la bruma en su mente empezaba a clarear. ¿No se referiría a...?

—No sé de qué hablas —dijo poco dispuesta a ayudarlo a encontrar las palabras que necesitaba.

Alexander se puso de pie con un movimiento brusco, pero no se acercó a ella. Recostó un hombro contra la ventana y la miró de lado sin variar la expresión obstinada.

—Claro que lo sabes. Harding va tras de ti como un sabueso, y tú no lo rechazas.

Claro que era eso.

—¿Y por qué debería hacerlo? —preguntó Mary al tiempo que alzaba el mentón en ademán desafiante—. ¿Acaso no soy digna de las atenciones de un caballero?

—No pretendas distorsionar mis palabras. He oído mil veces cuán decidida estás a permanecer soltera, pero parece ser que Harding está a punto de conseguir que cambies de opinión.

—No puedes pensar tal cosa de mí —dijo ella sin disimular la furia.

El rostro de Alexander cambió al oírla. Abandonó la actitud beligerante y se vio, de pronto, como si acabara de cruzar un desierto y necesitara con desesperación una mano amiga que lo ayudara a salir de ese infierno.

—Últimamente no sé qué pensar acerca de nada —respondió en voz baja mientras sacudía la cabeza tras exhalar un suspiro—. Lo único que alcanzo a comprender es que estás jugando con fuego y temo lo que ese fuego pueda hacernos.

—No veo cómo podría ser de tu incumbencia o afectarte lo que haga o deje de hacer.

Él se acercó entonces a ella en tan solo un par de zancadas y no se detuvo hasta quedar a solo un palmo de distancia. Mary le sostuvo la mirada, pero por dentro temblaba, todo su cuerpo estaba atacado por una mezcla de aprehensión y anhelo.

—¿En verdad no lo ves, Mary? ¿Pretendes hacerme creer que no sabes exactamente lo que siento?

Ella se hizo a un lado con un gemido ahogado y lo rodeó para escapar de esa cercanía que no podía enfrentar.

—¿Qué has venido a buscar, Alexander? Porque tengo la impresión de que crees que tienes algún poder para juzgar lo que hago o mis motivos, y debes saber que estás equivocado.

Él se pasó una mano por el cabello, un ademán que revelaba exasperación, pero no le dio tregua. Le impidió el paso sin dejar de buscarle la mirada. Ella no tuvo otra alternativa que verlo a los ojos. Habría sido mejor para ella no hacer eso porque se vio, de pronto, con tantas emociones, con tantos sentimientos contenidos que le parecieron idénticos a todos lo que amenazaban con estallarle en el pecho.

—No me hagas esto... —susurró apenas Mary con la esperanza de que no la hubiera escuchado.

Al parecer, sin embargo, él logró escucharla con claridad, porque parte del tormento desapareció de sus ojos, reemplazado por un enorme anhelo.

—Eres tú quien lo hace, Mary, pero tienes que detenerte ya. Saldrás lastimada y no podré soportarlo, aun menos ayudarte. Crees que puedes hacer lo que te plazca sin pensar en las consecuencias, llevada por un arrebato, pero eso solo te traerá problemas. Me aterra no estar allí para salvarte.

El hecho de que Alexander pusiera en palabras uno de sus más grandes temores, que no dudara en cuestionar su conducta cuando ella misma lo había hecho una y otra vez, solo consiguió revivirle la furia. Levantó la cabeza que

hasta entonces llevaba pegada al pecho y lo miró con abierto desafío.

—No necesito que me salves de nada y no puedes cuestionar lo que hago. ¡Ya oíste al señor Harding el otro día! Él dijo que debería hacer lo que deseara, ¿recuerdas? —dijo al tiempo que una milésima parte de ella disfrutaba el ramalazo de dolor que había atravesado la mirada de Alexander al oírla.

Él se acercó aún más, tanto que podía percibir el aliento de Mary agitado y ver la forma en que el pecho le subía y bajaba al tiempo que irradiaba calor contra el de él.

—¡Harding dijo lo que sabía que deseabas oír! —dijo con palabras que surgieron con rabia y pasión contenidas—. No aplaudiré cada una de tus decisiones, Mary, aunque reconozca tu derecho a tomarlas. ¿Esperas que te vea arruinar tu vida por aferrarte a una idea equivocada? Me importas demasiado como para permanecer impasible y fingir estar de acuerdo cuando lo único que quiero es que seas feliz.

—¡Soy feliz!

Él hizo un gesto con una mano para restar valor a esa afirmación temblorosa.

—¡No, no lo eres! No pretendas engañarme, no a mí: soy la única persona a quien no puedes mentir.

—¿Y eso por qué? —preguntó ella aun cuando temía la respuesta.

Alexander le tomó el rostro entre las manos y le buscó la mirada.

—Porque puedes verte a ti misma en mí. Porque cuando me miras a los ojos son los tuyos los que ves. Mi alma es tuya también y no puedes intentar engañarte a ti misma. —Alexander la obligó a mirarlo con gesto delicado y seguro hasta verse reflejado en aquellos ojos—. Sabes que lo que digo es verdad.

Ella lo miró con unos ojos que brillaban por las lágrimas contenidas, impotente por no poder negar esas palabras, aun cuando hubiera dado todo por hacerlo.

—Te odio —susurró y se aborreció a sí misma tan pronto como lo dijo.

Él no pareció sorprendido por unas palabras tan duras; en lugar de ello, sonrió y le acarició el rostro con ternura.

—No, no es así. Tal vez si así fuera las cosas serían más sencillas para ambos, pero no podría soportarlo porque yo tampoco puedo odiarte —dijo y acercó aun más el rostro, casi hablándole sobre los labios—. ¿Podrías tú, Mary? ¿Podrías odiarme?

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro con suavidad sin dejar de mirarlo. No tenía sentido seguir fingiendo.

—No, no podría —dijo muy bajito: una confesión que surgió como un gemido cargado de agonía—. Lamento tanto haberlo dicho, no sé por qué...

Alexander posó un dedo sobre los labios de la joven y la atrajo hacia sí en un abrazo tierno mientras con la otra mano le acariciaba el cabello.

—Está bien, creo que lo merecía —dijo, y ella pudo percibir la sonrisa en esos labios pegados a su sien—. Pero no te enfurezcas conmigo, mi querida Mary. Nunca lo hagas, de corazón. El mío es tremendamente frágil cuando de ti se trata, no lo olvides.

Ella negó con la cabeza y se odió por ese arrebató y, de pronto, sintió la necesidad de hacerle saber que jamás podría odiarlo, no en verdad, no cuando solo era capaz de albergar los más puros sentimientos en lo que a él se refería. Dudó antes de hacerlo, pero al final consiguió reunir el valor para subir las manos y posárselas sobre los brazos, de modo que él debió alejarse un poco para mirarla, sorprendido por esa muestra de necesidad.

—No fui sincera entonces. Mi corazón también es frágil cuando se trata de ti, es por eso por lo que actúo de esta forma, y lo siento. Perdóname, no he debido decir algo tan horrible.

Alexander asintió.

—Como dije, no fue algo que no mereciera.

—Pero aun así...

—No digas más, vamos a olvidarlo. Solo te ruego que recuerdes mis palabras porque lo único que me lleva a decirlas es lo mucho que me preocupo por ti.

Ella asintió y deshizo el abrazo como si solo entonces hubiera notado lo cerca que se encontraban y cuán incorrecto era. Si alguien entrara en ese momento estarían en serios problemas.

—Tendré cuidado, lo prometo —dijo.

Alexander, que había dejado caer los brazos a los lados, sonrió con cierta tristeza.

—Gracias —respondió y de pronto se sintió inseguro acerca de cómo continuar—. Creo que debería marcharme ahora.

—Sí, será lo mejor.

Mary cruzó los brazos a la altura del pecho y lo vio dirigirse a la puerta con pasos medidos y pausados, como si batallara consigo mismo.

—Alexander.

No giró al oír su nombre, solo miró por sobre su hombro con expresión interrogante.

—¿Cómo es que nunca descubrieron que te escabullías a mi habitación?  
—preguntó ella de golpe, como si acabara de ocurrírsele.

Él sonrió al oírla.

—No estoy seguro, debo de ser más sigiloso de lo que siempre había creído —respondió—. Habría encontrado una forma para venir aun cuando me hubieran descubierto.

Mary le sostuvo la mirada.

—Lo sé.

Alexander asintió en señal de despedida y se marchó. Solo cuando estuvo a solas, Mary se permitió dejarse caer sobre la cama y apoyó la cabeza en la almohada con un gemido. No lloraba, las lágrimas estaban lejos de poder aliviarle el corazón en ese momento.

Fuera de allí, Alexander se las arregló para llegar a su propia habitación sin ningún percance, atento a cualquier sonido que pudiera llamar la atención; una vez que cruzó la puerta exhaló un suspiro de alivio. De haber sido más observador, habría notado que un par de ojos siguieron el breve recorrido con atención y que la ira que reflejaban solo podía augurar problemas.

\* \* \*

Aun cuando Mary no lo prometió o siquiera se atrevió a ponerlo en palabras, decidió tomar muy en cuenta las reconvenciones de Alexander. En realidad, él no dijo nada acerca de lo que ella no hubiera pensado antes, pero había estado demasiado cegada para reconocerlo, incluso a sí misma. Se encontraba tan disgustada por la presencia de lady Amelia, por las continuas insinuaciones y el temor latente en su corazón de lo que significaba en verdad

esa permanencia en Falmouth Manor, así como por las intenciones de lord Leicester, que dejó de lado la prudencia al embarcarse en un juego peligroso, tal y como Alexander le había llamado.

El acercamiento al señor Harding, pese a la incomodidad que despertaban en ella sus intenciones, había sido una tontería y, en los últimos días, fue consciente de lo estúpida que había sido. Luego de haberle obsequiado los ejemplares del invernadero en un raptó de atolondramiento y sin imaginar las consecuencias de un gesto que se prestaba a mil interpretaciones –ninguna buena para ella–, el caballero en cuestión había decidido poner un mayor ahínco en sus atenciones.

No había un solo día en que no se presentara en Falmouth Manor con mil y un excusas que hacían imposible para Mary negarse a atenderlo. ¿Cómo podría después de haberlo alentado de una forma tan irreflexiva? Él no decía nada que pudiera considerarse incorrecto, pero sus intenciones eran claras para cualquiera que tuviera dos dedos de frente. Se presentaba en cada una de sus visitas con algún detalle, fueran flores o libros de poemas que, según él, le recordaban a Mary, y brindaba las ofrendas con tanta humildad que ella se veía imposibilitada de rechazarlas. ¿Cómo habría podido? No la ofendía, no en realidad, dado que era atento y sabía expresar halagos con la cuota precisa de discreción sin resultar atrevido. Pero había algo más, algo que Mary empezaba a pensar que solo estaba en su mente, pero que no conseguía ignorar: la forma en que la miraba cuando creía que ella y nadie más lo advertía y el brillo de esos ojos oscuros que ocultaba más de lo que mostraba. Muchas veces lo había descubierto con un gesto que no coincidía con sus palabras. Un viso burlón en las pupilas y la mueca lasciva de sus labios le producían escalofríos. Mary se preguntaba, a menudo, quién era él realmente y qué era lo que deseaba en verdad. Pero se trataba solo de suposiciones, y no se atrevía a decírselo a nadie, ni siquiera a Emily, mucho menos a Alexander, porque estaba convencida de que su reacción no sería buena. Además, como se decía con amargura, él se encontraba demasiado ocupado para soñar siquiera con importunarlo con sus preocupaciones. Lady Amelia se ocupaba de eso.

En otras circunstancias, quizás habría encontrado graciosa la actitud de la joven noble, pero, en consideración de lo mucho que la afectaba, solo podía considerarla molesta. Desde que había llegado volcaba todos los esfuerzos en hacerse imprescindible para Alexander, tanto que urdía los planes más intrincados a fin de asegurarse su compañía y lo hacía con tal encanto y tales muestras de elegancia y necesidad, que nadie habría podido resistirse a tales pedidos. Alexander, sin duda, no lo hacía, lo que la llevaba a pensar si no habría decidido oír los consejos de lord Leicester y plantearse esa unión que todos parecían alabar con tanto entusiasmo. La idea le revolvió el estómago y le provocaba deseos de gritar, pero nadie habría podido imaginarlo. Por fuera era una muestra exquisita de serenidad y calidez, pero, por dentro, Mary aullaba de rabia y amargura.

Un roce estudiado o una mirada cargada de promesas de parte de lady Amelia y su corazón se contraía en un espasmo doloroso. Quien dijera que el amor no dolía estaba absolutamente equivocado. Pero, pese a ello, y en atención a lord Falmouth y a su hermana, Mary había abandonado la costumbre de mantenerse al margen y refugiarse con las plantas; sabía que aun cuando ellos jamás se lo pidieran, preferían que formara parte de las actividades y se mostrara amable con las visitas. De modo que eso hacía.

Lady Amelia parecía ser consciente de su incomodidad y, aun cuando se mostraba cortés, parte de Mary estaba convencida de que disfrutaba el hecho de saberla resentida con la situación. De alguna u otra forma parecía arreglárselas para involucrarla en sus planes de conquista y le pedía consejo para los planes de excursión a fin de pasar más tiempo con Alexander; o hacía preguntas acerca de cuáles eran los gustos e intereses de lord Cahill para abordar las conversaciones con más seguridad. Nunca era directa en las preguntas, sino que las dejaba caer con descuido, atenta a lo que pudiera obtener, y aunque Mary era en extremo discreta y se habría dejado despellejar viva antes que compartir las confidencias de Alexander, no podía menos que responder con evasivas y algunos datos que, aunque irrelevantes, la dama recogía con entusiasmo. Mostraba una conducta curiosa con Mary, mezcla de desprecio e interés.

En esas ocasiones, cuando lady Amelia pretendía sonsacarle información, Mary sí que procuraba alejarse, pero lo conseguía en muy pocas ocasiones y fracasaba pese a los intentos. Como en aquella oportunidad en la que, un tanto exasperada –tanto por la dama en cuestión como por los avances del señor Harding en una de las reuniones organizadas en la mansión para agasajar a sus visitantes–, salió al jardín en busca de un momento de paz, pero se dio de bruces con la presencia de lady Amelia, que parecía haberla estado esperando en uno de los bancos situados en el camino que conducía al lago.

La joven llevaba un vestido precioso, podía reconocer eso, aun cuando fuera de mala gana. Era bella y lo sabía, de modo que no solo contaba con la belleza en sí, sino también con la seguridad que otorga esa certeza.

—Señorita Browning, esperaba que nos encontráramos por aquí; espero que no me juzgue mal, solo quería hablar con usted en calma. El bullicio de la multitud es una mala compañía para una charla seria. Sea amable conmigo y acompáñeme.

Mary ahogó un suspiro y se preguntó cuán grosero sería dejarla con la palabra en la boca y correr en la dirección contraria, pero se sintió infantil y asintió con una sonrisa carente de afecto. Lady Amelia sonrió también, satisfecha, y se hizo a un lado con un gesto en señal de invitación que Mary aceptó con renuencia. Una vez que estuvo sentada a su lado la miró sin disimular la impaciencia: la delataba la forma en que apretaba los labios y golpeaba suavemente el empedrado con el talón.

—Veo que está inquieta —observó lady Amelia, a medida que se ajustaba el sombrero sin quitarle la vista de encima—. ¿Será posible que esté siendo indiscreta? ¿Acaso salió al encuentro de alguien más y la estoy reteniendo?

Mary abrió por completo los ojos al oírla.

—No, desde luego que no, milady —negó con rapidez y la odió un poco por haber dicho algo tan descortés—. Solo necesitaba un poco de aire fresco.

Lady Amelia le dirigió una mirada escéptica.

—Bueno, no puede culparme por preguntar. Pensé que, tal vez, con el señor Harding presente...

—Temo que se equivoca, milady. —Las palabras de Mary surgieron cortantes, la amabilidad dejada de lado.

La dama debió comprender que pisaba terreno frágil, porque amplió la sonrisa y se permitió darle un golpecito en la mano.

—Perdóneme. No pretendía ofenderla, tan solo me dejé llevar por mi entusiasmo. Debe saber que encuentro al señor Harding encantador, y su interés en usted no ha pasado desapercibido para mí. Desde luego, considero que harían una pareja estupenda.

Mary contuvo el deseo de decir cuán poco le importaba a ella lo que pudiera considerar u opinar en lo que se refería a su vida privada.

—Me decía, milady, que desea tratar un tema importante conmigo. Si se trata de estas suposiciones...

Dejó la frase en el aire, en espera de la respuesta de la dama y no la sorprendió cuando ella sacudió la cabeza de un lado a otro en señal de negación.

—No, no, claro que no; solo expresé una idea y le ofrezco disculpas si he sido indiscreta. A decir verdad, el tema del que deseo hablarle es más egoísta, pero de vital importancia para mí.

Mary asintió, aliviada porque abandonara el asunto del señor Harding. Ya bastantes problemas tenía con pensar en eso y preguntarse cómo iba a solucionar tamaño error que era, al fin y al cabo, de su entera responsabilidad.

—La escucho, milady.

Lady Amelia sonrió y se acercó un poco más, en un gesto de confianza.

—Esto es un tanto incómodo y me apena ponerlo en palabras, pero debe comprender que no me atrevo a hablarlo con nadie más; es usted mi única amiga en esta casa. Lady Falmouth es una dama encantadora, desde luego, pero me siento más afín a usted y creo que podrá comprender mi angustia con mayor facilidad.

Mary hizo un gesto de comprensión, pero no dijo nada y la dama lo tomó como una invitación a continuar.

—Verá. Seré muy franca con usted; no deseo quitarle mucho de su tiempo y me gusta hablar con claridad —dijo ella con una mirada calculadora como si midiera la reacción de Mary a sus palabras—. Siento un profundo afecto por lord Cahill y estoy convencida de que él comparte esos sentimientos, pero temo que exista algún motivo por el que no ha decidido hacer la pregunta que, espero y que creo, nos haría a ambos inmensamente felices.

Mary apretó una mano sobre el regazo, entre la incredulidad por semejante comentario y el dolor que le produjo oír con tal claridad las palabras que tanto la lastimaban.

—Milady, no creo ser quién para recibir sus confidencias...

La dama hizo un gesto para restar importancia a las palabras. El gesto no varió, continuaba con modos amables y cariñosos.

—Desde luego que debe ser usted, ¿quién más? Le he dicho que la considero una amiga querida, pero no es solo por eso por lo que recurro a usted. Sé cuánto aprecio siente lord Cahill por su persona, que la considera una hermana muy estimada y estoy segura de que sabrá comprender mi angustia.

¿Hermana? Mary contuvo la carcajada que subió por la garganta.

—Milady, siento un gran cariño por Alex... por lord Cahill, pero se equivoca al suponer que tengo algún poder sobre él.

—No puedo creerlo —dijo con una voz que surgió fría, pero se corrigió con rapidez y continuó en un tono más dulce—. No es eso lo que me ha contado él.

Mary frunció el ceño, sorprendida de que Alexander hubiera hablado de ella con esa dama en particular. Le costaba dar crédito a lo que decía, pero no la desmintió y asintió muy segura para remarcar sus palabras.

—Oh, sí, hablaba de usted todo el tiempo mientras estábamos en Londres... bueno, no todo el tiempo pero sí con frecuencia.

—Me alegra saberlo. —Desde luego que la idea no le alegraba en absoluto, pero supuso que era lo que debía decir—. Pero debe comprender que eso no me da ningún poder sobre sus actos y jamás me atrevería a influir en él.

—Oh, pero yo no pretendo que haga tal cosa, de ningún modo. —Esbozó una sonrisa angelical que contrastó con la frialdad de su mirada—. Tan solo esperaba que lo ayudara a comprender la conveniencia de sopesar su futuro con cuidado. Mi tío, lord Leicester, le tiene una profunda estima, como habrá notado ya; para él es como el hijo que nunca tuvo.

Mary frunció el ceño, incrédula.

—Lord Leicester tiene un hijo, milady: lord Wilmot se encuentra rebosante de salud, o eso es al menos lo que se comenta —recordó ella, sorprendida por tanta frivolidad.

La dama se encogió de hombros con un gracioso movimiento.

—Cierto. Pero mi tío no tolera que se lo nombre siquiera en su presencia, de modo que es como si en realidad no existiera. No es un secreto que se ha conducido de forma abominable y no parece que tenga interés en variar su

estilo de vida, así que no debería mostrarle una consideración que no merece. Lord Cahill, en cambio, sí que es una figura digna de admirar y sentir orgullo, como el que le inspira a mi tío.

—Alexander lo aprecia mucho también —reconoció Mary, lo cual era cierto.

—Exacto. ¿Y no sería extraordinario que ese afecto se viera fortalecido por el parentesco? —Lady Amelia empezó a hablar con mayor animación a medida que ignoraba la expresión de Mary—. Sé que mi tío espera sostener, al respecto, una importante charla con él pronto y temo que lord Cahill se deje llevar por sus reservas. Mi tío dice con frecuencia que lord Cahill es un soñador y que, aun cuando esa puede ser una característica encantadora, en el mundo real resulta un verdadero estorbo. Él necesita a una dama de su posición, alguien que lo acompañe a ocupar el lugar que le corresponde. Algún día tendrá que hacerse cargo de su herencia, de las tierras y necesitará a una compañera que esté a su altura.

Mary la escuchaba y apenas podía creer que consiguiera acallar el impulso de saltarle al cuello. Todo lo que decía podía ser muy cierto en su cabeza, pero no solo expresaba ideas frívolas por el mero hecho de hacerlo y exponer su posición, sino que parecía tener una motivación más profunda y cruel. Con sus palabras, dejaba en claro que Alexander requería a una mujer tan aristócrata, adinerada y de pasado intachable como él. Todo lo que Mary no era.

Cuando consiguió calmarse, aunque dudaba mucho de que lady Amelia hubiera notado la agitación que padecía, tan grande fue el esfuerzo por dotar de serenidad a cada uno de sus rasgos: tragó espeso y se sorprendió de la resequedad de su boca; carraspeó para aclarar la garganta y la miró con los ojos entornados.

—Veo que lo tiene todo muy claro, milady. La felicito por ello, pero continúo sin comprender lo que espera de mí —dijo con la barbilla elevada y posición muy segura.

La dama esbozó una gran sonrisa y se acomodó en el asiento como si disfrutara de su incomodidad.

—A usted le importa lord Cahill y, por lo tanto, debe de preocuparle también su futuro —dijo con mirada calculadora—. Ayúdelo, señorita Browning, sea una buena amiga y ayúdelo a comprender que no tiene sentido ir en busca de unos sueños imposibles que solo le traerán dolor. Usted, que es tan noble y carece de egoísmo, tiene que comprender qué es lo más generoso que puede hacer. Porque... si lord Cahill tomara una decisión equivocada, si se dejara llevar por una ilusión o una falsa pasión, ¿qué sería de él entonces? Sin duda podría perder todo aquello que ama; lo que se volvería una verdadera lástima. ¿No está de acuerdo?

Mary no pudo tolerarlo más y se puso de pie, casi tropezando con el bajo del vestido; tuvo que apoyarse en el respaldo del banco, lo que la arañó la piel por la aspereza de la piedra, pero no sintió dolor o no le importó.

—Gracias por esta charla tan instructiva, milady; ahora debo volver a acompañar a mi hermana —dijo.

Lady Amelia sonrió en respuesta y asintió.

—Desde luego. Cuán afortunada es lady Falmouth de contar con una hermana tan devota, el afecto que se profesan es encantador. Y pensar que apenas se parecen... —Sus ojos relampaguearon con una chispa de burla—. Pero vaya, no la detengo más. Yo me quedaré aquí unos minutos, hace un día encantador.

Mary hizo una rígida reverencia y se marchó sin mirar atrás con la mano lastimada fuertemente sujeta con la otra a la altura del pecho, pero el dolor que le provocaba no era nada comparado con el que sentía en el corazón.

\* \* \*

—¿Está segura de que se encuentra bien, señorita Browning? Tal vez desee dar un paseo para entretenerse un poco, estaré encantado de acompañarla.

Mary forzó una sonrisa de agradecimiento y miró al señor Harding con cautela al tiempo que se preguntaba qué tan buena idea sería estar a solas con él, aun cuando el resto de la familia se encontrara en la mansión. Había llegado, como hacía casi todas las tardes, esa vez con un mensaje de la señora Lowell para Emily que, en ese momento, se ocupaba de responder en su salón privado. Lady Amelia acaparaba a Alexander, tal y como procuraba hacer cada minuto del día; en aquella ocasión le había rogado que le mostrara las caballerizas porque había escuchado que él adoraba montar y tenía algunos ejemplares valiosos; lord Falmouth y lord Leicester sostenían una charla en el estudio del primero. De modo que ahí estaba ella, con la última persona con quien se sentiría a gusto de compartir un espacio a solas, aun cuando el espacio en cuestión fuera el salón de su casa y la puerta se encontrara convenientemente entreabierta. Pero no era suficiente. La mirada, los gestos, incluso las palabras reflejaban intenciones que la inquietaban. Aun en ese momento, mientras se mostraba apenado por la mano vendada, no dejaba de verla con un interés casi impertinente.

—Prefiero permanecer en la casa, señor, pero agradezco la oferta. A decir verdad, no me encuentro del todo bien y me gustaría subir a mi habitación a descansar —dijo ella mientras se aferraba a la excusa con desesperación, pero con cuidado de no revelar demasiado.

El caballero asintió, sin variar la expresión, pero no hizo un solo intento de secundar el comentario. En lugar de ello, se puso de pie y abandonó la silla que había ocupado hasta entonces para caminar con pasos suaves y medidos hasta llegar a donde se encontraba Mary, sentada muy rígida en un sillón a solo unos metros de la puerta.

—Creo que no le dicho cuán encantadora se ve hoy —dijo de pie frente a ella.

Mary se miró las manos sobre el regazo y esquivó la mirada.

—Es muy amable de su parte, señor, pero...

—Ha pasado mucho tiempo desde que pudimos compartir un momento a solas —interrumpió él con algo diferente en la voz—. Echaba de menos nuestras charlas privadas.

Mary abrió la boca para recordarle que sus conversaciones distaban de ser privadas, ya que jamás habían llegado a ese grado de confianza, pero la cerró al comprender que eso habría sido grosero, por mucho que las implicaciones del caballero merecieran una respuesta de ese calibre. Por el contrario, esbozó algo parecido a una sonrisa y miró con discreción el reloj sobre la chimenea.

—No percibo el paso del tiempo cuando estoy a su lado —dijo él de pronto al advertir su mirada.

—Ya. Es usted extremadamente gentil, señor, pero, como le dije, temo que no me encuentro muy animada hoy y prefiero subir a mi habitación. Estoy segura de que mi hermana será una anfitriona mucho más agradable que yo. Podrá compartir el té con ella y los demás. Si gusta, puedo pedir que vayan en su busca así no se quedará a solas...

Mary calló de golpe cuando el señor Harding hincó una rodilla y le tomó una de las manos entre las de él. Tan sorprendida estaba que ni siquiera atinó a retirarla o ponerse de pie.

—¿Qué hace? —balbuceó con expresión confundida.

—Acépteme como su esposo. —Habló en tono apasionado y seguro, como atacado de golpe por un arrebató—. Diga que sí y hará de mí el hombre más feliz de la tierra.

Mary miró de un lado a otro, a la espera de que algo ocurriera, de que alguien llegara en ese momento, cualquier cosa que la librara de esa horrible situación. Sin embargo, al parecer, sus ruegos no serían atendidos. Aspiró con fuerza al asumir que tendría que enfrentarlo, le gustara o no, con la certeza de que habían llegado a ese punto en gran parte por su propia irresponsabilidad. Intentó soltar la mano, pero el agarre del señor Harding era implacable.

—¿Señor? —llamó con voz serena para obtener su atención.

Él la ignoró y le acercó el rostro.

—He callado lo suficiente, no puedo fingir indiferencia cuando lo único en lo que puedo pensar es en que deseo tenerla entre mis brazos. —Antes de que Mary acertara a reaccionar, él le soltó la mano solo para tomarla por los hombros.

—Señor Harding...

—No diga que no me corresponde; no podría soportarlo.

Mary alejó el rostro tanto como le fue posible: hizo presión con los brazos para liberarse, pero fue un esfuerzo inútil.

—Señor... lamento si algo de lo que dije o hice le ha llevado a suponer que albergo algún tipo de sentimiento que lo corresponda. Lo siento mucho pero, aun cuando me siento muy honrada, no puedo aceptar su oferta.

Él hizo nuevamente como si no la hubiese escuchado.

—Mis medios son escasos, es verdad, si es eso lo que la preocupa, pero me ocuparé de que no le falta nada de lo que está acostumbrada y puedo asegurarle que no sabrá de un hombre más devoto.

—Señor Harding, por favor, debe escucharme, se lo ruego. —Mary dudó antes de hacerlo, pero al final usó la mano libre para posarla sobre el brazo del caballero y así obtener su atención—. ¿Me escuchará, señor?

El gesto pareció sorprenderlo lo suficiente como para que guardara silencio y la mirara con atención, pero sin soltarla aún.

—Señor, me confiere un gran honor, pero no puedo aceptarlo —expresó con claridad al tiempo que lo miraba a los ojos para asegurarse de que la entendía—. No tiene nada que ver con sus medios o lo que tan generosamente me ofrece; es solo que no puedo aceptarlo.

Él la escuchó esa vez con un gesto terrible, como si lo ofendiera gravemente.

—¿Por qué? —La voz surgió ahogada, como si le costara hilvanar las palabras.

Mary aprovechó el desconcierto provocado para hacer un nuevo intento de soltarse; esa vez lo consiguió. Se levantó con rapidez y retrocedió para poner el sillón entre ellos; no le gustó nada la expresión de los ojos que la miraban o el hecho de que él continuara hincado como si apenas pudiera moverse mientras los miembros le temblaban de furia.

—No tiene nada que ver con usted, señor; le tengo una profunda estima y estoy muy agradecida por su oferta, pero me es imposible aceptarlo —dijo con seguridad.

—¿Y en qué consiste exactamente esa imposibilidad? —insistió él.

—No me siento cómoda hablando al respecto, pero puedo decirle que no tengo contemplado casarme. Nunca.

El señor Harding resopló, burlón, al parecer más recuperado del rechazo.

—Eso es ridículo. No tiene “contemplado”, dice —repitió con el asomo de una sonrisa cargada de mofa—. Todas las jóvenes quieren casarse.

—No todas. No es mi caso, al menos, y me atrevo a decir que comete un error al suponer que el matrimonio es el único fin de una joven.

—De una de su posición sí que lo es, o al menos debería, y está muy equivocada al pensar lo contrario. Pero no es del todo sincera, ¿cierto? Hay algo más, algo que no quiere revelar. ¿Será posible que espere una propuesta más conveniente?

Mary frunció el ceño y se sujetó con fuerza al respaldar del sillón al tiempo que hundía los dedos en la mullida superficie.

—Desde luego que no —dijo con evidente sinceridad en la voz—. No es ese el motivo, y me ofende que lo diga.

Él sacudió la cabeza y rio abiertamente.

—Usted, ofendida. Ese es un giro en los acontecimientos.

Mary ahogó un suspiro y relajó el semblante.

—No ha sido esa mi intención, señor, jamás pretendería ofenderlo o burlarme de sus sentimientos, se lo aseguro. Espero que podamos olvidar este momento y continuar como amigos.

El señor Harding se puso de pie con lentitud; a Mary le extrañó que hubiera tardado tanto en hacerlo, pero se guardó de decirlo. En lugar de ello, retrocedió un paso más en dirección a la puerta llevada por su instinto; aunque él sonreía, había poco de calor en esa mirada.

—No creo que eso sea posible, señorita Browning, pero aprecio su deferencia —dijo sin variar la expresión.

—Lamento que lo vea de esta forma...

—No me ha respondido aún —el señor Harding la interrumpió.

—No sé a qué se refiere.

—¿Cuál es la verdadera razón de su rechazo? —insistió.

Mary se llevó una mano a la frente y ahogó un suspiro.

—Ya se lo he dicho.

—No le creo.

Ella pestañeó, sorprendida de que la tratara de mentirosa en la cara, pero lo achacó a su decepción y lo dejó pasar.

—He sido sincera, señor. No hay nada más que pueda decir —respondió con esfuerzo por sonar amable pero firme—. Ahora, si me disculpa, debo retirarme; pediré que avisen a mi hermana para que lo acompañe. Discúlpeme.

Mary se dirigió a la puerta y exhaló un suspiro de alivio que murió en los labios al oír su nombre en los labios de aquel hombre. Aguardó en silencio y apenas giró lo suficiente para ver de reojo algo que no le gustó: el señor Harding la veía con furia, las manos caídas a los lados y los hombros tensos por el esfuerzo que hacía al controlarse.

—No sueñe siquiera con que se libraré de mí —brotó la voz como si mordiera cada una de las palabras.

Mary abrió mucho los ojos, sorprendida por esa afirmación que sonó también como una amenaza.

—¿Qué dice? —preguntó con voz entrecortada.

—Lo que oye. He decidido que será mía y me encargaré de que eso ocurra.

—Ha decidido —repitió estupefacta.

—Sí, así es —frunció el ceño y la miró con suspicacia—. ¿Se burla?

Mary negó con la cabeza.

—No, por supuesto que no. Pero ha perdido el juicio si piensa que puedo tomar la amenaza en serio.

—Debería.

—No permitiré que me asuste —aseguró ella al tiempo que enderezaba los hombros y elevaba el mentón.

Él sonrió, burlón.

—¿Qué hará? ¿Me acusará ante su protector?

—No necesito que lord Falmouth salga en mi defensa.

—No me refería a él.

Mary apretó fuertemente los labios al oírlo, porque sabía con claridad a quién se refería en realidad. La idea le provocó un temblor de miedo e indignación.

—No lo oiré más —dijo—. Creo que debería marcharse, no es una compañía agradable en este momento.

El señor Harding no varió la sonrisa burlona, pero asintió y dio una inclinación también cargada de mofa.

—Me iré, sí, pero me verá de nuevo —repitió.

—Esperemos que esté equivocado.

Mary no esperó respuesta, sino que dio media vuelta y salió de la habitación con pasos medidos a fin de no revelar cuánto le había afectado esa charla. Tan pronto como llegó al pasillo empezó a aligerar el paso y, sin que se diera cuenta, prácticamente corrió hasta que, de golpe, dio contra algo sólido que la hizo trastabillar. Habría caído de no ser por una mano segura que la tomó por el codo y la ayudó a estabilizarse.

—¿Mary? ¿Ocurre algo?

Alexander la veía con la preocupación pintada en el rostro. Iba solo y era evidente que acababa de llegar de montar porque tenía la fusta en la mano y sus altas botas estaban embarradas. Mary se forzó a controlar el temblor y se deshizo del agarre con un movimiento brusco que él notó.

—No es nada —respondió ella.

Alexander sacudió la cabeza.

—Me cuesta creerte. Estás pálida y... ¿por qué tiemblas? —Amagó a tocarla una vez más, pero detuvo la mano en el aire—. ¿Mary?

Ella apretó los dientes, de pronto exhausta por toda la tensión acumulada, deseosa de llegar a su habitación y dejarse caer sobre la cama para olvidar todo.

—¡No ha ocurrido nada! Nada que te importe, de cualquier forma. ¿No te espera lady Amelia? Seguro que odia esperar. —Fue brusca, pero no se arrepintió ni siquiera al ver el gesto de sorpresa en el rostro de Alexander.

Él se recuperó con rapidez y mostró enojo con una expresión de fastidio.

—Cierto, tienes razón. Lo odia —dijo con una reverencia formal—. Buen día, Mary.

—Buen día —replicó ella con sequedad y se alejó mientras contenía las lágrimas.

## CAPÍTULO V

Emily abandonó la habitación de los niños acompañada de Benedict, que, desde hacía unas semanas, había decidido que estaba ya muy mayor para pasar todo el tiempo con sus hermanas pequeñas y las niñeras. Ahora ansiaba pasatiempos más adultos y masculinos, lo que, si bien no la molestaba, no dejaba de resultar un poco abrumador. A veces Emily creía que habían pasado solo unos días desde que lo tuvo en sus brazos: un bebé pequeño y de buenos pulmones que requería atención materna durante buena parte del día para desespere de las criadas, que no podían concebir que una madre de la nobleza atendiera de esa forma las necesidades de su hijo, no cuando había tantas personas dispuestas a hacerlo en su lugar. Pero Emily descartó la idea de inmediato con el apoyo de lord Falmouth. Si alguien podía entender la necesidad de compartir con su hijo, ese era él, que también disponía algunos momentos cada día, sin importar cuán ocupado se encontrara, para estar al lado del pequeño. Ahora, sin embargo, Benedict era un muchachito larguirucho y de constitución fuerte como su padre, e igual de astuto y demandante, de modo que gran parte de su rutina había variado y ahora la mayor preocupación de la condesa, tanto como la del conde, era enrumbar su camino para hacer de él un hombre de bien que lograra desarrollar un criterio propio. Desafortunadamente, Benedict era aún un niño, le gustara a él reconocerlo o no, y a veces no aceptaba esas negativas con mucha gracia.

—Pero, madre, creo que no eres razonable.

Emily hizo un esfuerzo para no sonreír al oír los reclamos. Aunque su hijo nunca perdía el temperamento y era dueño de una capacidad de razonamiento impresionante, la vocecita chillona no dejaba de ser infantil.

—¿No lo soy? Me sorprendes; siempre se me ha considerado muy razonable, creo que es una de mis mayores virtudes —replicó ella con tono muy serio.

—Es posible. Pero no lo estás siendo ahora.

—¿Y a qué se debe? Según tu opinión, claro.

El niño dio un salto para seguir el paso a la madre, que caminaba con rapidez, siempre atenta para verlo de reojo aun cuando él no lo notara.

—Tengo edad para acompañar a Alexander a las carreras que harán en las tierras de los Lowell. Puedo competir. Quizá ganar.

Emily exhaló un suspiro que algunos habrían juzgado impropio de una dama, pero a ella no le importó.

—Temo que no estamos de acuerdo, Benedict, lo siento; es demasiado peligroso, lo es incluso para los adultos, y no puedo permitir que corras semejante riesgo.

El niño hizo un puchero que, Emily estaba segura, jamás se habría permitido mostrar frente a nadie que no fuera la madre.

—No es justo —dijo y la miró compungido.

Emily suspiró y se detuvo para hacerle una caricia en la mejilla al tiempo que sonreía con ciertos rezagos de nostalgia.

—Lamento decir que eres también muy joven para comprender cuán común es esa opinión —dijo ella—. Aunque, en este caso, deberías sentirte afortunado de que así sea.

—No te entiendo —replicó el niño.

—¿Lo ves? Muy afortunado. —Emily le dio un beso en la sien y lo tomó de la mano para animarlo a retomar el paso—. ¿Pero sabes qué? Es posible que pronto tengas motivos para estar animado.

Benedict dirigió a su madre una mirada escéptica.

—¿Sí? ¿Por qué? —preguntó.

—Bueno, te gustan las aventuras y pronto nos embarcaremos en una.

—¿En serio? ¿Qué clase de aventura?

Emily giró en el siguiente corredor y se detuvo de golpe al atisbar algo en uno de los salones que acababan de cruzar. Frunció el ceño y regresó sobre los pasos; Benedict iba con ella y la veía confundido.

—¿Madre? ¿Qué aventura? —insistió el niño, que ignoraba la preocupación.

Emily miró a su hijo, como si acabara de recordar su presencia y sonrió.

—Bueno, dejaré que sea tu padre quien te hable al respecto, —Miró, por sobre el hombro de Benedict hacia la puerta entornada del salón antes de continuar—. Hagamos algo: Ve con él, se encuentra ahora en su despacho. Dile que quieres saber de esa aventura y que mamá te ha enviado a preguntarle.

Benedict la miró con ilusión.

—¿En verdad? ¿Y él me lo dirá? —preguntó.

—Claro. Ve ahora —lo alentó con una sonrisa.

El niño no necesitó que le dijera más. Apenas le dirigió una mirada cargada de ansiedad y dio media vuelta para atravesar el pasillo y perderse con paso rápido, al punto casi de llevarse en el camino a una doncella que iba

en la misma dirección cargada de manteles para el comedor. Emily sacudió la cabeza y rio entre dientes. En momentos como ese le alegraba que su hijo no fuera, después de todo, un muchacho tan formal y se permitiera aún los arrebatos propios de un niño.

Sin detenerse a pensar más en ello, tranquila de saberlo ocupado con su padre, que se encargaría de levantar su ánimo con las buenas noticias que tenía para compartir, se dirigió al salón ubicado a la derecha del corredor, el mismo que le había llamado tanto la atención.

Atravesó la puerta entreabierta y se detuvo un momento en el dintel para contemplar la solitaria figura bajo la ventana con expresión preocupada.

Mary tenía la frente apoyada contra el cristal, los ojos cerrados y la cabeza ligeramente levantada, como si intentara absorber los rayos del sol a pesar de la barrera de vidrio. Las manos descansaban sobre el alféizar y los dedos se movían como si tocara una melodía en el piano. A Emily su hermana jamás le había parecido tan triste; su corazón penó por ella.

—¿Mary?

Emily dio unos pasos en dirección a ella y sin dejar de observarla. Mary, al oírla, hizo un casi imperceptible gesto de sobresalto y ladeó la cabeza al tiempo que abría los ojos y trataba de sonreír a su hermana al verla ahí de pie.

—Hola. Lo siento, no te oí llegar —dijo.

Emily asintió y caminó hasta ubicarse a su lado mientras intentaba registrar cada señal en su rostro para hacerse una idea de cuál podría ser el motivo de esa tristeza. Había llorado, era evidente, pues tenía la nariz sonrosada y los ojos brillosos. La condesa lo advirtió de inmediato: su mirada se veía arrastrada casi contra su voluntad en dirección a la ventana, de modo que vio hacia ahí, curiosa por descubrir lo que atraía su atención.

Era un día glorioso, sin duda, uno que resultaba mucho más apropiado disfrutar a la luz del sol que encerrado en el hogar, por muy hermoso que fuera. Así parecían haberlo decidido lady Amelia y Alexander, que, en ese momento, conversaban en una mesita ubicada en el extremo más alejado de los jardines donde, al parecer, habían ordenado que les fuera servido el té, porque un lacayo iba y venía con bandejas. No estaban a solas, ya que lord Leicester los acompañaba, pero el anciano caballero tenía la silla bastante alejada de la pareja y no se mostraba muy interesado en su charla, según pudo ver Emily, sino que toda su atención estaba puesta en las aves que surcaban el cielo, o esa era la impresión que deseaba dar a fin de otorgar a los jóvenes una libertad bastante evidente. Emily no pudo evitar decirse con cierta amargura que, aun cuando sintiera gran estima por el caballero en cuestión, empezaba a molestarle esa serie de artimañas que urdía una y otra vez con el objetivo de unir a su sobrina y Alexander.

Lady Amelia sujetaba con la mano una sombrilla azul —a juego con el vestido— y con la otra hacía gestos animados para capturar la atención de Alexander que, según se veía, la escuchaba con atento interés. Qué tan sincero era, la condesa no habría podido decirlo. En ocasiones como aquella él le recordaba un poco a su propio esposo; lo mismo que John, Alexander podía enmascarar los sentimientos con una habilidad sorprendente que, en su opinión, no era precisamente una virtud. El hecho de encubrir las emociones, por lo general, traía consigo algunas desdichas y explosiones en los momentos más desafortunados; ella sabía también un poco acerca de eso. Al igual que Mary, se dijo con una mueca triste al volver su atención a ella y notar que, pese a las huellas de llanto en su rostro, no había muchos signos que develaran lo que en verdad sentía.

—Mary... —la llamó en voz baja.

La muchacha pestañeó como si volviera de un sueño y ladeó la cabeza para observarla.

—El señor Harding me propuso matrimonio —dijo de golpe, como si fuera algo que necesitara compartir con desesperación.

Emily se repuso de la impresión, no tanto por la noticia en sí, que casi esperaba oír en cualquier momento, sino por la forma en que lo dijo: parecía extremadamente desdichada.

—Ya veo —respondió cuando encontró las palabras apropiadas.

Mary elevó una ceja, asombrada por la reacción.

—¿Es todo lo que dirás?

—No esperarás que me muestre sorprendida —respondió la condesa con un leve encogimiento de hombros—. Dudo de que tú lo estés.

La joven suspiró y asintió de mala gana.

—Pensé que podría ocurrir, sí, pero...

—¿Pero?

—No lo sé. Parecía sincero.

Emily se permitió una sonrisa divertida.

—¿Y esperabas que no lo fuese?

—No es eso lo que quise decir. Es solo que apenas me conoce. ¿Cómo puede amarme? —preguntó como si hubiese pensado mucho en eso y no diera con una respuesta satisfactoria.

Emily escogió la respuesta con cuidado.

—No pretendo convertirme en defensora de los sentimientos del señor Harding, pero a veces el amor se presenta de forma imprevista y no requiere de mucho tiempo para florecer.

—Como tú y lord Falmouth —acotó Mary con un leve asentimiento.

Emily esbozó una pequeña sonrisa.

—Algo así —reconoció con voz queda.

Mary frunció el ceño y miró nuevamente por la ventana, muy pensativa. Guardó silencio por un par de minutos. Emily no dijo nada, a la espera de que compartiera lo que sentía en verdad, tal vez así resultara más sencillo ayudarla.

—Es diferente para mí. —Tal y como imaginó, su hermana retomó la charla con voz pausada y reflexiva—. Quizá se deba a que nunca he sentido esa clase de amor, pero solo puedo concebir en mi vida el nacido del tiempo y el afecto sincero, uno que crece y florece con la misma seguridad y certeza con que se desarrollan mis rosas —dijo mientras miraba a Emily desde el reflejo en la ventana: ella no dijo nada, solo la observaba—. Tal vez no suene muy emocionante visto así.

—Quizá. Pero creo que para ti lo es.

Mary asintió.

—Quienes han sentido esa pasión de las novelas que tanto le gustan a Penélope Lowell no pueden entenderlo, pero... Es hermoso, Emily. La forma en que un sentimiento echa raíces y crece sin cesar a medida que inunda cada resquicio del espacio que ocupa, de tu corazón y tu mente. Un amor absoluto sin el que no se puede concebir la vida propia porque forma ya parte de la tuya. Lo más curioso es que ocurre casi sin que te des cuenta, como algo que se te mete bajo la piel con el transcurrir de los días y los años...

La voz de Mary se apagó, como si de pronto se hubiera agotado ese caudal de sentimientos reprimidos que se había permitido liberar por un momento en presencia de una de las personas en quien más confiaba. Una vez que calló, volvió la atención a los jardines, desde donde llegaban unas risas sonoras, seguidas de una carcajada masculina y fresca que identificó de inmediato. Él estaba riendo. Con ella. Hizo un gesto de dolor y apretó los labios.

Emily, a su vez, la observaba con atención y posó una mano sobre el hombro de la muchacha con suavidad.

—¿Por qué no se lo dices? —preguntó al fin.

Mary no fingió no entender.

—Él lo sabe —respondió con sencillez.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque siento lo mismo que yo. O lo sintió alguna vez, ya no estoy tan segura.

Emily oyó la respuesta y asintió levemente, sin saber qué decir. En lugar de eso, tomó a su hermana de la mano y la alejó de la ventana. Mary apenas hizo un gesto en esa dirección antes de seguirla con un leve asentimiento. Ocuparon un sillón y guardaron silencio por unos momentos, un lapso agradable por la oleada de silenciosa empatía que las acompañaba siempre. Al cabo de un rato, sin embargo, Emily se aclaró la garganta para llamar la atención de su hermana.

—¿Y qué harás respecto al señor Harding? —preguntó a fin de encauzarle los pensamientos por un sendero más trivial.

Mary se encogió de hombros.

—Lo único que puedo hacer; a decir verdad, creo haberlo hecho ya. Rechacé su propuesta.

—Ya veo. ¿Y lo aceptó con calma? No parece la clase de caballero que se contenta con una negativa.

La muchacha se sonrojó al recordar la desagradable escena compartida con el señor Harding, así como las palabras que dijo acerca de que no se daría por vencido en la búsqueda de conseguir que se casara con él, pero no se lo

dijo a la condesa; sin duda se alteraría al conocer lo intimidante que se había mostrado. Mary prefería pensar que actuó llevado por la frustración y, de cualquier modo, estaba decidida a evitarlo tanto como fuera posible.

—Le he pedido que no insista, pero es posible que no me haya escuchado o que no haya querido hacerlo —respondió al tiempo que evitaba la mirada de la condesa.

Emily la conocía lo suficiente para intuir que no era del todo sincera.

—Si te molesta de cualquier forma, debes hacérmelo saber —advirtió ella con tono frío.

—No, no es así —replicó—. No puedo evitar sentirme responsable; debí ser más distante y rechazar sus avances desde un inicio.

—Es posible que tengas razón, y te reconvendría por esa falta de tino de no ser porque conozco el motivo de ese arrebato.

—Fui egoísta —reconoció Mary sin disimular la tristeza.

—Sí, lo fuiste, pero tienes un buen corazón. Estoy segura de que te sientes bastante mal por eso como para oír además mis reproches.

—Los merezco.

—Deja que yo juzgue eso.

Mary esbozó una pequeña sonrisa nerviosa al recordar la actitud del señor Harding.

—Se veía sinceramente dolido —dijo.

—Lamento oírlo.

—Pero dijo que no pierde las esperanzas.

—No me sorprende. —Sonrió—. Espero que hayas dejado en claro que esas esperanzas son vanas.

—Lo hice, claro. Pero, de nuevo, no creo que se encuentre convencido.

—Comprendo. Espero, entonces, que el tiempo y un conveniente alejamiento aclaren sus ideas.

Mary frunció el ceño, tanto por las enigmáticas palabras de su hermana como por su expresión divertida.

—¿Alejamiento? —repitió confundida.

—Sí. Creo que la noticia no podría llegar en un mejor momento.

—¿Qué noticia?

—Nos vamos a Londres. —Emily sonrió aún más al ver la extrañeza en el rostro de la muchacha. Elevó las manos como quien se alista para rematar un truco de magia.— Y sí, Alexander viene también.

Mary estaba demasiado sorprendida como para hilvanar una respuesta apropiada, lo que tal vez fue una suerte, porque en realidad no tenía ni la más remota idea de qué decir.

Londres.

\* \* \*

—Beatrice, querida, por favor, quédate quieta. No, Benedict, no puedes ir en el pescante. ¿Creen que Catherine se encuentre mareada? ¿Deberíamos detenernos pronto para que tome un poco de aire y descanse del movimiento?

Mary miró a Alexander por encima del libro, pero tuvo que bajar la mirada de nuevo al encontrarse con una sonrisa igual a la suya en ese rostro. Sin duda él pensaba exactamente lo mismo que ella: Emily y los viajes largos no eran la mejor combinación.

La siempre calmada condesa, que nunca perdía el control y podía enfrentar las más terribles crisis sin alterarse, se veía desbordada frente a la tarea de trasladar a toda la familia con poco tiempo para organizar los preparativos, amén de bregar con tres niños, a cuál más impaciente e inquieto por la emoción del cambio en su, por lo general, apacible rutina campestre. Podía decirse a favor de ellos, sin embargo, que respetaban tanto a su madre que no hacía falta un segundo pedido para que obedecieran las indicaciones sin chistar. Sin embargo, todo lo que veían por la ventanilla era tan nuevo y emocionante, que pasaban apenas unos minutos para que empezaran otra vez con la inquietud y nuevas preguntas.

Como se trataba de un grupo grande, habían optado por dividirse en dos carruajes para hacer el viaje de Gloucestershire a Londres. Lord Falmouth iba en el primer vehículo en compañía de lord Leicester y su sobrina. Lady Amelia protestó acerca de lo acertado de la decisión ya que en el segundo vehículo iban Mary, Emily y Alexander con los tres pequeños, La condesa se negó a separarse de los niños, y lord Cahill advirtió que, al menos uno de los hombres, debía acompañarlas durante el viaje. Mary, por su parte, ni siquiera soñó con sugerir algún cambio; se habría lanzado del carruaje en movimiento antes de hacer un viaje de más de cien millas en compañía de lady Amelia. La idea de intercambiar lugares tampoco se le pasó por la mente.

—Podemos detenernos en la próxima posada si así lo quieres, pero eso solo nos retrasará —comentó Alexander mientras desviaba la atención hacia el rostro escondido de Mary—. Catherine estará más tranquila en cuanto le dé sueño. Respecto a los niños... Seguro que no quieren alterar a su madre, ¿cierto?

Benedict y Beatrice acusaron el discreto regaño y asintieron con similares muestras de arrepentimiento; en particular, el muchacho, que de pronto pareció encontrar el camino muy interesante incluso visto desde la ventanilla y no desde el pescante con el cochero.

—Gracias —dijo Emily con una sonrisa y miró a su hermana, algo más tranquila—. Temo que con todo este ajetreo no les he permitido que disfruten del viaje.

Mary cerró el libro y se las arregló para guardarlo en el bolso, una tarea un tanto complicada ya que iba sentada muy junto a Beatrice que tenía a la derecha a su hermano mayor. Emily iba al frente, con Catherine sobre el regazo y Alexander al lado. Desde su posición lo atrapó mirándola, pero desvió rápido la mirada al saberse descubierto, no sin antes obsequiarle con una sonrisa divertida. No habían vuelto a hablar en privado desde su abrupto encuentro de hacía unas semanas, cuando Mary acababa de dejar al señor Harding después de rechazar la propuesta matrimonial. Para su alivio, el caballero solo había aparecido en Falmouth Manor en un par de ocasiones, y en cada una de ellas se había comportado con la amabilidad habitual que lo caracterizaba, si bien ella notó que se conducía con cierta frialdad. Sin embargo, desde que empezaron los preparativos para el viaje no habían recibido más visitas, de modo que Mary no lo veía desde entonces, lo que la ayudó a dejar en el pasado esa desagradable experiencia.

—No te preocupes. Es natural que se muestren inquietos, están emocionados; también yo lo estoy. —Mary se recostó en el asiento y sonrió—. Me cuesta creer que pronto estaremos en Londres, parece un sueño.

Emily sonrió también, contenta de ver a su hermana animada.

—Pero no lo es —dijo—. Y aun cuando comentamos con frecuencia lo poco aficionados que somos a visitar la ciudad, la verdad es que también me ilusiona la idea de ver Londres después de tanto tiempo. Tenemos buenos amigos ahí a los que deseo ver.

—¡La señora Allen! —replicó Mary de inmediato—. Tengo tantas ganas de verla, han pasado años...

Emily mostró la misma ilusión que su hermana. La señora Allen había sido una buena amiga de sus padres y siempre fue muy amable con ellas, en especial en los tiempos difíciles, cuando Mary aún era pequeña y Emily debió ocuparse de ella sola en una ciudad tan intimidante como Londres. La buena señora regentó por muchos años una encantadora casa para señoritas y el esfuerzo le permitió asegurar la educación de su hijo, pero, como él ya ocupaba un puesto respetable de abogado en la ciudad, su madre había decidido cerrar la pensión y ahora estaba dedicada a otro tipo de labores.

—Lo mismo me ocurre. Desde luego, sabemos que está bien por sus cartas, pero será emocionante verla de nuevo. Además, espero que podamos trabajar juntas en cierto proyecto que será muy interesante.

Tanto Mary como Alexander, que había seguido la charla en silencio, miraron a la dama con curiosidad.

—¿Qué clase de proyecto? —preguntó Alexander sin ocultar interés.

—Lo sabrán pronto, aún tenemos que ultimar algunos detalles, pero espero contar con ambos —respondió Emily sonriente.

Mary elevó una ceja y miró a Alexander, que a su vez la veía con una pequeña sonrisa que asomaba en los labios. Ese simple gesto pareció reavivar la complicidad entre ambos. Mary debió retirar la mirada al sentir un agradable calor que le inundaba el pecho.

—Suenas muy enigmática —comentó él al notar que la condesa no atinaba a urdir una respuesta apropiada.

—Oh, pero no es esa mi intención, solo quiero que sea una sorpresa. Agradable, espero.

—Eso ha sonado aún más enigmático. —Mary rio y sacudió la cabeza de un lado al otro—. Pero supongo que sabremos pronto de qué se tratará.

Emily asintió.

—Tan pronto como lleguemos, lo prometo. —Su atención se vio reclamada por cierto movimiento nada discreto en un rincón del carruaje—. Ni siquiera lo pienses, jovencito.

Benedict exhaló un suspiro y regresó la cabeza al interior del vehículo. Había aprovechado la charla de los adultos para regresar a su contemplación del cochero en el pescante, con el anhelo pintado en la mirada, pero, tan pronto como su madre lo llamó, dio un respingo y la miró con gesto culpable.

—Bueno, al menos sabemos que el viaje no será aburrido.

Mary sonrió en respuesta al comentario de Alexander y miró a su vez por la ventanilla con la sensación de que no solo el viaje resultaría emocionante en sí, sino también el destino al que se dirigían. ¿Qué les esperaba en Londres? No podía esperar a descubrirlo.

\* \* \*

Whitechapel era considerado uno de los lugares más inseguros de Londres y había que ser tan valiente como atrevido para recorrer esas calles en mitad de la noche sin temor a verse envuelto en una situación peligrosa. O, en todo caso, estar desesperado y ser, en sí mismo, un peligro.

Había tantas tabernas, burdeles y antros, que un parroquiano podía escoger uno distinto para cada día, si bien en su mayoría distaban de tener muchas diferencias entre uno y otro. La mayor similitud estribaba, precisamente, en el aire de decadencia y depravación que se respiraba en cada uno de ellos. Lo

que para una persona decente sería un ambiente intolerable, para otros se convertía en un espacio en que las inhibiciones desaparecían y todo estaba permitido.

Lord Henry Wilmot decía con frecuencia que, si bien la limpieza brillaba por su ausencia y la decoración era simplemente deprimente, se sentía allí tan a gusto como en su propia casa.

La Rosa y el León era su favorito y lo regentaba una mujer que, en su tiempo, había sido una prostituta más del local y que había escalado posiciones gracias al apoyo de agradecidos clientes, como el mismo Henry, que colaboró con generosidad en cuanto se lo pidió y que se convirtió pronto en el principal socio inversionista desde las sombras. En su opinión, tan cínica como siempre, la ambición merecía una recompensa.

Era sorprendente cómo un hombre con su educación y crianza podía moverse en un ambiente como aquel sin perder ni una pizca de aplomo y conservando las maneras aristocráticas en detrimento de la mayor parte de la clientela, que lo veía con una mezcla de resentimiento y temor, lo que a él le encantaba. *Madame* Françoise —que de francesa solo tenía el nombre y el falso acento— lo recibía siempre con un saludo entusiasmado, tal y como en aquella ocasión en que llegó pasada la medianoche, sacudió los restos de lluvia de la levita y dejó el sombrero y bastón en manos de uno de los chicos que servían para todo propósito en la casa.

Siguió a la mujer hacia la mesa más cercana al fuego a fin de terminar de secarse y poner las manos a escasa distancia de las llamas para que le infundieran calor, todo ello sin dar más que una mirada aburrida alrededor.

—Ocúpate de que me den una bebida decente, nada de ese whisky rebajado con agua que le ofreces a estos pobres diablos —dijo en cuanto estuvo sentado al tiempo que ladeaba el rostro a un lado para evadir sus caricias.

La mujer no se mostró ofendida por el gesto; parecía esperar por la sonrisa torcida que mostró. En lugar de ello asintió e hizo una señal a una de sus muchachas.

—Hace días que no nos visitas —dijo con familiaridad, pero sin atreverse a sentarse a su lado.

Henry la miró con los ojos entrecerrados y analizó sus maneras; era un buen observador y le gustaba descubrir lo que ocultaban las personas, pues le daba una insana sensación de poder. Françoise, o Daisy, como sabía él que era su verdadero nombre, lo veía con expresión anhelante que pretendía ocultar gracias a una exagerada sonrisa. Era menor de lo que parecía, apenas sobrepasaba la treintena, pero con el maquillaje y el vestuario recargado aparentaba diez años más, lo que en su opinión era una pena. De cualquier forma, no se sentía atraído por ella; lo estuvo alguna vez, cuando era joven y llegó por primera vez a ese lugar, pero de eso había pasado ya un buen tiempo y sus gustos habían variado. Aunque pasaba los cuarenta años, era justo reconocer que, pese a su vida disipada, conservaba una apariencia distinguida y un semblante atractivo, a los que procuraba sacar el mayor provecho.

—Tengo que trabajar, mujer, ¿de dónde saldría si no todo el dinero que te doy para sostener este antro? —respondió una vez que tuvo la bebida en las manos y luego de despedir a la chica que amagó a sentarse en su regazo.

La mujer apenas consiguió contener una carcajada.

—¿Trabajar? —repitió con un resoplido—. No creo que hayas trabajado un solo día de tu vida. ¿Y ese dinero del que hablas no sale acaso de los bolsillos de lord Leicester? Tengo que agradecer algún día a tu padre por ayudarme con el negocio; dile cuando lo veas que es bienvenido y que le haré una tarifa especial con cualquiera de mis chicas, o con todas, si así lo prefiere. Ustedes los aristócratas tienen gustos raros.

Henry sonrió y extendió una mano que ella se apresuró a tomar, pero, en cuanto la tuvo sujeta, le dio un tirón que provocó que tuviera que poner la mano libre sobre la mesa para evitar darse de bruces contra ella. Henry aumentó el agarre y acercó el rostro al de la mujer. La sonrisa continuaba inalterable, pero sus ojos brillaban con furia.

—No te confundas, Daisy —dijo como si mordiera las palabras—. No somos iguales y, sin duda, el buen conde de Leicester odiaría saber que una puta osa nombrarlo, en especial con tan poco respeto. Soy amable contigo, da gracias por eso, pero no olvides quién eres y quién soy yo.

La soltó de golpe y ella retrocedió, con la mano magullada contra al pecho. Pareció tentada a saltarle encima, furiosa, pero se contuvo y asintió en señal de aceptación.

—Disculpe, milord —escupió más que dijo—. ¿Puedo hacer algo más por su señoría?

—Nada, además de contarme las novedades, si es que las hay; si no, regresa a lo que fuera que estuvieras haciendo antes de que llegara.

La mujer dudó, dividida entre marcharse y cumplir con su deber, pero debió pensar que lo último era más importante que lo que pudiera sentir y, acostumbrada como estaba a reprimir las emociones, chasqueó la lengua y miró a Henry con una sonrisa torcida. A lord Wilmot le gustaba estar enterado de todo lo que ocurría en el local, pues lo consideraba prácticamente suyo y creía que la información era muchas veces más valiosa que el dinero. Basada en su experiencia, Daisy, o *madame* Françoise, no podía estar más de acuerdo.

—Los mismos de siempre, aunque según escuchó una de las chicas hace un rato, se dice que lord Dandridge está metido otra vez en problemas —deslizó en voz baja.

Henry no se mostró muy interesado por la noticia.

—Dandridge siempre está en problemas —replicó él—. ¿Mujerzuelas o dinero?

—Ambos.

—Ya. Mantenme informado. ¿Quién sabe? Tal vez le ocurra algo remotamente interesante esta vez.

La mujer asintió, presta para marcharse, pero frunció el ceño como si acabara de recordar algo y miró sobre su hombro con discreción.

—Hay algo más. Podría no ser nada... —empezó.

Henry esperó en silencio.

—Un caballero. Es la primera vez que lo veo, pero llamó mi atención.

—Ya veo. ¿Rico?

La mujer se encogió de hombros.

—No lo sé, diría que no es pobre, pero tanto como rico... lo dudo —reconoció—. Pero es apuesto.

Henry rio.

—¡Mujeres! —dijo con abierto desprecio—. ¿Eso es todo lo que tiene de interesante?

—Claro que no—respondió ella de mala gana—. No ha dejado de beber desde que llegó y le dijo a una de las chicas que acaba de llegar de Gloucestershire, que tiene conocidos poderosos por allí, algo de una heredera...

La mención a la ciudad captó la atención de Henry, que hizo a un lado la bebida y miró a la mujer con expresión calculadora.

—Continúa —dijo.

Ella sonrió, satisfecha de haber dicho algo que el noble encontró interesante.

—No sé más. Llevó a la chica a uno de los cuartos de arriba y luego volvió a bajar. Pidió un reservado y, como podía pagar, se lo di. Sigue bebiendo, por cierto.

—¿No mencionó nada más de Gloucestershire? ¿Quiénes son esas amistades de las que habló? —insistió Henry.

—Deja que le pregunte a Lila.

La mujer se marchó sin esperar respuesta, pero no tardó en volver; apenas un par de minutos después, tras intercambiar unos cuchicheos con una chica que llevaba una bandeja con bebidas, regresó sonriente.

—Está enojado. Furioso, en realidad —soltó de golpe—. Le dijo a Lila algo de una chica estúpida que lo había rechazado, pero que estaba loca si pensaba que las cosas iban a terminar así. ¡Los hombres y su ego!

Henry alzó una mano para restar importancia a lo último y la miró con mayor interés aún.

—Nombres, mujer, ¿mencionó alguno?

—No dijo el de la pobre chica, pero sí que juraba por lo más sagrado que se haría con la fortuna de lord Falmouth de una forma u otra. ¿Te dice algo ese lord?

Henry ya no la oía. Se puso de pie tan pronto como oyó el nombre y tomó a la mujer por el brazo con un gesto brusco.

—Preséntamelo —ordenó—. Ahora.

Ella ni siquiera soñó con discutir; lo conocía lo suficiente para saber que ese brillo en los ojos y ese andar frenético no auguraban nada bueno. Solo esperaba no verse envuelta en lo que fuera que tramara, aunque no tenía mucho sentido albergar la ilusión. Cuando Henry Wilmot urdía una intriga, ella siempre se veía comprometida de una u otra forma.

Sin decir una palabra, lo llevó por un corredor apenas alejado del salón principal, en dirección a los reservados. No eran lujosos ni mucho menos, pero brindaban discreción para quienes podían pagarlos; por lo general lo ocupaban aristócratas y hombres de dinero que no deseaban ser vistos. Una vez frente a la puerta, tocó con un solo golpe suave e hizo un gesto a Henry para que entrara tras ella una vez que giró la manivela sin esperar respuesta.

Pese al estado de embriaguez en que se encontraba, en mangas de camisa, con el pelo revuelto y desmadejado sobre una silla, era justo reconocer que James Harding conservaba buena parte de su atractivo. Al mirar en dirección a la puerta, alertado por el ruido, achicó los ojos oscuros como si le costara enfocar.

—Milord, ¿cómo se encuentra? ¿Lo han tratado bien? —preguntó la mujer sin dejar de sonreír.

Harding la miró como si no la reconociera.

—No soy un lord —balbuceó.

—Acéptelo. Así llama ella a todos, cree que le da más prestigio al local, aunque ya le he dicho que para conseguirlo tendría que incendiarlo hasta los cimientos y volverlo a construir.

La mujer miró a Henry con el ceño fruncido, pero no atinó a responder. Harding, en tanto, fijó la mirada en él como si fuera una aparición.

—¿Quién es usted? —preguntó.

Henry sonrió e hizo una reverencia totalmente innecesaria. Luego ocupó la mesa frente a Harding sin prestar mayor atención a la botella volcada sobre la mesa o al licor que goteaba al suelo de madera.

—Si me lo permite, estaré encantado de convertirme en su nuevo mejor amigo.

Sin esperar respuesta, miró a la mujer con una ceja alzada.

—Café. Litros —ordenó—. El caballero y yo tenemos mucho de qué hablar.

Ella le dirigió una mirada entendida y se marchó tras sacudir la cabeza al ver cómo Harding contemplaba a Henry con curiosidad. Una mueca asomó a su rostro. Pudo ser diversión. O lástima.

\* \* \*

—Nunca me acostumbraré a tu impetuoso carácter, hermano. No sé por qué todos en la familia creen que soy yo el aventurero.

Alexander tenía una expresión divertida en el rostro en tanto su hermano se afanaba sobre el escritorio con una pila de papeles que esperaban ser leídos. Llevaban solo tres días en Falmouth House, Londres, y las obligaciones ya habían reclamado a John, lo que a él no parecía molestarle. Estaba acostumbrado, como cabeza de la familia, a atender los mil y un deberes que demandaban su posición.

—Si lo dices por este viaje imprevisto, exageras. No hay nada de impetuoso en mi decisión: es algo que he estado pensando hace ya un tiempo. El apoyo de lord Leicester terminó de convencerme de que era el momento correcto —respondió John al tiempo que apartaba un momento la mirada del

escritorio para ver a lord Cahill, como si acabara de recordar algo importante —. Debo decir que lamento no haberte preguntado si estabas de acuerdo con este viaje. Después de todo, estuviste aquí hace poco tiempo y tal vez deseabas permanecer más tiempo en Gloucestershire.

Alexander se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—No te preocupes. Aunque aprecio el encanto del campo, como sabes, me aburro con facilidad. Si ustedes pensaban venir de cualquier forma, no habría tenido sentido que me quedara. Me alegra haber venido. Nunca me niego a una aventura —dijo con una sonrisa.

John frunció el ceño, dividido entre el alivio y la exasperación, una mezcla de emociones bastante familiar en lo que a la relación con Alexander se refería.

—No creo que pueda considerársele así a Londres —dijo al cabo de un momento.

La sonrisa de Alexander se hizo más amplia.

—¿Has estado últimamente en el East End?

—No. Y espero que tú tampoco, pero si hubiera sido así, por favor no se lo digas a Emily.

Alexander asintió.

—Descuida; de cualquier forma no es un tema acerca del que acostumbre hablar con ella —dijo.

—Bien.

—¿Vas a contarme ahora cuál es la razón de este viaje? No te gusta Londres, vivirías en Falmouth Manor durante todo el año si pudieras. Recuerdo haberlos oído a ti y a lord Leicester hablar de algunos negocios

relacionados con el ferrocarril. ¿Es eso?

John suspiró y recostó la cabeza contra el respaldo del sillón: las manos unidas a la altura del pecho y la mirada sobre su hermano como si pretendiera analizarlo.

—Eres más perceptivo de lo que te gusta aparentar —comentó.

—Esa es una manera muy gentil de decir que parezco distraído —replicó Alexander sin verse ofendido.

John dejó pasar el comentario.

—Tienes razón en tus suposiciones. Lord Leicester me ha invitado a participar en una inversión y espero usar este viaje para finiquitar el asunto. Hay un grupo de caballeros que han puesto muchos esfuerzos en trazar la operación y me interesa formar parte; el desarrollo no solo beneficiará a unos cuantos, sino a todo el país.

—El ferrocarril no es precisamente un negocio nuevo, ya que hace años funciona con éxito y los pioneros se han enriquecido gracias a su visión —comentó Alexander.

John asintió.

—Cierto. Pero aún hay mucho por hacer, nuevas ciudades por unir, vías que construir. El progreso requiere un gran compromiso.

—Y mucho, mucho dinero —acotó Alexander.

—Cierto. De nuevo. —John se permitió una pequeña sonrisa—. Y estoy dispuesto a darlo, siempre y cuando me resulte provechoso a largo plazo.

—No te muestres como un fenicio conmigo, John; deja eso para tus competidores. La verdad es que haces estas cosas porque en el fondo no puedes dejar de tomar riesgos —comentó su hermano—. Te lo dije: eres un

aventurero.

El conde se encogió de hombros, sin responder a ese comentario. Como era usual en él, ocultaba los pensamientos incluso para sus más cercanos; a excepción de Emily, pocos podrían decir que lo conocían a profundidad. Al cabo de un momento, se puso de pie y se dirigió a un mueble de donde sirvió un par de bebidas. Tras ofrecer una a Alexander, en lugar de volver a su silla tras el escritorio, se quedó de pie frente a él. Se veía relajado, pero alerta.

—Hay algo que quiero compartir contigo respecto a este viaje. Una de las razones por las que estamos aquí en primer lugar —dijo con tono pausado.

Alexander bebió un sorbo de la copa y asintió en espera.

—No se trata solo de negocios. Son importantes, claro, en especial los relacionados con el ferrocarril, pero, a decir verdad, necesito tu ayuda para un asunto menos comercial.

—Te escucho.

—Es un asunto un tanto delicado y complejo que requerirá mucho trabajo, pero, sobre todo, un buen manejo de situaciones difíciles, tacto y, tal y como lo llamaste hace un momento, un desarrollado gusto por la aventura.

Alexander frunció el ceño, intrigado.

—¿Vas a pedirme que mate a alguien, John? —preguntó él.

—Alexander...

—Porque lo haría por ti, pero voy a necesitar que me pongas en un contexto más claro.

—Hablo en serio.

—Yo también.

El conde suspiró y sonrió, en apariencia vencido por el humor de su hermano.

—Intentaré explicarme —dijo.

Alexander se acomodó en el asiento.

—Muy bien.

—Este es en realidad un proyecto de Emily, yo solo la apoyo con los recursos y los contactos que puedan ser necesarios para llevarlo a buen puerto. ¿Comprendes?

—Has debido decirlo antes. No tenía idea de que Emily estuviera relacionada.

—Más que eso. Es su idea y la mayor carga de trabajo estará sobre sus hombros, lo que no termina de gustarme, para ser sincero, pero es muy importante para ella y tiene todo mi apoyo.

—¿De qué se trata exactamente este proyecto?

—Has mencionado al East End hace un momento. Más allá del dudoso entretenimiento que se encuentra en ese lugar, ¿eres consciente de la difícil situación de algunos de sus habitantes? De allí y de otros lugares pobres de Londres.

Alexander se adelantó en la silla, de pronto alerta y muy serio.

—Desde luego —asintió—. Y el escenario ha empeorado desde tu última visita a la ciudad, así que no sé qué tan enterado estés del tema. A la pobreza y la miseria puedes sumarles el inconformismo; la situación en las fábricas es preocupante, parece una caldera a punto de estallar.

John hizo un gesto de comprensión. Era lo que esperaba oír.

—Estoy consciente de eso, hace meses envié a un par de hombres de mi confianza para que me informaran al respecto. Nunca habría consentido en ayudar a Emily de no saber en qué se estaba involucrando exactamente. Ella lo sabe también, se lo he contado, pero se niega a retroceder.

—Eso es muy propio de Emily —mencionó Alexander con voz cargada de afecto.

—Sí, pero eso no lo hace menos preocupante para mí —replicó John con tono irónico—. De cualquier forma, no quiero desviarme. Te decía que estamos conscientes de lo difícil de la situación, y Emily está decidida a ayudar.

—¿Ayudar cómo?

—De la mejor forma posible y a pequeña escala; el problema en sí es tan grande que hacer más por ahora resultaría imposible; Emily también comprende eso. Su mayor preocupación son las mujeres y los niños, desde luego. Como sabes, son ellos los más vulnerables.

Alexander asintió de inmediato.

—Claro —dijo pensativo, como si apenas empezara a comprender la idea en toda su dimensión—. Te refieres a las mujeres abandonadas, supongo, las que terminan en esas casas de mala muerte...

—Y sus niños en los hospicios, sí —completó John con semblante pesaroso—. Es un panorama desolador, sin duda.

—A la mayoría de los londinenses no les importa —comentó Alexander con frialdad—. Aunque no tengo derecho a criticar, pues conozco la situación y jamás he intentado hacer nada para ayudar.

John se encogió de hombros y reveló su acostumbrado pragmatismo.

—Tampoco yo, pero no tiene sentido darse golpes en el pecho cuando podríamos usar esas energías en algo más útil —dijo—. ¿Has oído hablar de la señora Allen? Es una buena amiga de Emily.

—Sí, claro. Sé que ella y Mary se alojaron con ella durante su estancia en la ciudad —replicó Alexander, para luego sonreír con la vista fija en la copa—. Antes de que la encontraras como un caballero de brillante armadura y la convencieras de casarse contigo.

John hizo un gesto de fastidio. No le gustaba que le recordaran sus arrebatos, por amorosos que hubieran sido y pese el final feliz que le habían concedido.

—Me refiero a ella, sí —reconoció de mala gana—. Bien, la señora ha cerrado la casa de huéspedes para damas que regentó por años, su situación económica es más desahogada y ya no necesita ese ingreso con desesperación. Ella y Emily han mantenido correspondencia durante este tiempo y, como ambas están familiarizadas con este tema, la señora por tratar durante años con damas solteras en Londres, y Emily por... bueno, tú sabes por qué, decidieron unirse e intentar ayudar de alguna forma.

Ante la mención de la experiencia de Emily con la difícil situación de las mujeres en la ciudad, Alexander levantó la cabeza con un gesto brusco. El rostro revelaba una seria preocupación.

—Dime, John: ¿Sabe Mary acerca de los planes de Emily y la señora Allen? —preguntó.

El conde desvió la mirada un tanto incómodo.

—Emily no ha querido hablar de ello mientras no fuera algo concreto, pero debe de haberle informado ya. Ella confía en contar con su ayuda.

Alexander dejó la copa sobre una mesa y se puso de pie, como si no tolerara permanecer sentado. Dio un paseo por la habitación en silencio, con el ceño cada vez más pronunciado.

—Creo que Emily ha cometido un error al ocultárselo —dijo de golpe al detenerse bajo una ventana—. Debió compartir sus planes hace mucho.

John no pareció sorprendido por la reacción de Alexander.

—Ella temió contrariarla. Es un tema sensible para Mary —dijo.

—Desde luego que lo es —replicó Alexander a medida que alzaba un poco la voz—. Y precisamente por eso debió decírselo antes. Hacerlo ahora, cuando es un hecho concreto y esperar que lo tome bien y que se involucre, es pedir demasiado.

—Emily conoce bien a su hermana...

—También yo —acotó Alexander.

John se acercó a él sin parecer ofendido por la brusquedad.

—Mary es una buena chica, pero no lo ha pasado bien, es verdad, y tiene excelentes motivos para que una idea como esta la afecte. Posiblemente ni siquiera podremos imaginar cuánto porque es también muy celosa de sus emociones, pero debes reconocer que es más fuerte de lo que parece y que quizá sea el momento de que se enfrente a su pasado.

—Pero esto podría ser demasiado para ella —replicó Alexander con algo más de calma, aunque no por eso menos preocupado—. ¿Cómo saber cuál será su reacción?

—La conoceremos pronto, eso te lo aseguro. Pero no la subestimes, pues nunca ha dado indicios de no ser una joven noble y generosa. Emily lo sabe, la conoce a fondo y creo, aun cuando no me lo ha dicho con esas palabras, que no solo ha urdido este proyecto con el afán ayudar a los más necesitados; también espera ayudar a una de las personas que más quiere en el mundo.

—Mary —dijo Alexander, con un leve suspiro.

John asintió.

—Mary —aceptó—. Nuestra joven rosa nunca podrá avanzar mientras permanezca atada al pasado, y esta podría ser una gran lección para ella. Todos tenemos que enfrentar a nuestros demonios en algún momento de nuestra vida; tal vez este sea el momento de Mary. Lo mejor que podemos hacer para ayudarla es estar ahí para ella. Nos necesitará.

Alexander miró al conde sin ocultar su preocupación.

—¿Seremos suficiente para ella? —preguntó.

John sonrió en respuesta.

—Siempre lo has sido— replicó él con tono amable para luego pestañear como si acabara de darse cuenta de que había dicho más de lo que deseaba. Carraspeó y se dirigió de vuelta al escritorio—. Pero cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él. Ahora quiero mostrarte unas cifras del proyecto, luego Emily te hablará algo más al detalle de lo que tiene en mente cuando se reúnan con la señora Allen.

Alexander asintió, dividido entre insistir en su preocupación y agradecer las palabras del hermano mayor. Sin embargo estimó que ambas cosas no serían bien recibidas y, de cualquier forma, dudaba de que sirvieran para algo, de modo que procuró despejar la mente y enfrentar las circunstancias como siempre hacía: con buen humor y sentido práctico. John tenía razón tanto sobre el hecho de que tendrían que cruzar el puente cuando llegaran a él como que no tenía sentido ahogarse cuando aún se encontraban en la orilla.

Ocupó la silla frente a él y esperó en silencio, lo que tomó como una señal de conformidad. Pasaron el resto de la mañana embebidos en números y posibilidades, en un ambiente distendido y cordial. Alexander, sin embargo, no pudo evitar que parte de su mente se encontrara lejos de ahí: se preguntaba si Mary habría tomado la novedad con el mismo entusiasmo. Sinceramente, lo dudaba.

\* \* \*

La casa de la señora Allen se encontraba en un barrio apacible de Londres. Era una construcción amplia y confortable; la señora y su difunto esposo se habían ocupado de hacer una y mil reformas a lo largo de los años con el fin de adecuarla a la que sería su mayor fuente de ingresos: un lugar en que se pudiera albergar a damas solteras que necesitaran un hogar decente durante su estadía en Londres. Por lo general, las huéspedes eran jóvenes llegadas de diversos lugares de Inglaterra que se empleaban en una serie de ocupaciones, como maestras o dependientas. Durante todo el tiempo en que la pensión había operado, la señora Allen se encargó de llevarla con mano de hierro, sin que ello afectara el trato amable y maternal con que trataba a las jóvenes huéspedes. A muchas de ellas las consideró y apreció tanto como a sus propias hijas y lamentó profundamente la decisión de cerrar el negocio. Pero tal y como había contado por carta a Emily en su momento, se encontraba ya agotada porque no le veía un sentido práctico a ese continuo trabajar cuando en verdad ya no le era necesario. Contaba con una respetable pensión del esposo, quien había sido un valeroso marino, y su hijo, tras el sacrificio de ambos, ocupaba un excelente puesto como abogado; el muchacho sentía verdadera devoción por su madre y se preocupaba de que nada le hiciera falta, de modo que podía vivir tranquila sin sufrir ninguna carencia.

La dama era un espíritu inquieto, sin embargo, y estaba decidida a mantenerse activa, solo deseaba una misión, tal y como la llamaba, una ocupación más noble para sus esfuerzos que le permitiera ya no cultivar sus arcas sino su espíritu. De ahí la idea y el pedido de ayuda a Emily, que lo recibió encantada.

En su larga experiencia, había visto casos realmente trágicos entre muchas jóvenes mujeres en la ciudad y siempre se lamentó por no haber podido hacer mucho por ellas. Las chicas que se hospedaban eran, por lo general, jóvenes

con la cabeza bien puesta sobre los hombros y llegaban a su alojamiento con perspectivas laborales claras, por humildes que pudieran ser. Algunas se casaban con el paso del tiempo y se mudaban con sus respectivos maridos; las que menos continuaban con sus ocupaciones, pero en ambos casos se mantenían en una situación cuidada y respetuosa. Las que le preocupaban en verdad eran las otras. A las que por lo general no se las mencionaba y vivían en las sombras. Eran, irónicamente, quienes más ayuda requerían. Ahora estaba decidida a brindárselas.

La señora Allen, aunque ya mayor, conservaba una energía que mujeres de la mitad de su edad envidiarían. Su apacible aspecto de abuelita de cuento, como alguna vez la definió Mary cuando era niña, escondía un carácter férreo y una seguridad aplastante. De modo que en cuanto tomó una decisión, no se detuvo hasta ponerla en marcha. Se comunicó con Emily, quien abrazó el proyecto con entusiasmo, y ahora, tras meses de cartas, planes y primeros esfuerzos, el plan empezaba a cobrar forma.

Mantuvo la casa tal como cuando funcionaba cuando era una pensión, y la distribución era perfecta para lo que tenía en mente; solo, gracias a una primera suma enviada por Emily con la anuencia de lord Falmouth, se ocupó de hacer sencillas mejoras en el interior, como destinar habitaciones para niños y aumentar las camas que ocuparían las mujeres. Por fuera, la casa semejaba cualquier otro hogar respetable de los alrededores, pero, por dentro, era mucho más. Un oasis de esperanza, tal y como pretendía que fuera.

La mañana que Emily llegó en compañía de Mary, casi una semana después del arribo a Londres, la señora Allen las esperaba sin contener la ansiedad y el entusiasmo. Se había dilatado la visita porque, si bien Emily había deseado ir tan pronto como puso un pie en la ciudad, quiso tener tiempo para hablar del tema con Mary, además de acordar algunos pasos a seguir con su esposo y Alexander, que tan pronto como estuvo enterado del proyecto, se volcó sin vacilaciones a ayudar; tanto que Emily decía en tono de broma que, de haber sabido que mostraría semejante entusiasmo se lo habría contado antes.

En opinión de John, esa era la clase de labor precisa para un hombre con el carácter de su hermano: Alexander era incapaz de permanecer quieto, lo que se oponía la idea de manejar unas tierras y delegar las tareas prácticas en otro, como hacían los demás nobles. En este caso, en este proyecto, la imprevisibilidad y el no poco peligro que implicaba la tarea de brindar ayuda a tantas almas desafortunadas lo infundían de una energía impresionante. Fue él quien se echó al hombro la labor de hacer discretas averiguaciones en las calles de la ciudad para tener una idea aun más clara de en qué dirección dirigir los esfuerzos.

Para espanto de Emily y diversión de John, hizo varias incursiones en el East End sin más compañía que un caballo y un arma convenientemente escondida para informarse a fondo de la situación en la zona. Ya había conseguido –nadie sabía cómo– hacer unos contactos que lo ayudaron a encontrar a las primeras personas a las que ofrecer ayuda. Cómo había salido indemne de semejante labor, Alexander se había negado en redondo a contarlo, si bien John sospechaba que su hermano había usado su desarrollado encanto y ese sentido de la aventura del que tanto se ufanaba para salir bien librado del asunto. Cualesquiera hubiesen sido los métodos que usó, los resultados fueron notables. Por lo que, para cuando Emily y Mary hicieron la primera visita a la casa de la señora Allen, él estaba ahí también, pero no solo, sino que había conseguido atraer a los primeros beneficiarios del proyecto.

Aunque no había ahondado mucho en eso por consideración a la sensibilidad de Emily y Mary, y a fin de no remover viejas heridas de forma innecesaria, la tarea de convencer a un grupo de mujeres acostumbradas a desconfiar hasta de su propia sombra de que iba con buenas intenciones no había sido nada sencillo. Y no era para menos.

Alexander no quería ni imaginar la cantidad de veces en las que un desconocido debía de haberse acercado a aquellas desafortunadas para ofrecerles ayuda y ellas, al aceptar, se encaminaban a una situación todavía más peligrosa de la que se encontraban antes. Eran tiempos difíciles para quienes mostraban tan solo un ápice de fe en la humanidad y, sin duda, ellas

debían saberlo de primera mano. Por eso Alexander había optado por buscar a las más jóvenes, quienes aún no habían sido golpeadas con tanta furia por la crueldad y quienes conservaban aún un resquicio de esperanza. La insistencia y buena voluntad habían dado frutos.

La mañana en que Emily y Mary se apearon del carruaje y, tras ser recibidas con un afectuoso abrazo de parte de la señora Allen, ingresaron a la casa, él se encontraba ahí con algunas de las jóvenes que habían accedido a aceptar ayuda.

Eran cuatro: un número pequeño para empezar, sin duda, pero lo bastante significativo para tomarlo como una buena señal. Dos de ellas eran obreras en una de las fábricas de algodón que acababan de ser despedidas por haber osado unirse a un movimiento que organizaba protestas en busca de salarios más justos, mientras que las otras dos venían directamente de las calles. Entre todas tenían cinco niños y ninguna contaba con un marido, lo que empeoraba aun más su situación. Mostraban distintos niveles de hosquedad, en particular las últimas, por lo que, cuando fueron presentadas a Emily y Mary, distaron mucho de parecer agradecidas o entusiasmadas. Por el contrario, se retiraron tan pronto como les fue posible una vez que la señora Allen les dijo que podían hacerlo si así lo deseaban.

Una vez que se marcharon y los cuatro quedaron a solas en la habitación que la señora Allen había usado como salón de recepción —y que ahora pretendía convertir en un cuarto de bordado para que las nuevas huéspedes pudieran volcarse a esas labores—, Emily exhaló un gran suspiro con la vista puesta en la puerta que acababa de cerrarse tras la última de las mujeres.

—No va a ser sencillo —se limitó a comentar pensativa y levemente preocupada.

La señora Allen, siempre práctica y sincera, se encogió de hombros luego de fijarse bien la cofia sobre la cabeza.

—No, desde luego que no lo será; no esperaba que fuera distinto —respondió—. A ustedes acaban de conocerlas, pero han estado conmigo ya tres días y no son más amigables, como has podido ver. Pero eso cambiará con el tiempo, ya que solo deben sentir un poco más de confianza y, después de todo lo que han sufrido, es natural que les cueste mostrarse afectuosas.

Emily asintió, no muy convencida, pero Alexander le dirigió una sonrisa para tranquilizarla.

—La señora Allen tiene razón, Emily; solo es cuestión de esperar. Esas mujeres están acostumbradas a los tratos más crueles y a toda clase de injusticias; su conducta es lógica, les tomará tiempo comprender que en verdad queremos ayudarlas.

—Pero aceptaron venir...

La frase de Emily murió al salir de los labios, ni siquiera a ella le pareció un argumento muy sólido y, por la expresión de Alexander y la señora Allen, fue evidente que ellos pensaban lo mismo. La buena señora le dio un golpecito amable en la mano mientras que él se llevó una mano al cabello en gesto de frustración.

—No tienen muchas alternativas, Emily, ya lo sabes; sus circunstancias son desesperadas —dijo al tiempo que suspiraba y se mostraba inseguro acerca de continuar y qué tanto decir—. Las más jóvenes tenían a sus hijos con ellas en las calles, pero las otras lo llevaban aun peor.

—¿Qué tan peor?

Fue Mary quien preguntó; abrió la boca por primera vez desde su llegada. Después de saludar a la señora Allen en la entrada, no había dicho una sola palabra mientras conocía a las mujeres, ni siquiera daba la impresión de haber prestado mucha atención a la charla que se desarrollaba frente a ella. Había pasado todo el tiempo sentada en silencio muy erguida y un tanto alejada de los demás. Pero ahora su pregunta surgió con naturalidad, como si no hubiera

perdido palabra de lo que decían y hubiera decidido unirse a la conversación. Alexander notó, además, que había cierta frialdad en su voz, un gesto que reconoció como el que adquiriría siempre que algo la afectaba profundamente y no deseaba que fuera evidente.

—Los detalles no son importantes —respondió él con tono evasivo.

—Estoy segura de que lo son para ellas —replicó para luego insistir—. ¿Qué tan peor, Alexander?

Él la miró a los ojos y vio tanta obstinación en ellos que, aun cuando en otras circunstancias hubiese preferido callar, no pudo hacerlo. Tras dirigir a Emily una rápida mirada y notar un ligero asentimiento, suspiró.

—Ellas vivían en *lodging houses*. Son tugurios con grandes espacios comunes, incluso las camas son compartidas, pero eso no era lo peor, sino que no podían llevar ahí a sus niños, porque es demasiado peligroso —explicó él en voz pausada y sin despegar los ojos de Mary, pero ella no pareció notarlo—. Mientras trabajaban en la fábrica podían pagar para tenerlos en una *baby farm* en las afueras de Londres.

La señora Allen sacudió la cabeza y chasqueó la lengua en señal de desaprobación mientras que Mary y Emily lo vieron con extrañeza.

—Una *baby farm* es una especie de... institución donde pueden cuidar a los niños a cambio de una suma que las madres se encargan de pagar cada mes —explicó lord Cahill.

—¡Cuidados! —rezongó la señora—. En mi opinión, no hay mayor diferencia entre esos lugares y un asilo para pobres, eso es lo que pienso.

—He oído hablar de esos lugares —comentó Emily con el ceño fruncido—. Y, por lo poco que sé, no dudo de que la señora Allen esté en lo correcto.

—Cierto. Pero aun así es lo mejor a lo que la mayoría puede aspirar. Las calles y los asilos son incluso más peligrosos. De cualquier forma, al ser despedidas no tenían con qué pagar la mensualidad, así que estaban en una situación imposible. Cuando las encontré y conseguí que me oyeran, reconocieron que estaban pensando en ofrecer a los niños en adopción.

—¿Y eso estaría mal? ¿No asegurarían una vida mejor para ellos?

La nueva interrupción de Mary tomó a Alexander más preparado. Había notado que seguía sus palabras con los sentidos muy alertas por lo que, al responder, sostuvo la mirada sin alterarse.

—En teoría, sí, claro —dijo él—. Pero muchas veces los adoptantes solo los quieren para ponerlos a trabajar en toda clase de labores. Según me han dicho, más que una adopción, al final se trata de una transacción comercial; los niños son vendidos por quienes tienen el deber de velar por su seguridad por lo que su destino es aún más penoso, si cabe.

Mary frunció los labios y apretó las manos sobre la falda hasta hacerse daño, parecía perturbada y horrorizada. Al notarla turbada, Emily se puso de pie y se acercó a ella para posarle una mano sobre el hombro.

—No tiene sentido hablar más al respecto —dijo la condesa con un leve apretón.

—¿Acaso no es importante conocer la verdad? —replicó su hermana de inmediato con un dejo de amargura.

—Sí, pero no por eso debemos solazarnos en el horror —comentó Emily sin variar el tono cálido pero firme.

La señora Allen seguía el intercambio de palabras con cierta extrañeza, como si no acabara de comprender el sentido de lo que decían, pero no se atrevió a preguntar. Alexander, al notar la confusión de la dueña de casa, se dirigió a ella con una sonrisa amable.

—Señora Allen, no he tenido oportunidad aún de conocer las instalaciones a fondo. ¿Sería tan amable de mostrármelas? Emily habló de ciertas mejoras...

La señora asintió, en apariencia no muy convencida, pero debió de comprender las intenciones de Alexander, por lo que se puso de pie con un movimiento ágil para una dama de su edad y asintió con gesto enérgico.

—Oh, sí, y han sido todas muy necesarias, se lo aseguro —respondió—. Haremos un recorrido y podrá sugerir algún cambio que juzgue conveniente. El jardín aún necesita mucho trabajo, pues debo admitir que no lo he cuidado como debería.

—Estoy seguro de que eso no es del todo cierto, pero me complacerá verlo —dijo y le ofreció su brazo con gesto galante, que ella tomó con un leve sonrojo en las mejillas.

—Si necesitan algo, queridas, no dejen de avisar, basta con tirar de la campanilla, y Jenny estará aquí en un segundo.

Tras ese último consejo, la señora siguió a Alexander fuera de la habitación, no sin que él diera una mirada a Mary, que lo veía con una sombra de agradecimiento en los ojos.

—Estás disgustada.

Las palabras de Emily rompieron el silencio que se instaló entre ellas una vez que se quedaron a solas. Mary sacudió la cabeza y se encogió de hombros en respuesta.

—Mary, sé que lo estás y sé también que es en parte mi culpa, pero no me disculparé por haberte convencido de venir. Lo necesitas más de lo que piensas.

Su hermana le dio la espalda.

—Eso parecen pensar todos —respondió al cabo de un momento con voz rota.

Emily no amagó a acercarse, aunque era lo que más deseaba hacer, ya que la rigidez en los hombros de Mary, su cabeza muy erguida y la frialdad en su voz le hicieron ver que no lo apreciaría. No en ese momento.

—Todos los que te queremos, sí —dijo Emily—. Y estoy consciente de que eso no lo hace más fácil para ti, pero debes comprender que ha llegado el momento de que te enfrentes a lo que tanto te ha lastimado a lo largo de todos estos años. No estás sola, nunca lo estarás, pero hay batallas que no puedo luchar por ti.

—Nunca te lo pedí.

La réplica de Mary surgió más dura de lo que hubiera deseado, y Emily acusó el golpe con un rictus de dolor.

—También lo sé, aunque lo haría con gusto.

Al oír el rastro de tristeza en la voz de su hermana, Mary dio media vuelta y la miró a los ojos con expresión arrepentida.

—Lo siento —dijo—. Lo has hecho todo por mí ya, una y otra vez. No tenía derecho a decir eso. Es solo que...

Emily asintió comprensiva.

—Estás disgustada —completó con una leve sonrisa—. Esperaba que fuera así, y nadie te criticará por ello; si alguien tiene el derecho para estarlo, esa eres tú. Pero no permitas que las penas y el rencor se apoderen de tu vida porque ensombrecerán tu futuro. Te he visto crecer con una fortaleza extraordinaria para alguien de tu edad, pero también conozco todo el resentimiento que guardas en tu corazón. Y eso, querida mía, podría destruirte.

Mary suspiró, pero no dio señal de haber aceptado la advertencia porque, si bien le dirigió a una mirada agradecida, no reaccionó como la condesa esperaba. En lugar de eso, la tomó del brazo con un gesto cariñoso y forzó una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—No quiero hablar más de esto. ¿Te importa si nos reunimos con la señora Allen y Alexander? Me pareció oír algo acerca del descuido del jardín y quiero ofrecerle mi ayuda —dijo al tiempo que tironeaba un poco para que la siguiera a la salida.

Emily la miró sin ocultar la exasperación que la embargaba al ver sus esfuerzos puestos de lado. ¿Hasta dónde llegaría su obstinación? No había hablado con ligereza al decir que esa actitud podría arruinarla, pero no conseguía que lo entendiera: habría dado cualquier cosa por que lo hiciera. Pero ya había dicho demasiado, y ese no era el lugar apropiado para una charla tan privada, así que asintió de mala gana a su pedido.

—Vamos. —Le palmeó la mano y se pusieron en marcha.

Pasaron el resto del día en una agradable camaradería. La señora Allen les mostró las mejoras, en tanto Emily sugería algunas otras que serían de utilidad para el nuevo uso que le darían a la casa. Las mujeres que ya ocupaban algunas habitaciones del primer piso no volvieron a aparecer. La condesa lo lamentó porque estaba deseosa de hablar con ellas, pero la señora Allen sugirió, con su buen tino y experiencia, que tendrían que mostrarse más pacientes y que poco a poco conseguirían ganarse su confianza. Para el final del día, se había discutido todo lo necesario para echar a andar formalmente el proyecto, con la promesa de lord Falmouth de que se encargaría de financiar lo que hiciera falta en tanto se conseguían las donaciones que Emily estaba decidida a obtener. Alexander aseguró también que continuaría apoyando el hogar tal y como había hecho hasta entonces, fuera con sus propios recursos o sus buenos oficios como enlace con la zona más peligrosa de la ciudad, en donde sabían que se encontraban las personas que más requerían ayuda. Mary, en tanto, se mantuvo en silencio casi hasta el final,

cuando ofreció a la señora Allen ayuda en los cuidados de los jardines de la casa, por lo que prometió regresar pronto. Aparte de eso, no dijo más e hizo el camino de regreso a Falmouth House en absoluto mutismo.

Emily, que iba a su lado en el carruaje e intercambiaba miradas de preocupación con Alexander, se dijo que era eso precisamente lo que más le inquietaba de ella: por fuera era la imagen de la compostura y la indiferencia, pero estaba segura de que por dentro su mente debía de ser un conjunto de ménades que aullaban. Y no había nada que ella pudiera hacer por ayudarla; ahora todo estaba en sus manos.

## CAPÍTULO VI

**M**adame Françoise o Daisy –como prefería llamarla Henry Wilmot cuando se encontraba disgustado y deseaba proyectar su ira en alguien que no tenía el poder para responderle–, atisbó por el velo de la puerta y esbozó una sonrisa mezcla de diversión y lástima.

—Pobre idiota —masculló entre dientes con un suspiro.

De haber podido, no habría abierto esa puerta aun cuando el visitante la aporreara por horas, pero, como en muchas otras cosas, sencillamente no tenía el poder. De modo que la abrió tan pronto como escuchó dos discretos golpes y se hizo a un lado para dejar pasar al recién llegado.

El burdel perdía mucho de su dudoso encanto a plena luz del día, pero Henry odiaba tratar negocios mientras los demás se divertían; según él, no soportaba el ruido cuando intentaba pensar en un plan apropiado para sus intereses. De modo que había citado al señor James Harding a primera hora de la tarde, antes de que las puertas se abrieran para los parroquianos y las chicas empezaran a ofrecer sus servicios.

A diferencia de la última visita, en esa ocasión el señor Harding se encontraba completamente sobrio e iba vestido de forma impecable. Para diversión de *madame* Françoise, incluso exhibió un aire digno y de leve reprobación al verla que casi le arranca una carcajada lo que ayudó mucho para que la compasión que le provocaba el sujeto fuera bastante menor. Tal vez, al fin y al cabo, tendría lo que se merecía.

Sin hacer más que un leve gesto de saludo, la mujer lo guio a la misma habitación en que había estado la última vez. Henry ya lo esperaba con una botella de vino sobre la mesa. A la luz del día, que entraba por una minúscula ventana, el cuarto se veía incluso más miserable que por la noche, ya que la decoración decadente se hacía más notoria y generaba un rechazo que quizá la oscuridad y el alcohol conseguían morigerar.

—Mi buen amigo, cuánto me alegra verlo. —Henry se llevó una mano a un inexistente sombrero y sonrió encantado—. Acompañeme, por favor.

Harding lo miró desde su altura, como si de pronto se preguntara qué demonios hacía ahí, pero la expresión divertida de Henry y el amable recibimiento lo convencieron de hacer lo que decía. Una vez que ocupó la silla frente a él, Henry hizo un gesto a la mujer que permanecía de pie en la puerta.

—Déjanos —ordenó.

Ella miró a uno y a otro con leve desprecio mientras se preguntaba qué resultaría de aquella reunión. Se marchó en silencio y cerró la puerta tras ella con un golpe sordo.

Henry sirvió una copa de vino para el señor Harding. Solo cuando el invitado tomó el primer sorbo, se permitió empezar la charla.

—Le agradezco por haber aceptado venir, señor Harding; temía que hubiera cambiado de opinión —dijo sin perder la sonrisa.

—No tenía alternativa. Fue usted muy persuasivo la otra noche cuando dijo que me arrepentiría durante toda mi vida si me negaba —replicó el otro con abierto sarcasmo.

Henry se encogió de hombros fingiéndose apenado.

—Siempre he sido un tanto dramático, lo reconozco; lamento si le provoqué algún disgusto. Pero debo decir que realmente creo que, si su fin es el que me confió, no aceptar mi ayuda en verdad sería causa de remordimiento para usted. Ahora, si su interés por la señorita Browning no es tan real como creo, entonces tal vez esta reunión no tenga sentido.

El señor Harding lo taladró con la mirada.

—Desde luego que mi interés es real. Quiero casarme con ella —respondió muy seguro.

Henry asintió satisfecho por esa respuesta.

—Muy bien. En ese caso nos encontramos exactamente donde ambos debemos estar —dijo para luego guardar silencio sin dejar de sonreír.

Harding lo miró, curioso e impaciente según pasaba el tiempo, y Henry no retomaba la conversación.

—¿Y bien? —preguntó con brusquedad cuando sintió que no podía esperar más—. Dijo que me ayudaría, que tenía mucho para contarme respecto a esa familia.

Henry asintió lentamente sin parecer perturbado por esa explosión. En realidad, la recibió con alegría, como si así comprobara algún aspecto del carácter de su interlocutor que le provocara gracia.

—Muy bien. Recapitulemos —dijo y se enderezó en la silla con los ojos fijos en el rostro de Harding—. Está usted decidido a casarse con la cuñada del conde de Falmouth, aun cuando le hizo una propuesta formal y ella lo rechazó.

El señor Harding se vio aliviado al comprender que al fin tendría las respuestas que esperaba. Asintió muy seguro.

—Sería un tonto si permitiera que una negativa me convenciera de lo contrario. Es bien sabido que las mujeres gustan de negarse para así saberse más deseadas —aseguró.

—¿En serio? Siempre me pregunté por qué lo hacían —replicó Henry, y no quedó claro si estaba de acuerdo o simplemente se burlaba, pero el otro lo dejó pasar—. En ese caso, su insistencia lo honra.

—Gracias —respondió Harding al asumir que eso era lo más correcto, aunque no del todo seguro de las intenciones de su interlocutor, por lo que regresó a un punto en que se sentía más dueño de sus palabras—. Dijo que podría ayudarme, que conoce al conde y a su familia.

Henry esperaba esa pregunta y la recibió con una sonrisa, como quien se prepara para exponer un plan de negocios con las respuestas precisas para satisfacer al auditorio y ganarse su confianza.

—Es verdad. Conozco a lord Falmouth desde... bueno, desde hace tanto que apenas puedo recordarlo con exactitud.

—Nunca lo vi en Falmouth Manor.

—Eso es porque hemos perdido el contacto, lamentablemente, pero quizás haya visto a mi padre, el conde de Leicester.

Harding expresó su asombro al elevar las cejas.

—¿Lord Leicester es su padre? —preguntó.

—Claro. ¿No nota el parecido? —acotó Henry—. Él, desde luego, mantiene excelentes relaciones con lord Falmouth.

—Sí, lo he notado: se tratan con gran consideración y, según me pareció, lord Leicester lo aprecia como a un hijo.

La sonrisa divertida de Henry trastocó en una de profunda amargura, pero la ilusión duró solo un instante. Harding tuvo que cuestionarse si no lo habría imaginado, por lo que decidió olvidarlo y concentrarse en lo que en verdad le importaba.

—Como a un hijo, es verdad. Lo que nos convierte a John y a mí en casi hermanos —contestó Henry y empezó a reír, pero la risa murió de golpe en la garganta y lo miró por encima de la copa, de pronto muy serio—. Como ve, tengo el conocimiento para servirle de ayuda.

Harding asintió al tiempo que saboreaba la victoria.

—¿Y por qué lo haría? —preguntó.

—Porque quiero. Y porque puedo. ¿No es por eso por lo que uno hace las cosas? Al menos ese siempre ha sido mi caso.

—Comprendo —dijo Harding, aunque no pareció tenerlo tan claro.

Henry cruzó las manos sobre la mesa y lo miró con curiosidad.

—Dígame, ¿qué excusa dio la señorita Browning para rechazar la propuesta?

—La más absurda que pudo habersele ocurrido —contestó el señor Harding con un resoplido despectivo—. Que no desea casarse nunca.

Henry lo escuchó sin dejar de sonreír, pero fue evidente que encontraba muy interesante la respuesta; de allí que reflexionara acerca de ello durante un minuto y en silencio.

—Ya veo —dijo al tiempo que miraba a Harding a los ojos—. Pero debo reconocer que no me parece una respuesta absurda; por el contrario, no carece de sentido y su negativa la honra.

—¿La honra? —preguntó Harding algo confundido por sus palabras.

—Sí, desde luego. Pudo aceptarlo, pero eso no habría sido del todo correcto.

Harding tomó un largo trago de vino —al punto de casi vaciar la copa— antes de responder.

—Temo que no lo entiendo —dijo.

Henry fingió sorpresa, como si no esperara esa respuesta y lo miró con una sonrisita misteriosa como si supiera algo que Harding no.

—Ya entiendo. Usted no conoce la verdad acerca del origen de la señorita Browning.

—¿Su origen?

Henry hizo como si no lo hubiera oído y saboreó el momento.

—Supongo que no debería sorprenderme, pues se tomaron muchas molestias para ocultar la verdad, ¿por qué iban a compartirla con usted?

—No lo sigo...

—Aunque según sé son algo más abiertos al respecto luego de que la chica se enterara de todo, pero imagino que preferirán mantenerlo dentro del círculo más privado.

Harding se levantó de golpe, frustrado y molesto por sentir que se burlaba de él sin darle una respuesta clara.

—Lord Wilmot, siento que está jugando conmigo: es obvio que no estoy enterado de algo importante acerca de la señorita Browning, y usted disfruta al ponerme en evidencia.

Henry permaneció sentado y sin alterarse ni un ápice. Tan solo sonrió y usó su voz más persuasiva como quien pretende tranquilizar a un animal alterado. Siempre le resultaba.

—Debe disculparme si he dado esa impresión, nada más lejos de mis intenciones, solo seguía una línea de pensamiento... Por favor, perdone esa negligencia. Siéntese y permita que le cuente toda la verdad. Si aún desea casarse con la señorita Browning una vez que conozca el secreto de su origen, estaré encantado de ayudar a alguien tan honorable en todo lo que me sea posible.

Harding acusó esas palabras sin ocultar la desconfianza, pero la curiosidad ganó la partida y, tras asentir de mala gana, volvió a ocupar la silla.

—Lo escucho —dijo.

Henry asintió, satisfecho de tener su atención nuevamente.

—Cuando dije que la señorita Browning fue honesta al negarse a aceptar su propuesta, le hice un halago. Verá: no creo que ella en verdad no esté interesada en casarse con usted, sino que lo rechazó al saber que sería imposible hacerlo debido a su pasado.

—¿Qué pasado?

Henry respondió con otra pregunta.

—¿Quién es la señorita Mary Browning? O mejor dicho, ¿quién cree usted que es?

—La cuñada de lord Falmouth, obviamente, la hermana de su esposa —respondió Harding, sin sonar ya muy seguro.

Henry sonrió con misterio.

—He allí mi punto; está usted equivocado o, mejor dicho, desconoce la verdad —se apresuró a continuar antes de que el otro, ofuscado, insistiera con que se burlaba de él, lo que en cierta medida hacía—. La señorita Browning no es hermana de Emily... de lady Falmouth.

Harding se irguió en el asiento, con los ojos muy abiertos, como si creyera haber escuchado mal.

—¿Qué dice? —preguntó incrédulo.

—Son parientes, sí, pero no hermanas. En realidad la señorita Browning es hija de una prima de lady Falmouth, pero fueron criadas como hermanas. Ni siquiera debería llevar ese apellido, desde luego, pero dudo de que tenga alguna opción —acotó Henry con cierta malicia.

—¿En qué se basa para afirmar algo como eso?

—Oh, no es un secreto. No para sus más cercanos, al menos. Yo lo descubrí hace mucho tiempo, aunque reconozco que en su momento cometí un grave error al respecto —admitió y su seguridad flaqueó, pero tan solo un instante, para luego continuar con la frivolidad habitual—. De cualquier forma, puede preguntarle a la señorita Browning o a lady Falmouth: estoy seguro de que no lo negarán.

Harding se veía sinceramente consternado, inseguro de qué decir frente a esa revelación.

—¿Por qué la mentira? ¿Por qué fingir que son hermanas? —consiguió hilvanar las preguntas con esfuerzo.

—¿No lo adivina? Es un caso de lo más vulgar, muy común en realidad —resopló Henry al tiempo que sonreía con cierto desprecio—. La prima de lady Falmouth, no puedo recordar su nombre en este momento, cometió un terrible error: se involucró con un hombre. Íntimamente, claro, usted me entiende. El

canalla huyó en lugar de cumplir con su deber y la joven —pues era muy joven entonces—, según sé, fue repudiada por sus padres. Al final, murió al dar a luz y la niña quedó desamparada.

Una vez que Henry terminó de hablar, esperó en tranquilo silencio la reacción de su interlocutor que, por otro lado, no lo decepcionó.

—¿Entonces la señorita Browning es una bastarda? —preguntó Harding cuando al fin recuperó el habla.

Henry fingió horrorizarse con la expresión.

—Bueno, supongo que puede llamarla así, aunque no es una palabra muy cortés, y estoy seguro de que ella no lo apreciaría —dijo—. Ahora comprende la razón de su rechazo.

Harding se llevó una mano al rostro y sacudió la cabeza, incrédulo.

—¿Está seguro de que no hay lugar a error? —preguntó.

—En absoluto —respondió Henry enigmático—. Lo que he dicho es la verdad; insisto en que podría preguntar a las involucradas si así lo prefiere.

Harding negó con la cabeza.

—No. No lo haré. No dudo de usted.

—Gracias. —Lord Wilmot se mostró halagado.

—¿Por qué me mentiría? ¿Qué ganaría usted con semejante ardid? —preguntó Harding, y pareció una pregunta hecha en verdad para sí mismo.

—Nada. Desde luego que nada. Mi único afán es serle de utilidad.

Harding calló con el ceño fruncido, pero, de pronto, cuando el silencio se hizo ensordecedor, golpeó la mesa con una mano y provocó un sobresalto a Henry.

—¡Escalé montañas por esa bastarda caprichosa! —exclamó furioso.

Una vez que Henry se recuperó de la impresión, sonrió encantado por esas palabras. Ya no ocultaba la sonrisa burlona, si es que eso podía importarle ahora a Harding que estaba tan ofendido y rabioso que no veía más allá de sus propias narices.

—Asumo que no está siendo literal —dijo sin poder contenerse.

Harding le dirigió una torva mirada.

—Asume mal —respondió.

Henry soltó una carcajada.

—¡Vaya! Creo que he subestimado su compromiso. No imaginé que sintiera un afecto tan presto al sacrificio por la señorita Browning.

—¿Afecto?

—Sí, algunas personas lo llaman amor, pero a mí me parece un tanto exagerado: una palabra rebuscada y carente de significado. Pero no me tome muy en cuenta: soy un cínico depravado.

Harding no respondió, sino que se mostró más hosco e incómodo. Miró a lord Wilmot con irritación mal disimulada, que el otro advirtió de inmediato.

—Dirija su ira hacia el lugar correcto, buen señor, ya que estamos en el mismo bando. No debe olvidarlo —dijo él con voz sugerente.

—Lo sé —respondió Harding al asentir—. Pero sigo sin comprender sus motivaciones: qué gana usted o por qué hace esto, por qué ha consentido en contarme la verdad.

Henry se cruzó de brazos para analizarlo con los ojos entrecerrados como si midiera al hombre frente a él. Al final no pareció muy impresionado, pero sí lo suficiente para dejar caer un poco la máscara que había exhibido hasta entonces.

—Mis motivos son solo míos, pero lo bastante poderosos como para asegurarle sin asomo de duda que haré todo cuanto esté en mi mano para que pueda usted conseguir a la señorita Browning —dijo como quien recita una oración.

Harding le devolvió la mirada.

—¿Tiene esto algo que ver con su distanciamiento de lord Falmouth? ¿Es eso? ¿Quiere perjudicarlo?

Henry sonrió, complacido e irritado a partes iguales por la astuta conjetura.

—Podría usted estar en lo cierto. O tal vez no —respondió enigmático—. Quizá, si resultamos exitosos de esta empresa, se lo cuente alguna vez.

Harding asintió, satisfecho por esa promesa.

—Me parece justo —dijo.

Henry sonrió.

—Mi buen señor, le aseguro que justicia es lo último que busco con todo este enredo —respondió—. Pero será divertido, eso lo tengo muy claro, y más le vale que usted haga otro tanto. Por lo pronto, deme un par de días para planear un primer paso, ya tengo algo en mente, pero necesito confirmar qué tan viable resultará para ambos. Lo buscaré cuando tenga una respuesta.

Harding asintió y se levantó con movimientos pesarosos sin responder. De pie, terminó de vaciar la copa y frunció el ceño.

—Antes de irme. ¿Qué sabe del hermano de lord Falmouth? —preguntó mientras evitaba su mirada.

Henry se encogió de hombros.

—¿Alexander? Un buen hombre, lo reconozco; mucho más simpático que su hermano. Creo que mi padre está interesado en casarlo con mi prima, lady Amelia Buxton: una chica tonta, pero tiene una buena dote y hará una excelente decoración, así que Alexander no resultaría del todo perjudicado si acepta —respondió de golpe con su frivolidad habitual, para luego mirarlo con curiosidad—. ¿Por qué pregunta?

Harding negó con la cabeza y se dirigió a la puerta, pero, antes de abrirla, se detuvo con las manos fuertemente apretadas a los lados, como si dudara. Parecía interesado en decir algo, aunque no sabía cómo ponerlo en palabras. Henry esperó en silencio, intrigado y divertido por su actitud.

—La quiero para mí —balbuceó Harding de golpe y sin mirarlo—. A la señorita Browning, la quiero para mí.

Henry elevó las cejas.

—No me dice nada que no supiera ya. Es por eso por lo que estamos aquí en primer lugar, ¿recuerda? —respondió un tanto burlón.

—Lo sé. Pero no quiero que piense que es solo un capricho o que lo único que me motiva es el hacerme con su dote y la posibilidad de emparentarme con lord Falmouth.

Henry lo miró con una mueca en los labios mientras analizaba esa expresión y sin ocultar lo divertidas que encontraba esas palabras.

—Cuidado, señor, o voy a pensar que mi primera impresión fue correcta y, después de todo, está usted realmente enamorado de la señorita Browning.

—¿Y qué si así fuera? —respondió desafiante.

Henry se encogió de hombros.

—Nada en particular. Contará con mi ayuda de todos modos, no lo dude. De cualquier forma, reconozco que la posibilidad de verme envuelto en una burda historia de amor es un tanto deprimente. Pero como ya le he dicho antes...

Harding mostró la primera sonrisa desde que había llegado.

—Es usted un cínico depravado, así que en verdad no hay por qué tomarlo muy en cuenta —dijo.

Henry abrió los brazos, encantado por ese comentario.

—Exacto —respondió—. Le dije que seríamos buenos amigos.

Harding no atinó a responder sino que tan solo sacudió la cabeza y se marchó para dejar la puerta cerrada tras de sí. Ni siquiera la gruesa madera acalló del todo las carcajadas de Henry una vez que se quedó a solas. Cuán divertido iba a resultar todo.

\* \* \*

Desde que habían llegado a Londres, eran pocos los momentos en que lord y lady Falmouth habían podido disfrutar de la tranquilidad a la que estaban acostumbrados. Mientras que en Gloucestershire tenían una rutina sólida que complacía a ambos; en la capital apenas contaban con tiempo para charlar e intercambiar las novedades del día. Tan solo por las noches, cuando se retiraban a su habitación al terminar la cena, podían disfrutar de tiempo para los dos. En él hacían gala de la complicidad y la profunda adoración que los unía.

Entre los múltiples negocios de lord Falmouth y las ocupaciones de su esposa, sin duda les sobraban temas a tramar, pero preferían, en la medida de lo posible, hablar de todo aquello que los preocupaba o entusiasmaba. Después de todo, cada uno confiaba en el otro como en nadie más y, tal y como Mary pensaba con frecuencia, era difícil pensar en dos almas más amantes y compenetradas que ellos.

A los sirvientes les costó comprender en un primer momento, luego de que se desposaron, que dejaran de lado la tradición de dormir en habitaciones separadas y prefirieran ocupar la que correspondía a la condesa. Ellos jamás se molestaron en dar explicaciones a nadie de sus motivos, aunque cualquiera con cierta sensibilidad lo habría adivinado de inmediato al notar la forma en que se veían. Lord Falmouth, en particular, odiaba las demostraciones de afecto en público, pero no podía ocultar los sentimientos que le inspiraba su esposa, lo que a ella divertía y gustaba comentar cuando se encontraban a solas.

Los ajetreos y las preocupaciones de los últimos días, sin embargo, habían permitido poco tiempo para las muestras de amor y sí mucho para las conversaciones juiciosas. Emily, al menos, no conseguía dejar de hablar al respecto, lo que lord Falmouth veía con una mezcla de ternura y similar inquietud, lo que ella apreciaba porque era, al fin y al cabo, la única persona con quien se permitía compartir los temores que cada tanto la aquejaban.

—No entiendo por qué Mary no accede a hablar conmigo de sus sentimientos. Se ha encerrado en sí misma y no hay forma de que acceda a compartírselos, solo finge que todo está bien y que no hay nada por lo que deba angustiarme. Es intolerable.

Lord Falmouth veía a su esposa con los ojos entrecerrados y expresión grave, en tanto ella iba de un lado a otro de la habitación y se preparaba para dormir: soltó el largo cabello y lo cepilló como si de alguna forma así consiguiera canalizar su frustración. Brillaba como el ébano y formaba una

cortina que le caía a los lados del rostro. Ella, sin embargo, no parecía consciente de lo encantador de su imagen a la tenue luz que iluminaba la habitación por lo que exhaló un suspiro derrotado.

—Ven aquí.

Emily suspiró otra vez y dejó caer el cepillo en cuanto vio la mano extendida del esposo. Se sentó a su lado y la tomó entre las suyas con una pequeña sonrisa culpable.

—No hago más que quejarme, ¿cierto? Debería permitir que compartas tus logros del día y, en lugar de eso, solo puedo hablar de cuán preocupada me siento —reconoció—. Perdóname.

Lord Falmouth sonrió muy a su manera: esbozó una pequeña mueca enigmática que ella había aprendido a amar porque ocultaba mucho más de lo que mostraba. En ese caso, una expresión de perspicacia y comprensión.

—No podría soportar que no compartieras tus angustias conmigo, ya lo sabes; solo lamento que las sientas porque haría cualquier cosa para evitarte un sufrimiento —contestó él mientras la tomaba de las manos para llevárselas a los labios.

Emily sonrió y exhaló un suspiro en señal de rendición al tiempo que se dejaba caer a su lado sobre la cama y le apoyaba la cabeza sobre el hombro.

—Lo sé. Pero esto... No se trata solo de lo que me angustia, sino que me veo incapaz de hacer algo por ella. Eso es lo que más me molesta. Odio sentirme inútil y ver sufrir a Mary sin poder ayudarla.

—Has velado por ella desde su primer respiro y no has dejado de hacerlo ni un segundo a través de los años, sacrificándote de todas las formas posibles —recordó él con tono tierno—. ¿No es eso suficiente?

Emily cerró los ojos y negó con un movimiento leve.

—Nunca podría serlo —respondió con voz ahogada—. Para mí Mary es mucho más que una hermana; es también una hija, y la quiero tanto como a los nuestros.

—Yo también siento un profundo aprecio por ella.

Emily esbozó una pequeña sonrisa que él no pudo ver al pensar en que esa era la forma contenida y velada en que John reconocía que la amaba casi tanto como ella y era también una hija para él. Pero no lo dijo. Él sabía perfectamente que ella había comprendido lo que deseaba expresar.

—Han pasado días desde nuestra primera visita al albergue, casi una semana, y no acepta hablar de eso, aunque sé que está muy afectada —comentó Emily para retomar la conversación.

—Es comprensible. No puedes decir que no lo esperabas.

—No, claro que no, pero creí que al menos hablaría conmigo —dijo con tristeza—. Creo que se siente un poco enojada porque no le dije del proyecto con la señora Allen hasta que fue un hecho concreto.

El conde asintió, pensativo.

—En cierta forma, no le falta razón —dijo John tan justo como siempre—. Tal vez, de haber conocido los hechos antes de salir de Gloucestershire, habría tenido tiempo para hacerse a la idea.

Emily suspiró, no muy segura.

—No lo sé. Si te soy sincera, estoy un poco desconcertada por su comportamiento. Cuando era una niña, podía saber incluso lo que pensaba y adelantarme a casi todos sus actos, pero ahora veo que se convierte en una joven mujer con secretos y un mundo interior tan complejo que a veces me cuesta saber a qué atenerme —dijo ella en tono triste.

John, sin embargo, no pareció tan afectado por esa idea como ella.

—Tú lo has dicho —respondió—. Es mayor ahora, y su forma de ver las cosas es muy personal. Mary es una muchacha especial, lo era de niña también. Siempre me sorprendió su sensibilidad y madurez, incluso desde entonces.

—Ha pasado por mucho —dijo Emily con profunda pena.

—Cierto. Pero eso también la ha convertido en la joven que conocemos ahora. Tal vez te sientas un tanto insegura ahora respecto a cómo abordarla y llegar a su corazón, pero debes haber notado que su esencia es la misma —habló él con tono práctico y sensato—. Mary es una buena chica, de las mejores; es noble, generosa, y antepone los sentimientos de quienes ama a los propios. A decir verdad, no estoy seguro de que eso último sea una virtud.

Emily asintió a medida que le buscaba la mano entre las sábanas para apretarla contra su pecho.

—Lo dices por la actitud con Alexander —dijo al adivinar el motivo de su inquietud.

John giró para verla a los ojos.

—Reconozco que estoy preocupado —expresó no muy satisfecho de ponerlo en palabras.

—¿Por tu hermano? —preguntó Emily.

Aun cuando ella amaba profundamente a Alexander y lo había demostrado a lo largo de los años, era lo bastante justa para reconocer que muchas veces su amor por Mary cegaba un poco sus actos, de modo que anteponeía la felicidad de la muchacha por encima de todo. Con frecuencia, entonces, olvidaba que no era la única que sufría. El carácter animado y relajado de Alexander, tan presto, además, a compartir poco de sus preocupaciones, la llevaba a cometer ese error de juicio. El conde, sin embargo, jamás se lo había reprochado, ya que comprendía bien sus sentimientos y era lo bastante

sensato para ver todo el panorama con claridad. En ese caso en particular, pensó antes de responder y, cuando lo hizo, mostró una mueca divertida por su suposición.

—También lo estoy por Mary —dijo él al fin con una ceja alzada—. Es evidente que algo ocurre entre ellos y no me veo capaz de intervenir. Al menos no aún.

—Claro que no. —Emily se apresuró a asentir con semblante pensativo—. Eso podría resultar contraproducente. Ambos son testarudos y están tan seguros de tener la razón por lo que el hecho de intervenir solo agravará el problema.

—Estoy de acuerdo, ya lo sabes, pero no permitiré que esa actitud provoque una crisis mayor. De hacerlo, serían ellos los afectados.

Emily suspiró al escuchar con tanta claridad lo que a ella no dejaba de darle vueltas en la cabeza, pero no se atrevía a poner en palabras.

—Lo sé, lo sé. Pero no se ha llegado aún a ese punto. La actitud de Mary desconcierta a Alexander, pues no sabe a qué atenerse, y temo que se rinda al no hallar una forma de llegar a ella. Cuánto quisiera que mi hermana lo comprendiera, si supiera que está a punto de perder lo que más felicidad podría darle... —Abrió los ojos y buscó la mirada de John mientras, intentaba expresar sus mejores pensamientos, incluso para engañarse a sí misma—. Pero confío en ambos y en que conseguirán arreglar sus diferencias.

John resopló y miró al cielo con una mueca tal de exasperación que Emily no pudo contener una sonrisa.

—Ese es precisamente el problema —dijo él levemente desconcertado—. ¿Por qué no pueden tan solo reconocer sus sentimientos y acabar con este juego?

Emily le dirigió una mirada burlona.

—El amor no es un juego —comentó con tono divertido.

—No estoy de acuerdo —replicó él de inmediato al tiempo que la miraba con intención—. Es un juego peligroso que puede sumirte en el infierno o llevarte a la gloria.

—Suena intimidante.

—Lo es, al comienzo. —El conde miró la mano que reposaba contra su pecho. Luego, continuó en tono seguro y apasionado—: Pero luego, cuando descubres que eres el hombre más afortunado del mundo, el miedo se desvanece.

—¿Y qué queda entonces? —preguntó ella en tono similar.

—Un profundo y absoluto agradecimiento.

Emily se inclinó hacia él para besarle los labios y, por un momento, todo fue silencio entre ellos. Cuando volvieron a hablar, ella retomó la palabra.

—¿Crees que sea una buena idea asistir a ese baile?

Los duques de Bedford ofrecían una recepción para cerrar la temporada y se esperaba una asistencia masiva. La invitación a la fiesta esperaba ya al llegar a Londres, lo que no era de extrañar porque la presencia de los condes de Falmouth era siempre muy requerida precisamente por lo poco que se dejaban ver en la ciudad. Por lo general, John habría sido el primero en rechazarla —tan poco le gustaba asistir a esos eventos—, pero en esa ocasión había insistido en que su presencia era necesaria y esperaba que toda la familia lo acompañara. Faltaban dos días para el baile y, aun cuando estaba todo dispuesto para asistir, Emily no dejaba de mostrarse un poco renuente, en gran parte llevada por las preocupaciones respecto a Mary.

John recibió la pregunta con atención y, al cabo de un momento, respondió con su serenidad habitual.

—¿Buena en qué sentido? ¿Práctico o emocional? —inquirió.

—Ambos.

John reflexionó para luego asentir muy seguro.

—Sí, sin duda lo es, y te diré por qué —respondió sin sonar impositivo—. El práctico, bueno, ya te he contado que las personas con las que planeo hacer negocios y desarrollar esos nuevos proyectos relacionados con el ferrocarril estarán ahí por lo que será una excelente oportunidad para tratar del tema en un ambiente más distendido, de modo que podré finiquitar los arreglos pendientes de una vez. Por otra parte, aún en el aspecto práctico, será una excelente oportunidad para sumar a damas ociosas y adineradas a tu causa. Te sorprendería saber cuántas donaciones para obras de caridad se concretan en esta clase de fiestas.

Emily no pudo contener una sonrisa.

—Tu pragmatismo es casi maquiavélico —comentó ella en tono de burla.

Él asintió y se mostró halagado.

—Es el mejor que conozco —respondió con una sonrisa.

—No puedo decir que no tengas razón. Sabes que la socialización no es mi fuerte, sin embargo...

—Conozco a pocas damas más encantadoras y respetadas que la condesa de Falmouth —acotó de inmediato. Ambos supieron que no era un halago vacío; Emily estaba muy bien considerada en la sociedad pese a su discreción y maneras reservadas—. Conseguirás todo lo que te propongas; no me cabe duda.

Ella asintió.

—Espero ser digna de tu confianza —dijo.

—Siempre lo eres.

Emily le sonrió y le acarició un mechón de cabello oscuro que le había caído sobre la frente.

—¿Y el emocional? ¿Tienes también una excelente respuesta de por qué la asistencia a ese baile nos será de utilidad en ese sentido? ¿En especial para Mary? —preguntó ella.

John le sujetó la mano contra su rostro y le besó la palma sin dejar de mirarla con una sonrisa irónica en los labios.

—¿Has conocido alguna vez a una joven a la que, en el fondo, no la entusiasman los bailes? En mi experiencia, mi querida condesa, acontecimientos como este son perfectos para que los corazones, por reservados que sean, expresen hasta sus más profundos secretos. Nuestra rosa, lo quiera o no, va a tener que enfrentarse a ese hecho. Solo queda esperar para saber qué resultará de eso —expuso y se encogió de hombros sin atreverse a adelantar más por temor a equivocarse en sus pronósticos, que eran, en realidad, sus más profundas esperanzas.

Emily lo escuchó atenta y, para cuando él terminó de exponer su punto, esbozó una sonrisa de agradecimiento.

—Qué resultará de eso.

Ninguno lo sabía con certeza, pero sus deseos eran los mismos.

\* \* \*

Alexander se dijo que las incursiones nocturnas no eran tan emocionantes como cabría pensar y que los riesgos, sin duda, le quitaban un poco de emoción. Al pasar por la alcoba de la condesa, aligeró el paso e ignoró las risas que provenían de ahí. Sin duda, no tenía ningún deseo de saber a qué se debían. Curioso y burlón en lo que a las actividades de su hermano se refería, había cosas que prefería ignorar.

No detuvo el camino hasta que se encontró frente a la puerta del dormitorio de Mary y, tal y como había hecho unas semanas antes en Falmouth Manor, tocó con mucha cautela, apenas un par de golpes que habrían pasado imperceptibles para cualquier otra persona. A diferencia de aquella ocasión, sin embargo, nadie acudió al llamado, por lo que golpeó una vez más, ahora con mayor seguridad, sin dejar de mirar sobre su hombro para asegurarse de no llamar la atención de nadie que pudiera pasar por el corredor.

La necesidad de hablar con Mary era tal que se planteó seriamente dar un rodeo para entrar a la habitación adyacente a la de la muchacha y saltar de balcón a balcón para llegar a la ventana, lo que, aunque romántico, no dejaba de ser un poco extremo. Se sentía desesperado. Tenía la certeza de que Mary lo necesitaba. Nada lo habría detenido de su propósito de ir con ella. Ese era el único momento en que podrían hablar a solas y en absoluta calma, y no pensaba dejarlo pasar.

Estaba a punto de dar media vuelta y volver a su habitación a buscar un calzado más apropiado para escalar sin romperse la cabeza, cuando la puerta se abrió frente a él con un chasquido, pero fue solo una rendija por la que apenas consiguió atisbar un interior oscuro. Sintió —más que vio— la presencia de Mary al otro lado, pero ella no le cedió el paso, sino que mantuvo la puerta entre ambos.

—¿Mary? —preguntó Alexander en un susurro—. Déjame entrar.

Al no obtener respuesta, amagó con empujar, pero ella sostuvo la hoja contra él.

—Mary —insistió.

—¿Qué quieres? No es un buen momento, Alexander.

La voz de la joven, aunque tan baja como la del lord, surgió ahogada y entrecortada, lo que solo confirmó las suposiciones de Alexander y sus motivos para encontrarse allí.

—Déjame entrar —repitió él sin moverse un centímetro—. Por favor.

—Vete, Alex, hablaremos luego.

—No. No me moveré —aseguró él sin elevar la voz, pero bien podría haberlo hecho por lo seguro que sonó—. Dormiré aquí si hace falta. Sabes que lo haré.

Él oyó un suspiro, no supo si evidenciaba risa o exasperación, pero no le importó al ver que la puerta se abría lo suficiente para que pudiera entrar.

—Ha sido innecesario, ¿no lo crees? —dijo él en tono distendido una vez que estuvo dentro y cerró la puerta tras de sí—. ¿Cuándo te volviste tan cruel?

No obtuvo respuesta, sin embargo. En realidad, no la había visto a Mary. Al abrir, ella dio media vuelta y dejó que entrara en tanto se dirigía a la ventana para darle la espalda en silencio.

—¿Mary? —llamó sin obtener respuesta—. Mary, mírame.

Ella dejó caer los hombros antes de girar para mirarlo. Tenía la cabeza gacha, pero Alexander consiguió ver con claridad las lágrimas que caían por sus mejillas. Dio unos pasos en dirección a ella hasta quedar a solo un palmo de distancia, pero no se atrevió a tocarla.

—Mary...

—No puedo dormir. Por mucho que lo intento... Están allí todo el tiempo —dijo ella y lo interrumpió. Los hombros de la joven se sacudían, y él la entendió a duras penas.

—Creí que ya no tenías pesadillas —dijo lord Cahill en tono quedo.

—Mentí.

—¿También lo hiciste al asegurar que esa niña a la que consolaba ya no existe?

Mary asintió y se arrojó a los brazos de él para rodearle la espalda con las manos y esconder el rostro contra su pecho. Cuando habló, él apenas consiguió reconocer las palabras.

—Aún está aquí, Alex; nunca se fue y tiene tanto miedo...

Alexander la dejó llorar y susurró palabras de consuelo en su oído. Tal vez, ella no recordara lo que le había dicho o no lo hubiera entendido del todo, ahogadas las palabras por los sollozos. Tal vez fuera mejor que no recordara ni que hubiera entendido. Tal vez.

Le acarició el cabello con suaves movimientos y no se detuvo hasta que los sollozos amainaron. Solo entonces la tomó por los hombros para alejarla un poco y analizarle la expresión.

No sabía si estaba ya en la cama cuando él tocó a la puerta, o solo daba vueltas alrededor de la habitación en su imposibilidad de conciliar el sueño, pero solo llevaba una bata abierta sobre el camisón y los cabellos le caían sobre los hombros. Nunca la vio más hermosa ni más triste.

—Lo siento —dijo Mary con una voz como graznido al tiempo que se limpiaba las lágrimas con un gesto brusco—. No he debido...

Alexander la tomó de la mano y la llevó hasta la cama para sentarse juntos. Estaba muy próxima a él: las rodillas de ambos chocaban sin que ninguno atinara a aumentar la distancia.

—¿Por qué no pudieron amarme? —preguntó ella entre hipidos cuando pareció lo bastante serena para retomar la palabra—. A veces me siento tan furiosa, pero no con ellos, sino con Emily. ¿Por qué tuvo que decírmelo? ¿Por qué no permitió que continuara pensando que todo lo que conocía era real?

—Lo era, Mary, aún lo es, al menos en gran parte —respondió él con la mano todavía sobre la espalda de la muchacha—. Emily hizo lo correcto; sabes que no fue sencillo para ella, pero no podía permitir que siguieras viviendo una mentira.

—Tal vez habría sido mejor así.

—Sé que no lo sientes en verdad, solo estás asustada y confundida. Lo lamento porque no conozco a nadie en el mundo que merezca ser más feliz que tú, pero debes dejar de permitir que esto ensombrezca tu futuro. Lo que pasó entonces no es tu responsabilidad. No es justo que siga lastimándote.

Mary sacudió la cabeza de un lado a otro y giró el rostro para mirarlo a los ojos.

—¿Y cómo no lo haría? Se trata de quién soy, ¿no lo ves? ¿Cómo podría aceptarme a mí misma y pensar que merezco ser feliz si quienes más debieron quererme nunca pudieron hacerlo? —dijo con palabras que surgieron como un grito de agonía; era la primera vez que expresaba con claridad lo que sentía, incluso a él.

Alexander le sostuvo la mirada con una mano que le posaba en el hombro. El calor del contacto le provocó un escalofrío, lo que era extraño porque debía suceder lo contrario, aunque, quizá, lo que vio en esos ojos le provocó esa sensación.

—Yo lo hago. Te quiero por quien eres, no por lo que pudieron haber hecho tus padres en el pasado. Es a ti a quien quiero y solo desearía que te pudieras ver de la misma forma en que yo lo hago. La criatura más bella y noble de la tierra.

—Alex...

Él esbozó una suave sonrisa y sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No tienes que decir nada —dijo al acariciarle la mejilla—. Pero necesito que lo entiendas. Odio la idea de que no aprecies quién eres cuando somos tantas personas las que lo hacemos.

—He pensado mucho en ese lugar estos días, en el proyecto —señaló Mary al tiempo que desviaba la mirada como si no soportara la idea de verlo y callar todo lo que hubiese deseado decir—. No puedo sacarlo de mi cabeza. Sus rostros, pensar en los niños...

—Lo imaginé —respondió él.

Ella se permitió una pequeña sonrisa.

—Seguro que sí —aceptó—. No he vuelto desde entonces. Emily lo ha hecho. Yo he estado a punto de acompañarla, pero no puedo.

—No te tortures por eso. Es lógico que la idea no te entusiasme, ya que necesitas algo de tiempo. Pero creo que, en cuanto te sientas lista, deberías hacerlo. Tal vez ahora no puedas verlo, pero las intenciones de Emily al llevarte ahí han sido muy nobles; ella cree que será bueno para ti, y estoy de acuerdo con esa idea.

—Mi madre fue una de esas mujeres, en cierto modo, y yo pude ser uno de esos niños. Aún más, es posible que nosotros no tuviéramos esa suerte. Ella no tuvo a nadie que la protegiera en los momentos más difíciles, y yo pude haber terminado en cualquier lugar de no ser por Emily y los Browning...

—Tus padres —la interrumpió para corregirla con voz firme pero amable—. Los Browning fueron tus padres, y Emily es tu hermana. No pienses que nada va a cambiar eso jamás.

Mary se miró las manos, que reposaban sobre su regazo, y suspiró sin mostrarse del todo convencida por las palabras de Alexander, pero no dijo más al respecto. En lugar de eso, lo observó de reojo. No le sorprendió comprobar que él la miraba a su vez con semblante sereno. Se aclaró la garganta en tanto jugueteaba sin ton ni son con sus dedos, un movimiento que la delataba nerviosa.

—He sido odiosa contigo últimamente —dijo de golpe para señalar algo que la atormentaba.

Alexander no se mostró sorprendido por esas palabras, sino que le dirigió una sonrisa divertida.

—¿Solo últimamente? —preguntó mientras ladeaba la cabeza.

Mary frunció los labios.

—Hablo en serio —insistió.

—Lo sé. Y no, no lo has sido. Nunca podrías. Aunque...

—¿Sí?

Alexander se puso serio y la miró con intención.

—Extraño a mi amiga: siento que quieres ocultarla de mí y no comprendo el motivo.

—No hay ningún motivo —respondió ella al tiempo que desviaba la mirada—. He estado equivocada; eso es todo. Tenías razón al decir que no podía engañarte porque conoces bien mi corazón y sabes lo que siento en

verdad, pero, si no puedo reconocerlo ni siquiera para mí, ¿puedes imaginar cuán frustrante es saber que hay alguien que sabe lo que siento todo el tiempo?

—No deberías tomarlo a mal. Yo no lo hago.

Mary sonrió sin gracia porque pensó que bromeaba.

—No es lo mismo —dijo.

—Es exactamente lo mismo —dijo Alexander y le sujetó la barbilla con un gesto delicado para luego acercar el rostro al de ella y buscarle la mirada —. Di que no sabes lo que siento en este momento.

Mary le sostuvo la mirada.

—Eso no lo hace mejor.

—Para mí sí. No hay una mejor sensación en el mundo que saber que conoces a una persona tan bien que puedes ver en su alma de la misma forma en que ella puede ver en la tuya. Nosotros tenemos eso, Mary, lo hemos tenido siempre. No debes sentirte frustrada o enojada por eso.

—¿Pero qué sentido tiene? —exclamó al tiempo que le soltaba de la mano con un gesto cargado de frustración.

Alexander no intentó tocarla nuevamente. Usó un tono muy similar al de ella cuando respondió:

—¿Sentido? Mary, no puedes buscar un sentido a todo, no lo necesita. Estos somos tú y yo, las explicaciones no importan, tampoco la lógica. Lo tengo asumido así, y tú deberías hacerlo también. Siempre estás peleando con tus emociones, intentas controlarlas como si fueran unas de tus rosas, pero ya debes saber que incluso ellas crecen como mejor les parece sin importar

cuánto te esfuerces por dominarlas. Lo mismo ocurre con tu corazón y con el mío; no puedes controlarlos a voluntad, y me alegra que así sea. Por favor, no me ocultes tu corazón.

Mary habría deseado decir que habría dado cualquier cosa por poder hacer eso: ocultarlo y enterrarlo en lo más profundo, pero no era capaz de conseguirlo y dudaba de que Alexander pudiera siquiera imaginar cuánto le dolía. No lo dijo, porque entonces él habría continuado poniendo en palabras lo que ella más temía. En lugar de eso —de pronto consciente de la cercanía, del calor que aquel cuerpo irradiaba contra el suyo y del aliento sobre su cuello—, se puso de pie con un movimiento pesadoso, como si no hubiera en el mundo nada que le costara más hacer. Él no la detuvo, pero la observó en silencio mientras ponía cierta distancia entre ellos, con las manos sujetas contra el pecho y una expresión sonriente.

—A veces quisiera cavar un hoyo y quedarme allí hasta que deje de sentir todo esto —dijo ella con un leve encogimiento de hombros como si en verdad no fuera tan importante.

Alexander pareció comprender sus intenciones de inmediato y no hizo mención a lo anterior, solo asintió y respondió también con ligereza.

—No creo que sea una alternativa viable si consideramos que tienes un baile al que asistir —recordó con una ceja alzada.

Mary frunció el ceño al reparar en eso, ya que lo había olvidado.

—Oh, eso. No estoy segura de que deba ir.

Alexander sacudió la cabeza en señal de negación sin dejar de sonreír.

—¿Y privar al mundo de tu presencia? Te dije que eres cruel.

—Tonto. —Lo miró con ternura y cierta cuota de anhelo—. No tengo nada que hacer ahí. Pero tú debes ir: recuerdo que mencionaste que los habías disfrutado la última vez que estuviste en Londres.

—Y también tú —acotó él—. Además, si no asistes no tendré con quién bailar; eso sería una lástima.

—Alexander, habrá muchas damas con quienes podrás bailar.

—Pero ninguna de ellas sería mi querida Mary.

Ella sonrió, de pronto asaltada por una sensación de timidez que la obligó a bajar la vista. Solo entonces fue consciente de lo inapropiado de su atuendo y empezó a jugar con el cinturón de la bata mientras intentaba anudarlo con movimientos torpes.

—¿Y bien? ¿Tendré una compañera de baile mañana?

Alexander no pareció consciente del azoro de la joven. Si lo fue, no le dio mayor importancia, porque se puso de pie y llegó hasta ella sin dejar de mostrar una sonrisa provocativa.

—Ha pasado tanto desde la última vez que bailé que tal vez no sea una buena idea. Podría pisarte —replicó ella mientras se forzaba a levantar la cabeza y sostenerle la mirada.

—Oh, no, eso no suena muy bien. Un pisotón en plena pista de baile sería todo un escándalo, además de doloroso, claro —bromeó él al tiempo que le tomaba la mano—. Tal vez debamos hacer algo al respecto.

Ella sabía que no era muy inteligente de su parte, que lo más responsable hubiese sido prometerle que asistiría a ese baile y hacer que se marchara lo antes posible, proteger a ambos de sus sentimientos, pero no consiguió articular las palabras. La cercanía, la forma en que sonreía —como si lo hiciera solo para ella— y el temblor que le provocaba esa mano al costado del cuerpo le nublaron el entendimiento. De modo que, en lugar de hacer lo más sensato, se acercó incluso más a él: los cuerpos tan cerca que casi se rozaban, y sonrió.

—¿Algo como qué? —preguntó aun cuando sospechaba la respuesta.

Los ojos de Alexander brillaron traviosos al sonreír.

—Ensayar, claro. Siempre he querido bailar con una dama en camión en medio de la noche.

\* \* \*

—Estoy segura de que ese lacayo nos vio.

—Es posible que tengas razón, pero no me extrañaría que pensara que somos unos fantasmas. En especial tú; tienes una apariencia encantadora, aunque un tanto espectral.

Mary se llevó una mano a los labios para contener una carcajada y miró a Alexander con expresión reprobadora. No recordaba cuándo fue la última vez que se había sentido tan feliz y despreocupada. Tal vez habían pasado meses, al menos desde la última vez que compartió un momento así con él: Alex siempre conseguía que olvidara sus angustias y se relajara lo suficiente para disfrutar de la vida sin permitir que sus temores y complejos, que siempre aguardaban agazapados en las sombras, arruinaran la ilusión. Lo había hecho desde que era una niña y él aún conservaba ese poder. Era una de las cosas que más le gustaban de él, uno de los muchos motivos por los que lo amaba.

—¿Mary? A la derecha, no hagas ruido.

Al oírlo, sacudió la cabeza para ahuyentar sus pensamientos. Aun cuando había decidido cometer esa pequeña travesura, el hecho de profundizar en sus sentimientos por Alexander iba mucho más allá.

—No lo hago, eres tú. Tus zapatos son muy ruidosos —respondió en tono similar al usado por él.

Alexander giró al final del corredor sin soltarle la mano y se encogió de hombros.

—Quizá, pero los necesito. No puedo bailar descalzo —dijo como si señalara algo muy evidente.

Mary estaba a punto de decir que, según recordaba, era perfectamente capaz de ello, pero entonces llegaron a destino y la burla murió en los labios mientras Alexander la soltaba para abrir la gran puerta frente a ellos. Al separar un poco la hoja, se hizo a un lado para que ella entrara y él hizo otro tanto, para luego cerrar la puerta con firmeza una vez que la atravesaron.

Una de las cosas que más habían impresionado a Mary de Falmouth House, cuando la visitó por primera vez, fue que parecía un palacio, al menos uno como los de las historias que conocía gracias a los cuentos y las ilustraciones en los libros de su padre. Con el tiempo, algo mayor y con el roce que le dio su nueva posición como protegida del conde de Falmouth, comprendió que estaba de ser precisamente el palacio de Buckingham, pero eso no le restó nada de magia, no a sus ojos. Con la edad notó que las habitaciones no le parecían tan grandes como cuando era una pequeña impresionable, cierto, pero había algunas que siempre, sin importar cuánto tiempo transcurriera, conservarían la magnificencia. El salón de baile era una de ellas.

Nunca había asistido a un baile formal organizado ahí, pero no tenía problemas para suponer que docenas de parejas podrían bailar con comodidad y que sería un espectáculo extraordinario. Grandes columnas sostenían los altos techos que reflejaban un juego de luces y color gracias a las pinturas en la bóveda y la luz de la luna que se filtraba por los cristales de las ventanas, cuyas cortinas permanecían descorridas. En el centro, la imagen dominante que reclamaba la mirada de sus ocupantes: una gran pista de baile con azulejos tan pulidos que brillaban.

—No recordaba lo hermoso que era —susurró Mary una vez que se recuperó de la impresión y mientras miraba a Alexander con una sonrisa—. Casi me siento culpable.

Él negó con la cabeza.

—Ni siquiera lo pienses —dijo—. ¿Estás lista?

Ella dio un par de pasos en dirección al centro de la habitación en tanto Alexander la seguía en silencio.

—¿Qué clase de música debo imaginar? —preguntó con el ceño fruncido.

—Un vals, desde luego —respondió él con naturalidad.

—Temo que eso no será posible.

—¿Por qué?

—Porque necesito del permiso de mi chaperona para bailar al vals —alegó ella con una falsa expresión de decoro.

Él fingió pensarlo y respondió en tono de confianza.

—Lo comprendo. Pero no tienes una chaperona aquí —dijo.

—Cierto.

—Y estoy convencido de que, aun si estuviera, no pondría ninguna objeción a que bailaras conmigo.

—Porque eres un caballero.

—Por supuesto. —Alex rompió a reír y extendió una mano—. Ahora, señorita Browning, ¿me concede este baile?

Ella hizo una marcada reverencia y sonrió.

—Será un honor.

Alexander correspondió con un asentimiento de la cabeza, le tomó la mano y se la llevó a los labios, un gesto galante que hubiese desatado murmullos en un salón atestado de personas, pero ese no era el caso, por lo que ella sonrió, feliz y determinada a disfrutar ese momento de ambos solos en el universo sin importar cuán breve fuera.

Cuando él le rodeó el talle con una mano, Mary le posó una de las suyas en el hombro, sin desviar un instante la mirada, los ojos fijos en los de él. Los cuatro pies empezaron a moverse casi como por arte de magia, incluso antes de que empezara a tararear una de sus melodías favoritas en voz muy baja, pero lo suficiente reconocible para que pudieran moverse al ritmo de la música, que bien hubiera podido surgir de toda una orquesta o de la nada: no les importaba.

Nunca habría podido imaginar que el misterio y la excitación propios de hacer algo considerado prohibido fueran a resultar tan estimulantes. Incluso, y aunque guardaban la distancia requerida en el baile, la recorrió una sensación vibrante que percibió hasta las puntas de los dedos. Sabía que la idea era absurda, que no era posible, pero, mientras bailaron —tan solo con el tarareo de Mary como compañía—, ella sintió como si estuvieran dentro de una cúpula en la que solo se encontraban ambos, separados del mundo por un cristal invisible que los protegía de todo lo que no fuera lo que sentían el uno por el otro.

Alexander marcaba el paso con seguridad y gentileza, sin dejar de mirarla a los ojos y sonreía cada tanto con un aire misterioso que a ella le provocó el deseo de acercarle el oído a los labios y rogarle que compartiera lo que pensaba; no le habría extrañado que fuera exactamente lo mismo que ella no dejaba de soñar. No lo hizo, sin embargo, tan solo intentó transmitir con la mirada todo lo que no se atrevía a poner en palabras. Continuaron así por lo que pudieron ser horas, una melodía tras otra. Mary estaba segura de que se había equivocado un par de veces; ni siquiera habría podido asegurar que fueran verdaderos valeses, pero eso no tuvo mayor importancia para ambos.

Sin embargo, todo hechizo tiene un final, e incluso los más poderosos se difuminan cuando llega el momento, por lo que la música fue apagándose en sus labios casi sin que reparara en eso y, sin darse cuenta tampoco, sus pies y los de Alexander se detuvieron también, de modo que se encontraron uno en brazos del otro rodeados por un absoluto silencio. Ella buscó las palabras correctas para decirle cuánto apreciaba esos instantes compartido, pero no dio con ellas.

—No lo olvidaste —dijo sin encontrar mucho sentido a su expresión, pero fue lo único en lo que pudo pensar—. Lo mucho que me gusta bailar; no lo has olvidado.

Alexander asintió con una sonrisa.

—Claro que no. Después de todo, fui yo quien te enseñó.

Era verdad. Cuando era pequeña —y recién había llegado a Gloucestershire— le asustaba todo, pues era tan extraño y nuevo para ella; sin embargo, Alexander se convirtió en su ancla en medio de ese océano en que se vio de pronto. Él, un poco tímido en un inicio, aunque lo superó con rapidez, se mostró como el mejor compañero que habría podido desear. Le reveló cada rincón de la casa, incluso los pasadizos secretos, puso todo lo suyo a sus pies. Luego, cuando se vio enfrentada a la verdad de quién era, fue también él quien la consoló incluso cuando ella no estuvo dispuesta a reconocer cuánto lo necesitaba. Entre las mil y una actividades que organizó para distraerla, como las excursiones por el campo y la compañía en el invernadero, ofreció enseñarle a bailar una vez que la había visto asomada por las escaleras durante uno de los bailes organizados luego de la boda de John y Emily. Ella aceptó de inmediato y pasaron horas, con tropiezos en un inicio, y luego danzando en todos los rincones de la casa. Emily los veía con diversión y una absoluta aprobación, feliz de comprobar a qué grado había llegado esa amistad. Por eso, Mary no podía imaginar encontrarse en medio de un baile y no recordar aquellos momentos: ya formaban parte de ella.

—Ha pasado tanto de eso —comentó cuando consiguió alejar los recuerdos.

Alexander la miró y asintió.

—Mucho. Y al mismo tiempo es como si hubiera sido ayer —dijo con una sonrisa traviesa—. Quiero pensar que he sido un buen maestro.

—El mejor —respondió ella de inmediato.

—Y que me prefieres sobre cualquier otra de tus parejas.

Mary fingió pensar en eso y, al final, hizo un gesto de indecisión.

—No lo sé, supongo que es verdad. Pero, si somos justos, la verdad es que no tengo mucho con qué comparar. He ido a pocos bailes... —dijo al encogerse un poco de hombros.

Alexander, que sostenía aún una de las manos de la muchacha y tenía la otra alrededor de su cintura, la acercó un poco más hacia él sin dejar de observarla.

—Pero ninguno de ellos podría compararse conmigo —dijo con tono grave.

Mary llevó la mirada a un punto sobre el hombro de su compañero de baile, de pronto atacada por una oleada de timidez, sin saber qué decir, pero segura de que no podía guardar silencio. Era un juego, ¿no? Ella siempre sabía qué responder cuando Alexander bromeaba, pero en ese momento le costó mucho dar con una contestación.

—Esa es una apreciación un poco petulante, y me sorprendes, porque siempre has sido muy modesto —indicó finalmente en un intento por sonar despreocupada e ignorar el calor de ese tacto contra la delgada tela de su escasa vestimenta—. Quizá pueda rebatir esa apreciación mañana durante el

baile; habrá muchos caballeros y, si alguno me pide una pieza, entonces podré darte una respuesta más satisfactoria. Tal vez haya excelentes bailarines.

Alexander negó con la cabeza y acercó el rostro al de Mary.

—Ah, pero yo no dudo de que puedan serlo y, aun cuando odio pensar en eso, estoy seguro de que serán muchos los que te pedirán una pieza —respondió—. Pero ninguno de ellos sentirá lo mismo que yo al sostenerte entre sus brazos, ni conseguirán que tú sientas lo mismo que en este momento en los míos.

Mary dejó escapar un suspiro, otra vez confundida, aunque ahora no le rehuyó la mirada, sino que buscó esos ojos con la necesidad latente de descubrir en ellos lo que en verdad quería decir.

—Asumes mucho —dijo con voz queda que no pudo confundirse con una reprimenda.

Alexander asintió al tiempo que la medía con la mirada como si se preguntara qué tanto era libre de decir.

—¿Crees que no sé lo que provoco en ti? —preguntó él mientras que le subía la mano del talle a la nuca y la rozaba con la punta de los dedos.

—No te entiendo...

—Claro que lo entiendes: tienes el mismo efecto en mí, y sé que lo has notado.

Mary apoyó la mejilla contra la mano cercana y entrecerró los ojos para verlo a través de las pestañas.

—Alex... —susurró.

—Eres muy inocente, claro, pero aun así debes haberlo sentido —insistió y se inclinó hacia ella para hablarle al oído—. ¿Puedes sentir cómo late mi corazón? —Le tomó la mano con suavidad y se la llevó al pecho—. Podría estallar ahora y moriría feliz. Me ocurre siempre que estoy a tu lado.

—No debes decir cosas como esas.

Él no atendió esas palabras, que surgieron ahogadas y poco sinceras.

—Y tú. Sé que sientes lo mismo —dijo al extender un dedo para posárselo sobre el cuello y sentirle el pulso acelerado—. No puedes ocultarlo.

—Eres un presumido —articuló Mary con dificultad.

—Quizá —susurró sobre sus labios a medida que la acercaba a él—. Pero solo contigo.

Mary sabía que estaba mal por mil y un motivos, que se arriesgaba a sufrir un mayor dolor al arriesgar su corazón a ese punto. De todos modos, aun cuando su mente no dejaba de lanzar alertas, el corazón y el cuerpo cobraron vida propia e ignoraron cualquier razonamiento. Cuando Alexander le buscó los labios, ella no desvió el rostro ni intentó apartarlo; por el contrario, lo acercó y le posó las manos en los hombros para buscarlo.

Él nunca la había besado antes, nadie lo había intentado siquiera, quizá a excepción del señor Harding durante las visitas a Falmouth Manor, pero ella se las había arreglado para eludirlo con facilidad. No era algo a lo que temiera, ya que se creía lo bastante lista y sensata para no dotar a un beso de un poder que jamás debería poseer. Pero todas sus certezas se desbarataron como un montón de cenizas arrasadas por el viento.

Nunca habría podido imaginar que se sentiría de esa forma: los labios de Alexander sobre los suyos y la pasión con la que le sostenía el rostro entre las manos como si temiera que una fuerza invisible se la arrebatara en cualquier momento. Y ella, ignorante de todo y un tanto desesperada por su limitada experiencia, correspondió con un ardor similar, temerosa de hacer algo que

arruinara ese momento. De haber sabido un poco más, habría comprendido que eso era imposible. Nada en el mundo habría sido capaz de destruir lo que ambos sentían. Sin ser consciente de eso, tan solo de que necesitaba más, mucho más, entreabrió los labios para que Alexander jugara con su lengua y acercó su cuerpo hasta sentir los latidos del corazón de Alex contra el suyo. Era la sensación más hermosa del mundo.

Habría podido continuar así por siempre sin detenerse a pensar un momento en lo que hacía o en las consecuencias de semejante entrega: tan cegada estaba por la pasión. Cuando Alexander interrumpió el beso y sacudió la cabeza, como si intentara alejar un pensamiento, sintió como si alguien acabara de arrebatarse el aire mismo.

—No —pidió ella al tomarle una de las manos y llevársela al rostro—. No te detengas.

Alexander la contempló como si lo atravesara un inmenso dolor. Respiraba agitado y las manos le temblaban un poco en tanto hacía todo lo posible por esbozar una sonrisa.

—Alguien tiene que hacerlo —respondió él en una lucha consigo mismo—. He imaginado este momento mil veces y jamás pensé que sería yo quien lo hiciera. Al parecer, John tenía razón: después de todo, soy más decente de lo que parezco.

Ante la mención a lord Falmouth, un raptó de lucidez cayó sobre Mary, que comprendió de pronto lo que le había pedido. Dejó caer las manos a los lados y miró a Alexander con restos de la pasión que acababan de compartir.

—Lo siento —dijo—. No estaba pensando.

Él sacudió la cabeza de un lado a otro en señal de negación y le posó las manos sobre los hombros, sin permitir que se alejara. No soportaba la idea de que ella levantara nuevamente ese muro invisible entre ellos. No ahora.

—No te disculpes, te lo ruego —suplicó sin dejar de mirarla a los ojos—. Nunca te disculpes conmigo. No por que hayamos hecho lo que he soñado durante toda mi vida.

Mary levantó la mirada para verlo entre las pestañas, sin poder contener una pequeña sonrisa.

—¿Toda tu vida? —repitió—. ¿Has soñado con este momento durante toda tu vida?

—Por supuesto.

—No me conoces de toda la vida, Alex —recordó ella con ternura—. ¿Cómo podrías haberlo soñado?

Él no sonrió, burlón, tal y como Mary había pensado que lo haría. En lugar de eso la miró con una seriedad que la asustó tanto como la atrajo, tanto que estuvo a punto de ponerse de puntillas nuevamente y rozarle los labios con los suyos, pero consiguió contenerse.

—No puedo pensar en un momento de mi existencia en que no haya soñado contigo. Incluso cuando no te conocía.

La voz de Alexander surgió tan segura y solemne que Mary sintió cómo los ojos se le llenaban de lágrimas, incluso sin conocer del todo el motivo. O conociéndolo, sí, pero temerosa de enfrentarlo. Tenía que salir de ahí.

Hizo un enorme esfuerzo y elevó las manos para posarlas sobre el pecho de Alex; luego lo apartó con un movimiento gentil pero seguro, sin rehuirle la mirada. Necesitaba que comprendiera que no lo abandonaba, que no se marchaba porque no deseara estar a su lado, sino porque no soportaba estar con ella misma en ese momento. No quería huir de Alexander y de lo que sentía por él, sino de sus propios pensamientos y temores.

Él la entendió, tal y como esperaba, porque no intentó detenerla. Retrocedió hasta dejar cierta distancia entre ellos, no sin antes hacer una reverencia formal que ella habría encontrado divertida en otras circunstancias, si su corazón no se hubiera desgarrado en pedazos.

—Gracias por el baile —dijo él con un gesto de cabeza.

Mary le siguió el juego: correspondió con un saludo similar y forzó una sonrisa.

—Gracias a ti —respondió—. Debo volver ahora.

Alexander asintió sin ofrecerse a acompañarla, ya que sabía que era lo último que ella deseaba. Se hizo a un lado, se dirigió a la puerta y la mantuvo abierta para Mary, que sintió los pies pesados como si llevara plomo en ellos; tanto le costaba alejarse de él. Pero lo logró. De alguna forma consiguió dominar a su corazón y cruzó la puerta sin dar una mirada atrás, dejando parte de ella en el proceso.

## CAPÍTULO VII

La residencia de los duques de Bedford era considerada una de las más extraordinarias de Londres. Mary, que la visitaba por primera vez, pudo comprender de inmediato el motivo al bajar del carruaje y contemplar las luces que la iluminaban, así como la estructura del edificio y el incontable grupo de sirvientes que recibía a los invitados y los guiaba al interior.

Jamás se había sentido tan intimidada frente a la obligación de mostrarse a un numeroso grupo de aristócratas y nobles que, estaba segura, la verían con curiosidad como a la cuñada del –siempre evasivo– conde de Falmouth, o la joven protegida, como sabía también que la consideraban algunos. Fue muy consciente de su apariencia, de cada detalle que podía recordar del vestido color marfil que la modista había entregado apenas esa mañana; de los hombros desnudos y la amplia falda, que caía con un efecto elegante y favorecedor. Apenas consiguió contener el impulso de alisarse el cabello sujetado en lo alto de la cabeza con un pasador de brillantes de Emily que ella había insistido en que usara. Su hermana había dicho que se veía hermosa, y no dudaba de que en verdad lo creyera, pero ella se sintió insegura e inadecuada, como si se presentara a un acto que no le correspondía.

Alexander, en cambio... Lo miró por sobre el hombro, pero desvió la mirada con rapidez, temerosa de que la atrapara al observarlo. Él siempre lucía como si supiera que ese era su lugar y jamás se veía incómodo o ajeno. Incluso cuando, como sabía ella, la sociedad londinense no era su favorita ni terminaba de gustarle ese esplendor. Aun así, calzaba de forma magnífica con su actitud distinguida y aristocrática, el traje entallado a la perfección, la rigidez de los hombros y el gesto comedido y justo en cortesía para dirigirse a cada persona. Él pertenecía ahí. Ella no.

—¿Está todo bien?

Mary se encontró con los ojos de lord Cahill. No había notado en qué momento se acercó a ella; había estado tan preocupada por evitar mirarlo que no percibió el discreto acercamiento, o el hecho de que la mirara con la medida precisa de interés para no despertar comentarios velados de quienes los observaban. Pero lo estaba. Muy interesado. Lo veía en sus ojos, en los que nunca había conseguido ocultar los sentimientos.

—Por supuesto que sí.

Ella respondió una vez que se encontraron un tanto alejados de la muchedumbre, alineados para presentarse a sus anfitriones; Emily y John unos pasos más adelante como correspondía al rango.

—¿Segura? —Alexander insistió indeciso.

Mary contuvo un suspiro y lo miró de reojo, no tenía sentido fingir con él, así como no lo tenía tampoco ocultar lo que conocía perfectamente de ella. Sonrió, sin embargo, para procurar tranquilizarlo.

—Segura, Alexander; no debes preocuparte por mí —demandó.

—Me pides un imposible. Siempre estoy preocupado por ti.

—No lo hagas esta noche —replicó conmovida hasta lo más hondo por esas palabras—. Concédeme ese favor. Solo disfruta del baile.

Él asintió después de pensarlo un instante y le cedió el paso para que se adelantara, al tiempo que ladeaba la cabeza con discreción para hablarle sobre el oído sin que el gesto íntimo fuera advertido.

—¿Bailarás conmigo? —preguntó en un susurro.

Mary sonrió en respuesta, sin negar o asegurar nada, pero con una certeza en el corazón que se abría paso según avanzaba entre los invitados y era presentada a los duques de Bedford antes de descender por la gran escalinata en dirección al salón donde la orquesta afinaba los instrumentos y los grupos de invitados se preparaban para el inicio de la fiesta.

Desde luego que bailarían con él.

\* \* \*

—Mi querido señor, si tiene un ápice de sentido común, manténgase alejado. Solo por precaución.

Lord Henry Wilmot se sacudió un inexistente polvo del saco en tanto veía a su izquierda con una sonrisa divertida. Pobre señor Harding, se veía absolutamente culpable e incómodo en tanto pasaba al salón e intentaba, por todos los medios, que nadie lo relacionara con el hombre que se encontraba a su lado. A Henry le causó tanta gracia como exasperación y estuvo tentado de saludarlo como a un viejo amigo solo por la satisfacción de ponerlo en evidencia. Pero habría sido cruel y estúpido. Henry podía ser tremendamente ruin si así lo deseaba, pero la estupidez no era uno de sus rasgos más apreciados. De modo que asintió de forma casi imperceptible y miró en dirección opuesta.

Por fortuna, tenía una vista magnífica.

Habían saludado ya a los anfitriones y ahora se hallaban en lo alto del salón, en uno de los balcones de la galería acondicionados para quienes no deseaban bailar aún y preferían asumir el papel de observadores que escudriñaban entre la multitud para descubrir a los conocidos y murmurar críticas o halagos. Un cortinaje de terciopelo que caía con estudiado descuido

brindaba cierto anonimato y los protegía de la vista de quienes los observaban a su vez. Con esa seguridad, Henry volvió la atención al señor Harding, que se mantenía envarado y con semblante inquieto.

—¿Ha visto ya a su presa, señor? —preguntó Henry—. Acaba de hacer una grandiosa entrada. Había olvidado lo encantadora que es. Tiene usted buen gusto, le concedo eso.

Harding miró en la dirección que Henry señalaba. Sus ojos se entrecerraron sin molestarse en disimular el anhelo que lo recorrió al ver a Mary entre la multitud. Lucía encantadora, ciertamente, y deseó encontrarse junto a ella, pero no era el momento. Deseaba tomarla desprevenida, que no lo viera llegar y no tuviera así oportunidad de negarse a hablar con él. Quería tender un cerco erigido con discreción, una prisión en la que reparara cuando ya fuera muy tarde y no tuviera más alternativa que aceptarlo. Seguro de sus deseos y de su triunfo, acalló la ansiedad y miró con desapasionado interés a su presa, como Wilmot la había llamado con tanto acierto.

—¿Entiende ahora por qué la quiero? —preguntó él.

—Y la tendrá, se lo aseguro —contestó Henry con una sonrisa—. Pero le presentarán pelea, prepárese para eso.

Harding hizo una mueca al comprender a qué se refería. Un grupo de caballeros se acercó a la joven tan pronto como llegó al piso principal del salón. Pudo ver cómo ella anotaba sus nombres en su carnet de baile con una sonrisa discreta y pudorosa. Desde ahí fue capaz de advertir el leve gesto de sorpresa que le afloró al rostro al verse tan solicitada.

—Ella no lo sabe —comentó a Henry entre dientes—. No tiene idea de cuán deseable es.

—En mi experiencia, las mujeres como ella son extremadamente peligrosas, pero dudo de que usted no lo sepa: solo hay que ver cuán arrobado se encuentra por la dama en cuestión —sostuvo lord Wilmot y, entre aburrido

y entretenido frente al escenario, se encogió de hombros—. Pero que eso no lo abata, hombre, ya sabe que será suya más temprano que tarde. En tanto, ¿por qué no se divierte un poco? Yo pienso hacerlo.

Harding siguió la mirada del otro para encontrarse con la figura de los condes de Falmouth, que en ese momento hablaban con los anfitriones.

—Conténgase —exigió Harding—. O lo arruinará todo.

Wilmot elevó una ceja y sonrió.

—Veré qué puedo hacer, pero le advierto que la moderación no es lo mío —dijo antes de perderse entre la multitud.

Harding suspiró y miró de nuevo a la pista, donde los duques de Bedford acababan de dirigirse al centro de la estancia para abrir el baile. La música dio inicio y, al cabo de unos minutos, varias parejas siguieron la pauta marcada por los anfitriones, entre ellas Mary y un joven que reconoció como el hijo de un baronet venido a menos que —dudaba— fuera a resultar muy interesante. Más allá, al otro lado de la pista, divisó a lady Amelia Buxton, radiante en un vestido de seda azul, que se colgaba del brazo de lord Cahill, quien la oía con atención. El hecho de verlos juntos le provocó cierto grado de alivio y renacieron sus esperanzas de dar unos cuantos pasos en la dirección correcta esa noche. Solo debía calcular con extremo cuidado cuál sería el primero de ellos.

\* \* \*

—Auguro un éxito apabullante para Mary esta noche.

Emily sonrió a John, encantada por esas palabras y por todo lo que se desarrollaba frente a sus ojos. Su esposo estaba en lo cierto: Mary se había convertido en una de las jóvenes más admiradas de la velada, sino la que más, en gran medida no solo por su belleza, que destacaba entre la multitud, sino sobre todo por el aire misterioso que la rodeaba. Ella, que la conocía bien, sabía que no era algo intencional, sino que un natural carácter reservado le impedía revelar demasiado de sí misma, pero los demás, en su mayoría, achacaban ese aura a un interior cargado de secretos, con lo que tampoco estarían del todo errados. Su querida rosa guardaba demasiados secretos para su propio bien, se dijo con un suspiro algo menos alegre.

—Sí, creo que ella no lo esperaba —respondió—. Me alegra verla tan solicitada.

—Y a mí me complace saberte contenta por ello. —John tomó una de sus manos en un gesto discreto—. Creo que podríamos decir que será una buena noche para todos.

—Eso creo. Lo confirmaré tan pronto como haya calculado con exactitud las donaciones que han prometido para el albergue —dijo ella con expresión pensativa.

John rio.

—Qué mujer prudente —bromeó—. Con una mentalidad tan práctica auguro también un gran éxito para tu proyecto.

Ella le apretó la mano y sonrió.

—Eso espero. Ahora, sin embargo, prefiero dejar al futuro en su lugar y disfrutar del presente.

—¿Y cómo podría yo contribuir a tan buen fin? —preguntó John con una ceja elevada.

—¿Por ahora? Bailando conmigo.

Lord Falmouth asintió e hizo una ligera reverencia para ofrecerle el brazo, que Emily se apresuró a tomar. Sin embargo, apenas habían dado un paso en dirección a la pista cuando una figura salió a su encuentro. Al ver de quién se trataba, el conde se detuvo con un movimiento brusco.

—Qué extraordinaria sorpresa, John; ha pasado mucho tiempo.

Henry Wilmot hizo una elaborada reverencia y mostró una amplia sonrisa sin parecer afectado por la expresión fastidiada de su viejo amigo.

—No el suficiente —respondió el aludido con gesto serio.

—Milady. —Henry miró a Emily, quien adoptó una actitud similar a la de su esposo—. ¡Vaya! Es evidente que no soy bien recibido.

—Imagino que eso no será una sorpresa para ti.

John lo miró de hito en hito e inmediatamente dirigió la atención a la pista de baile, señalando sus intenciones con claridad.

—Si nos permites... —dijo y fue obvio que lo tenía en verdad sin cuidado si lo hacía o no.

Henry se hizo a un lado; la sonrisa no era ya tan segura ni parecía pasarla tan bien.

—Desde luego —señaló la pista con un ademán cargado de burla—. No me gustaría arruinar este momento de celebración.

—No, desde luego que no.

Fue Emily quien respondió en esa ocasión sin dirigirle una sola mirada, asida al brazo de su esposo, que la guio lejos de ahí. Wilmot los vio marchar con expresión furiosa: las manos estrujadas a ambos lados del cuerpo y los labios tensos.

\* \* \*

Mary bailó durante casi toda la noche sin descanso. Apenas consiguió escabullirse en un par de ocasiones para refrescarse con una limonada en la mesa dispuesta para ese fin, pero, tan pronto sus manos se veían libres, un caballero surgía de la nada para reclamar una pieza prometida. No habría sido justo de su parte negar que la estaba pasando mucho mejor que lo esperado. Jamás imaginó que se vería tan solicitada o que disfrutaría de esos momentos en que podía reír y escuchar las charlas –a veces insulsas– de un grupo de caballeros que no le despertaban más que simpatía en algunos casos; curiosidad, la mayoría.

De todos modos, por mucho que disfrutaba de esa inesperada popularidad, había dos cosas que la mantenían inquieta y alerta. Por una parte, no pasó inadvertida para ella la presencia del señor Harding en el baile, lo que fue una sorpresa no del todo agradable. A poco de llegar, el caballero se acercó a saludarla con una familiaridad que ella encontró molesta. Sin embargo, consiguió fingir tranquilidad y se vio tremendamente aliviada cuando él se despidió sin solicitarle un solo baile. En su momento, tan relajada estuvo al verlo marcharse que no pensó en lo extraño de su conducta, pero luego dedicó más de un pensamiento a desentrañar los motivos de esa actitud. Al final, se dijo que debería sentirse feliz por eso y no enfocarse en encontrar un sentido a todo, tal y como Alexander le aconsejaba con frecuencia.

Era él, precisamente, el motivo mayor que le impedía disfrutar del todo de la velada. Aun cuando había procurado no mostrarse ansiosa o en extremo anhelante, la verdad era que por dentro oía tocar una melodía tras otra y se preguntaba por qué no iba él en su busca para solicitar la pieza que se habían prometido al llegar. Lo primero que hizo ella, al notar el interés de otros caballeros en pedirle un baile, fue asegurar un vals para él, segura de que llegaría pronto a reclamarlo, pero el baile estaba ya cerca de terminar y no

podía verlo por ningún lado. Rechazó un par de pedidos de última hora, dispuesta a alejarse de la pista y urdir alguna excusa para sentarse con las damas que se encontraban en uno de los extremos del salón, en su mayoría carabinas o jóvenes que no eran muy solicitadas. Entonces sintió un leve roce en un brazo, un toque tan ligero y efímero que se preguntó si no se lo habría imaginado. Pero no, desde luego que no fue así, ya que sentía aún la quemazón en la piel descubierta del brazo y confirmó el motivo en cuanto él salió a su encuentro.

Nunca dejaría de sorprenderla la agilidad y el sigilo con el que Alexander podía moverse, incluso entre la multitud. En un momento se encontraba a solas, dispuesta a buscar un rincón solitario, y de pronto lo tenía frente a ella, con una de sus brillantes sonrisas y con gesto divertido.

—Por favor, dime que no pensabas marcharte sin haber bailado conmigo antes —pidió con la distancia apropiada entre ellos, si bien su mirada decía tanto que podría haberla tocado frente a todos—. No puedo creer que sigas poniendo en riesgo a mi corazón.

—Desde luego que no —respondió ella con una sonrisa similar—. Lo aprecio demasiado para eso.

Alexander asintió, complacido por esa pequeña confesión y le ofreció el brazo, que ella tomó de inmediato.

—¿No le pedirás permiso a tu chaperona para este vals? —preguntó él en tanto esperaban que la música iniciara.

Mary hizo un casi imperceptible gesto de negación.

—No es necesario —indicó sonriente.

—Noto un leve tono de rebeldía en tu voz —comentó encantado por la respuesta—. Esa es mi rosa.

La música inició. Esa melodía bien podría haber durado un minuto o una hora, ambos sintieron como si transcurriera en un suspiro y al mismo tiempo hubiera sido eterna. Aunque no intercambiaron una sola palabra mientras bailaban, sostenían una profunda charla de miradas y sonrisas, lo que habría advertido cualquier observador medianamente atento. Una pareja joven, atractiva y que obviamente compartía tan encantadora complicidad generaba interés y entusiasmo, por lo que no fue extraño que se convirtieran en el centro de las miradas, la mayoría de ellas amables y poco maliciosas. Pero hubo también de las otras, desde luego.

El señor Harding esperó a que culminara el baile. Tras aplaudir a la orquesta, se retiró a un rincón del salón y tomó una copa de champaña de la bandeja de uno de los lacayos en un gesto tan brusco que el muchacho se marchó con paso apresurado, como si le hubiera dado un buen susto. Tras apurar el contenido de la copa, Harding miró a la pareja con el ceño fruncido, furioso. Sus primeras impresiones habían resultado correctas, desde luego, lo supo todo el tiempo, pero el escaso trato entre ambos durante esa velada lo había confundido. Sin embargo, ahí estaban de nuevo: entre secretos, con esas miradas que lo ofendían gravemente y le provocaban el impulso violento de ir hasta ahí y arrancarla de los brazos de ese caballero perfecto, como se dijo con rabia y despecho, casi sin poder contenerse.

Así lo encontró lady Amelia al acercarse a él con pasos medidos y expresión calculadora. Lo había visto desde su lugar en la pista de baile y, tras despedirse de la pareja de la última pieza, un viejo amigo de su tío, se encaminó en dirección el señor Harding sin vacilar. Lo había visto algo más temprano, al llegar. Él se había acercado, a su vez, a saludarla en señal de consideración porque se habían conocido y tratado en Falmouth Manor, pero no habían bailado juntos. Amelia se dijo con una buena cuota de cinismo que dudaba haberlo visto bailar con alguien, parecía haber asistido solo para contemplar al motivo de su anhelo, lo que ella encontraba excelente.

—Forman una pareja encantadora, ¿no lo cree? —preguntó ella al llegar a su lado con una sonrisa falsa.

Harding bajó la mirada para observarla; un leve gesto de desconcierto asomó a su rostro, pero lo enmascaró pronto y asintió de mala gana.

—Encantadora, sí.

—Debo decir, si me lo permite, señor Harding, que me encuentro un tanto sorprendida por su conducta —continuó ella y lo miró de reajo atenta a la reacción.

Él frunció el ceño, confundido.

—¿Sorprendida? —repitió.

—Sí. No quiero ser indiscreta, pero ya que hemos tenido oportunidad de tratarnos antes y he sido testigo de su interés en la señorita Browning, me asombra que no muestre un mayor empeño por estar a su lado.

Harding esbozó una sonrisa cargada de cinismo. Ahora comprendía. Era plenamente consciente de las intenciones de la dama y también de sus motivos, lo que hacía la situación más divertida o desesperada, dependía del punto de vista, claro. Henry Wilmot, desde luego, se revolcaría de risa en esa situación. Pero él no era Henry Wilmot y no sentía ningún deseo de reír; por el contrario, se sentía furioso e insultado, y las palabras de lady Amelia no servían para apaciguarle el ánimo.

—Yo no aseguraría algo como eso, milady, tal vez solo muestro las reservas adecuadas para casos como este —respondió al cabo de un momento.

Era la verdad, aun cuando la dama no podía ni imaginar lo que pasaba exactamente por su cabeza o cuáles eran sus planes futuros. Esperar. Tal y como había dicho a Wilmot. Esperar, aunque la idea le revolvió el estómago. Ella, a pesar de estar ignorante de las verdaderas intenciones del caballero, pareció muy consciente de sus pensamientos más evidentes por la expresión de su rostro, ya que sonrió con afilada dulzura, dispuesta a insistir y llevarlo al límite con las palabras precisas.

—Temo que peca usted de estoicismo, señor; tal vez la señorita Browning piense que su falta de entusiasmo refleja un escaso interés —dijo ella.

—¿En verdad lo cree? Porque estoy seguro de que la señorita Browning debe de tener ya claras mis intenciones.

—Las damas no somos tan intuitivas como los caballeros creen.

Él asintió al tiempo que mostraba una esquiva sonrisa.

—Me sorprende, siempre he pensado lo contrario.

—Lo que explica su desafortunada desidia. Debería ser sincero, señor Harding: ¿qué sentido tiene esperar? La señorita Browning lo agradecerá.

—Estoy conmovido por esta muestra de amistad, lady Amelia; es extremadamente generosa y desinteresada —dijo Harding con palabras que sonaron planas y vacías, tanto como su expresión.

Ella lo contempló con una ceja alzada y segura de haber captado un leve sarcasmo en lo que dijo, pero prefirió ignorarlo.

—Solo deseo la felicidad de la señorita Browning, ya que es una joven encantadora y no ha tenido mucha fortuna, merece a un caballero digno de ella. Uno que sepa valorarla pese a su... particular situación.

Ahí estaba.

Harding no se alteró, pero el golpe caló tal y como ella esperaba. Fue evidente por el relampagueo en sus ojos y el modo en que frunció los labios al oírla. Pero no hizo preguntas ni fingió que no entendía sus intenciones, que era lo que tal vez ella hubiese deseado; de ahí la leve expresión de desaliento que la invadió al notar la aparente indiferencia del hombre. Fue, también, entonces obvio para Harding cuáles eran las verdaderas motivaciones de la joven dama y la batalla que se producía en su interior: quería a lord Cahill, eso estaba claro, pero despreciaba a Mary y se debatía entre hundirla al

exponer la verdad de su origen abiertamente o alentar el interés de Harding por ella para así librarse de su presencia. Optó por lo segundo, claro, tal y como él supuso que haría. Podía reconocer la ambición y el deseo en los otros porque él los experimentaba todo el tiempo.

Cuando el silencio se hizo demasiado tenso y un poco harto de presenciar esos intentos desesperados de la dama por controlar sus emociones, asintió de buena gana y se inclinó tan solo un poco hacia ella en ademán conspiratorio.

—Desde luego, estoy de acuerdo con usted en lo que ha dicho —comentó él—. La señorita Browning merece ser apreciada... a pesar de todo.

Ella pareció sorprendida por la reacción calmada del caballero, como si conociera perfectamente la historia de Mary. Pero se repuso con rapidez, ocultó la confusión y contuvo el deseo de preguntar cómo se había enterado del secreto.

—Cuánto me alegra que lo vea así —dijo con una sonrisa tensa—. Estoy segura de que serán muy felices.

—Oh, yo me encargaré de que así sea, milady. Déjelo en mis manos: la señorita Browning conocerá conmigo todo un nuevo mundo de felicidad.

Amelia no lo reconoció entonces, ni siquiera para sí misma, pero en ese momento, al ver el brillo en los ojos de Harding y la sonrisa inquietante, un escalofrío le recorrió la espalda, una sensación de miedo extraña y desconocida para ella.

Mientras se alejaba del caballero, preparada para buscar al tío y tener una importante charla con él en el carruaje de vuelta a casa, se preguntó si no había cometido un terrible error, porque se sentía como si acabara de liberar a una fiera contra una presa inocente.

\* \* \*

Lo único que Mary extrañaba de corazón, cuando se hallaba en Londres, era a su invernadero, porque, pese a que en Falmouth House se encontraba uno de los más bellos y modernos de la ciudad, no conseguía recrear en él ese ambiente familiar y conocido del que acostumbraba cuidar en Gloucestershire. Pese a ello, disfrutaba de visitarlo y ayudar a los jardineros en lo que le era posible; siempre tenía un consejo oportuno y la pregunta precisa para conseguir que se sintieran a gusto en su presencia y la tomaran casi como a una más de ellos.

Durante su estancia en la ciudad había dedicado al menos un par de horas cada mañana a pasar el tiempo ahí y tenía ya algunas anotaciones muy útiles que le servirían a su regreso a Falmouth Manor para aplicarlas en sus propias plantas. Además, había encontrado un uso práctico a sus inclinaciones como nunca habría podido imaginar.

El día siguiente al baile, llevada en parte por la euforia de la noche anterior, con el corazón ilusionado por la experiencia y, en gran medida, feliz por todo lo compartido con Alexander, había tomado una decisión que llevó a la práctica tan pronto como pasó por su mente porque, si se detenía a pensarlo, quizás hubiese perdido el valor.

Muy temprano, incluso antes de que los otros miembros de la casa se presentaran, tomó prestadas algunas herramientas del jefe de los jardineros, algunos especímenes que había preparado con antelación y pidió un carruaje. Al mediodía estaba en la puerta de la señora Allen, que la recibió con cierta sorpresa y la amabilidad habitual.

En la única visita hasta entonces, tal y como le había confesado a Alexander en aquella noche de desesperación cuando la consoló una vez más, Mary apenas había tenido el suficiente valor para dar una mirada contenida al lugar, angustiada frente a los recuerdos y todo lo que implicaban. Pero no fue justa, lo sabía con certeza, y se sentía avergonzada por haberse mostrado

indiferente y poco generosa. Los temores no habían desaparecido, en cierta medida vivían poderosos en su interior, pero había tenido tiempo para pensar en su actitud y deseaba hacer algo útil, lo que fuera.

De modo que se presentó a cumplir la promesa que había hecho: encargarse del jardín de la señora Allen. Cuando lo vio aquella vez, notó que la señora no había exagerado al decir que no le prestó la atención debida, pero eso fue porque estaba mucho más preocupada por labores prácticas, como acondicionar la casa y prepararla para sus nuevos huéspedes. Muchas veces la gente dejaba de lado lo que no creía importante, como un jardín, que con frecuencia era visto como un recinto hermoso, pero frívolo al fin, aunque, claro, Mary sabía que eso no era verdad. La belleza y la paz que conferían las plantas y flores para un alma torturada era enorme; ella lo había vivido en carne propia durante casi toda su vida, y las nuevas habitantes de esa casa necesitaban también ese consuelo.

Una vez que expuso a la señora Allen sus propósitos, la señora dejó todo en sus manos y ofreció ayuda; Mary la rechazó con amabilidad en consideración a su poca inclinación a esa clase de labores y a que, según vio, haría falta mucho trabajo físico, lo que sin duda la buena señora no podría realizar sin esforzarse de forma innecesaria. Por eso, acordaron que Mary se haría cargo de todo con mucho gusto, y la mujer podría supervisar los avances.

Pasó horas y horas a solas con sus pensamientos, como ella prefería, mientras arrancaba mala hierba, protegida del sol por un amplio sombrero que la señora Allen le prestó y unos guantes que había llevado con ella. Era tan liberador para Mary trabajar sin pensar en nada que no fuera conferir belleza y armonía a un lugar que guardaba un fin tan noble. En cuanto se pudo tomar un respiro, la señora le convidó un agradable refrigerio y pudieron charlar por un breve momento hasta que Mary reanudó el trabajo.

Para cuando sintió que simplemente no daba más, pese a que aún había mucho por hacer, se dejó caer sobre el césped con un quejido de dolor que le arrancó una sonrisa divertida. Tal vez no estuviera tan acostumbrada al

trabajo duro como le gustaba pensar. Las manos estaban cansadas y una película de sudor le recubría todo el cuerpo, pero se sentía muy satisfecha por lo avanzado: la mala hierba había desaparecido y el campo se veía listo para trasplantar algunos de los especímenes que había llevado con ella. Una vez que se encargara de ellos y sembrara algunas semillas se vería grandioso; incluso estaba decidida a plasmar algunos diseños que había encontrado en un libro de jardinería de un famoso autor que le conferiría al lugar un aire encantador.

Pero tendría que esperar, se dijo con un quejido al ponerse de pie sin asomo de elegancia. Si conseguía levantarse al día siguiente sin arrastrarse, volvería para encargarse porque, en ese momento, le resultaba imposible y no tenía más fuerzas. Miró al cielo y le sorprendió ver que era ya tan tarde; si no se daba prisa no llegaría a tiempo para la cena, sin mencionar que Emily debía de encontrarse ya inquieta por su demora. Se cuidó de dejarle un mensaje que explicaban sus intenciones, pero jamás pensó que se le haría tan tarde.

Fue en busca de la señora Allen a la cocina, donde la dama solía encargarse de que los alimentos fueran preparados según sus indicaciones, una costumbre de siempre. Mary supuso que le ofrecería quedarse, pero estaba determinada a regresar a casa lo antes posible. Antes de llegar a la cocina, sin embargo, y al girar en uno de los corredores un tanto distraída al calcular cuánto tardaría en volver, casi se dio de bruces con una figura menuda que le pareció surgida de la nada, como si la hubiese seguido a escasa distancia y de pronto perdiera el paso. No tuvo tiempo para pensar en eso, tan preocupada estaba de no caer, pero, de haberlo hecho, también lo habría relacionado con la sensación que la acompañó durante las labores en el jardín, la de sentirse observada, aunque entonces lo achacó a la señora Allen.

Ahora, sin embargo, al frenar con brusquedad y sostenerse de un pilar para recuperar el equilibrio, se encontró con un rostro pequeño en un cuerpo igual de ligero que la veía con curiosidad y una buena cuota de culpa. Mary frunció el ceño y dio un paso hacia adelante para observarlo con interés.

Era una niña pequeña, no podía tener más de ocho años, y le sorprendió su expresión, como si más allá de lo extraño del encuentro en sí, se hallara del todo cómoda en su presencia. Tenía el cabello muy corto; parecía que se lo hubieran rapado recientemente y apenas empezara a crecer de nuevo. Los ojos color café eran grandes y despiertos, y las piernas tan delgadas y frágiles como los brazos, lo que le confería un aspecto un poco enfermizo.

—Hola —la saludó Mary una vez que se recuperó de la impresión—. ¿Te encuentras bien?

La niña asintió sin responder.

—Espero que no te hayas lastimado —insistió con algo de curiosidad por el mutismo—. ¿Me estabas siguiendo?

Un nuevo asentimiento en respuesta.

—¿También me veías mientras trabajaba en el jardín?

Ahora la niña mostró una sonrisa encantadora a la que le faltaban un par de dientes, lo que provocó a Mary sonreírle de vuelta.

—Pues me has dado un buen susto —dijo y procuró sonar amable para que la niña no lo tomara a mal—. Si querías verme trabajar, podrías haberte acercado a donde estaba, no me habría molestado. ¿Te gustan las plantas?

La niña dio un paso en dirección a ella y la miró con mayor interés, si cabía; luego asintió con fervor.

—Bueno, espero volver, porque aún hay mucho por hacer. Podrías ayudarme entonces si lo deseas —ofreció al adivinar que no habría podido decir nada que la complaciera más.

Y así fue. Porque la niña extendió una mano y rozó la de Mary con reverencia, sin dejar de sonreír. La señorita Browning dudó antes de posarle una de las suyas sobre la cabeza y comprobar que su escaso cabello era como

una suave pelusa rubia que picaba en los dedos, sin resultar en absoluto desagradable. Se preguntó por qué no hablaba, y estaba a punto de insistir cuando una voz llegó hasta ellas.

—¡Rose! —llamó.

La dueña de aquella voz tan firme se apresuró a llegar a su lado, y Mary pudo ver que se trataba de una mujer muy joven; debía de tener un par de años más que ella cuando mucho. Con rasgos un poco bruscos y angulosos, el cabello rubio firmemente sujetado en un moño en lo alto de la cabeza y un vestido desgastado pero limpio, la mujer hizo una reverencia al ver a Mary y tomó a la niña de la mano con firmeza, pero sin crueldad.

—Dije que no debías molestar a milady —la reprendió.

—Ah, pero yo no soy ninguna “milady” —replicó Mary de inmediato con una sonrisa—. Soy Mary Browning, vine a arreglar el jardín.

La mujer la miró fijo porque no parecía muy convencida de esas palabras: el traje, aunque sucio y ajado, era elegante; los modales, demasiado refinados para creer que era solo una jardinera. De modo que negó con la cabeza y dio un paso hacia atrás.

—No tiene permiso de husmear —dijo al fin mientras señalaba a la niña y le hacía una caricia tosca pero amorosa—, pero es curiosa.

—Eso no es malo. Al parecer le gustan las plantas: le he ofrecido que me ayude cuando vuelva en otra ocasión —dijo Mary mirando a la niña, que la correspondió con una sonrisa—. Si a usted le parece bien, claro.

La mujer dudó, pero al cabo de un momento, tras mirar a una y a otra, asintió con un suspiro.

—Supongo que sí, pero ahora tenemos que hacer. Esta niña necesita un baño. Con permiso, milady.

Mary no se molestó en corregirla nuevamente y se hizo a un lado, pero, cuando la mujer pasó a su lado, no pudo contener una pregunta.

—¿Por qué no habla? —dijo en voz baja sin saber de qué otra forma preguntar, pero con la intención de no ser indiscreta.

La mujer no se vio ofendida por la curiosidad, solo sacudió la cabeza de un lado a otro, y Mary pudo ver por primera vez en ella un aire de tristeza y fragilidad.

—Nunca lo ha hecho, milady, y nunca lo hará —respondió para luego apresurar el paso.

La niña no pareció atender a ese breve intercambio de palabras, pero antes de cruzar el corredor, miró sobre su hombro y regaló a Mary una gran sonrisa que ella se apresuró a corresponder antes de dar media vuelta y perderse en dirección contraria.

\* \* \*

Poco antes de la cena, lord Leicester se presentó en Falmouth House para sostener una charla con John y Alexander. Aun cuando ellos se encontraban en ese momento en compañía de Emily y a la espera del regreso de Mary, convinieron en hacerlo pasar a la biblioteca porque el caballero dio la impresión de encontrarse un tanto alterado, como si lo que deseara decir no pudiera esperar ninguna dilación.

Aun cuando Alexander no lo dijo, tenía una fuerte sospecha de qué se trataba ese asunto tan importante, y la idea no le hizo ninguna gracia. Con gusto lo habría ignorado, pero lord Leicester le merecía tanto respeto que eso

no fue en absoluto una opción. Aun más, se dijo, tal vez sería un buen momento para cortar sus aspiraciones de raíz y evitarle así un desengaño mayor, aunque dudaba de que apreciara su consideración.

Por la expresión de John al entrar al lugar, supuso que su hermano tenía un pensamiento muy similar al suyo, eso explicaba al menos la mirada que le dirigió una vez que ofreció asiento al anciano caballero. Parecía advertirle que conservara la calma. Alexander no pudo contener una sonrisa irónica al preguntarse si lo creía en verdad tan impulsivo.

Cuando lord Leicester se encontró sentado, tomó la bebida ofrecida por John, la misma que lord Cahill rechazó, y miró a uno y a otro con una expresión complacida. Le gustaban esos dos hombres que conocía casi desde la cuna; ambos fuertes y con caracteres tan opuestos: uno grave y de temperamento férreo; el otro más flexible, más presto a la sonrisa; los dos íntegros y leales. Habría dado todo lo que poseía con gusto por que tan solo uno de ellos fuera su hijo o que el único que tenía poseyera siquiera la mitad de la decencia de esos hermanos. Pero era un sueño vano y lo desechó tal y como hacía cada vez que se permitía pensar en eso.

Al notar que ambos lo miraban con similares muestras de interés, carraspeó y dejó la copa sobre una mesa, decidido a hablar con claridad, aunque tenía asumido que, en un inicio, sus palabras quizá no serían muy bien recibidas.

—Bueno, caballeros, veo que están impacientes y no quiero quitarles mucho de su tiempo; con seguridad lady Falmouth no agradecerá que los retrase demasiado—empezó con una suave sonrisa—. Es un tema un tanto sensible el que quiero tratar, pero creo que ha llegado el momento de hacerlo abiertamente. Pienso que, al final, todos llegaremos a un acuerdo.

Alexander se adelantó en el asiento; John hizo un discreto gesto para que prestara atención.

—Sí. Ya veo por sus expresiones que lo imaginan, lo que tal vez sea mejor, así nos evitaremos rodeos y podrán volver a sus ocupaciones.

John asintió, y el conde de Leicester carraspeó una vez más.

—Se trata del compromiso de Alexander y Amelia —anunció.

—No hay ningún compromiso entre su sobrina y yo —Alexander lo interrumpió de inmediato. John lo miró de reojo, un tanto exasperado. Eso había sido rápido.

Lord Leicester no pareció tomar a mal la interrupción.

—No, claro que no —aceptó no muy contento—. No lo hay aún, pero es por eso que estamos aquí, para hacer los arreglos. Alexander, puedo adivinar lo que vas a decir; sin embargo, permite que hable antes.

Él vaciló. Luego de un instante, asintió llevado por el respeto que le inspiraba el caballero, si bien fue evidente que no se encontraba nada complacido con la situación. El anciano agradeció la deferencia con un gesto de cabeza y continuó:

—Eres un hombre joven, lo suficiente para dejarte llevar a veces por tus emociones, aunque no tanto como para no saber que eso no es siempre lo mejor. —Hizo una breve pausa—. Tu posición es más importante de lo que te gusta reconocer. Algún día, y ese día está cada vez más próximo, tendrás que asumir grandes obligaciones: no puedes dejar las propiedades que tu madre te legó en manos de administradores por siempre. Llegado el momento, ocuparás la posición que te corresponde en Greenway Hall y gran parte de tu vida estará allá, en Surrey, como la de John está en Gloucestershire. Pero para eso necesitarás a una compañera apropiada, alguien que sea una dama digna de esa posición. Amelia sería una magnífica elección.

—No me cabe duda de ello, pero no sería mi elección —replicó Alexander de inmediato.

Lord Leicester hizo un gesto de desprecio, como si eso no tuviera mayor importancia.

—¿Por qué no? Porque no la amas, supongo. Bueno, lo harás con el tiempo. ¡Mira a John! Arreglé su primer matrimonio, ya lo sabes, y jamás me reprochó nada. Luego conoció a Emily y con ella algo más, pero él no dudó en anteponer siempre las responsabilidades a los deseos cuando debió hacerlo. Y lo mismo debes hacer tú.

John intervino; tenía el ceño fruncido y veía a uno y otro con una postura que revelaba incomodidad. No le gustaba recordar la importancia del conde de Leicester en su primer matrimonio, mucho menos que se lo pusiera como ejemplo.

—Alexander sabe bien que no debe mirarse en mi espejo, milord; no hay nada que admirar o imitar —dijo sin molestarse en disimular lo que sonó como una reprimenda—. Hice lo que debía, sí, y lo haría de nuevo de ser necesario, pero eso no significa que obrara de la mejor manera. Su intervención en mi matrimonio siempre será agradecida, pero debo decir que, aun cuando lo admiraba entonces de la misma forma en que lo hago ahora, nunca me habría dejado convencer de no estar seguro de lo que hacía, para bien o mal.

—¡Y eso está muy bien! Porque eres un hombre íntegro, y Alexander se conducirá de la misma forma. ¿Es que puede haber otra? ¿Puede un caballero respetable y honrado anteponer una pasión pasajera al deber? —El caballero se golpeó la rodilla con una mano como para darle mayor fuerza a sus palabras.

Alexander lo miró con los ojos entrecerrados, alerta al sospechar qué era exactamente lo que deseaba implicar.

—Me pregunto qué entiende usted por una pasión pasajera y qué por deber —comentó en tono suave y medido, observado por John.

—No necesito explicarte eso: eres un hombre, lo sabes perfectamente.

—Tal vez no. Tal vez tenemos conceptos distintos al respecto. Tal vez usted no tenga ni la menor idea de lo que siento o pienso, y empiezo a encontrar insultante que asuma lo contrario.

El hermano le dirigió una mirada en señal de advertencia.

—Alexander...

Lord Leicester apretó los labios.

—No pretendo ofenderte. Solo quiero lo mejor para ti —dijo con un tono obcecado que llevaba a pensar que lo mejor no era precisamente lo que alguien más que él mismo deseara.

Alexander exhibió una mueca escéptica.

—Y lo agradezco, pero está yendo demasiado lejos. —Hizo un gesto con la mano al advertir un movimiento de su hermano—. No, John, déjame; ya he escuchado suficiente. Sé cuánto ha hecho por nuestra familia, lord Leicester, lo mucho que te ayudó y cómo cree que hizo lo mejor por ti. En esta oportunidad, sin embargo, no estoy de acuerdo con lo que propone. —Suspiró al tiempo que sacudía la cabeza no muy seguro de lo que iba a decir a continuación, pero entonces miró a su hermano a los ojos con expresión grave—: Nunca debiste casarte con ella. Lo hiciste por nosotros, en especial por mí, lo sé perfectamente; eras joven y tenías demasiadas responsabilidades, además de un hermano pequeño y dependiente del cual ocuparte, y nunca podré agradecerte suficiente por eso, pero en verdad creo que cometiste un error. Ahora, es cierto que al fin y al cabo tal vez ese era tu destino; debías equivocarte porque ese era tu momento para hacerlo y la vida te tenía a Emily destinada, que llegó a tu camino. Pero tú no renunciaste a quien amabas para cumplir con lo que se esperaba de ti y, de haberte

encontrado en ese dilema, estoy seguro de que tu decisión habría sido muy distinta. —Señaló a lord Leicester con un gesto inequívoco—. Que a nadie se le ocurra que yo obraría distinto.

El caballero lo escuchaba sin poder ocultar el asombro por la seguridad con la que se dirigía Alexander. No era en verdad una faceta común en él, ya que no acostumbraba hablar con tanta seriedad y mostrar sus pensamientos sin reservas. John también estaba sorprendido, pero en su caso fue evidente que esa sorpresa cedió pronto paso a la admiración. Era lo que siempre deseó ver en su hermano y mucho más.

—Estás cegado —dijo lord Leicester muy ofuscado al cabo de un momento—. ¿Vas a rechazar a mi sobrina, una joven hermosa e intachable? ¿Una dama que enriquecería tu legado? Y solo por...

Alexander elevó el mentón en señal de desafío.

—¿Por qué? Le aconsejo que piense bien su respuesta, milord —advirtió.

El caballero hizo caso omiso de esas palabras, tan alterado se encontraba. Se había puesto de pie y miraba al hombre más joven con el ceño fruncido.

—¡Por un capricho! —continuó—. Por una obcecación juvenil afiebrada que no te dará absolutamente nada una vez que la consigas. ¿Crees por un instante que, de seguir tus deseos, no te arrepentirás más temprano que tarde? ¡Despierta, muchacho! Es hermosa, lo acepto, y también noble y dulce, no lo negaría porque la aprecio en verdad, pero no es la mujer a la que debes unir tu vida, no tal y como parece pensar. Tenla si así lo deseas, siempre hay formas de llevar esos asuntos con discreción, pero eso es todo. ¡Mary Browning no es digna!

—¡Suficiente!

John y Alexander gritaron al unísono, pero fue Alexander quien lució más ofuscado y el conde se puso en su camino para frenar cualquier avance y evitar así que hiciera algo de lo que pudiera arrepentirse. Alex apenas lo notó.

Miró al anciano, que, de pronto, se vio casi avergonzado, como si se hubiera dejado llevar por la ofuscación y solo entonces comprendiera la gravedad de sus palabras.

—Ha sido demasiado, lo siento... —empezó.

Alexander no lo dejó terminar.

—¿Que Mary Browning no es digna? —repitió y cortó las palabras como un látigo—. ¿Digna de qué, según usted? Porque si se refiere a la falsa dignidad que tanto proclama, de la crueldad de ese mundo que defiende y está tan orgulloso de integrar, entonces tiene usted toda la razón, milord. Mary Browning no es digna, en absoluto, porque está muy por encima de eso —escupió furioso y sin reprimir la ira—. No conozco a una joven más merecedora, en cambio, de pertenecer a la escasa nobleza de espíritu que aún existe en este mundo, de ser considerada como la más compasiva de las criaturas que alguna vez usted y cualquier otro haya conocido. O más digna de ser adorada y respetada como muy pocas mujeres merecen. Para que lo sepa, el hombre más poderoso y rico del mundo no sería lo bastante bueno para ella. Dios sabe que yo no lo soy. Pero iría al infierno antes que permitir que algo o alguien pretendiera impedirme su cercanía.

—No tienes derecho a hablar de esta forma.

—¡Tengo todo el derecho del mundo! ¡Porque es mi vida! Y nadie me impedirá vivirla cómo y con quién desee hacerlo: se lo aseguro.

Lord Leicester negó, pesaroso; había poco de brío en sus palabras, se veía agotado, develando su edad y el peso de sus prejuicios.

—Cometes un grave error. Arruinarás tu futuro como continúes con esta actitud —dijo.

Alexander sonrió y se hizo a un lado para mirarlo con desprecio.

—No, milord. Arruinaría mi alma de seguir sus consejos, pero no lo haré. Y ella está segura de a qué lugar pertenece. —Se dirigió entonces a su hermano—: John, por favor, discúlpame con Emily; creo que no asistiré a la cena. Necesito un poco de aire fresco.

Lord Falmouth asintió comprensivo. No era el momento para decirlo, pero nunca se había sentido más orgulloso de su hermano. Si alguna vez albergó una duda respecto a su carácter, no podía estar más complacido de comprobar el hombre en que se había convertido.

Alexander se marchó sin dirigir una sola palabra a lord Leicester, que de pronto se dejó caer sobre la silla nuevamente, con semblante demudado. John dudaba de que su hermano consintiera perdonarlo alguna vez. Y no podía culparlo: él habría actuado de la misma forma si hubiera sido la mujer que amaba a quien hubiese ofendido. Pero sintió lástima por el anciano y, tras vacilar, le puso una mano sobre el hombro. Se quedaron así, en silencio, hasta que el caballero se puso de pie sin atinar a decir nada y se marchó con paso afligido.

\* \* \*

Mary acababa de llegar a la mansión cuando se topó con un lacayo en la entrada que se apresuró a decir que lady Falmouth estaba a punto de enviar a alguien a buscarla, preocupada por su tardanza. Al comprobar la hora, exhaló un suspiro, arrepentida por no haber enviado a alguien desde casa de la señora Allen para evitar así que se inquietaran o por no haber consentido al menos que la acompañara una de las doncellas. Le dijo al lacayo que informara a la condesa de su llegada y que se retiraría a su habitación a cambiarse para la cena. Dios sabía que lo necesitaba.

Después de lavarse y ponerse un vestido cómodo con la ayuda de una doncella, a quien rogó que escogiera alguno que le permitiera moverse con tranquilidad por lo agotada que se sentía por todo el trabajo del día, bajó dispuesta a ir al salón para reunirse con la familia y contarles de los avances en el jardín del albergue, pero, al cruzar el pasillo del primer piso, cuando se dirigía hacia allí, unas voces llamaron su atención al otro lado de la puerta cerrada de la biblioteca. Lord Falmouth no acostumbraba recibir visitas a esa hora, por lo que se acercó extrañada y se preguntó si no habría ocurrido algo malo. Al reconocer la voz de lord Leicester y también las de John y Alexander, frunció el ceño. Hizo mal, claro, pero no pudo resistirse a pegar el oído a la madera, llevada por un impulso que en ese momento no supo identificar. El nombre de lady Amelia llegó a ella y eso solo consiguió despertar aún más su curiosidad, por lo que desechó sus escrúpulos.

Emily decía con frecuencia que quien escucha a hurtadillas jamás se entera de nada agradable para sí, y eso fue precisamente lo que Mary comprobó en el breve momento en que se detuvo ahí. Las palabras de lord Leicester, que llegaron claras a sus oídos, la hirieron como puñaladas.

“Mary Browning no es digna”, dijo el anciano conde. Y la verdad la golpeó de lleno en el rostro. No soportó quedarse a oír la réplica de Alex o la de lord Falmouth. Ellos la defenderían, claro, no lo dudaba, pero eso no quitaba un ápice de verdad a las palabras de lord Leicester, y nada más importaba en ese momento.

No se dio cuenta de que estaba llorando hasta que sintió la humedad sobre el rostro, pero se secó las lágrimas con un movimiento furioso. No era momento para llorar, pues ya había tenido mucho de eso. Lo único que deseaba era marcharse y desaparecer, porque una palabra más como esa la mataría: era demasiado real, demasiada verdad. Se sintió miserable y dio media vuelta para irse en dirección a las calles de Londres, donde realmente pertenecía.

## CAPÍTULO VIII

El cochero, como correspondía a un hombre de su experiencia y cargo, no hizo una sola pregunta cuando Mary le ordenó que se pusiera en camino sin dar una dirección clara de destino aún. No lo hizo porque deseara mantenerlo en secreto, sino porque no tenía idea de adónde ir. Solo cuando se encontró dentro del carruaje y pudo tranquilizarse un poco comprendió que no tenía un plan; se había dejado llevar por la desesperación y la necesidad de dejar la casa, pero en verdad no tenía claro cuál era el siguiente paso a dar. Contaba con algunos conocidos en Londres, pero ellos eran a su vez amigos de Emily y lord Falmouth, de modo que habría sido absurdo ir con ellos.

Además, se había fijado en la mente la idea de que no pertenecía en realidad a esa sociedad, que su lugar estaba muy lejos de allí, entre las personas que, como ella, no sabían quiénes eran o cuál era su finalidad en la vida. Pero, sin duda, no la encontraría en Falmouth House.

El conde de Leicester estaba en lo cierto. No era digna. No para Alexander.

Las manos de Mary empezaron a palpar y sintió las lágrimas que, de nuevo, le surcaban las mejillas. Esa vez no intentó contenerlas. En la soledad del carruaje, oculta de cualquier mirada, se permitió liberar el dolor. ¿Cómo pudo haber sido tan ingenua? Los últimos días habían sido una ilusión y había pensado que los momentos compartidos con Alexander y lo que sentía por él sería suficiente para olvidar todo lo que los separaba. Pero no era verdad. Todo continuaba tal y como estaba. Por mucho que lo deseara, no podía cambiarlo.

Un baile. Un beso. Por maravillosos que hubieran sido no había nada que borrara la verdad, su verdad.

Tembló y ocultó el rostro en las manos al recordar la manera en que había respondido a los besos de Alexander aquella noche en el salón de baile, las muchas reglas que había roto sin asomo de pudor o sentido común. La forma en que lo había buscado, en que se había ofrecido a él: había rozado su cuerpo contra el de él sin ápice de vergüenza. Alexander habría podido hacer lo que quisiera con ella y no lo habría detenido. ¿Era ella esa clase de mujer? ¿Era como su madre? Alguien que permitía que la pasión le obnubilara el pensamiento al grado de entregarse a un hombre sin pensar en las consecuencias de sus actos y de lo que acarrearía a su vida. ¿En verdad ella era así? Odió la idea, la repudió con toda el alma, asqueada de pronto por su conducta y preguntándose cómo Alexander podía quererla cuando no era digna de eso. Ella no era distinta de su madre o esas mujeres en el albergue de la señora Allen; no había nada que las diferenciara, y se sintió despreciable por haber pensado alguna vez que era diferente, que estaba por encima de esas pasiones. Era ridícula y egoísta, siempre lo fue, y no merecía el amor de Alexander o los cuidados de Emily: no merecía nada.

Esa certeza, por despiadada que fuese, le dio el valor para tomar una decisión. Sin detenerse a pensarlo –porque entonces habría tenido tiempo para arrepentirse–, golpeó el techo del carruaje para llamar la atención del cochero y sacó la cabeza por la ventana para hacerle señas.

Haría lo que debía haber enfrentado hacía mucho tiempo. Y que Dios le ayudara.

\* \* \*

Alexander regresó a Falmouth House casi a la medianoche. Estaba agotado y aún tenía problemas para alejar de la mente la conversación sostenida con lord Leicester; estaba dividido entre la furia y la decepción. Los sentimientos adversos provenían de todo aquello que debió escuchar, el cruel trato para quien más quería en el mundo y que esas palabras surgieran, además, de un hombre por quien hasta entonces había sentido un profundo respeto.

Deseaba ver a Mary. Un segundo a su lado y todo lo que lo atormentaba desaparecería, pero era tarde y probablemente se hubiese retirado ya a la habitación. Meditó acerca de si sería buena idea buscarla ahí. No estaba tan seguro. Lo anhelaba con todas las fuerzas, pero se preguntaba si sería capaz de obrar de modo correcto cuando se encontraran a solas. Las cosas habían cambiado entre ellos desde el último encuentro: la inocencia que intentaba imprimir en sus palabras se había desvanecido con el primer beso. Para él no se había producido un gran cambio, ya que hacía mucho que había dejado de verla como a una niña y deseó a la joven mujer desde que ella se convirtió en una, pero era consciente de que era distinto para Mary. Ella tenía muchas dudas, lo veía siempre en sus ojos, la aterraba entregarse a sus sentimientos porque le resultaban desconocidos así como los temores, demasiado grandes. Él lo sabía. Era su deber protegerla; solo eso le daba las fuerzas para contener sus anhelos.

Pero no esa noche. Necesitaba verla al menos un instante. Mirarla dormir, saber que se encontraba bajo el mismo techo que él y que podría rozar su rostro si así lo deseara.

Estaba decidido a dar ese paso cuando cruzó el salón en dirección a la escalinata. Entonces Emily salió a su encuentro. Provenía del comedor, según adivinó, pero la sonrisa murió en sus labios al notar que se veía seriamente alterada, algo del todo extraño en ella, que siempre conservaba la compostura. Cuando la condesa lo vio solo en medio del salón, una figura sola, el leve brillo que le había aflorado en los ojos al oír pisadas desapareció de inmediato.

—Emily. —Él se acercó con expresión preocupada—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué estás tan inquieta?

—¿Dónde estabas?

—Se lo dije a John, necesitaba salir; lamento haberme perdido la cena... Emily, ¿vas a decirme qué ocurre?

Ella suspiró y se mostró indecisa porque sabía que estaba a punto de infringirle un gran dolor.

—Creí que tal vez Mary estaría contigo —respondió muy nerviosa.

Alexander dio un paso hacia atrás, como si lo hubiera abofeteado.

—¿Por qué iba Mary a estar conmigo? —preguntó confundido—. ¿No ha llegado aún de la casa de la señora Allen? ¿Cómo es que no han enviado a nadie a buscarla?

—No. Ella regresó. Un lacayo la vio hace un rato y fueron a avisarme. Pero esperaba que se uniera a nosotros en la cena y no apareció. Cuando envié a preguntar por ella dijeron que se había marchado de nuevo.

—¿Ahora? Es muy tarde.

—¡Lo sé! —Emily se llevó una mano a la cabeza—. Salió sola y no dejó ningún recado. Solo... se fue. ¿Por qué haría algo así?

Alexander paseó por la habitación, pero cuando estaba a punto de dirigirse a la puerta, un recuerdo lo golpeó como un rayo y fue hacia su cuñada con la angustia pintada en el rostro.

—¿A qué hora llegó Mary exactamente? —preguntó.

—No lo sé. Poco antes de la cena, creo.

—¿Cuándo John y yo estábamos reunidos con lord Leicester? —insistió.

Emily se encogió de hombros, intentaba recordar.

—Es posible —reconoció.

Alexander ahogó una maldición, pero fue evidente por el brillo en sus ojos que esa información le había caído muy mal. Emily lo miró sin contener la preocupación.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué importancia tiene eso? Alexander, respóndeme —le ordenó.

Él, sin embargo, no contestó: se veía furioso y pensativo. John llegó precisamente en ese momento. Cuando tuvo la noticias, mientras se encontraban en el comedor, de que Mary se había marchado, fue en persona a hablar con el lacayo que la había visto más temprano y a indagar entre los otros sirvientes.

—Nada —dijo tras mirar a Alexander y deducir de inmediato que ya estaba informado de los hechos—. Dos mozos de cuadra la vieron marcharse en un carruaje de los nuestros hace poco más de una hora, pero no alcanzaron a escuchar la dirección que dio al cochero.

—¿Y no ha vuelto él? El cochero, quiero decir —preguntó Emily.

—No.

—Eso significa que está aun con Mary. Eso es bueno. No está sola.

John dirigió a Alexander una mirada de reojo, la inquietud que ambos sentían se reflejó en ese gesto, pero no lo puso en palabras, no deseaba preocupar o asustar aun más a su esposa. La idea de Mary en las calles de Londres a aquellas horas, con o sin cochero, no podía ser más temible.

—¿Crees que lo haya escuchado? —preguntó a Alexander.

Fue obvio entonces que había llegado a la misma conclusión que su hermano respecto a la desaparición de la joven.

—Si así ha sido y ella se fue por eso, nunca perdonaré a lord Leicester —respondió Alexander de inmediato y lo miró a los ojos. Esas palabras fueron como un juramento—. Pero no es momento para pensarlo. Tenemos que buscarla.

Emily miró confundida a uno y a otro.

—¿De qué hablan? ¿Qué fue lo que dijo lord Leicester? —preguntó y se dirigió a su esposo.

—Después —respondió John con dulzura al tiempo que le hacía una suave caricia en el rostro—. Alexander tiene razón. Lo único importante ahora es encontrar a Mary.

Lord Cahill asintió y se dirigió a la puerta, pero el conde se adelantó y lo tomó del abrigo para detenerlo.

—¿Adónde irás? —preguntó un tanto inquieto por su determinación.

Alex le dio una palmada en el hombro, tanto para tranquilizarlo como para liberarse así gentilmente de su mano.

—A todas partes —respondió mientras reanudaba el camino—. Al infierno si hace falta.

\* \* \*

Emily nunca aceptó contarle a Mary con exactitud en dónde se había refugiado su madre cuando dejó el hogar paterno, repudiada, para salir en busca del hombre que le había prometido todo y la abandonó tan pronto como obtuvo lo que deseaba de ella. Emily suponía que sería demasiado doloroso pensar en un destino tan triste para la joven a la que había amado como a una hermana, con quien había crecido codo a codo y a quien no pudo ayudar cuando más lo necesitaba. Debió de pensar que ocultárselo le ahorraría más sufrimiento, pero Mary no estaba de acuerdo, porque necesitaba saberlo, ver el horror a los ojos.

Cuando Emily le contó la verdad acerca de su origen, le contó también que Louise –así se llamaba la madre de Mary– se topó con una mujer que la ayudó cuando ella recorría las calles de Londres completamente desesperada. La pobre creyó hasta el final de sus días que ese hombre esperaba por ella; tal vez fue eso lo que le dio las fuerzas para hacer sola –y en su estado– un viaje tan peligroso. Lo único que a Mary le daba esperanzas era que sabía dónde vivía aquella mujer que había rescatado a su madre en la época en que eso había ocurrido. Tal vez, si tenía suerte, podría dar con ella y entonces sabría exactamente en qué circunstancias encontró a su madre. Podría hablarle de ella, de las ilusiones que mantuvo vivas hasta el final, podría decirle si la llegada de Mary al mundo le dio algún tipo de consuelo, si la esperó con ilusión o si la muchacha fue para su madre, tal y como para ese padre ausente, solo motivo de dolor y resentimiento.

Era eso, como le había confesado a Alexander, lo que más la atormentaba: el hecho de no saberse amada por quienes debieron esperarla con mayor ilusión, saberse un estorbo, una maldición, haber sido lo que arrastró a su madre a la desdicha y, al final, a la muerte.

Según Emily, el nombre de la señora era Sara Wood. Vivía en aquella época en las afueras de Whitechapel, en una calle al oeste. Mary le pidió al cochero que la llevara, lo que el hombre hizo no sin antes expresar preocupación y protestar con humildad. Él apenas se atrevía a recorrer esas calles de día; hacerlo a esas horas y en compañía de una dama le parecía un despropósito, pero Mary se mantuvo firme y le dijo que estaba dispuesta a

tomar un vehículo de alquiler si era necesario, lo que terminó de convencerlo. Era un sirviente leal y preocupado por sus señores, de ahí que se mostrara dispuesto a correr el riesgo.

Mary no miró por la ventanilla hasta que el carruaje redujo la velocidad, pero, al hacerlo, tuvo que desviar la vista y controlar el latido acelerado del corazón. No era un lugar muy agradable, eso estaba claro, pero ella había vivido durante buena parte de su niñez en un barrio pobre de Colchester con su hermana, un barrio que no distaba mucho en apariencia del lugar en el que se encontraba, por lo que dijo una pequeña oración en voz baja, encuadró los hombros y bajó del carruaje decidida a enfrentarse a su destino.

La zona de Whitechapel Road era considerada el corazón de ese barrio con tan mala fama y que generaba tantos reparos entre la gente acomodada de Londres. En opinión de Mary, sin embargo, aun cuando esos prejuicios pudieran estar justificados, eso no implicaba que absolutamente todos sus visitantes llevaran una vida licenciosa. Había oído historias de pesadilla acerca de los crímenes que se habían desarrollado ahí, y la sola idea de toparse con uno de aquellos monstruos que se nombraban entre susurros le ponía la piel de gallina, pero ella era más fuerte de lo que la mayor parte de la gente pensaba, por lo que no vaciló al dirigirse a un establecimiento al final de la calle que le pareció algo más decente que los demás. Antes de poner un pie en su interior, se preocupó por cubrirse el rostro al máximo con la capucha de la capa y mantuvo la mirada en el piso para no llamar la atención.

Mary jamás había visto un lugar como aquel y no podría decir que eso hubiese sido una lástima porque muy pocas veces en su vida se había encontrado en un ambiente tan poco atractivo para ella. La decadencia del establecimiento estaba impresa en cada rincón del lugar; suponía que habría quienes lo consideraran elegante, pero no era su caso. Le pareció de mal gusto, tanto como casi todos sus ocupantes: hombres, en su mayoría, que bebían tanto en sus mesas como en la barra que cruzaba el salón de lado a lado. Las mujeres, en cambio, permanecían de pie en los rincones o sentadas de mala manera donde buenamente podían, mientras todos hablaban. Consiguió atisbar a un par de parejas que le parecieron respetables y se

acercó a ellos con discreción mientras procuraba mantener la postura encorvada y la mirada fija en los pies con cuidado de no tropezar contra alguien.

La primera pareja que vio estaba tan concentrada en su charla que apenas la miró al acercarse y tuvo que carraspear para llamar su atención. Eran jóvenes, más de lo que le habían parecido al verlos por primera vez; el hombre debía de tener unos años más que la chica que lo acompañaba, sí, pero aun así apenas rozaba la adultez.

—Buenas noches —saludó con una pequeña sonrisa.

Ellos no correspondieron al saludo en un primer momento, sino que le dirigieron una mirada de pies a cabeza que hubiera atemorizado a otra que no se encontrara tan desesperada como ella.

Fue la chica quien habló primero y, cuando lo hizo, usó un tono casi amable, lo que Mary agradeció en silencio.

—Buenas —dijo—. No trabajo aquí, pero si quiere algo una de las chicas de la barra puede ayudarla.

Al comprender el error, Mary se apresuró a negar con la cabeza.

—No, no. Busco a alguien y pensé que tal vez podrían ayudarme —dijo.

La chica dirigió una mirada extrañada a su pareja, que veía a Mary con desconfianza.

—¿A quién? —preguntó él, no muy contento con su presencia obviamente.

—Es una señora —respondió ella sin dejarse intimidar—. Ella vivía en esta zona.

—¿Vivía? ¿Entonces ya no vive aquí? —preguntó la chica, algo confundida.

Mary suspiró porque supo que debía enfrentarse a lo que más le preocupaba, lo que podría mandar al diablo sus intenciones, pero tenía que intentarlo.

—Para ser sincera, no estoy segura. Espero que sí, que aún viva aquí, pero no puedo decirlo con certeza, es por eso por lo que necesito su ayuda —explicó—. Pero sé que tenía una casa muy cerca de aquí hace veinte años.

El chico silbó y la miró como si fuera tonta.

—¿Veinte años? Señora, ¿nos está tomando el pelo? —preguntó con fastidio.

Su compañera le dio un golpe nada sutil en el hombro.

—Jimmy, no seas cruel —lo regañó—. ¿No ves que la pobre chica está perdida?

—A mí no me parece pobre —rumió el otro al tiempo que la miraba de reojo y tomaba un trago de cerveza.

La chica lo miró con disgusto y se dirigió a Mary con una sonrisa.

—No le hagas caso, encanto, está de mal humor porque hay problemas en la fábrica y ha salido algo escaldado hoy, pero no es mal chico —dijo con un guiño—. Dime el nombre de esa mujer y tal vez pueda darte una mano.

Mary asintió, aliviada de haber tenido la suerte de dar con un alma amable.

—Su nombre era... es Sara Wood —dijo y permaneció en espera.

La chica lo pensó un momento y sacudió la cabeza de un lado a otro con pesar.

—No me suena —reconoció al cabo de un momento—. Sara es un nombre común, pero el apellido debería decirme algo y no, no lo recuerdo. ¿Estás segura de que vivía por aquí?

—Sí. Absolutamente segura. —Mary se lo había preguntado tantas veces a Emily que lo tenía grabado en la memoria.

—¿Y a ti te dice algo? —La chica dio un manotazo a su pareja, que negó con la cabeza.

—No lo creo. Había un Wood en mi turno en la fábrica hará un par de años, pero ni idea de si tiene algo que ver con esa mujer que busca.

—Bueno, podría ser su madre, ¿no? —supuso su compañera, algo más interesada.

—Ese Wood hubiese podido ser mi abuelo y era un idiota; si salió de una mujer seguro que ella no estaría viva ahora.

Mary los oyó con gesto desalentado y se preguntó si no sería un buen momento para agradecer la ayuda y continuar la búsqueda en otro lugar, cuando una carcajada llegó a ella y miró en dirección al sonido, lo mismo que hicieron los chicos.

Un hombre mucho mayor sentado a solas a la mesa de su izquierda los señaló con un dedo, sin dejar de reír.

—¿Se puede saber qué te da tanta gracia? —preguntó el chico con expresión belicosa.

—Jimmy...

El muchacho ignoró el llamado a la calma de su compañera y continuó mirando al hombre con el ceño fruncido.

—Ustedes los jóvenes no saben nada. Se pasan el día en la fábrica, beben en estos antros y no conocen a nadie, ni siquiera a sus fantasmas —dijo mientras mostraba una sonrisa desdentada.

—¿Qué fantasmas? —preguntó la chica con desconfianza.

—La beata —respondió el hombre con sencillez, como si con ello lo dijera todo.

Mary abrió mucho los ojos al oírlo, pero los chicos tuvieron una reacción muy distinta. Se dejaron caer contra los asientos y se miraron con similares muestras de algo que le pareció miedo. Eso, o simple aversión.

—¿La beata de Saint Mary? —preguntó el chico una vez que recuperó el habla.

El viejo asintió.

—La misma —dijo.

El joven se encogió de hombros y tomó lo que quedaba de la bebida de un trago en tanto la chica veía a Mary con ojos entrecerrados.

—Qué amistades más raras tienes, chica —dijo al mirarla con renovado interés—. Pero la vieja beata no es un fantasma, y supongo que eso es lo mejor que se puede decir de ella.

Mary ignoró el tono burlón. Estaba viva. Tenía que ser ella.

—¿Dónde puedo encontrarla? —preguntó.

—¿No lo has oído? —respondió el chico; sonaba aburrido, como si ya quisiera librarse de ella—. “La beata de Saint Mary”.

Mary miró en la dirección en que señaló al hablar y asintió al comprender. A través de la ventana, que necesitaba una buena limpieza por el polvo acumulado en sus esquinas, pudo ver un edificio que, apenas al llegar, había llamado su atención: una iglesia. Ocupaba casi una manzana completa, pero la construcción en sí no era muy impresionante. Carente de adornos, parecía que estaba a punto de desplomarse. Las sucias paredes hablaban de abandono.

—¿Ella vive allí?

—Como si lo hiciera —intervino el viejo de nuevo—. Llueva o truene, la beata de Saint Mary está siempre en ese lugar.

Para su sorpresa, Mary sonrió, agradecida por la información. Tal vez el lugar no pareciera muy acogedor o sus perspectivas muy alegres, pero lo consideraba un gran avance. El hecho de que el nombre de la iglesia aludiera al suyo le pareció un buen augurio.

—Gracias. Muchas gracias.

Se preguntó si debía darles una moneda en agradecimiento, pero la idea murió de inmediato. Temía ofenderlos y había una callada dignidad en ellos que encontró conmovedora. Solo querían ayudarla. Quizás el chico no estuviera muy animado por su presencia, pero no la había echado tan pronto como apareció, lo que decía mucho acerca de él. De modo que se contentó con sonreír y dio media vuelta para marcharse, pero la voz de la chica la detuvo.

—Oye, ándate con cuidado. No creas que estarás a salvo porque es una iglesia; algunos preferimos lugares como este por algo —dijo con una ceja elevada.

Mary contuvo el temor que la asaltó frente a ese consejo y asintió sin permitirse sentir desaliento. Estaba muy cerca para eso.

Al salir, ensimismada y preguntándose cuál sería la mejor forma de presentarse, estuvo a punto de tropezar con una figura mucho más recia que ella, pero consiguió evitarla, de modo que apenas recibió un leve roce en el hombro. Era un hombre que iba tan cubierto como ella; el cuello del abrigo subido y el sombrero calado hasta los ojos le ocultaban el rostro. De cualquier forma, no se detuvo a mirarlo para no dar una mala impresión y despertar su interés; solo masculló una disculpa y se apresuró a llegar hasta la salida.

El hombre, mientras tanto, no le quitó la vista de encima hasta que desapareció y, cuando lo hizo, sacudió la cabeza de un lado a otro, una sonrisa incrédula le asomó en los labios finos. Se dirigió a la barra en tanto se despojaba del sombrero. La mujer que atendía, al verlo, hizo un gesto con la cabeza en señal de saludo.

—Buenas noches, milord, hace mucho que no nos visitabas. ¿Te aburriste ya de Daisy y su *madame* Françoise? —dijo con una risotada burlona.

Henry Wilmot la miró al tiempo que negaba con la cabeza.

—No hagas preguntas idiotas y consígueme a uno de tus chicos. Tengo que enviar un mensaje —exigió con malos modos.

La mujer se fue mientras rezongaba, pero sin atreverse a rehusar el pedido. Henry, en tanto, se dejó caer en un taburete y exhibió una mueca cruel. ¿Dónde se había visto que una presa se presentara con esa docilidad a la morada del cazador? Al parecer, todo ese enredo iba a resultar menos emocionante de lo que esperaba, pero ya se encargaría él de encontrarle alguna diversión, se prometió con gesto resignado.

\* \* \*

La iglesia de Saint Mary fue alguna vez el centro de Whitechapel; incluso había quienes decían que el barrio se había construido alrededor de ese edificio como un gesto de devoción, pero eso fue en otros tiempos, cuando la fe imperaba y había pecadores más deseosos de la absolución. Ahora, con el cinismo siempre campante y las prisas de la vida, quedaban pocos que miraran al edificio con respeto, mucho menos que lo visitaran con asiduidad. Quienes lo hacían procuraban colaborar para mantenerlo debidamente atendido, pero los esfuerzos eran poco para lo que una iglesia como aquella requería, de modo que terminó por rodearla un aura de abandono.

Al cruzar las puertas abiertas, Mary se dijo que tendría suerte si el lugar no se desplomaba sobre su cabeza mientras buscaba a la señora Wood, pero rogó por que ello no ocurriera.

Dio una mirada alrededor, entre los bancos y las columnas: solo vio a un hombre arrodillado cerca al altar y una chica –incluso más joven que ella misma– recostada contra un pilar con el rostro agachado y las manos unidas sobre el pecho. Insegura, dio unos pasos más al interior y entrecerró los ojos para ver, pese a la escasa luz de las velas. En una puerta, que debía de llevar a un despacho interior, le pareció ver el revuelo de unas faldas y se dirigió en esa dirección, pero no fue lo bastante rápida, porque la figura se esfumó casi frente a sus ojos.

Con un suspiro para darse valor, atravesó la puerta y recorrió un pasillo largo y desvencijado hasta dar con una nueva puerta entreabierta. La cruzó sin detenerse a pensar: una ráfaga de aire frío le golpeó el rostro. Había dado con la puerta trasera de la iglesia y, al abrirla, un gran patio oscuro se perfiló frente a ella.

La figura que había seguido, sin embargo, se encontraba ahí rodeada por un par de sombras que la sobrepasaban por mucho en estatura y peso, por lo que Mary sintió una repentina punzada de temor en el pecho. Se veía pequeña y frágil, pero también irradiaba una extraña aura de fortaleza que iba más allá de los harapos oscuros que vestía y el cabello encanecido que asomaba por

debajo del mantón con el que cubría su cabeza. Además, llevaba un bastón que, en su mano, se vio más bien como un arma que sostenía con una mano con gesto de advertencia.

Al reparar en la llegada de Mary, las sombras que la rodeaban —y que gracias a un rayo de luna que se filtró entre las nubes pudo ver que se trataba de un par de muchachos harapientos y con rostros sucios—, miraron en dirección a ella con curiosidad, pero la anciana elevó un poco más el bastón y ellos asintieron para luego marcharse. Antes de que Mary fuera consciente de ello, se perdieron en la oscuridad y la anciana regresó hasta donde ella se encontraba con paso lento y pesados.

—¿Señora Wood? —Salió Mary a su encuentro, sin saber qué más decir.

Cuando la mujer llegó hasta ella, hizo a un lado el mantón que le cubría la cabeza y la miró con los ojos velados por las cataratas, pero lo bastante dotados de luz aún como para descifrar sus rasgos. La miró con profundidad por casi un minuto, y entonces asintió como si hubiera esperado por ella.

—Supuse que vendrías algún día. Casi siempre lo hacen —dijo con un tono que Mary juzgó enigmático.

—¿Sabe quién soy? —preguntó sorprendida.

La anciana asintió nuevamente.

—Me hago una idea. He visto ese rostro antes —dijo con impaciencia—. Bueno, ¿vas a entrar o no? Porque me congelo.

Mary vaciló al señalar el patio y la oscuridad por la que habían desaparecido los muchachos.

—¿Qué pasa con ellos? —preguntó.

La anciana miró en esa dirección.

—Ellos estarán bien, pero no podría decir lo mismo de ti si te los topas en un callejón oscuro —reconoció de mala gana—. No te preocupes, conmigo estás a salvo. Aquí donde me ves, fui la doncella de una gran señora durante mucho tiempo; serví en su casa desde que tenía quince años. Antes de eso trabajé en el campo. Así que sé cómo conducirme con una chica como tú y también defenderme de sabandijas como esas. Ahora, niña, por última vez, ¿te quedas aquí o entras de una buena vez?

Mary se apresuró a asentir y la siguió al interior con cuidado de dejar una distancia entre ellas para que la anciana pudiera orientarse con mayor facilidad; era obvio que estaba acostumbrada a la soledad y su vista deficiente le permitía moverse con ciertas limitaciones, así que no quería ponerse en su camino y hacerla tropezar. En lugar de regresar por donde Mary la había seguido en un inicio, dio un rodeo y atravesó un pasillo angosto que las llevó a un patio diminuto pero mejor cuidado que el resto del lugar y, de ahí, a unas habitaciones más pequeñas aún. Mary supuso que era donde vivía, porque consiguió atisbar una cama que en ese momento se encontraba un poco oculta por una cortina corrida. La señora hizo un gesto para que se sentara en un sillón desvencijado en tanto ella encendía una vela; un gesto innecesario para ella, supuso, pero una deferencia para Mary, que no se movía tan bien entre sombras.

La luz le permitió ver que se encontraban en un espacio muy reducido que oficiaría de sala de recibo: dos sillas, una mesa de centro y un estante con flores eran todo el mobiliario; a pesar de lo espartano de la decoración, Mary la encontró encantadora. Tanto como a su dueña, una vez que ella se deshizo del mantón, la gran capa raída y se quedó solo con un vestido anticuado pero limpio y planchado a la perfección. La señora Wood tenía una postura que Mary había visto no pocas veces en las damas que acostumbraba a tratar, y le sorprendieron también los modales cuidados cuando se dirigió al otro lado de la cortina y regresó al cabo de un momento con un juego de té que ella se apresuró a recibir.

Cuando lo tuvo todo dispuesto de acuerdo a sus estrictas cortesías —como Mary supuso que la señora acostumbraba—, ambas se encontraron sentadas una frente a la otra con una taza de té en las manos, sin que ninguna se atreviera a romper el silencio. Fue Mary, al final, quien carraspeó tras beber un sorbo de la dulce bebida.

—Sabe quién soy —afirmó—. Y por qué estoy aquí.

—Diría que lo intuyo, más que saberlo con certeza, pero ahora que puedo verte un poco mejor sí que estoy segura —reconoció la señora—. Sería tu madre, supongo, porque una tía... No, te le pareces demasiado, debes de ser la niña.

—Sí, era mi madre; su nombre era Louise y usted la rescató de las calles, ¿la recuerda?

La señora asintió al tiempo que entrecerraba los ojos para forzar a la memoria a acordarse de esa época.

—Claro que sí. Tal vez haya vivido en este lugar durante mucho tiempo, pero te aseguro que encontrar a una joven en las circunstancias en que hallé a tu madre no es cosa de todos los días. Ha habido alguna otra, y diré que no eres la primera chica que se presenta aquí a preguntar por su historia, pero lo de tu madre fue especial; y muy triste.

—Por supuesto. Lo siento. No debí asumir lo contrario.

—¿Por qué no? Yo lo haría de estar en tu lugar. Eres joven y, por tu apariencia, no parece que hayas visto mucho. —Miró a Mary con calidez—. No debes sentirte mal por eso; eres afortunada. Tu madre estaría feliz de saber que te has conservado a salvo de tanta ruindad.

—Mi madre —repitió Mary en un susurro.

—La recuerdo muy bien, sí. Te pareces mucho a ella, excepto en los ojos. Los tuyos son más claros. Aunque no la conocí en su mejor momento, claro, quizá lo fueron alguna vez.

Mary bebió otro sorbo del té y mantuvo la vista fija en la taza, que sostenía con manos temblorosas.

—No puedo recordarla —confesó al cabo de un momento en voz muy baja.

—No, claro que no, ¿cómo podrías? Eras solo una bebé; dudo de que te dieras cuenta de algo de lo que ocurría a tu alrededor, y quizá fue lo mejor. Pero tu madre estaba muy consciente de todo, ¿sabes? Era una joven muy despierta.

—Debió de estar aterrada.

La señora suspiró con expresión apenada, como si los recuerdos no fueran muy agradables.

—Sí, eso creo —respondió al fin—. Pero también era fuerte, cualquier otra no habría resistido tanto; por un tiempo me pregunté de dónde había sacado el valor.

—Esperaba que él la encontrara. —Las palabras escaparon de los labios de Mary antes de que se diera cuenta. La sorprendió cuán llenas de amargura estaban.

La señora Wood chasqueó la lengua y frunció el ceño.

—¿Te refieres a ese miserable? —Negó con la cabeza—. No, no era así. Tal vez lo creyó al principio, pero incluso una chica inocente y enamorada llega a un momento en que se da cuenta de que no tiene sentido conservar las esperanzas. Sé un par de cosas acerca de eso —confesó la anciana con un dejo irónico—. Ella fue fuerte por ti.

Mary se sorprendió tanto que levantó la cabeza con presteza y la miró a los ojos.

—¿Por mí?

—¡Por supuesto! Todo lo que hizo fue por ti, para darte una oportunidad. Ella pudo dejarse morir cuando llegó a Londres y se dio cuenta de que estaba verdaderamente sola, pero no lo aceptó. Decidió seguir luchando para que tú pudieras llegar a este mundo. Hizo lo más valiente que puede hacer una mujer que ha pasado por lo mismo que ella: sobrevivió. Y lo hizo por su hija. Por ti.

Mary recibió esa revelación en silencio y pensó en cada palabra, sin atreverse a tejer ilusiones, pero la idea de que su madre se aferrase a la vida por ella, para que sobreviviera y tuviera la oportunidad de ser feliz... Todo por ella. Por el amor que le tenía. Era una posibilidad tan hermosa que tan solo el hecho de oírla avivó su corazón hasta entonces frío por el miedo y las dudas. La señora debió de adivinar la impresión que le había causado porque sonrió y extendió una mano temblorosa para buscar la de la joven en la penumbra en la que se encontraban.

—Recuerdo lo preocupada que estaba cuando ibas a nacer. No solo porque no tenía dinero o familia que la ayudara, sino porque debió de presentir que no le quedaba mucho tiempo —continuó ella—. Ya había pasado por mucho y se encontraba muy débil. Por eso, cuando a los pocos días llegaron ese caballero y la joven que preguntaron por ella... Se vio tan feliz, tan aliviada. Como si hubiera conseguido lo más valioso en el mundo. Una oportunidad para ti, para su hija.

Mary sonrió con ternura y sintió una paz como no la había conocido antes.

—Ella me quería —dijo, y las lágrimas rodaron por sus mejillas.

Era la segunda vez que lloraba en lo que iba de la noche, pero esa vez fue distinto, puesto que no se sentía desgraciada o asustada; lo que la inundaba era lo más parecido a la felicidad que había experimentado en la vida.

—Por supuesto que te quería.

—No lo sabía. Pensé... —En ese momento le dio vergüenza reconocerlo, pero lo dijo de cualquier forma porque no tenía sentido mentir y quería ser honesta con esa mujer que había hecho tanto por su madre—. Pensé que me odiaba.

—¡Qué tontería! Te adoraba, anhelaba tu llegada y odió tener que dejarte, pero estaba tan cansada... ¿Quieres que te diga algo? Lo pensé con frecuencia una vez que ella murió y tu familia te llevó con ellos. Creo que a pesar de todo lo que sufrió y de tantas decepciones, nunca se arrepintió de lo que hizo. Y la razón fuiste tú —dijo la anciana y, al notar las lágrimas en los ojos de Mary, le dio una palmadita en la mano para luego sonreírle con ternura—. Nadie te lo dijo, ¿no?

Ella sacudió la cabeza en señal de negación.

—Mi hermana... Emily, ella no tenía cómo saberlo, no llegó hasta que fue muy tarde —explicó—. Durante todos estos años me engañé al pensar que mi madre no me deseaba, que había muerto odiándome.

—Pues ahora sabes la verdad —repitió la señora con los ojos entrecerrados y expresión calculadora—. ¿Qué vas a hacer con ella? Porque tu madre hizo un gran sacrificio por ti y creo que le habría gustado que fueras feliz, pero no parece serlo.

Mary suspiró y se sentó muy erguida en el asiento, a punto de levantar esa coraza que mostraba al mundo cuando sentía que alguien deseaba explorar en sus sentimientos. Solo Alexander parecía tener la habilidad para ver a través de ese escudo; sin embargo, ahora la mujer que apenas podía ver a la luz del sol parecía ver con claridad dentro de sus ojos.

—¿Por qué piensa eso? —preguntó ella, aunque supuso que no le gustaría la respuesta.

—Porque si lo fueras no estarías aquí —respondió la señora con cierta dureza y el ceño apretado—. Te encontrarías frente a una buena chimenea en esa bonita casa que con seguridad tienes, pero en lugar de eso aquí estás, con una anciana casi ciega y agotada a la que solo le quedan sus recuerdos.

Mary bajó la mirada nuevamente, un poco avergonzada por la verdad de sus palabras.

—Yo... Fue mi hermana Emily quien vino en aquella ocasión junto con mi padre... Bueno, en realidad era mi tío, pero fue como un padre para mí durante casi toda mi niñez —se explicó lo mejor que pudo una vez que ordenó un poco los pensamientos—. Él y su esposa, mi tía, me cuidaron con todo el amor que se le puede dar a otro ser humano, y Emily, a quien llamo “hermana”, ha dedicado su vida a buscar mi bienestar. Sé que debería sentirme agradecida, y lo estoy, desde el fondo de mi corazón, pero...

—No es suficiente —terminó la señora por ella mientras asentía—. Echas algo en falta.

Mary asintió al tiempo que se secaba una lágrima con la manga del vestido. Dudaba de que le quedara un pañuelo decente luego de aquella noche.

—Extraño a mi madre —dijo con voz entrecortada—. Nunca la conocí; es más, por mucho tiempo, y hasta saber la verdad, ni siquiera supe que había existido, pero aun así la necesitaba. No podía entenderlo entonces: no comprendía esa sensación de no pertenecer del todo a una familia que solo me había dado amor, pero era eso lo que sentía. Y, durante mucho, tiempo creí que algo estaba mal conmigo, porque ¿cómo podía sentirme así? Había un gran hueco dentro de mí, y he pasado casi toda mi vida intentando encontrar esa pieza que me quitaron.

—Entiendo.

Mary esbozó una pequeña sonrisa al oírla, agradecida, pero no se detuvo; sentía como si hubiera callado muchas cosas durante demasiado tiempo y que, si no se despojaba de ese peso, nunca sería capaz de respirar como sentía que era capaz.

—Y luego, cuando Emily me contó la verdad... Yo era solo una niña, pero la entendí, aunque no conseguí comprender el alcance de todo hasta que crecí un poco y las palabras empezaron a tener un sentido más claro. ¿Me entiende? Las cosas que se dijeron de mi madre, el hecho de que sus padres, mis abuelos, renegaran de ella, que ese hombre la abandonara y se desentendiera de nosotras... Durante todo este tiempo creí que debía sentirme avergonzada de ella, que tenía que esforzarme por no ser igual, que no me pasara lo mismo. Que nunca me atreviera a amar a nadie de la forma en que ella amó a mi padre porque esa sería mi perdición y de todos los que me quisieran. Que no era lo bastante buena. Que no era digna.

—¡Pero lo eres! —interrumpió la señora con un aspaviento, tan ofendida por esa expresión como si se hubiese referido a ella misma—. ¿Por qué pensarías lo contrario?

Mary le sostuvo la mirada.

—Porque tenía mucho miedo. Y resentimiento. Incluso intenté engañarme al decirme que estaba por encima de eso, que no necesitaba a una madre que no me había amado o a un padre que hubiese preferido que nunca existiese; creí que bastaba con proteger mi corazón y vivir agradecida por lo que tenía sin arriesgarme nunca a afrontar esos miedos. Pero estaba equivocada y no he sido capaz de enfrentar la verdad hasta esta noche. Emily me habló de usted cuando me contó la historia de mi madre, pero, a pesar de haber estado antes en Londres, nunca fui lo bastante valiente como para venir a buscarla.

—Pero lo has hecho ahora —le hizo ver la señora—. ¿Qué ha cambiado?

Mary se llevó una mano al corazón sin darse cuenta antes de responder.

—Estoy enamorada —dijo. Era la primera vez que lo reconocía en voz alta y las palabras sonaron extrañas a sus oídos—. Siento un amor que nunca creí posible y he procurado negarlo por tanto tiempo que me cuesta entender que haya conseguido contenerlo sin ahogarme por el esfuerzo.

La señora sonrió al oírla.

—Eso parece toda una proeza —dijo al tiempo que, con una suave tos, enmascaraba una cálida risa—. Amor, claro. Debí imaginarlo. El amor es capaz de hazañas como esta. No imagino de otra forma cómo una señorita de buena familia atraviesa la ciudad para internarse en un lugar como este.

—Necesitaba la verdad —sostuvo Mary.

—Y, como dije antes, ya la tienes. Es tuya y es justo que la conozcas. Ahora, de nuevo, ¿qué harás con ella?

Mary apretó la taza que sostenía con fuerza y, tras vacilar, la dejó sobre la bandeja al tiempo que se ponía de pie con un movimiento resuelto.

—Tengo que irme. Necesito regresar a casa —anunció con voz segura, el mentón elevado y un nuevo brillo en sus ojos.

La anciana asintió con una sonrisa.

—Supongo que esa es mi respuesta.

Mary se inclinó para tomarle las manos y apretarlas en un gesto cariñoso.

—Gracias —dijo—. Gracias por todo lo que ha hecho por mi madre y por mí.

La anciana se encogió de hombros.

—No fue nada que no hiciera antes o que no esté dispuesta a hacer de nuevo —dijo muy segura.

Mary la miró con mayor atención y descubrió un fulgor vivaz en sus pupilas pese al velo de los años.

—Sí, puedo verlo —replicó ella con una sonrisa—. Me gustaría visitarla otra vez, si me lo permite.

La anciana sonrió también.

—Sabes dónde encontrarme. —La sonrisa se esfumó al continuar—: ¿No preferirías quedarte esta noche aquí? Sé que no es lo usual y que tu familia estará preocupada, pero podría buscar a alguien para que les lleve un recado. Es muy tarde, y este lugar es peligroso en la oscuridad si no lo conoces. Tengo una cama que puedo cederte.

Mary negó tras vacilar un instante. Era cierto que no estaba acostumbrar a recorrer las calles, pero estaba ansiosa por regresar a Falmouth Manor y, además, no se encontraba sola. El cochero la esperaba a poca distancia y, una vez que estuviera en el carruaje, todo iría bien. Aun cuando enviara un recado, Emily se moriría de la preocupación si no la veía pronto.

—Se lo agradezco, pero no debe preocuparse; estaré bien, no me encuentro sola —explicó—. Un carruaje me espera al final de la calle.

La señora se vio más tranquila al saberlo, y Mary volvió a apretar sus manos antes de inclinarse para depositarle un suave beso en la mejilla. No había mentido al decir que deseaba verla de nuevo; esperaba hacerlo, e incluso la asaltó una idea respecto a lo que podría hacer para pagar de alguna forma por toda su ayuda, pero no dijo nada en ese momento. Tras agradecerle nuevamente, Mary permitió que la señora la guiara de vuelta a la iglesia, desde donde la muchacha podría salir al exterior y caminar al carruaje sin problemas. Suponía que el cochero debía de encontrarse cerca de un ataque

de nervios, y no era para menos, aunque al comprobar la hora en el reloj de la torre de la iglesia se sorprendió al ver que había pasado poco más de una hora dentro.

Al detenerse en la acera dio una mirada alrededor y se sobresaltó al no ver el carruaje en donde la había dejado al llegar, pero respiró aliviada al vislumbrar la parte trasera del vehículo que casi bordeaba la esquina, lo que la extrañó. Supuso, mientras se acercaba a él, que el cochero lo había movido por algún motivo, pero no se detuvo a pensar en eso porque vio de pronto que un grupo se acercaba hacia ella. Eran cuatro o cinco hombres en distintos grados de ebriedad, como supuso por el andar vacilante y las señas que hacían en dirección a ella. Agradeció no poder comprender lo que gritaban porque estaba segura de que no sería nada agradable. Sin mirarlos y con el corazón acelerado, no esperó a que el cochero bajara del pescante y abriera la portezuela; lo hizo ella y se dejó caer en su interior con un profundo suspiro de alivio.

—Póngase en camino, por favor. Rápido —pidió al tiempo que cerraba los ojos y apoyaba el rostro sobre el asiento—. Regresamos a casa.

El carruaje se puso en camino y Mary oyó cómo el conductor fustigaba a los caballos para alejarse con rapidez. Sintió la seda suave contra su rostro y exhaló un suspiro de placer, anhelando llegar a Falmouth Manor pronto. Sin embargo, algo la obligó a abrir los ojos de golpe. No solo no recordaba que el interior de ese vehículo estuviera forrado en seda, sino que sintió una respiración a su lado, una presencia que no había percibido en el apuro por subir y ponerse en camino.

Al mirar en esa dirección y reconocer a quien ahí se encontraba contuvo un grito y comprendió que acababa de cometer un terrible error.

\* \* \*

La residencia de la familia Sinclair, donde Alexander se había hospedado durante su última visita a Londres, se le antojó de pronto como el lugar preciso al cual ir en busca de ayuda tan pronto como dejó Falmouth Manor. Él y John acordaron que, mientras Alexander recorría las calles, su hermano pondría en marcha sus excelentes conexiones para dar sobre aviso a algunas personas que pudieran serles de utilidad en la búsqueda de Mary.

Alexander esperaba que no fuera necesario recurrir a esas conexiones, pero le tranquilizaba saber que, de ser así, contaban con ellas. Tras jurarle a Emily que no volvería a casa sin Mary, se marchó con el impulso reprimido de tomar un caballo para no perder tiempo; en lugar de eso esperó a que le prepararan un carruaje porque, si las cosas salían tal y como las tenía planeadas, necesitaría lugar para alguien más.

William Sinclair tenía su edad y compartían el carácter despreocupado, pero tenía a su favor un profundo conocimiento de la ciudad. Fue él quien sirvió de guía en sus primeras visitas a Londres, y quien urdía planes intrincados y siempre divertidos en los lugares menos decorosos de la zona. A Alexander todo eso le había parecido muy entretenido en su momento, aun cuando no fuera su distracción favorita, pero la idea de que Mary pudiera estar en esas calles sola y desesperada le revolvió el estómago y tuvo que obligarse a respirar para conservar la calma. No tenía sentido perder el control, necesitaba estar más centrado que nunca.

Al detenerse el carruaje frente a la mansión del barón Sinclair, se permitió considerar que no era la hora apropiada para aparecerse en una casa, ni siquiera cuando se trataba de un amigo de la familia, como era su caso, pero tendría que mentalizarse para comprender que iba a tener que dejar los modales de lado en esa aventura, y ese era solo el primer puente a cruzar. No dudaba de contar con la ayuda de William si tenía la suerte de encontrarlo en casa: eran los siguientes pasos a dar los que le preocupaban. Tocó el arma que había tomado de su recámara antes de dejar Falmouth Manor —y que guardaba en el bolsillo del saco—, al tiempo que murmuraba una pequeña

oración para no tener la necesidad de usarla. Se sentía perfectamente capaz de hacerlo, pues se había visto en unas cuantas situaciones peligrosas en su vida, pero aquella vez eso significaría que Mary corría verdadero peligro, y la idea bastaba para helarle las venas.

Un lacayo acudió a su llamado. Estaba lo bastante bien entrenado para apenas elevar una ceja al verlo e indicarle que iría de inmediato en busca del señor Sinclair. Alexander esperó durante lo que le parecieron horas, aun cuando apenas transcurrieron unos minutos durante los cuales paseó de un lado a otro del recibidor y miró la escalinata que conducía al piso en que se encontraban las habitaciones de la familia.

William apareció con paso apurado y casi a los saltos desde lo alto de la gradería; estaba en mangas de camisa y llevaba el pelo revuelto, como si hubiera estado a punto de ir a la cama, pero era un amigo excelente, de modo que no hizo referencia a lo tardío de la hora y le dio la mano escudriñándolo con interés y un tanto alarmado por su semblante.

—Alexander —saludó—. ¿Qué ha ocurrido?

Alex se acercó él y le puso una mano sobre el hombro, lo que solo consiguió inquietarlo más.

—Lamento venir a esta hora y sin avisar, William, pero necesito tu ayuda —dijo.

Él no dudó, apenas hizo un gesto de extrañeza.

—Claro. Dime qué ha ocurrido y qué puedo hacer.

—Has vivido en Londres durante toda tu vida y conoces casi todos sus rincones, ¿cierto? —preguntó Alexander, aun cuando sabía la respuesta.

—Quizá demasiado bien, según mi padre, e insiste en que no hable del tema frente a mi madre, por cierto —asintió con una sonrisa traviesa.

—Eso es lo que necesito ahora. Estoy buscando a Mary.

William frunció el ceño, como si eso fuera lo último que hubiese esperado escuchar.

—¿Qué Mary?—preguntó confundido.

—¡Mi Mary! —respondió Alexander impaciente.

Su amigo esbozó entonces una sonrisa en señal de entendimiento. Él sabía perfectamente quién era Mary, aun cuando Alexander nunca había compartido lo que sentía por ella con claridad, pero William, a pesar de su talante despreocupado y frívolo, era lo bastante suspicaz para hacerse una idea, y ese pedido solo pareció confirmarle las sospechas. La había conocido durante el último baile, y fue evidente entonces la profunda conexión entre ella y su amigo, lo que lo alegró porque le había parecido una joven encantadora.

—¡Ah! Esa Mary —respondió entonces sin variar la sonrisa.

Alexander le dio un golpe en el brazo.

—Este no es momento para bromas, William.

—Lo siento. Perdóname. Dime qué puedo hacer.

—Ve por tu sombrero y un arma. Te lo explicaré en el carruaje.

Alexander se dirigió a la puerta sin esperar a su amigo; caminaba con paso firme, en espera de que él lo siguiera, pero William se detuvo un momento cuando apenas acababa de dar un paso y abrió mucho los ojos al comprender.

—Espera. ¿Para qué voy necesitar un arma? —Al no obtener respuesta, porque Alexander ya había atravesado la entrada, elevó los ojos al cielo y suspiró entre dientes—: Nunca me aburro contigo, eso es seguro.

Tras dar algunas órdenes al lacayo de guardia, se reunió con él en el patio.

—¿Vamos a matar a alguien, Alexander? Porque es la clase de información que deberías compartir —dijo al verlo al lado de un carruaje cerrado.

Alexander lo miró con una seriedad poco habitual en él.

—Espero que no, pero no puedo asegurar nada —dijo—. William, sé que te pido demasiado; si prefieres quedarte lo comprenderé perfectamente, lamento haberte puesto en esta posición.

Su amigo se encogió de hombros, como si no se sintiera impresionado por esas palabras. Se puso los guantes y recibió un paño cuidadosamente envuelto que un sirviente le tendió y lo guardó en el bolsillo del saco sin vacilar.

—No recuerdo haber dicho que deseara quedarme —respondió a medida de que se acercaba a él para poner una mano sobre su hombro con una sonrisa despreocupada—. ¿Dónde empezamos?

Alexander asintió en señal de agradecimiento y abrió la puerta del carruaje para que subiera; luego se acomodó a su lado y dio un golpe en el techo. Ya había dado instrucciones al cochero, así que rápidamente puso el vehículo en movimiento.

—Tengo un par de ideas —respondió entonces—. ¿Hace cuánto que no visitas Whitechapel?

William se mostró como si acabara de recibir un inesperado regalo.

—Amigo mío, ¿vamos a una fiesta? —preguntó en tono burlón.

Alexander sacudió la cabeza de un lado a otro, entre reprobador y divertido a su pesar.

—No lo creo —respondió y se puso serio de pronto al recordar cuál era exactamente el motivo por el que estaban ahí—. Pero supongo que lo será para ti de alguna forma. Iremos a otro lugar primero, necesito descartar algo.

Su amigo asintió y sacó la cabeza del carruaje.

—No es así como esperaba terminar la noche —comentó con el cabello revuelto por el viento.

Alexander apenas lo miró de reojo, sin responder. Sin duda no era tampoco como lo había esperado él.

\* \* \*

El señor Harding miró a Mary de una forma que le provocó el deseo de golpearlo y gritar al cochero que se detuviera para que ella pudiera bajar del vehículo y regresar a casa, corriendo si hacía falta, pero supuso que habría sido un movimiento ridículo y que le habría demandado una energía que tal vez necesitaría después. Se forzó a respirar profundamente y conservar la calma, por mucho que deseara gritar. Miró el interior del carruaje con atención y pensó que había sido una tonta al no ver las diferencias. Ciertamente que aquel en el que estaba y el que había tomado de Falmouth Manor eran negros, pero el que ocupaba ahora era más ostentoso, con un estilo recargado que no le gustó y que lord Falmouth no habría apreciado en ninguno de sus coches; solo que, cuando corrió hacia él, estaba tan oscuro y se encontraba tan asustada que subió sin detenerse a advertir la diferencia.

Ahora estaba allí, sin saber qué esperar, pero era lo bastante lista como para saber que no sería nada bueno.

—¿Dónde está el cochero de lord Falmouth? El que esperaba por mí. —  
Habló con tono frío y sereno una vez que se sintió lo bastante fuerte para  
enfrentar lo que la esperaba.

El señor Harding la miró de reojo.

—¿Por qué has venido a este lugar en medio de la noche? —preguntó él a  
su vez.

—¿Qué es lo que quiere?

—Contesta a mi pregunta primero.

Mary miró hacia a su izquierda, a la ventana, e intentó alejarse de él tanto  
como le fuera posible, lo que en realidad fue más bien poco, pues el carruaje  
era pequeño y el señor Harding tenía extendidas las piernas frente a ella en  
una posición que develaba cuán cómodo y seguro se sentía.

—No es de su incumbencia —respondió llevada por la indignación más  
que porque pensara que sirviera de algo.

—No creo que estés en posición de ser insolente. Ya que no lo dirás  
amablemente, permíteme adivinar... ¿Será posible que hayas venido a buscar  
a viejos amigos?

—¿Qué...?

—No me detuve a pensarlo, pero quizá tu madre vivía aquí, ¿es así? Oí  
que había caído muy bajo, pero no creí que tanto. ¿Ella trabajaba aquí? ¿La  
madre de semejante ejemplo de virtud fue una mujerzuela más de  
Whitechapel?

Mary se echó hacia atrás en el asiento como si la hubiera golpeado. No  
podía creer lo que había dicho. ¡Cómo se atrevía!

—¡No! ¡Eso no es verdad! Ella nunca... —Se detuvo al comprender lo que sus palabras significaban en verdad—. ¿Qué sabe usted de mi madre?

El señor Harding se encogió de hombros como si la indignación de la joven lo divirtiera.

—No mucho, la verdad, solo lo que cuentan quienes conocen tu secreto. —Se acercó más a Mary, con un brillo desagradable en los ojos y una mueca cruel—. No eres la hermana de lady Falmouth, como hacen pensar a los demás. Fue por eso que rechazaste mi proposición, ¿cierto? Esa fue la razón.

Mary se encontró de pronto confundida al mismo tiempo que furiosa. ¿Cómo pudo saber todo eso y llegar a esas suposiciones acerca de su madre? Lo primero que pensó fue que debió de ser lady Amelia quien le hablara al respecto. Ella conocía la historia por su tío, lord Leicester, y no era un secreto cuán poco le agradaba. Quizá pensó que sería una buena forma de alejarla de Alexander, pero no tenía mucho sentido; si quería animar las atenciones del señor Harding con Mary, ¿por qué confiarle algo que la mayoría de los hombres encontraría desalentador? Ya que no pudo pensar en otra explicación para un comportamiento tan extraño, decidió dejar de buscar una respuesta. ¿Qué importancia tenía en todo caso? No le importaba su opinión y lo único que deseaba en ese momento era alejarse de él en vez de hurgar en esa mente enfermiza.

El señor Harding la veía con una ceja alzada, en espera de una respuesta, y Mary comprendió que no había dicho nada respecto a su suposición de por qué rechazó la propuesta de matrimonio. Por la tensión en los hombros y las manos fuertemente cruzadas sobre las piernas, ella dedujo que esa respuesta era importante para él, y estuvo tentada a guardar silencio, pero se dijo una vez más que necesitaba mantener la conversación tan civilizada como fuera posible, por furiosa que se sintiera. Había algo en ese hombre que ya había advertido antes, pero que nunca fue tan tangible como entonces: tenía un temperamento impredecible y su ira se despertaba con facilidad. Habría sido

una estúpida de jugar con él en un espacio cerrado y completamente a su merced. Tenía que encontrar la forma de detener el carruaje y encontrar ayuda, era la única salida que veía.

—Fue una de las razones, sí —aceptó ella entonces al tiempo que medía las palabras con cuidado—. Pero no es un tema acerca del que me guste hablar. Quiero ir a casa ahora.

Él exhaló un suspiro, Mary no supo si de alivio o fastidio, pero no insistió en ese tema.

—No has respondido a mi primera pregunta. ¿Qué hacías aquí a esta hora?

Mary mantuvo la vista al frente del carruaje e intentó adivinar dónde podrían encontrarse. Aunque no habían recorrido una gran distancia, había pasado un tiempo desde que iniciaron la marcha, y sin embargo tenía la extraña impresión de que se movían en círculos.

—Vine a visitar a alguien —indicó cuando el silencio se hizo intolerable y comprendió que él esperaba una respuesta.

—¿A quién?

—No tiene importancia, es un asunto privado —dijo esquiva. No iba a compartir un asunto tan íntimo con ese hombre.

Él se recostó en el asiento con la cabeza ladeada y expresión calculadora.

—Si es un asunto tan privado como dices, entonces tiene toda la importancia del mundo para mí. Todo lo que es tuyo me concierne.

—Creo que está equivocado, pero agradezco su interés.

—Interés —repitió él mientras ahogaba una carcajada—. Es una manera de llamarlo, supongo.

—Quiero ir a casa, mi familia estará preocupada por mí.

Sabía que no tenía mayor sentido insistir, pero Mary lo hizo de cualquier forma, pues necesitaba decir algo para mantener su mente funcionando y fija en su objetivo. Harding extendió una mano y se la posó sobre el brazo, pero ella se deshizo del gesto con un movimiento brusco, como por instinto. Él no llevaba guantes y, al sentir su piel contra la tela delgada del vestido, la recorrió un escalofrío repulsivo, que sin duda el hombre debió de adivinar con facilidad por la mirada llena de odio que le dirigió.

—No debes afligirte por ellos, me encargaré de que reciban un mensaje a su debido tiempo. Temo que tendrán que pasar algunos momentos de angustia al no conocer tu paradero, sí, pero lo compensará el hecho de saber que todo está bien cuando así se los haga informar.

—No le entiendo. Señor Harding, no tengo tiempo para sus juegos, debo marcharme...

Mary hizo amago de enderezarse para mirar por la ventana y comprobar en qué dirección se dirigían exactamente, pero el hombre fue más rápido que ella y la sujetó por los brazos para inmovilizarla contra el asiento. Acercó el rostro al de ella y le habló sobre el oído en un susurro que le erizó la piel.

—¡Esto no es un juego! —dijo—. Y tú no irás a ninguna parte.

## CAPÍTULO IX

Alexander dejó la casa de la señora Allen con gesto de desaliento y se reunió con William, que había permanecido, mientras tanto, a la espera dentro del carruaje. Tal y como supuso, si bien Mary pasó allí buena parte del día, luego se dirigió de regreso a Falmouth Manor y no había vuelto a visitarla. Aunque Alexander no pretendía preocuparla, sus preguntas la inquietaron porque implicaban la verdad: que buscaba a Mary en medio de la noche sin tener una idea clara de su paradero. La expresión en los ojos de la señora Allen al preguntarle si todo estaría bien revelaba con claridad la situación: daba pasos de ciego y no tenía idea de dónde podía estar.

Pero no permitió que eso lo amedrentara. A veces, un ciego era perfectamente capaz de hallar la luz incluso en la más absoluta oscuridad.

Tras recomendar a la señora que tuviera a bien estar atenta por si llegaba alguna noticia a sus oídos y, si así fuera, la hiciera llegar de inmediato a Falmouth Manor para que John obrara en consecuencia, regresó al carruaje.

—Nada, ¿eh? —preguntó William en cuanto lo vio llegar.

Alexander negó con la cabeza en silencio y golpeó el techo para que el cochero se pusiera nuevamente en camino.

—Me permití dar algunas indicaciones a tu cochero en tanto no estabas —informó William con semblante pensativo—. Estuve pensando y, por lo que me has contado, se me ocurrieron un par de ideas.

—Excelente. —Alexander asintió satisfecho por esa medida—. Iremos a ver a algunos conocidos tuyos, supongo.

Su amigo sonrió en respuesta, pero sin dar mayor información. Lord Cahill suponía que pronto se enteraría de qué era lo que tenía en mente.

El breve viaje transcurrió en silencio. El carruaje no se detuvo hasta llegar a los lindes de Cavell Street, al oeste de Whitechapel. Alexander miró por la ventanilla e hizo un gesto de comprensión, girando para mirar al amigo con una ceja elevada.

—¿En serio? —preguntó no seguro de si reír o enfadarse—. ¿Estas son tus magníficas fuentes?

William lo miró como si no pudiera comprender su confusión.

—Amigo mío, son las mejores —respondió mientras tomaba su sombrero del asiento—. ¿Es que no te he enseñado nada? Si quieres información, vas con quienes lo oyen todo.

Alexander tuvo que reconocer que había mucho de verdad en eso y siguió a su amigo fuera del carruaje. Una vez fuera, examinó los alrededores y comprobó la hora en su reloj. Pese a lo avanzado de la noche, la zona bullía en actividad y varios locales se encontraban iluminados por la luz de faroles, en tanto grupos de parroquianos entraban y salían de ellos.

—¿Entramos juntos? —preguntó William cuando se dirigían al más cercano.

Alexander negó de inmediato.

—No, perderíamos tiempo valioso. Cada uno vaya por un lado, solo un local a la vez, y nos encontraremos en la calle en cuanto tengamos respuestas —explicó Alexander para luego acercarse al amigo y dirigirle una mirada de

advertencia—. William, no olvides por qué estamos aquí. Nada de juegos, no tenemos tiempo para eso. Se trata de Mary, ¿de acuerdo? Es lo único que importa ahora.

El muchacho recibió la exhortación con el ceño levemente fruncido, como si la encontrara un tanto ofensiva, pero debió de ver algo en el brillo en los ojos de su amigo, porque asintió muy solemne y se permitió, incluso, una pequeña sonrisa.

—Lo tengo perfectamente claro; pierde cuidado. Encontraremos a tu dama antes de lo que crees —respondió para tranquilizarlo—. No más de diez minutos, lo juro.

—Si fueran cinco, sería estupendo —replicó Alexander de inmediato.

William hizo un gesto de indecisión.

—Que sean diez. No puedo desplegar mis encantos con tanta rapidez como tú —respondió.

Alexander no pudo contener una sonrisa y sacudió la cabeza antes de dar media vuelta y dirigirse al local al otro lado de la calle, en tanto William entraba al que tenía al lado.

Pasaron casi una hora en esa obcecada dinámica. Entraban y salían de cuanto local encontraron en el camino con distintos niveles de esperanza y seguida decepción, pero ninguno permitió que esos escasos resultados los defraudaran. En opinión de William —siempre práctico—, la escasez de noticias tenía un lado positivo, ya que descartaban puntos a visitar y las novedades ausentes eran siempre mejores que las malas. Alexander, más pasional y angustiado a medida que el tiempo pasaba y no daban con el paradero de Mary, empezaba a desesperarse. ¿En dónde se encontraba? ¿Con quién podía haber ido?

En un inicio estuvo muy seguro de que, excepto la casa de la señora Allen, ese era el lugar natural, pero ya no estaba tan convencido. Mary no tenía amistades en Londres y, si había escuchado las palabras de lord Leicester, como él sospechaba que había sido, sin duda la habían perturbado a tal grado que no debió de pensar con mucha claridad. Debía de haberse conducido llevada por la desesperación, actuando con lo que le dictaba lo más profundo de su corazón. Y nadie conocía el corazón de Mary como Alexander. Sabía que, tarde o temprano, ella iría a ese lugar para buscar respuestas, pues lo había estado posponiendo por años y que, si en algún momento tomaba la decisión de buscar información acerca de su madre, lo haría en una situación como esa. Pero, ¿y si estaba equivocado? ¿Y si cifraba todas las esperanzas en una corazónada que a la larga no significaba nada? El problema mayor, sin embargo, era que no tenía ninguna otra idea, y no pensaba permanecer de brazos cruzados.

Pensó en Mary, en su rostro y la sonrisa que había visto la vez que bailaron aquella noche a escondidas en la mansión. El brillo de sus ojos y la forma en que se había aferrado a él mientras la besaba, cuán suya había sido en ese momento y cómo había sentido que nada ni nadie podría romper ese hechizo. Y se quebró, sí, aunque aún permanecía un rezago de él en su pecho, que era lo que le permitía mantener las esperanzas de que ese no fuera solo un momento aislado en el tiempo, que tarde o temprano estarían así por siempre.

—¿Alexander?

El regreso de William lo obligó a volver al presente y fijar la atención en su amigo, que esbozaba una sonrisa ligeramente avergonzada. Tenía el cabello revuelto, y lord Cahill lo miró con ojos entrecerrados.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó con suspicacia.

William se encogió de hombros.

—Charity es un poco renuente a las conversaciones —reconoció con una sonrisa pícara.

Alexander elevó los ojos al cielo y suspiró.

—No quiero saber más acerca de eso —indicó—. ¿Y bien? ¿Te dijo algo respecto a Mary?

La sonrisa de William se esfumó.

—No ha oído nada, lo siento.

Alexander asintió, sin parecer sorprendido, pero no por ello menos determinado en sus objetivos.

—Lo mismo en el Salón Dorado —dijo y señaló el local a su derecha.

Su amigo se llevó una mano a la cabeza: era obvio que se encontraba un tanto exasperado por la falta de novedades.

—¿Estás seguro de que ella estará por aquí? ¿Por qué una joven como Mary vendría a un lugar como este? —preguntó no por primera vez en la noche.

—No puedo asegurarlo con certeza, pero tengo un presentimiento —respondió Alexander.

Aun cuando le confiaría a su amigo la vida, no se veía capaz de hablarle acerca de la historia de Mary. No era su secreto y no tenía derecho a compartirlo si ella así no lo deseaba.

—Ya. Pues es muy posible que tu presentimiento nos meta en algunos problemas. —William veía sobre su hombro al responder, con el ceño fruncido y la mano dentro del saco. Al advertir su actitud, Alexander miró en esa dirección y contuvo una maldición al notar un par de sombras que los

observaban desde el otro lado de la calle y cuchicheaban entre ellos—. Creo que deberíamos tomar otro rumbo si no queremos llamar la atención o tener que usar antes de tiempo el arma que me hiciste traer.

Alexander asintió de inmediato.

—Quizá tengas razón, pero no quiero alejarme demasiado de este área. ¿Hay algún otro lugar al que podamos ir? —preguntó.

William se detuvo a pensar un momento y, al cabo de un minuto, hizo un gesto afirmativo.

—Si seguimos hasta Bishopsgate llegaremos a uno. Lo lleva una mujer...

—Déjame adivinar. A ella también la conoces —terminó por él Alexander con una mueca.

William rio.

—No tanto como me gustaría, pero sí, la he visto antes —reconoció.

—Supongo que eso servirá. Tal vez sepa algo.

—Oh, sí. A decir verdad, no lo había pensado hasta ahora, pero debimos ir ahí en primer lugar. *Madame* Françoise es una dama curiosa y es poco lo que ocurre en Whitechapel de lo que no se entera.

Alexander asintió. La llama de la esperanza revivió en su pecho.

—Suenas como la clase de persona que necesitamos ahora —dijo y se puso en camino.

\* \* \*

Cuando el carruaje se detuvo al fin, Mary ocultó el rostro al señor Harding, que bajó primero y, por lo que alcanzó a oír, sostenía una charla con el cochero en un tono demandante. Solo entonces se permitió mirar por la ventanilla con mucho cuidado de que quien estuviera afuera no advirtiera sus movimientos. Luego de la explosión del señor Harding –el único momento en que Mary realmente había temido lo que podría ocurrirle a su lado–, había optado por permanecer en absoluto silencio, sin verlo siquiera de frente, obrando con él como habría hecho con una fiera con quien compartiera una jaula reducida.

Él, tal vez, pensaba que ella se había rendido a sus circunstancias, por lo que se mostró algo más benevolente y habló de nimiedades el resto del camino sin dejar de observarla. Hizo el amago de tocarla una vez, pero ella se retrajo tanto en sí misma, sin poder contener el desagrado, que dejó caer la mano y la contempló con algo muy parecido al resentimiento, aunque no la atacó frontalmente.

Ahora, mientras él estaba fuera, ella miró a su alrededor con curiosidad a medida que intentaba recordar detalles de lo que había visto hacía tan solo unas horas: la zona iluminada y los rincones habitados por sombras como las que había ahuyentado la señora Wood en la iglesia.

Con una corazonada, miró en la dirección en que estimaba que debía de encontrarse el edificio y soltó un jadeo al notar cuán cerca se encontraban de ahí, eran tan solo unas calles. Tal y como supuso mientras el vehículo se movía, habían avanzado en círculos para darle la impresión a Mary de que se alejaban mucho más de lo que lo hacían en verdad. Supuso que el señor Harding quiso confundirla tanto como era posible, hacerle creer que estaba mucho más lejos de casa de lo que pensaba.

Al ver de nuevo la torre de la iglesia se dijo que, tal vez y después de todo, tenía una oportunidad al alcance de la mano. Si corría lo bastante rápido podría buscar refugio ahí, ya que la señora Wood la protegería y ni siquiera el

señor Harding sería capaz de irrumpir en un templo para llevarla de vuelta a rastras. Desde ahí podría hacer llegar un mensaje a Falmouth Manor. A Alexander.

La posibilidad de verlo nuevamente la golpeó con un ramalazo de anhelo que le cortó el aliento, pero se repuso con rapidez ante la posibilidad de hacerlo real. Solo tenía que pensar con frialdad y medir los pasos a seguir con mucho cuidado.

En primer lugar, se prometió mostrarse tan dócil y serena como le fuera posible y tan ignorante de su entorno como el señor Harding esperaba. Era evidente que despreciaba su inteligencia y la creía solo una dama a su merced. Bueno, ya le enseñaría ella que no era ninguna damisela en apuros y que, al final de la noche, sería él quien se encontraría en grandes problemas. Esa certeza le permitió sonreír más segura.

Cuando la puerta se abrió con un golpe brusco, contuvo el sobresalto y miró al exterior con ojos serenos.

—Baja —ordenó el señor Harding con voz fría—. Sin tonterías o te llevaré a rastras.

Mary asintió con la barbilla elevada y el gesto serio. Miró de reojo lo que la rodeaba y puso los pies sobre el suelo, pero se rehusó a tomarle la mano para bajar. Estaban en lo que, juzgó, era la parte trasera de un edificio pequeño de dos pisos, una especie de hospedaje o eso le pareció por la distribución que adivinó en las sombras. Oyó el relincho de caballos y supuso que se encontraban a las puertas de las caballerizas.

—¿Y ahora qué? —preguntó al señor Harding sin parecer amedrentada por su situación—. ¿Qué espera hacer ahora?

Él la miraba con atención y medía sus movimientos, alerta para actuar si ella intentaba huir; lo advirtió en sus ojos, que iban de un lado a otro, como si quisiera cubrir cualquier vacío que ella pudiera aprovechar, y en sus hombros

tenso bajo el abrigo, presto para moverse con rapidez. Su seguridad tambaleó un poco cuando vio, de pronto, que sus planes se volvían más difíciles de llevar a la práctica. Si corría en dirección a la calle para llegar a la iglesia, él la atraparía en solo unos metros. El vestido y el cansancio que inundaba su cuerpo por el trajín del día la limitaban demasiado, por lo que juzgó más inteligente permanecer cerca del hombre y esperar pacientemente por un descuido. Incluso un hombre tan determinado como él tenía que bajar la guardia en algún momento, y Mary estaría atenta para aprovechar en cuanto se presentara la ocasión.

—Ahora, querida mía, entrarás conmigo. En silencio y sin llamar la atención, o me enfadaré contigo y estoy seguro de que no quieres eso —dijo él con voz calmada.

Mary no supo qué le desagradó más; si la forma en que se dirigió a ella o la advertencia, pero contuvo una réplica furiosa y lo miró sin ocultar desprecio, asintiendo en señal de conformidad. Se exponía a ir a aquel lugar con él que, sin duda, era como permitir que ampliara su dominio sobre ella, pero no tenía otra alternativa y, por la mirada que él le dirigió, era obvio que lo sabía y disfrutaba de la situación.

Era un edificio pequeño, pero no un hospedaje como había pensado Mary, al menos no del todo. El ruido en el primer piso le advirtió de algún tipo de taberna, quizá como aquella en la que había entrado algo más temprano en busca de la señora Wood, pero allí el ruido era más bullicioso y le pareció advertir que la clientela estaba compuesta en su mayoría por hombres, excepto por aquellas mujeres que servían a las mesas y, le horrorizó comprobarlo, se sentaban sobre el regazo de los parroquianos.

Todo eso pudo verlo desde lo bajo de la capucha, ya que tal y como el señor Harding le había ordenado, la llevaba caída sobre los ojos para que le cubriera buena parte del rostro. No ingresaron por la puerta principal, sino que recorrieron un estrecho corredor al que se accedía desde la parte trasera del edificio, donde habían dejado el carruaje. El hombre parecía conocer la distribución del local a la perfección porque, a pesar de lo intrincado del

camino, no dudó ni una sola vez. La apuró para que subiera por una escalera desvencijada y fue desde lo alto, al dar un vistazo con discreción, que vio a toda la asistencia en el piso de abajo: un gran salón desde donde llegaba todo el ruido que advirtió al entrar.

—Aquí. No te atrevas a decir una palabra, a nadie le importa.

El señor Harding la tomó del hombro al notar su demora y la forma en que observaba lo que ocurría abajo. Mary intentó deshacerse del agarre, pero fue imposible y, al prestar mayor atención a los rostros de los hombres, comprendió que él tenía razón. Ninguno de ellos iba a socorrerla; de hecho, posiblemente les divertiría su situación, pero no moverían un dedo por ayudarla.

Sin nada más que hacer ahí, de pie frente a todo ese espantoso ambiente, apretó los dientes y siguió a Harding a la habitación que le señaló y que acababa de abrir con una llave que llevaba en el bolsillo interior del abrigo.

—Entra —ordenó él.

Mary obedeció con la frente muy alta, decidida al menos a no permitir que viera cuán asustada se encontraba.

No era una habitación muy grande, como supuso por la distribución del lugar, pero sí lo bastante para que al entrar pudiera dar unos pasos alrededor sin necesidad de rozar siquiera al señor Harding, que se mantuvo de pie frente a la puerta y dejó que ella reconociera lo que la rodeaba.

Debía de ser la mejor estancia de la casa, imaginó al contemplarla con los ojos entrecerrados. Se veía más cuidada de lo que estaba el piso principal, eso era seguro, y su decoración no era tan recargada y vulgar. Había un sillón que se veía cómodo, un par de sillas y una mesita con una vela sobre el tablero. La única ventana, bastante grande y con las cortinas corridas, se encontraba sellada, como advirtió cuando sus ojos se dirigieron directamente al cerrojo. Desde luego que él habría pensado en eso.

Una vez que descartó esa vía de escape y registró todo lo que estaba a la vista —salvo un recoveco en la pared más alejada, que no supo identificar—, volvió la atención al señor Harding, que la veía con una sonrisa encantada.

—Espero que te sientas a gusto —dijo él—. Si necesitas algo solo tienes que pedirlo.

—Quiero ir a casa —pidió de inmediato.

—Cualquier cosa menos eso.

Mary cerró los ojos un instante y volvió a abrirlos con expresión determinada. En el silencio que los rodeaba —a pesar del ruido que provenía del piso inferior—, y con la estabilidad de encontrarse ya fuera del carruaje en un ambiente más civilizado, se dijo que no perdía nada con intentar razonar con él solo una vez más.

—Señor Harding —intentó sonar prudente—. Sabe que esto es una locura. No puede retenerme contra mi voluntad; es un delito. Mi familia estará buscándome y me encontrarán más temprano que tarde. Ahórrese las consecuencias y permita que me vaya. Prometo que no diré una palabra de estas últimas horas, ni siquiera lo nombraré.

Él dio un paso en dirección a ella, que retrocedió por reflejo, odiándose por esa muestra instintiva de debilidad.

—Este no es un secreto, querida mía —dijo con cariñoso tratamiento, que en sus labios sonó ofensivo—. Quiero que tu familia lo sepa, me encargaré de que así sea. Entonces no podrán poner obstáculos a nuestro matrimonio y seremos felices.

¿Matrimonio? Ese hombre estaba más loco de lo que pensaba. Mary exhaló el aliento contenido y lo miró como si no lo reconociera.

—¿Qué dice? —preguntó sorprendida—. ¿Casarnos? ¿Usted y yo? ¡Eso es imposible!

Él sonrió, como si encontrara graciosa la reacción.

—Desde luego que es posible y así será. Vamos a casarnos tan pronto como lleguemos a Escocia —dijo con naturalidad—. Mañana muy temprano nos recogerá un carruaje para llegar ahí, donde no es necesaria una licencia especial, y regresaremos como marido y mujer. Tu familia no podrá hacer nada y tendrá que aceptarlo. Ahora, el camino es incómodo, sí, y con seguridad ellos no recibirán la noticia con mucha alegría, pero el tiempo lo cura todo y, antes de lo que imaginas, todas las molestias habrán pasado y esto será solo una anécdota para contar a nuestros hijos.

Mary, sin poder contener por más tiempo su ira, elevó la voz.

—¡No puede hacer algo como eso! Nunca imaginé... ¿Es que ha perdido el juicio? —exclamó sorprendida.

El señor Harding se acercó a ella y le tomó el rostro con una mano para sostenerlo frente a él con una sonrisa.

—¿Qué pensabas que haría contigo? —preguntó—. ¿Creíste que me aprovecharía de ti? ¿Te imaginabas como una doncella mancillada? De haberlo planeado, al menos me habría ocupado de que hubiera una cama. Creo que has olvidado que soy un caballero.

Mary giró el rostro para deshacerse de esa mano y dio un paso hacia atrás, pero no hizo mayor diferencia, pues él continuó demasiado cerca y la bañaba con su aliento.

—Usted no es un caballero, ni siquiera podría considerársele una buena persona —respondió sin importarle las formas, con la paciencia del todo perdida, ofendida por esas palabras y furiosa consigo misma por haberse puesto en esa posición al actuar como lo había hecho esa noche—. Es ruin y falso. Me alegra haberlo rechazado cuando lo hice; si entonces sentí lástima por usted, ahora solo me inspira desprecio.

La reacción del señor Harding fue pegarse más a ella y arrastrarla consigo contra la pared.

—¿Quién demonios te crees que eres? ¡Lástima! Eres solo una pequeña bastarda arrogante que debería agradecer de rodillas que esté dispuesto a casarme contigo.

Mary alzó la cabeza como si la hubiera abofeteado, sus ojos relampagueaban. Jamás le habían hablado de esa forma y le costaba creer que ese hombre se atreviera a hacerlo; no atinó siquiera empezar a urdir una respuesta apropiada a los insultos. Él aprovechó su desconcierto para continuar.

—¿Quién más te querría? ¡No eres nadie! Ni siquiera tienes un apellido propio, solo el que lady Falmouth te dio por compasión. —Rio al comprobar cuánto la hirió con esas palabras—. Soy el único que estaría dispuesto a aceptarte a pesar de todo, y dices que me tienes lástima. Ni siquiera tu adorado lord Cahill se casaría contigo. Le gustas, no lo dudo, como le gustas a muchos otros, pero solo quiere llevarte a su cama, si es que no lo ha hecho aún.

Mary consiguió sacudirse el estupor para reaccionar y cruzarle el rostro de una sonora cachetada, pero él no pareció molesto o sorprendido por el golpe. Sostuvo la mirada y acentuó la sonrisa.

—Supongo que eso significa que no —reconoció divertido—. Bien por mí. Estás dañada de cualquier forma porque eres una bastarda, pero es bueno saber que al menos conseguiré una virgen.

Esa vez, cuando Mary volvió a levantar la mano, él la atajó en el aire y la dejó caer con un movimiento brusco que la obligó a llevarla a su pecho, lastimada.

—No tengas miedo, no voy a golpearte: no se vería bien en la boda —dijo sin dejar de burlarse.

Mary no bajó los ojos.

—No tengo miedo —exclamó.

—Deberías.

—No le temo —insistió ella—. Me repugna, lo odio, pero no le tengo miedo, y no importa cuánto me amenace. Está loco si cree que no lucharé contra usted. Me lanzaré a las ruedas de ese carruaje si así me libro de tener que aguantarlo un minuto más.

El señor Harding la miró con un brillo de advertencia en los ojos, como si le advirtiera que iba demasiado lejos, pero debió de considerar que tenía una gran ventaja de cualquier forma, por lo que se hizo a un lado y se dirigió a la puerta con paso calmado.

—Voy a dejarte un momento a solas para que reconsideres la situación. No me gusta discutir contigo; es una mala manera de empezar un compromiso —anunció—. Veré que te traigan algo de comer y volveremos a hablar luego. Recuerda, siempre puedo atarte si te pones difícil, así que espero no llegar a eso.

Mary no respondió. El pecho le subía y le bajaba por el esfuerzo de contener la ira, frustrada por ser quien menos poder tenía ahí. Él se marchó entonces y la dejó a solas, llena de frustración y rabia. Golpeó el cristal de la ventana para tratar de llamar la atención de las personas que pasaban por la calle a la que daba la habitación, pero el vidrio era grueso y al estar sellado por dentro los golpes apenas se dejaban oír al otro lado.

Con un rugido de impotencia, se dejó caer sobre el sillón y se forzó a contener las lágrimas que le escocían los ojos; no era un momento para llorar. Tenía que actuar.

\* \* \*

—¿Estás seguro de que este es el lugar?

Alexander se encontraba dentro del carruaje y veía por la ventanilla con expresión desconfiada. Había algo en ese lugar que no le gustó. No fue su aspecto decadente, no difería mucho de los demás en ello, pero la calaña de sus feligreses —que adivinó con facilidad— y las mujeres que se ofrecían en la acera le dieron una buena idea de dónde se encontraban, y la imagen no le gustó en absoluto. Que alguien dentro de un lugar como aquel pudiera saber cualquier cosa relacionada con Mary le disgustó de tal forma que, sin darse cuenta de lo que hacía, retorció el bajo de su saco sin dejar de observar a través del cristal.

—Sí, claro. El local de *madame* Françoise, lo conozco bien —le aseguró William, no tan impresionado como su amigo por lo que veía—. Bueno, ni ella es tan francesa ni yo tan asiduo, pero entiendes a lo que me refiero. El lugar no es precisamente elegante, claro...

—Es un antro —lo atajó Alexander con una ceja alzada.

William tuvo la hidalguía de lucir avergonzado.

—Sí, lo es, no tengo cómo discutir eso. Pero es un lugar en el que ocurren muchas cosas y es tan buena opción como los otros. No perdemos nada con hacer algunas preguntas.

—No, claro que no —reconoció Alexander—. Es solo que hay algo en él que no me gusta.

—Bueno, espera a entrar —bromeó su amigo—. Quizás entonces te guste más. Hay una chica...

Alexander sonrió a su pesar, listo para una réplica apropiada a semejante comentario, pero entonces vio algo o, mejor dicho, a alguien que bajaba de un carruaje similar al suyo, una figura que juzgó familiar. Había algo en el

porte, en el perfil casi oculto por el sombrero y los ademanes que le golpeó como un rayo. Sabía quién era. Lo conocía desde que tenía memoria. Durante muchos años, desde que apenas aprendió a caminar, lo había visto en Falmouth Manor en compañía de John, quien lo había tratado como a un hermano, de modo que Alexander lo vio siempre como una suerte de tío excéntrico que, un día, simplemente desapareció.

Cuando se enteró de todo el drama relacionado con el romance de Emily y su hermano comprendió las razones, así como todo el daño que había ocasionado antes, sin considerar, además, el peligro que supuso su intervención para la seguridad de Emily y Mary.

Su presencia allí mientras él estaba inmerso en la búsqueda de Mary no podía ser una coincidencia. Alexander no creía en ellas y no pensaba cambiar de opinión en ese momento. De modo que, cuando William hizo amago de abrir la puerta para bajar, lo detuvo con un ademán.

—No te muevas —dijo—. Que nadie te vea, no deben saber que estamos aquí.

Su amigo le dirigió una mirada confundida, pero asintió al verle el rostro. Era evidente que algo había pasado. De modo que se echó hacia atrás en las sombras tal y como hacía Alexander para ocultarse del exterior sin dejar de mirar por la ventanilla. Vio la figura que se detuvo un momento al lado del carruaje y daba instrucciones al cochero mientras le pasaba una bolsa que, supuso, contenía una buena cantidad de monedas. Luego, tras mirar sobre su hombro —un gesto que juzgó inequívocamente sospechoso—, entró en el local y una de las mujeres que se habían encontrado hasta entonces en la acera entró con él, mirándolo con deferencia.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó William entonces.

Alexander no respondió de inmediato, tenía los ojos fijos en el local. Intentaba adivinar su distribución, registrar cada detalle que conseguía ver en la oscuridad y urdir algún plan en su mente. Se forzó a controlar los

impulsos, que le gritaban que se lanzara sobre la puerta e hiciera a un lado todo lo que saliera a su paso con tal de dar con el paradero de Mary. Habría destrozado cada obstáculo con gusto, pero el sentido común ganó la partida y aspiró con fuerza para obrar con frialdad.

—Vamos a esperar —dijo—. Y luego vamos a entrar.

William asintió.

—Eso no será difícil.

—No, no por la entrada principal. Necesitamos encontrar otra; no quiero que adviertan nuestra presencia hasta que estemos adentro. —Miró a su amigo a los ojos—. Tú conoces este lugar. ¿Hay una puerta trasera?

William pensó un momento y, tras vacilar, asintió lentamente.

—Por las caballerizas —dijo—. Pero la entrada está prohibida y hay siempre dos hombres que cuidan los accesos.

Alexander se vio satisfecho por la información.

—Bien. Nos libraremos de ellos —aseguró con tranquilidad—. Pero recuerda, William, tenemos que ser extremadamente discretos: no deben saber que estamos adentro hasta que tengamos el control de la situación.

William asintió nuevamente, si bien no se veía tan seguro como su amigo.

—Comprendo, pero la verdad es que no alcanzo a ver qué es lo que esperas encontrar.

Alexander no respondió. Temía ponerlo en palabras, aceptarlo incluso para sí mismo. Se debatía entre la ira y el miedo. Solo atinó a replegarse, pensativo, y a sostener el arma entre las manos.

\* \* \*

Lo primero que hizo Mary una vez que consiguió tranquilizar sus nervios fue escudriñar en cada rincón de la habitación en que se encontraba confinada. A solas, tocó las paredes en busca de algún pasadizo oculto: no le habría extrañado que existiese alguno en un lugar como ese, una puerta secreta que utilizaran las personas que lo visitaban por si la autoridad irrumpía, pero apenas dio con un panel tapiado en un rincón, imposible de abrir. La puerta por la que había salido el señor Harding estaba firmemente cerrada: necesitaba la llave para abrirla. No importaba cuánto la golpeará, rebotaba contra ella una y otra vez. Lo intentó hasta que se hizo daño y abandonó esa posibilidad. Tenía que haber algo más, pero no atinaba a pensar en nada con claridad. No podría salir por sus propios medios, necesitaba ayuda.

Volvió a ocupar el sillón y se masajé las sienes para aclarar los pensamientos, respiró una y otra vez forzándose a conservar la calma. Siempre había una salida, solo necesitaba encontrarla. Y, si eso no resultaba... su amenaza al señor Harding, la de lanzarse del carruaje en movimiento al día siguiente cuando la llevara en ese viaje de locura a Escocia, no había sido una bravata irreflexiva. Estaba decidida a hacerlo si era necesario. Tal vez no sobreviviera, pero lucharía hasta el final.

En eso se encontraba, con las manos temblorosas –no debido al miedo, sino a la adrenalina que le recorría el cuerpo–, cuando la puerta se abrió y se retrajo en el lugar, alarmada por la posibilidad de tener que sostener otra de esas espantosas charlas con el señor Harding. No fue él quien entró, sino una figura mucho más pequeña y menuda que no había visto antes y que se movía con dificultad por el peso de la bandeja que cargaba entre las manos.

Era una mujer bajita y de apariencia curiosa. Llevaba un vestido escotado y recargado de adornos como las otras que había atisbado en el salón de abajo, pero había algo en ella, una casi imperceptible aura de respetabilidad

que habría encontrado extraña en otras circunstancias. Tenía el cabello sujetado en un moño adornado con joyas brillantes y falsas, pero que Mary supuso que la diferenciaba en rango de las otras mujeres de la casa. Esperó en silencio y la observó con atención, mientras buscaba algo en ese rostro, lo que fuera que le diera una pista de cómo conducirse con ella.

La mujer no sonreía ni mostraba mayor empatía por la situación de la señorita Browning, como si el hecho de llevar un servicio de té a una joven confinada no fuera una actividad atípica para ella. Pero Mary creyó ver algo en esos ojos, en las miradas furtivas que le dirigía en tanto dejaba la bandeja sobre una mesita y descubría un plato con tentempiés que estaban lejos de lucir apetitosos. Tenía curiosidad. Mary estaba segura de eso. Y se aferró a eso con todas sus fuerzas.

Esperó en silencio y le buscó la mirada, que la mujer rehuía, pero, cuando terminó con la tarea que llevaba a cabo, fue evidente que no estaba decidida a marcharse, sino que se quedó de pie a un lado de la puerta con las manos detrás la espalda, un leve gesto que delató su nerviosismo. Tal vez el hecho de ser cómplice de secuestradores no fuera una actividad tan común para ella después de todo.

—¿Necesita algo más, milady? Puedo hacer que le traigan algo para lavarse, un poco de agua...

Mary recibió la oferta con una pequeña sonrisa, y saboreó lo que intuyó de sus palabras; si tenía la autoridad para enviar a alguien en su lugar, entonces tal vez las cosas resultaran incluso mejor de lo que esperaba.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó de golpe con voz amable.

La mujer dudó, sorprendida por la pregunta, y miró al piso con expresión pensativa, como preguntándose si debía dar esa información. Al final se encogió de hombros.

—Depende —dijo al fin.

—¿De qué?

—De quién pregunte —respondió con un brillo burlón en los ojos—. Para ellos, los de abajo, soy Françoise, pero mi madre me llamaba Daisy.

Mary asintió al comprender.

—Si no te importa, me gustaría llamarte Daisy, es un lindo nombre —dijo con sinceridad.

La mujer pareció recibir ese comentario con placer y esbozó una pequeña sonrisa, luego la miró con mayor interés.

—Me gusta su vestido —dijo al señalarlo.

Mary se miró con el ceño fruncido, sorprendida por el halago. La verdad era que su traje se encontraba en un estado lamentable, todo ajado y —entonces lo notó—, con el bajo rasgado y manchas de lodo en la pechera. Pero supuso que, comparado con los que ella estaba acostumbrada a usar, debía de encontrarlo elegante.

—Es un desastre —dijo con una sonrisa—. Ha sido un día difícil.

La mujer, Daisy, asintió comprensiva y dio unos pasos en dirección a ella sin dejar de observarla, como si la encontrara fascinante, una extraña criatura que mereciera ese análisis.

—¿Eso es oro? —preguntó al señalarle el cuello.

Mary se llevó una mano al pecho y sostuvo una hermosa cadena entre los dedos. Era una figura delicada y refinada que Emily le había obsequiado cuando cumplió quince años y que acostumbraba llevar porque no solo le parecía hermosa, sino porque simulaba ser una rosa, una de sus flores favoritas; era un trabajo de filigrana tan detallado que, incluso, se podían advertir las gotas de rocío en los pétalos. Sin vacilar, con una idea en mente, soltó el broche y la sostuvo frente a Daisy con una sonrisa.

—Puedes verla si gustas —ofreció con sencillez.

La mujer no esperó una segunda invitación. La tomó con un movimiento rápido y la examinó con deleite.

—Es hermosa —dijo—. Nunca vi una tan real.

Mary asintió con los ojos fijos en su expresión.

—Ayúdame a escapar y será tuya —dijo de golpe, pero con cuidado de no sonar tan desesperada como se sentía.

La mujer se echó hacia atrás y la miró con los ojos muy abiertos.

—No puedo hacer eso. Me matarían.

—No tendrían por qué saber que has sido tú. No se lo diré a nadie. Puedo pagarte.

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro mientras negaba con énfasis. Amagó, además, con devolverle el colgante, pero Mary no lo aceptó.

—No, no puedo. Quédese con él —insistió la mujer.

Mary se puso de pie y caminó hacia ella al tiempo que se forzaba a permanecer calmada y dotaba a su voz de tanta persuasión como le fue posible.

—Solo tendrías que olvidar echar llave a la puerta al salir o dejarme una copia, eso es todo. Lo prometo, nadie te descubrirá.

—Es muy riesgoso...

—¿No quieres el dinero? Te daré lo que pidas, todo lo que tengo. Y, si no es suficiente, te diré donde puedes ir a buscarme luego y te daré más. ¿No quieres algo propio? ¿Solo para ti? Algo por lo que no tengas que dar cuentas a nadie. —Le tomó su mano y la cerró sobre el colgante con una sonrisa—.

Para vestidos como el que llevo y joyas como esta. Puedes tenerlos con lo que te pagaré, además de esa, y nadie sabrá nunca de dónde la sacaste. Lo juro.

Ella negó una vez más, pero ya no parecía tan segura.

—Él... —dijo y señaló con un gesto de cabeza tras su hombro a la puerta cerrada.

Mary supuso que se refería al señor Harding, que debía de haber dejado caer todo tipo de amenazas sobre ella, pero vio la indecisión en sus ojos, la ambición, y supo que tenía una oportunidad que no podía desperdiciar.

—No lo diremos, será nuestro secreto. Me salvarás, ¿no lo ves? No puedo quedarme aquí ni aceptaré hacer lo que él quiere, así que tendrá que matarme o lo haré yo con tal de escapar. No tenemos que llegar a eso, bastará con tu ayuda y, tanto tú como yo, estaremos a salvo —dijo para luego agregar—: Conozco un lugar al que podrías ir y dejar todo esto. Con mi ayuda y el dinero que te daré podrías empezar una nueva vida, lejos de aquí. Por favor, Daisy, te lo ruego, ayúdame a escapar.

La mujer se separó de ella, podía verse que no estaba segura. Mary casi pudo adivinar lo que pasaba por su cabeza, las dudas, el miedo. Al final, cuando había pasado todo un minuto en que ninguna dijo nada, se irguió cuan alta era y le dirigió una mirada calculadora.

—No quiero irme —dijo—. Quiero quedarme, me gusta este lugar; parte de él es mío, no tendré nada como esto de nuevo sin importar a dónde vaya. Puedo soportar un par de cosas a cambio de eso.

Mary sintió que una pequeña parte de ella se hundía en la decepción, pero no todo estaba dicho aún, lo supo por la forma en que Daisy se aferraba al colgante y la mirada recelosa que le dirigió. De modo que esperó y casi dio un grito de triunfo cuando la vio meterse la joya entre los pechos.

—Pero quiero esto —dijo ella entonces—. Y también el dinero.

Mary asintió de inmediato y rebuscó entre su falda.

—No es mucho —dijo al alcanzarle una pequeña bolsa que se las había arreglado para ocultar en cuanto se lanzó a la aventura de buscar a la señora Wood más temprano esa noche—. Pero entre esto y el colgante... si quieres más puedes buscarme luego.

La mujer sostuvo la bolsa, calculó el peso y asintió, satisfecha.

—Me basta con esto —dijo—. Si voy a negar luego tener algo que ver con esto, no quiero verla de nuevo.

—Bien.

Daisy cabeceó y se guardó el dinero en el bolsillo. Luego, rodeó a Mary y tomó la bandeja que ella ni siquiera se había planteado tocar. Sin mirarla, se dirigió a la puerta, pero habló sobre su hombro antes de abrirla.

—Esta cosa es muy pesada y no creo que pueda cerrar bien la puerta y llevarla al mismo tiempo, sería una pena que alguien lo advirtiera y aprovechara para salir, pero espero que si alguien lo hace sea lo bastante lista para no dejarse ver —mencionó en voz baja y sencilla como quien señala lo frío de la noche.

Mary sonrió al comprender.

—Gracias —dijo en un susurro.

La mujer no respondió. Abrió la puerta y la cerró una vez que estuvo fuera. Mary no oyó el giro de la llave en la cerradura y se llevó las manos al rostro, aliviada. Aun así, no permitió que la controlaran las prisas, sino que se acercó a la puerta con pasos medidos y pegó el oído contra la madera. Tenía que obrar con calma y sin desesperar. Si corría, el señor Harding podría verla, quizá se encontrara en la habitación contigua y, aun cuando no fuera así, tal vez alguien más advirtiera la huida. No sabía con cuántos cómplices Harding contaba ahí.

Cuando juzgó que todo se encontraba tranquilo afuera y no oyó más que las voces de los hombres un tanto lejanas, desde el primer piso, abrió la puerta de modo que dejó apenas una rendija para atisbar por ella con mucho cuidado y exhaló un suspiro de alivio cuando no vio a nadie en el pasillo. La puerta siguiente se encontraba cerrada y la escalera estaba libre, de modo que aspiró con fuerza para infundirse valor y se dijo que ese era el momento por el que había estado esperando.

Dio un paso tras otro, cada uno muy medido y apenas con un roce del suelo al pisar, sin dejar de mirar sobre su hombro y con el temor latente de encontrar a alguien que le saliera al paso, pero consiguió llegar al final del corredor sin problemas. Tardaba demasiado en avanzar, pero no podía apresurarse.

Llegó a las escaleras, encorvada, sin saber qué hacer a continuación porque las voces del primer piso sonaron más cercanas y supo que había aún demasiadas personas abajo como para pasar inadvertida entre ellas; había perdido la capa y ahora llevaba el rostro descubierto. Sin duda llamaría la atención y, entonces, tan solo habría saltado de la sartén al fuego.

Miró de un lado a otro para buscar una nueva salida, pero no dio con ninguna hasta que atisbó al otro lado de la escalera: un espacio diminuto entre una puerta y otra frente al corredor que acababa de atravesar. No era exactamente una puerta, sino apenas un hueco en la pared por el que difícilmente podría pasar una persona, pero creyó identificar parte de un escalón por lo que su corazón dio un vuelco. Tenía que ser otra salida, una para quienes no querían atravesar el salón al abandonar del local, tal y como supuso que debía de existir.

Decidida, dio un rodeo para alejarse de la escalera y volvió por donde había llegado, pero esa vez giró en la dirección contraria al terminar el pasillo y se dirigió a ese orificio en la pared. Al llegar a él, extendió una mano y sonrió al percibir la brisa que se colaba por ahí; parecía ser una salida directa

hacia afuera y, con suerte, no tendría que atravesar ninguna otra habitación para escapar. Con una pequeña oración en los labios, dio el primer paso y empezó a descender.

Según avanzaba, con las manos apoyadas contra la pared por temor a resbalar, completamente a oscuras, fue sintiendo un aire frío que le golpeaba el rostro y le despejaba la mente. Estaba cerca, podía sentirlo. Una vez afuera, pensaba escurrirse aprovechando las sombras y nadie podría detenerla hasta llegar a la iglesia, que no se encontraba muy lejos de allí. La señora Wood la ayudaría y pronto estaría de vuelta en casa. Con esa esperanza, continuó descendiendo. Uno de los lazos del vestido se enganchó a un saliente de la pared y oyó la tela desgarrada. Con un suspiro, se detuvo y tiró sin mayor cuidado, el traje no podría quedar peor, pero no fue sencillo liberar la tela del metal salido y tuvo que bajar la mirada para forzarse a ver la forma de conseguirlo. Al final, se rasgó la palma de la mano, pero no le importó y exhaló un suspiro aliviado al verse libre.

Reanudó el camino y giró en un recodo, contenta de sentir el aire fresco en las mejillas y percibir al final una suave luz que debía de provenir de los faroles en la calle, pero cuando calculó que debía de encontrarse a solo unos pasos de la salida y dio un último giro en la escalinata, una luminosidad que tenía poco de natural salió a su encuentro y detuvo su camino con un jadeo de sorpresa.

El hombre que subía con paso seguro y sostenía una vela frente a sí la miró con un gesto de similar sorpresa que dio pronto paso al entendimiento. Mary se dividía entre dar media vuelta y regresar por donde había llegado y hacerlo a un lado para pasar sobre él si era necesario, pero el hombre elevó la vela a altura de su rostro y entonces lo reconoció: permaneció demasiado sorprendida para actuar.

—¡Lord Wilmot! —dijo al ver de quién se trataba.

Hacía mucho tiempo que no lo veía. Más de diez años, quizá, pero supo quién era de inmediato. Había cambiado poco, se veía incluso joven para la edad que estimó que tendría; tan solo las bolsas bajo los ojos y el ligero aumento de peso revelaban una vida disipada. Fuera de eso, la mirada era los mismos, tanto como la sonrisa ligeramente burlona y misteriosa que confundía a quienes lo conocían por primera vez, sin saber qué esperar de él. Y aunque Mary sabía que no era de fiar, que había causado mucho daño a su familia y que lord Falmouth lo detestaba, no dejaba de ser un rostro familiar en un lugar que era tan ajeno a ella.

—Lord Wilmot, necesito su ayuda, tengo que salir de aquí —dijo con voz clara.

Él amplió la sonrisa y se llevó la mano libre al pecho para hacer una leve reverencia, como si no pudiera pensar en nada más agradable que encontrarla en un lugar perdido de la mano de Dios y desesperada por su auxilio. Parecía disfrutarlo y ella supo, incluso antes de que respondiera, que no podría contar con él; aún más, que debía temerle tanto como al señor Harding, e incluso más.

—Temo que eso no será posible —respondió con fingida expresión pesarosa—. No por ahora. He hablado con el señor Harding y creo que tiene ya todo arreglado para partir a Escocia mañana temprano, así que este encierro no durará mucho. Solo debes tener un poco más de paciencia.

Mary contuvo el aliento. Era peor de lo que imaginó.

—¿Está aliado con él? —preguntó casi en vano: ya conocía la respuesta.

Lord Wilmot la miró con los ojos entrecerrados.

—Eso suena como una acusación —dijo mientras fingía estar ofendido.

—¡No puedo creer que sea capaz de semejante infamia! —respondió—. ¿Por qué haría esto?

—No me he detenido a pensarlo. Creo que estaba aburrido.

Mary lo miró con desprecio.

—Solo quiere perjudicar a lord Falmouth —dijo y adivinó el motivo sin dificultad—. Y a Emily.

Lord Wilmot asintió, pensativo, sin abandonar la sonrisa.

—Tal vez haya algo de eso también, sí —aceptó, para luego hacer un gesto en dirección a la escalera—. Ahora sé una buena chica y regresa a la habitación. No diré nada de tu pequeña travesura; habrás notado ya que nuestro amigo es de cólera fácil y odiaría que te lastimara.

—Pero no iría en mi ayuda si así lo hiciera, ¿cierto?

—Mucho me temo que no —respondió él sin vacilar—. Lo siento.

—No es verdad. No lo siento.

Él cabeceó sin responder e hizo un nuevo gesto, esta vez más firme.

—Arriba, señorita. Si es tan amable.

Mary apretó los puños a los lados y amagó con dar un paso hacia delante, pero él elevó una mano y la sostuvo del hombro con un gesto brusco.

—No haría algo tan estúpido de estar en tu lugar —advirtió—. Harding está abajo, haciendo los últimos arreglos del viaje y tiene a dos de mis hombres con él. Ni siquiera conseguirías atravesar el patio. Además, tu actitud solo lo convencería de tomar medidas más extremas. No ha sido fácil persuadirlo de que espere a la boda para llevarte a la cama, pero tal vez lo haga después de todo para que dejes de dar problemas.

Ese último comentario fue suficiente para que Mary apretara los dientes y lo mirara con odio, para luego dar media vuelta sin decir una sola palabra y subir cada peldaño como si la condujera al cadalso. En cierta medida, era así como lo sentía. Estaba condenada.

## CAPÍTULO X

Cuando la calle afuera del local quedó desierta, ni un solo parroquiano más que esperaba por entrar, y las mujeres habían regresado al interior ante la ausencia de clientes, Alexander le hizo un gesto a William para que bajaran por la puerta del carruaje contraria a ese lado de la calle y así pasar tan desapercibidos como les fuera posible. Su amigo comprendió las intenciones de inmediato y asintió, para después seguirlo en silencio. Una vez que rodearon la calle, se dirigieron a la que —estimaron— debía de ser la parte trasera del local, lo que no fue fácil de dilucidar porque toda esa sección se veía muy similar en todos los edificios que conformaban la calle. El grupo que vieron a lo lejos, sin embargo, los llevó a suponer que era ahí hacia donde debían dirigirse.

Un hombre, el más alto de todos y el único que, pese a la oscuridad que lo envolvía, irradiaba cierto aire de autoridad, se separó de los otros y se perdió entre las sombras; a Alexander le pareció que subía unos peldaños medio ocultos en la pared y no vio nada más de él. Al pensar en él, la figura le pareció conocida, pero no pudo identificarlo con seguridad. De cualquier forma, no tenía tiempo para eso; primero necesitaban librarse de los hombres que habían quedado en el patio y que compartían una charla amena, de acuerdo a los sonidos satisfechos que llegaban cada tanto a sus oídos.

William lo tomó del saco y le hizo una señal para que lo siguiera sin hacer ruido a un callejón estrecho por la izquierda.

—Tenemos que librarnos de ellos si queremos entrar —dijo Alexander en voz muy baja una vez que estuvieron a cierta distancia.

William asintió.

—Supongo que es posible —aceptó en un tono similar—. El problema será hacerlo en silencio y sin llamar la atención de los que están dentro; de lo contrario, esto será un caos. No tienes idea de cómo se pone ese lugar a esta hora cuando casi todos están ebrios.

Alexander ya había pensado en esa posibilidad, el elemento sorpresa era imprescindible, pero no veía cómo abordarlos sin que empezaran a gritar. Entonces pensó en algo y sonrió, muy a su pesar, por lo ridículo que era, pero fue lo único que se le ocurrió y tal vez funcionara.

—Recuerdo que montamos una obra en Eton en nuestro primer año —dijo en tanto William lo escuchaba con atención y el ceño levemente fruncido—. Interpretaste a un rey Lear estupendo.

Su amigo asintió al comprender.

—Creo que te sigo —respondió él entonces—. Dame dos minutos y reúnete conmigo.

Alexander cabeceó en señal de conformidad y se quedó en su posición, en tanto William se deshacía del saco con un movimiento preciso no sin antes sacar el arma que guardaba en el bolsillo y que escondió en su espalda, bajo la camisa. Luego se revolvió el cabello oscuro y dirigió a lord Cahill una sonrisa divertida antes de perderse en la oscuridad.

William empezó a gritar con una voz fingida de ebrio en la que apenas se distinguían las palabras. Caminaba oscilante y trastabilló un par de veces hasta llegar a la altura de los dos hombres en el patio. Alexander sonrió, asombrado de la excelente actuación del amigo y empezó a caminar también aprovechando el desconcierto de los hombres, de modo que pudo acercarse sin ser advertido. Para cuando estaba a solo unos pasos de distancia, vio cómo William tomaba a uno del brazo en un ademán amistoso, como si fuera un conocido a quien se acabara de topar en la calle. Cuando el hombre intentó

empujarlo y alejarlo de sí con gesto hosco, William le pegó un codazo en la nariz con una rapidez sorprendente en un hombre de su complexión y altura. Mientras tanto, el otro se abalanzó sobre él con un gruñido de indignación, pero Alexander ya estaba ahí para librarse de él. Le impactó el puño contra el rostro y pudo sentir el hueso de la nariz al quebrarse por la fuerza con que dio el golpe. El hombre empezó a gemir y cayó de rodillas, pero sin hacer mayor escándalo o atinar a responder. Sin demoras, William sacó el arma y la puso sobre la sien del hombre que acababa de derribar, con cuidado de que su compañero la viera también.

—Un grito, un solo aviso y volveremos, pero entonces no se lamentarán solo por unos cuantos huesos rotos —advirtió—. Desaparezcan y nos olvidaremos de ustedes. ¡Vamos!

Los hombres se pusieron de pie a duras penas y, tras dirigirles similares miradas de rencor y miedo al mismo tiempo —estas últimas en especial al ver el arma que William sostenía con firmeza—, se perdieron con pasos errantes en la dirección contraria a las caballerizas.

Cuando desaparecieron de su vista, Alexander palmeó la espalda de su amigo con una sonrisa.

—El teatro perdió a un gran hombre cuando decidiste dejarlo —dijo.

William se secó la frente y se encogió de hombros.

—Mi madre nunca me habría perdonado que quisiera hacer carrera en el espectáculo —respondió—. Pero siempre he sido muy inquieto; dime ahora que no me agradece que te convenciera para tomar esas clases de boxeo.

Alexander hizo una reverencia en divertida respuesta, pero se puso serio cuando miró la pequeña entrada por la que había desaparecido la primera figura hacía un momento y cuyo paso ahora se encontraba libre.

—¿Estás listo? —preguntó.

William asintió en respuesta.

Se pusieron en camino. Alexander abría la marcha; la escalera era muy estrecha para que dos personas la subieran lado a lado. Caminaron en absoluto silencio, atentos a cualquier sonido que llegara a ellos y con la respiración acompasada, muy dueños de sus acciones. El trayecto era más largo de lo que Alexander había estimado, supuso que debido a lo pequeño de los peldaños y los varios recodos en los que tuvieron que girar; parecía un pequeño laberinto y la sensación de claustrofobia le hubiese molestado de no estar tan centrado en un único objetivo: encontrar a Mary. ¿Pero qué haría de no encontrarse ella ahí? La presencia de lord Wilmot aumentaba la posibilidad de que la corazonada fuera correcta, pero quizá eso no fuese suficiente, tal vez ella nunca había estado ahí y todo se tratase de un presentimiento errado.

Tuvo que detener sus pensamientos al atisbar una luz en lo alto, casi estaban allí. Miró sobre su hombro e hizo una señal de advertencia a William. Continuó y aspiró una bocanada de aire al encontrarse fuera del pasadizo, sin salir del todo para que quien pasara por ahí no advirtiera su presencia. Sacó apenas la cabeza y escuchó a su amigo detenerse tal y como había hecho él. Estaba en un estrecho corredor, la escalera que debía de conducir al salón del primer piso estaba muy cerca de su vista y retrocedió al ver una figura que ascendía por ella con paso ágil.

Se hizo a un lado para que William observara y no le sorprendió ver a su amigo asentir, por lo que dejó que fuera él quien se le adelantara en la salida.

Sin vacilar, William esperó a que la figura le diera la espalda para, con un rápido movimiento, abalanzarse sobre ella y posarle una mano sobre la boca para acallar cualquier queja; luego rodearle la cintura y atraerla hacia donde Alexander esperaba escondido entre las sombras.

—No te asustes, te soltaré si me prometes que no gritarás —dijo William a la mujer en tono calmado.

Daisy abrió mucho los ojos al reconocerlo, e incluso más al advertir la presencia de Alexander, que la veía con el ceño fruncido. Asintió y tomó aire cuando William le quitó la mano de la boca, pero todavía la sujetaba fuertemente con la otra.

—¿Qué hacen? —preguntó la mujer al tiempo que se llevaba una mano al pecho—. ¿Por dónde han entrado? Las chicas están abajo, Will, cariño, ya lo sabes. Primero conoces a alguna allí, pagas y luego subes con ellas. Tenemos normas aquí.

Alexander se adelantó con la mirada fija en la mano de la mujer, que en ese momento se rodeaba el cuello como si pretendiera aún sacudirse del susto que se había llevado al verse asaltada aún.

—Reconozco ese colgante.

Daisy se hizo a un lado para esquivar la mano de Alexander, que se había abalanzado sobre ella y la tomó por el hombro con gesto suave, pero firme. Ella se sobresaltó al comprender, pero forzó una sonrisa y miró a William al tiempo que bajaba las pestañas.

—Vaya con tu amigo, William, parece muy impaciente, ¿no les has dicho que ya no doy ese servicio? Pero tengo algunas chicas que podrían gustarle —dijo entre una y otra risa.

Alexander la ignoró con la vista fija en el colgante.

—¿Dónde conseguiste esto? ¿Lo robaste? —preguntó sin soltarla.

—¡No he robado nada! ¡Me lo dieron! —se defendió ella de inmediato.

—¿Quién? Contesta ahora, ¿de dónde lo sacaste? ¿Dónde está la joven que lo llevaba?

Daisy miró a William, asustada por la reacción de Alexander, pero él ya había perdido la sonrisa y la miraba con similar muestra de desconfianza.

—Si fuera tú contestaría de inmediato, mi amigo no tiene mucha paciencia —dijo en clara señal de advertencia.

A pesar de lo tenso de la situación, ninguno había elevado la voz, como si fueran conscientes de que era una línea señalada y hubieran acordado tácitamente que no la cruzarían. Cada quien por sus propios motivos.

—¡Ella me lo regaló! Dijo que podía quedármelo —reconoció Daisy al fin al tiempo que rodeaba el colgante con una mano, como si pretendiera protegerlo así, tan precioso lo consideraba.

Alexander la soltó entonces, pero no bajó la guardia.

—¿Dónde está ella ahora? —preguntó esta vez.

—Si tiene dos dedos de frente, ya habrá salido —respondió ella a regañadientes—. No tuve nada que ver con eso, le ayudé a escapar.

—¿Por dónde? ¿Cuándo? —insistió Alexander.

—Hace poco, tal vez todavía está en algún lugar cercano, o a lo mejor ni siquiera ha dejado el lugar. Le dije que tuviera cuidado porque él no deja de rondar, así que no lo tendrá fácil.

William sacudió la cabeza de un lado a otro al comprender mejor la situación en que se encontraban y miró a su amigo con expresión preocupada, pero él tenía toda la atención puesta en Daisy, porque necesitaba más respuestas y no parecía angustiarse tanto el peligro como el hecho de no saber cómo se encontraba Mary.

—Dinos todo lo que sepas. Rápido y ahora —exigió sin dejar de mirarla con suspicacia, inquieto ante la posibilidad de que traicionara su presencia—. ¿Por qué lord Wilmot ha secuestrado a Mary? ¿Qué es lo que quiere?

Ella mostró entonces una mueca y puso los ojos en blanco, un tanto satisfecha de saber algo que él no.

—¿Quién dijo que ha sido solo cosa de lord Wilmot? —dijo—. Cariño, esto es más grande de lo que piensas.

\* \* \*

Mary miró a Henry Wilmot con el ceño fruncido y los brazos firmemente cruzados sobre el pecho. No solo la había escoltado de vuelta a la habitación en la que el señor Harding la había confinado, sino que, además, y en señal de previsión, se había dejado caer sobre una silla para servir de guardián. Al entrar, había examinado la cerradura, como si buscara señales de que hubiese sido forzada, algo que explicara cómo había conseguido escapar. Al no encontrar nada, asumió que había contado con ayuda y no fue difícil para él adivinar la identidad de quién lo hizo. Una sonrisa cruel le asomó en los labios. Mary, que lo veía con atención e intentaba seguir su línea de pensamiento, sintió pesar por Daisy y por el peligro en que la había puesto. Pero las cosas iban incluso peor para ella misma, y no tenía sentido compadecerse por esa mujer: algo le decía que era bastante capaz de cuidar de sí misma, al menos mucho mejor que lo que podía hacer Mary.

Al cabo de un rato en silencio, tras examinar a lord Wilmot con interés, de intentar recordar todo lo que sabía de él y ver cuán aburrido parecía encontrarse en su presencia, tuvo una idea. Era una locura, en realidad, pero había cometido tantas en el transcurso de la noche que se dijo que el resultado de lo que hiciera no podía ponerla en una situación peor de aquella en la que ya se encontraba. Con eso en mente, se replegó en el asiento y dio una discreta mirada alrededor, en la búsqueda de algo a lo que no había concedido mayor importancia en el primer registro de la habitación. Al dar con eso, esbozó una casi imperceptible sonrisa y se puso de pie con un movimiento inesperado que, tal y como supuso, atrajo la atención de su captor.

—¿Qué crees que haces? —preguntó al tiempo que levantaba la cabeza y fruncía el ceño.

Mary no le prestó atención y se dirigió a la ventana para mirar a través de ella con semblante sereno.

—Miro al exterior, obviamente; estoy aburrida —respondió en tono gélido—. Tanto como usted.

—¡Vaya eufemismo! Aburrido es una palabra muy generosa para lo que siento en este momento —replicó él con un resoplido de fastidio.

Mary no respondió, se puso en puntillas para mirar a la lejanía, no en espera de divisar algo, ya lo había intentado antes y golpear el cristal era inútil, además de peligroso con lord Wilmot vigilando cada uno de sus movimientos. Pero quería la atención de Henry, que oyera sus palabras, que reaccionara.

—Es consciente de que comete un delito, ¿cierto? De que, una vez que esto se descubra, lord Falmouth irá tras usted —comentó ella entonces como quien menciona el clima, sin alterarse.

Lord Wilmot se vio interesado por esa sutil amenaza; en absoluto asustado, pero sí divertido. Era un hombre que requería de conversaciones estimulantes aun cuando carecieran de sentido; el silencio y la monotonía lo aburrían por lo que estaba siempre en busca de sensaciones más extremas. Su padre, lord Leicester, decía con frecuencia que esa era su perdición, y Mary esperaba que estuviera en lo cierto.

—Sobreestimas a John, querida, es un hombre rencoroso, sin duda, pero también muy práctico y apegado a lo que la sociedad espera de él —respondió al fin con tono ufano—. No hará un escándalo por esto siempre y cuando se asegure de que hagas un buen matrimonio y, aunque te cueste creerlo ahora, el señor Harding no es una mala opción.

—No es mi opción —replicó ella de inmediato.

—¿Desde cuándo las mujeres de tu clase pueden ponerse exigentes? Toma lo que la vida te ha dado y deja de quejarte; empiezas a molestarme. —La miro con fastidio y resentimiento—: Te pareces a ella. Tan moralista y presuntuosa, como si estuviera por encima de todo el mundo.

—¿Se refiere a Emily? —adivinó de inmediato—. Porque, si es así, lo tomaré como un halago.

Él sonrió sin asomo de diversión.

—Puedes tomarlo como quieras.

Mary decidió entonces encauzar los esfuerzos y rogó para que pudiera obrar con inteligencia.

—Usted estaba enamorado de ella, ¿cierto? —dijo y esperó una reacción.

Lord Wilmot entrecerró los ojos al oírla y juntó las manos a la altura del pecho; una risa brotó de su garganta, pero resonó vacía en la habitación, demasiado forzada.

—¿De tu hermana? —respondió burlón—. Bueno, no es tu hermana, después de todo. ¿Qué es, en realidad? Tu prima, tu tía, nunca me ha quedado claro.

—Ella es mi hermana —Mary lo corrigió con tono firme.

—Aun cuando lo repitas eso no lo hará real, mi pobre niña. —Pareció disfrutar el ponerla en evidencia—. Debe de ser terrible haber crecido para enfrentar el descubrimiento de que tu vida no ha sido más que una mentira.

—Está equivocado. Sé cuál ha sido mi vida, y no ha habido mentiras en ella. Me siento orgullosa de quién soy, pero sobre todo agradecida con Emily y mis padres. Nada de lo que diga cambiará eso. Usted no ama ni respeta a nadie, por eso no puede entenderlo.

—Allí estás otra vez. No soporto a la gente como tú. Esa superioridad moral es exasperante.

Mary dejó la contemplación de la ventana y giró para mirarlo a los ojos, satisfecha al ver que, mientras más calmada se mostraba ella, él parecía tener mayores dificultades para conservar el control. Era lo que quería.

—Ella nunca confió en usted, ni siquiera cuando lord Falmouth aún lo hacía. Siempre supo la clase de hombre que es y por eso nunca lo toleró. Y, al final, todos supimos que estaba en lo cierto; lo descubrió tal cual es: un ser cruel, envidioso y egoísta que disfruta de lastimar a los demás porque sabe que nunca conseguirá por sí mismo todo lo que anhela poseer.

Henry la miró con los ojos que echaban chispas y se puso de pie al tiempo que tiraba el bastón al suelo por lo abrupto del movimiento, pero no pareció ser consciente de eso. En unas cuantas zancadas estuvo a solo un palmo de distancia de Mary con una mano elevada hacia ella, como si apenas se contuviera de golpearla.

—Qué lengua más afilada tienes, querida, nunca lo habría imaginado. Tan modosa y recatada, pero guardas mucho veneno ahí dentro, ¿no es así? También en eso te pareces a ella —espetó furioso.

Mary no permitió que esas ofensas la afectaran; por el contrario, se mostró aun más fría y le sostuvo la mirada con el mentón elevado en señal de desafío.

—Envidia a lord Falmouth porque tiene todo lo que usted jamás conocerá —continuó—. No solo es respetado por sus semejantes, sino que es un hombre decente y honesto que ha asumido las responsabilidades con valor y es feliz por ello. Tiene una familia que lo ama, pero sobre todo tiene a Emily. Es eso lo que no soporta. Usted estaba ahí cuando se conocieron, fue testigo de su amor y no pudo tolerarlo porque lo quería para sí, de la misma forma en que ha envidiado todo lo que él obtenía.

—¡Cállate de una buena vez!

Henry la tomó por un brazo, pero ella se soltó con facilidad; se había apoderado de ella una fuerza extraña.

—Envidia el amor que siente Emily por lord Falmouth tanto como envidia que su padre lo quiera a él como a un hijo y que, en cambio, a usted lo desprecie —dijo con la respiración agitada.

Lord Wilmot levantó una mano para abofetearla, pero Mary fue más rápida. Le puso las manos sobre el pecho y usó todo su peso para empujarlo: aprovechó la furia que la invadía para tomarlo por sorpresa y consiguió que cayera el piso. Sin detenerse a mirar, corrió al rincón donde había visto una puerta secreta tapiada, según su última inspección, segura de que podría arrancar un trozo de madera suelta para usarlo como arma, pero, antes de llegar, se tropezó con el bastón de lord Wilmot y abandonó el plan inicial. Lo tomó con firmeza. Giró a ver cómo Henry se levantaba a duras penas con un rugido de rabia.

—¡Maldita bruja! —bramó entonces y se lanzó sobre ella—. Eres una mujerzuela artera como lo es ella también.

Mary tenía una fuerza mayor de lo que aparentaba. Aunque su exterior era frágil, había pasado muchas privaciones en su niñez y, luego, cuando empezó una vida más plácida en Falmouth Manor, se dedicó casi todo el tiempo a trabajar en los jardines; era perfectamente capaz de realizar esas labores tan exigentes con la facilidad que da la costumbre y el ímpetu de la juventud.

Sostuvo el bastón en alto y lo dejó caer con todas sus fuerzas sobre la cabeza de lord Wilmot sin detenerse a pensar en el daño que podría causar. No golpeó una segunda vez por exceso de sensibilidad, sino porque lo vio caer y dejar de moverse. Aun así, no se confió, sino que se mantuvo con la improvisada arma lista para dejarla caer nuevamente, pero no fue necesario

porque contó todo un minuto sin que él diera muestras de estar consciente. Solo entonces bajó el bastón. De inmediato, lo elevó de nuevo al oír voces al otro lado de la puerta y ver la llave girar en la cerradura.

Ahora que había pasado ese momento de adrenalina, dudaba de que pudiera hacer mucho daño también al señor Harding, que era más fuerte y cauto que lord Wilmot, pero al menos pensaba prestar batalla. La sorpresa fue enorme, sin embargo, cuando no fue a él a quien vio aparecer en el vano de la puerta, sino a quien más deseaba ver, la única persona que le daba sentido a sus esfuerzos para escapar de toda esa pesadilla.

—¿Mary?

Ella nunca supo quién se sorprendió más en ese momento, si ella al verlo en ese lugar cuando jamás hubiese podido imaginar que iría en su búsqueda y, aun más, que diera con su paradero; o Alexander al verla hecha un desastre, con el cabello revuelto, los bajos del vestido rasgados y enarbolando un bastón como arma junto lord Wilmot caído a sus pies. En otras circunstancias, ella tal vez se hubiese echado a reír al verle la expresión sorprendida, pero, en ese momento, hizo todo lo contrario; lloró por la tensión contenida y todos los miedos que afloraron de golpe.

Alexander la abrazó como si la vida se le fuera en eso: la sujetó con fuerza contra su pecho y le besó el cabello y la frente; luego la tomó por los hombros y la alejaba a ratos lo suficiente para mirarla con atención, en busca de signos de cualquier daño que pudiera tener.

—¿Te encuentras bien? ¿Te han lastimado? —preguntó ansioso.

Mary se secó las lágrimas y negó con la cabeza mientras le acariciaba el rostro como si aún le costara creer que se encontraba ahí, a su lado.

—No, estoy bien —respondió ella.

Un leve carraspeo atrajo su atención, Ambos miraron en dirección a William, que se encontraba en cuclillas al lado del caído lord Wilmot. Tenía una mano sobre su cuello e hizo una burla divertida al inspeccionarle el rostro ladeado.

—Si me permiten la acotación, diría que el lastimado aquí es otro, pero está vivo, aunque le auguro un extraordinario dolor de cabeza cuando despierte —comentó y miró a Mary con una sonrisa—. ¿Qué fue lo que le hizo?

Ella frunció un poco el ceño, apenas había calibrado el peso de sus actos y se sentía un poco culpable.

—Él insultó a mi hermana —respondió sin poder evitar un tono levemente defensivo en la voz.

William asintió, comprensivo y se puso de pie con cuidado de no pisar la mano de lord Wilmot con su bota.

—Muy bien hecho, entonces —dijo mientras dirigía la mano a Mary—. ¿Cómo está, señorita Browning? Espero que me recuerde, soy William Sinclair...

Mary esbozó una pequeña sonrisa agradecida y sostuvo la mano con suavidad, pero Alexander no se vio muy complacido con sus buenas maneras y miró a al amigo con el ceño fruncido.

—¡William! ¿Puedes dejar de hablar y llevar a Mary lejos de aquí? Este lugar aún es peligroso para ella. Necesito encontrar a Harding y no quiero arriesgar su seguridad.

William asintió de inmediato y recuperó la seriedad.

—Claro. Lo siento. Señorita Browning, si fuera tan amable...

Mary se alejó de él, con toda su atención puesta en Alexander.

—No voy a dejarte aquí —dijo ella con expresión determinada.

—Mary...

—No me iré sin ti.

Alexander miró a William que le devolvió una mirada resignada.

—Creo que la dama ha tomado una decisión —dijo él luego de encogerse de hombros y sonreír a Mary, al parecer satisfecho por su actitud—. Pero tal vez podría hacerse a un lado, al menos, señorita. Aunque ha demostrado una extraordinaria habilidad con ese bastón suyo, tal vez necesitemos algo más determinante que eso.

Mary asintió de inmediato. No pensaba dejar a Alexander ahí, solo se marcharía si lo hacía a su lado, pero estaba lejos de pensar que podría hacer mucho más en el estado en que se encontraba. De pronto sentía como si sus miembros pesaran una tonelada y solo quería cerrar los ojos con la seguridad de que todo iría bien, que podrían estar juntos y a salvo.

—¿No podríamos solo irnos? —preguntó a Alexander—. No tienes que hacer nada más, los denunciaremos y todo habrá terminado entonces, tendrán su merecido...

Las palabras sonaron un tanto vacías porque sabía, incluso antes de formularlas, que Alexander no estaría de acuerdo con ella. Tal y como supuso, él negó con la cabeza. Vio un enorme amor en su mirada al sonreírle, pero también una clara determinación.

—Bajaremos por la misma escalera que usamos al llegar para evitar a la gente ahí abajo y salir al patio, pero quiero que me prometas que no te alejarás de William ni un segundo —propuso y, antes de que ella respondiera, miró a su amigo para decir—: ¿Entendido?

William asintió de inmediato.

—Se te da bien esto de dar órdenes. Es una pena que no entraras a la Marina —comentó él y tomó suavemente a Mary de un brazo con firmeza—. Acompáñeme, señorita Browning, por favor.

Mary vaciló, pero al final exhaló un suspiro y asintió.

Alexander abrió la marcha. William se encargó de escoltarla hasta la escalera con cuidado de no hacer mayor ruido. Ninguno lo dijo, pero, aun cuando se habían encargado de ahuyentar a los sirvientes de lord Wilmot, cabía la posibilidad de que hubieran regresado o que, incluso, otros tomaran su lugar. Eso sin considerar a la mayor amenaza, el señor Harding. Un hombre que había obrado como él debía de estar lo bastante desesperado como para negarse aceptar la derrota con resignación. Sin duda daría pelea, y era eso lo que Alexander más deseaba. La posibilidad de no enfrentarlo, tan solo abandonar el lugar y dejarlo sin un castigo le parecía intolerable; jamás habría podido vivir tranquilo consigo mismo si obrara de esa forma.

No encontraron ningún obstáculo durante el descenso y, secretamente, Mary se sintió aliviada. Tan solo cuando llegaron al descanso antes de cruzar la puerta que los llevaría al patio, una figura menuda salió a su encuentro. La muchacha sonrió al reconocer a Daisy, que los veía con una expresión divertida en el rostro, aunque distaba de sonreír.

—De modo que lo lograron —comentó al tiempo que se hacía a un lado para cederles el paso.

—¿Estás bien? —Mary se dirigió a ella sin detener el paso.

Ella sonrió esta vez.

—Cariño, yo siempre estoy bien; espero que puedas decir lo mismo —respondió y señaló el colgante en su pecho—: Pero me quedo con esto.

Mary asintió, la miró por sobre el hombro al cruzar la puerta; luego, Daisy se perdió tras un corredor. Entonces, la señorita Browning logró salir, por fin, y aspirar el aire de la noche.

La luna estaba en lo alto e iluminaba el patio para dotarlo de un talante curiosamente atrayente. No podía encontrarse en un lugar más espantoso y acababa de escapar de la situación más aterradora de su vida, pero aun así se permitió apreciar el efecto de esa luz sobre la tierra. Dirigió la mirada a la torre de la iglesia y no le asombró comprobar que era muy avanzada la madrugada, lo que explicaba el silencio a su alrededor que otorgaba un aura de falsa apacibilidad.

No vio a nadie en un primer momento al avanzar, aun sujeta por la firme mano del señor Sinclair, que se había tomado muy a pecho el pedido de Alexander de no dejarla a solas ni un instante. Estaba a punto de preguntar qué harían a continuación, en dónde se encontraba el carruaje en el que habían llegado y si sabía algo acerca del paradero del cochero que había desaparecido y por quien temía, preocupada por lo que podría haberle hecho el señor Harding. En ese momento, de pronto, sintió como si acabara de conjurarlo con el pensamiento porque lo vio obstruir el camino, de pie al otro lado del patio.

No se vio sorprendido ante su presencia, como si hubiese sido advertido o simplemente lo considerara una eventualidad que no ameritaba mayor preocupación. Percibió cómo el cuerpo de Alexander se tensaba. Mary quiso adelantarse para ponerse a su lado, pero William no se lo permitió.

—Aléjala —pidió Alexander sin girar a mirarlos, ya que toda su atención estaba puesta en la figura frente a él—. Llévala al carruaje si hace falta, y regresen a Falmouth House.

William asintió de mala gana, pero no se movió.

—Espero que no estés pensando en nada tan dramático como un duelo —mencionó con ligereza, aunque el leve temblor en la voz delató preocupación.

—Un duelo es para caballeros. Él no lo es —contestó con firmeza Alexander.

William se vio aliviado.

—Excelente. Me alegra que lo consideres así.

Lord Cahill no respondió, sino que apresuró el paso y se dirigió hacia el señor Harding sin vacilar. Cuando estuvo a su altura, le pegó un puñetazo en el rostro con toda la furia sin molestarse en decir una sola palabra.

—Claro. Eso no es nada dramático. —William sonrió y sujetó a Mary, que se había sobresaltado por la reacción—. Por favor, no haga nada, señorita Browning. Él estará bien y sabe que es lo justo.

Ella no atinó a decir nada, no habría podido hacerlo aun cuando hubiese querido, asustada e impresionada como se encontraba. El señor Harding era un hombre corpulento, más que Alexander, y suponía que mucho más malicioso, tal y como comprobó al ver que se incorporaba con cierta facilidad una vez que se deshizo de la sorpresa de verse atacado de forma tan frontal. El labio le sangraba, y a Mary la recorrió un escalofrío al notar que desviaba la mirada de su adversario un instante para verla a ella con descaro. Al advertirlo, Alexander se movió para, de alguna forma, librarla de esa mirada: le obstruyó la vista y le reclamó atención, pero, esa vez, Harding estaba preparado y bloqueó el segundo golpe a duras penas porque golpeó con la cabeza el pecho de Alexander y le dio un zarpazo que lo impactó en la sien.

—¡Oh Dios, no! —Mary se llevó las manos al rostro.

William apretó los labios, pero no hizo un solo comentario, pues toda su atención estaba dividida entre no soltar a Mary y observar la pelea con evidente preocupación.

Alexander acusó el golpe con una mueca de dolor, pero sin doblegarse, con la mirada fija en Harding que sonreía con gesto cruel. Él dijo algo y señaló a Mary con un gesto de cabeza, pero ella no lo escuchó. Sin embargo, y por la expresión en el rostro de Alexander, tal vez fue lo mejor, porque, lo que hubiera dicho, lo enfureció tanto que se abalanzó sobre él como un

animal. Eso desconcertó a Harding, que no alcanzó a reaccionar antes de que lo tirara sobre la tierra pedregosa del patio; luego lo golpeó una y otra vez en el rostro mientras, con la mano libre, lo sujetaba del cuello de la camisa para mantenerlo inmóvil.

Solo entonces, y con eso dejaba su promesa de lado, William soltó a Mary y corrió en dirección a los contrincantes en tanto la joven permanecía inmóvil con los labios entreabiertos por la impresión, sin poder retirar la mirada de fascinación y susto.

William sujetó a su amigo por los brazos y aprovechó que se encontraba agotado por el esfuerzo para obligarlo a pararse, arrastrarlo con él y mantenerlo bien sujetado. Alexander luchó para soltarse, pero William estaba mucho más descansado y la alarma frente a lo que había estado a punto de ocurrir lo había dotado de una fuerza superior a la habitual.

—¡Suficiente! —rugió sobre el oído de Alexander en cuanto vio que quería continuar la lucha—. ¿Quieres matarlo? ¿Es eso lo que buscas? ¡Piensa en Mary!

El nombre pareció devolver la cordura a Alexander, que se detuvo bruscamente y la buscó con la mirada. Al verla ahí de pie, con el rostro demudado y sin dejar de observarlo, se soltó para caminar hacia ella. Un hilo de sangre le corría desde la sien, donde Harding lo había golpeado con el puño, pero apenas fue consciente de la humedad que resbalaba por su rostro. Solo tenía ojos para Mary, como si fuera lo único que existiera en el mundo en ese momento. Fue ella esta vez quien corrió hacia él y lo abrazó con fuerza al tiempo que acunaba su cabeza contra el pecho amado.

—Por favor, llévame a casa —le pidió entre lágrimas.

Alexander asintió y se dejó envolver por ese aroma anhelado. A casa. Juntos.

## CAPÍTULO XI

La llegada de Mary y Alexander a Falmouth House desató tal revuelo que apenas pudieron intercambiar una palabra antes de que se vieran forzados a separarse una vez más. Emily se mostró como una madre amorosa y ansiosa por atender a Mary. Apenas consiguió contener el llanto al ver el estado en que se encontraba. Lord Falmouth, por su parte, aunque se encontraba preocupado por su hermano –que no se veía mucho mejor–, demandó que le contara todo lo que había ocurrido.

Jamás en toda su vida, Alexander había escuchado al siempre correcto y poco presto a exaltarse lord Falmouth vociferar tantas maldiciones como cuando se enteró del papel de lord Wilmot en el secuestro de Mary. El hecho de que el señor Harding, un hombre al que le había abierto las puertas de su casa, hubiese sido quien concibiera todo ese cruel plan en primer lugar solo consiguió enfurecerlo aún más. Aseguró que, cuando terminara con ellos, maldecirían el día en que se habían atrevido a levantar un dedo en contra de su familia. Alexander, que conocía bien su determinación y cuán duro podía ser contra sus enemigos, estuvo seguro de que esas palabras no eran vanas. Desde luego, él pensaba exactamente igual y estaba dispuesto a hacer lo que hiciera falta para erradicar a esos personajes de sus vidas, por lo que se ofreció de inmediato a regresar a Whitechapel, donde ambos debían de encontrarse custodiados por William, que había prometido no dejar el lugar en tanto no hubieran tomado una determinación acerca de qué hacer con ellos. Había conseguido, además, a un par de hombres entre los parroquianos de la taberna a cambio de una buena paga para que le ayudaran a custodiarlos, lo que tal vez no fuera del todo necesario, ya que ambos se encontraban en un estado lamentable.

En un primer momento, John se negó por completo a que Alexander dejara nuevamente la casa cuando se veía exhausto y magullado por los acontecimientos de la noche, pero él insistió, No podía ni soñar con descansar mientras ese asunto no hubiera sido concluido. Tan solo pidió a John que no se le mencionara nada del tema a Mary para evitarle una angustia innecesaria, y él aceptó de inmediato al prometerle que hablaría con Emily antes de marchar para que ella se encargara de que así fuera. De modo que, en tanto ellos regresaban a Whitechapel, lady Falmouth, que había sido informada de todo, se volcó a cuidar de su hermana y mantenerla ajena a los planes, lo que no fue nada sencillo porque lo primero que preguntó en cuanto se aseó y se puso ropa limpia, ya recostada en la habitación, era si Alexander se encontraba bien y estaba también descansando. Emily, que la conocía bien, supo que se contenía de preguntar lo más importante para ella, si había ido a buscarla y si podría verlo. La condesa consiguió convencerla de que no era lo más conveniente en ese momento, que tendrían mucho tiempo para charlar luego. Mary recibió esas palabras con una evidente muestra de alivio.

Tan pronto como puso la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos, se durmió vencida por el agotamiento. Emily no la dejó a solas, no habría podido cuando se encontraba aún tan angustiada por todo lo ocurrido. Veló su sueño sentada en una silla al lado de la cama, como había hecho muchas veces cuando era una niña y la contempló en silencio, sumergida en sus recuerdos. No supo cuándo ocurrió, pero, en algún momento, cayó también rendida y, cuando abrió los ojos, tuvo que cerrarlos nuevamente, cegada por el brillo del sol contra su rostro. En la prisa por conseguir que Mary se recostara a descansar, no había ordenado que cerraran las cortinas y una luz deslumbrante iluminaba la habitación.

Mary, que había despertado unos minutos antes que ella, sonrió al verla, nada sorprendida de encontrarla así, ya que lo había esperado. Siempre podría confiar en que Emily velaría por ella sin importar la edad que tuviera. Cuando ella despertó y se encontró con su mirada, le sonrió con un gesto lleno de calidez, lo que pareció reconfortarla; quizá temía que todo lo ocurrido el día

anterior la afectara más de lo que mostró a simple vista al regresar a casa, pero, al verla con atención, notó que, por el contrario, había algo distinto en ella: una paz y fortaleza que no había visto antes en sus ojos.

Antes de que su hermana pudiera decir nada o hacer alguna referencia a lo ocurrido la noche anterior, Mary le tomó la mano sobre las mantas y le hizo un gesto cariñoso.

—Sé que quieres hablar de lo ocurrido con el señor Harding y lord Wilmot, pero hay algo más importante que quiero contarte —dijo en voz baja—. No se lo he dicho a nadie aún y creo que deberías ser la primera en saberlo.

Emily asintió suavemente, un tanto sorprendida; no había esperado esas palabras. Entonces Mary le habló acerca de su huida de la noche anterior luego de oír las palabras de lord Leicester y de cómo se había dirigido llevada por la desesperación en busca de respuestas a los muchos interrogantes que tenía acerca de la historia de su madre. Le habló de su llegada a Whitechapel, de sus pesquisas y de cómo había dado con la señora Wood en las circunstancias más inusuales. Le dijo todo lo que le había contado, lo que incluso ni Emily ni su padre nunca tuvieron ocasión de averiguar entonces porque estaban tan cegados por el dolor de haber perdido a Louise y preocupados por el destino de Mary —que era solo una bebé entonces—, que solo tenían pensamientos para ese nuevo deber que habían contraído. En ese momento, la condesa pudo conocer los verdaderos sentimientos de su prima, los anhelos y la esperanza de hacer lo mejor para su hija, incluso si eso significaba sacrificar su propia vida. Esa información la conmovió tanto como alegró; durante mucho tiempo se había preguntado qué habría pensado Louise cuando se encontró sola en Londres, desamparada a su suerte. El hecho de saber que nunca se dejó avasallar, que luchó tanto como le fue posible —no por el amor de un hombre que jamás lo mereció, sino por el más puro, por una hija que aún no conocía— la reconfortó en tal medida que antes de que se diera cuenta de eso lloraba en brazos de Mary, sorprendida por haber permitido que las emociones cedieran a ese punto cuando había llegado ahí, en primer lugar, para ser ella quien la consolara.

Mary la dejó llorar en silencio y le acarició el cabello oscuro, inundada de recuerdos de las muchas veces en que la situación había sido a la inversa, cuando Emily la confortaba en los tiempos más difíciles de sus vidas. Cuando se encontró más calmada, la condesa la miró a los ojos y se secó las lágrimas con un pañuelo que Mary le alcanzó.

—Odio llorar —dijo con una sonrisa avergonzada.

—Lo sé, pero creo que lo necesitabas.

—Sí, sin duda es verdad —aceptó ella—. Gracias por contarme todo esto, Mary, es muy importante para mí, pero sé que ha debido ser muy difícil para ti ponerlo en palabras.

Mary negó con la cabeza.

—No, no en verdad. No me siento triste por lo que ahora sé. Por el contrario: estoy aliviada, necesitaba estas respuestas y ahora las tengo. —Vaciló antes de continuar—. Sé que siempre quisiste profundizar en todo esto, pero la verdad es que nunca me sentí lista para hacerlo. Cuando supe la verdad de mi origen...

—Lo tomaste con extraordinaria tranquilidad, según recuerdo —recordó Emily.

—No conseguí engañarte, ¿cierto? —preguntó Mary con una pequeña sonrisa apenada.

Emily sacudió la cabeza con una sonrisa triste en los labios.

—Ni por un minuto. No tenía sentido. Fuiste siempre muy sensible, y lo que te revelé habría afectado a personas más frías y mucho mayores que tú. Eras solo una niña, Mary, e imaginé que te sentirías destrozada...

—Y fue así.

—Pero no me dejaste verlo —Emily apretó su mano en un gesto cariñoso.

—Eras muy feliz entonces, Emily, y merecías esa felicidad. Lord Falmouth te amaba y estabas a punto de iniciar una nueva vida, al fin sin secretos y mentiras. ¿Cómo iba a osar siquiera destruir esa felicidad? Te amo demasiado para eso.

—Yo debí...

—Hiciste por mí más de lo que cualquier otra persona hubiera hecho, y te lo agradeceré por siempre. No pude tener una hermana más noble y cariñosa, jamás lo dudes.

Emily se mostró más tranquila al oírla, pero no dijo nada porque percibió que había algo más que Mary quería decir.

—Nunca estuve sola entonces, de cualquier forma, ni callé lo que sentía —dijo ella entonces en voz muy baja, como quien hace una confesión.

Emily sonrió con ternura porque había adivinado a qué se refería.

—Alexander —dijo ella.

Mary asintió con una mirada cargada de nostalgia.

—Él siempre estuvo ahí —dijo Mary y la miró de reojo, un poco avergonzada por su confesión—. En ese entonces se aparecía de noche en mi habitación y escuchaba mis lamentos por horas sin quejarse. De no haber sido por él posiblemente no habría conseguido encontrar la forma de aceptar todo lo que me dijiste. Creo que fue entonces cuando empecé a amarlo.

—Él te amaba desde mucho antes, me atrevería a decir que desde el primer momento en que te vio.

Mary sonrió con una ceja alzada.

—Eso es muy romántico e ingenuo de tu parte. ¿Qué fue de mi sensata hermana? —dijo en tono de broma.

Emily se encogió de hombros.

—Incluso un alma pragmática puede inclinarse ante el amor.

—Con seguridad a lord Falmouth le encantaría oírlo.

Emily entrecerró los ojos en un falso gesto de amenaza y acarició el rostro de Mary.

—Mi querida hermana. ¡Eres tan joven y has pasado por tanto! Una muchacha de tu edad no debería de conocer tanto de las pérdidas y el dolor, pero es así como han resultado las cosas. Solo puedo rogar por que conozcas de la misma forma el amor y la devoción de un ser querido. Tienes mi amor y mi devoción, eso ya lo sabes. Y, si lo permites, tendrás también los de Alexander; han sido siempre tuyos, en realidad, como estoy segura que él estará feliz de decir. ¿Pero puedes aceptarlos? ¿Finalmente puedes aceptar la felicidad que mereces?

La sonrisa que Mary le dirigió en respuesta fue suficiente para que sintiera cómo un gran peso abandonaba su corazón y la llevaba a abrazarla con todas las fuerzas.

\* \* \*

Alexander y lord Falmouth no regresaron hasta muy avanzada la tarde y, para entonces, no hubo forma de seguir ocultando a Mary su ausencia o el motivo que la había provocado. Sin embargo, no hizo demasiadas preguntas, ya que sabía que su hermana se encontraba tan preocupada e intrigada como ella, así que no tenía sentido agobiarla con más dudas. Pasaron buena parte

del día juntas y charlaron acerca del albergue de la señora Allen y de todos los donativos que Emily había conseguido reunir en el baile de los duques de Bedford. Incluso comentó que uno de los nuevos socios de John, lord Arlington, un hombre joven y muy bien considerado en la ciudad, que lo había convencido de involucrarse en el negocio del ferrocarril, había mostrado mucho interés en el tema, lo mismo que su esposa, con quien esperaba reunirse pronto. Al ser la edad de la dama más cercana a la de Mary, sugirió que sería una buena idea que fuera ella quien le mostrara todo lo que habían logrado hasta entonces para conseguir así más personas interesadas en la causa.

En otras circunstancias, Emily hubiese sido más cauta al tratar ese tema con ella ya que siempre se había mostrado muy sensible al respecto, pero Mary había cambiado mucho en poco tiempo. Ahora la escuchó con abierto interés, hizo sugerencias respecto a cómo podrían disponer de esos fondos reunidos y cómo conseguir más, además de ofrecerse sin chistar para servir de ayuda en lo que hiciera falta. Informó que estaba decidida a continuar la labor que había empezado el día anterior: encargarse de los jardines de la propiedad, convencida de que podía convertirlo en un lugar tan agradable como fuera posible para sus ocupantes, e involucrarlas también en las labores, como pensaba hacer con esa niña que había mostrado tanto interés. En su opinión, una ocupación que implicara satisfacción –hacer algo por el placer de vivir en un ambiente agradable para esas mujeres y sus hijos– podría ser muy positivo para todos. Emily estuvo completamente de acuerdo y acordaron visitarlo al día siguiente.

Mary aprovechó la charla para comentarle que estaba interesada en sugerir a la señora Wood que se involucrara de alguna forma en la labor. Aunque dudaba de que estuviera de acuerdo en dejar su hogar en Saint Mary y su condición de “fantasma custodio” de la iglesia, su experiencia en el trato con mujeres en situaciones difíciles, tal y como había hecho con su madre, podría ser de mucha ayuda. Era una mujer tan piadosa y activa, pese a su edad, que no podía negarse a ayudarlas.

Para cuando terminaron de hablar, la tarde ya había caído. No habían almorzado, solo pidieron que les llevaran un té con pastas al salón, atentas a cualquier novedad, demasiado inquietas para hacer las actividades habituales. Cuando oyeron el sonido del carruaje que cruzaba la verja y los cascos de los caballos sobre la grava del camino principal, ambas salieron despedidas de los asientos y corrieron a la ventana para observar a los recién llegados. Un suspiro de alivio escapó de sus labios al reconocer a John y Alexander, que iban acompañados de William Sinclair y el cochero que había desaparecido la noche anterior. El hombre hizo una breve reverencia y se perdió por el sector de servicio de la casa. Se lo veía mal, pero no tenía nada que un buen descanso no solucionara. De los otros tres, no habrían podido decir quién se veía más agotado. Sin embargo, todos sonreían, lo que tomaron como una excelente señal.

Al llegar, lord Falmouth pasó un brazo por encima de los hombros de su esposa y le besó la frente, una muestra de afecto poco común para ambos, que eran siempre tan discretos en público, pero él debió de adivinar cuán angustiada había estado por su seguridad y, con ese gesto, quiso decirle que no había nada que temer, que estaba todo bien y en orden.

Mary, por su parte, dirigía a Alexander miradas veladas, pero no se atrevió a acercarse porque, de pronto, las cosas parecían haber cambiado entre ellos. Luego del baile y del beso que compartieron aquella noche había notado una nueva tensión en la relación y, en ese momento y luego de todo lo ocurrido el día anterior, parecía haberse acentuado. De todos modos, no era una sensación desagradable o del todo ajena. Era algo que siempre había estado ahí, pero ella se había esforzado por ignorarlo u ocultarlo, temerosa de ponerlo en palabras. Entonces, en ese momento en que lo veía con claridad, sin embargo, no encontraba la forma de abordarlo. Alexander no parecía mucho más seguro que ella, aunque su renuencia a hablarle directamente tal vez tuviera algo que ver con William, que no dejaba de conversar acerca de todo y nada, una clara señal de que se había tomado la atribución de entretener a todos e intentar que olvidaran, al menos por un momento, los últimos acontecimientos.

De modo que charlaron durante las siguientes horas luego de que Emily se encargara de que se les sirviera un refrigerio, pero, cuando fue evidente que, por más ánimos que William quisiera brindar a todos, estaba muy agotado, se despidió tan pronto como cayó la noche no sin antes ofrecer sus servicios para todo lo que pudiera ser necesario. La familia, y Alexander en particular, no encontraron palabras para agradecer toda su ayuda, por lo que le aseguraron que siempre tendría un hogar en Falmouth House o en la propiedad de Gloucestershire, a donde planeaban regresar pronto, lo que el joven aseguró que tendría muy en cuenta.

Emily consiguió convencer a Alexander de que debía tomar un pequeño descanso o se desplomaría en cualquier momento: llevaba casi dos días sin dormir y su aspecto era preocupante. Él se habría negado con gusto, pero John se unió al pedido y, aunque estaba tan agotado como su hermano, sin duda la situación a la que el menor se había enfrentado había sido mucho más difícil, por lo que no dejó de insistir hasta que Alexander aceptó, se retiró a su habitación y aseguró que tendría suficiente con un par de horas de sueño, no sin antes compartir una discreta mirada con Mary, que había permanecido en silencio hasta entonces.

Cuando lord Falmouth se despidió también, Emily se ofreció de inmediato a acompañarlo y le sugirió a Mary que se retirara también a descansar, pero ella dijo que lo haría pronto, que deseaba buscar un libro en la biblioteca y que luego subiría. Emily no insistió y, tanto ella como John, se retiraron a su habitación tras despedirse.

Al quedarse a solas, Mary se dirigió a la ventana, desde donde podía ver la luz de la luna que caía sobre los jardines. Era curioso pensar que había estado la noche anterior en una posición muy similar, pero en circunstancias completamente opuestas. Entonces se había sentido asustada e impotente, insegura acerca de lo que le reservaba el futuro, en especial ante la posibilidad de no volver a ver a quienes más amaba. En cambio, ahora, se encontraba imbuida por una enorme sensación de paz y anhelo frente a lo que

esperaba por ella. Sus demonios habían desaparecido y estaba segura de que tenía la felicidad en sus manos si, tal y como había mencionado Emily, se encontraba dispuesta a aceptarla.

Con ese pensamiento, corrió la cortina y abandonó el salón para subir los peldaños de la escalera con mucho sigilo, lista para salir al encuentro de su destino.

\* \* \*

Lord Falmouth recostó la cabeza en el borde de la bañera y suspiró, satisfecho por el alivio de los músculos adoloridos al contacto del agua caliente. Emily, siempre previsora, se había asegurado de que lo esperara el baño listo cuando subieron a la habitación. La doncella había revoloteado de un lado a otro para asegurarse de que nada le faltara. Luego la despidió y se quedó con él para ayudarlo a enjabonarse y pasar una esponja por su cuerpo adolorido.

—Creo que podría quedarme a vivir aquí —comentó él con un nuevo suspiro de alivio.

Emily, apoyada en la esquina de la bañera, lo veía con una gran sonrisa.

—Esperaré a que digas lo mismo cuando te encuentres arrugado y empieces a estornudar —bromeó entre risas.

—Me querrás igual —dijo él cuando le tomó la mano.

—Siempre —contestó ella en voz solemne—. Pero odiaría que me contagies el resfrío, tengo mucho por hacer.

Lord Falmouth sonrió en respuesta y cerró un momento los ojos, pero los abrió ante el silencio de Emily, que lo veía con gesto indeciso, como si deseara decir algo, pero no quisiera contrariarlo. Él adivinó de inmediato de qué se trataba. Aún no había compartido el resultado de sus gestiones del día o cuál había sido el destino de los hombres que él y Alexander habían ido a buscar.

—No les dediques un solo pensamiento —dijo él y le dirigió una mirada tranquilizadora—. No lo merecen.

Ella asintió, pero sin mostrarse convencida.

—¿Qué será de ellos? —insistió—. Necesito saberlo y entonces no preguntaré más.

Lord Falmouth asintió tras meditarlo un momento.

—Hablé con Alexander y llegamos a una conclusión. Encarcelarlos desataría un escándalo. Eso es lo último que él y Mary necesitan; en especial ella —dijo con voz grave.

—Por supuesto.

—Lamento decirlo, pero fue necesario que informara del tema a lord Leicester. Puedes imaginar cuánto lo afectó. Es un hombre fuerte pese a su edad y nos acompañó a hablar con Henry. No hace falta dar detalles, no fue un encuentro agradable para nadie, pero lord Leicester usó todos los argumentos que puedas imaginar para hacer saber a su hijo que, si movía un solo dedo en contra de esta familia nuevamente, podía despedirse del apellido y la esperanza de heredar alguna vez el título. No fue una amenaza vacía, y me encargaré de conocer cada uno de sus movimientos. Si tiene un solo pensamiento negativo hacia mi familia, lo sabré, y lord Leicester lo sabrá también. Henry es egoísta, cruel y petulante, pero no estúpido y sí muy ambicioso. No importa cuánto nos odie, no arriesgaría todo lo que siempre ha anhelado por eso.

Emily asintió mientras exhalaba un leve suspiro de alivio.

—¿Y el señor Harding? —preguntó ella.

John resopló, sin ocultar desprecio.

—Con él las cosas fueron más sencillas. Su familia está en la quiebra, de ahí la desesperación por casarse con Mary y acceder a su dote, además de las relaciones que entablaría entonces al formar parte de esta familia. No niego que la encontrara atractiva, desde luego es evidente que así es, pero no fue ese su mayor interés al intentar casarse con ella. Ahora sabe, sin embargo, que cometió un gran error al obrar como lo hizo. Regresará a Sheffield y más le vale que no vuelva a poner un pie en Gloucestershire en su vida o lo sabré y lo destruiré con mucho gusto. Aunque tal vez lo haga Alexander en mi lugar, no tardarás en notar que no le ha gustado mucho esa parte del acuerdo. Creo que lo habría matado con agrado ahí mismo.

—No me sorprende —comentó Emily en tono lúgubre.

John la miró con una pequeña sonrisa.

—Y con seguridad tú sientes lo mismo —dijo al asentir—. Te aseguro, amor mío, que habría cavado su fosa con gusto, pero eso solo perjudicaría a Mary, y ella ya ha pasado por demasiado. Lo que debemos enterrar es este asunto y olvidarlo tan pronto como nos sea posible. Nada como esto volverá a ocurrir, te lo prometo, tienes mi palabra. Y la de Alexander, claro, pero él se encargará de decírtelo cuando así lo estime conveniente, lo mismo que a Mary.

Emily asintió con semblante pensativo.-

—¿Crees que finalmente lleguen a un acuerdo?

—Si no lo hacen, los ataré mientras duermen y los llevaré ante el arzobispo aunque sea lo último que haga —aseguró él que no parecía bromear.

Emily rio al escucharlo y creerlo muy capaz de cumplir la amenaza.

—Dudo de que lleguemos a ese punto —replicó ella mientras esbozaba una sonrisa misteriosa y bajaba la voz al continuar—: Hace un momento, al despedir a mi doncella, he visto a Mary escabullirse a la habitación de tu hermano.

John abrió mucho los ojos, pero no pareció escandalizado por la revelación, sino tan solo impresionado y muy complacido.

—¡Vaya! Nuestra rosa ha resultado más audaz de lo que imaginé. Tal vez sea ella quien proteja a mi hermano después de todo. ¿Y cómo es que no has hecho nada para impedirlo?

Emily elevó una ceja.

—¿Debía hacerlo? —preguntó.

—¡Dios, no!

Ambos rieron entonces y, aun cuando no lo dijeron, compartieron un mismo deseo; que las próximas noticias que recibieran de los dos fueran tan dichosas como esperaban.

\* \* \*

Mary miró por sobre el hombro tan pronto como llegó ante la puerta de Alexander. Habría jurado que la doncella de Emily la había visto al girar en el pasillo, pero no dijo nada y esperaba que no comentara una palabra a los otros sirvientes o Emily se enteraría. No se detuvo a pensar demasiado en eso, sin embargo, sino que golpeó a la puerta con un solo llamado

amortiguado, a la espera de que Alexander abriera, pero él solo respondió desde el interior y otorgó permiso para entrar, así que Mary no esperó a que lo repitiera.

Al parecer, él había pensado que se trataba de algún sirviente que le llevaba algo que había pedido, porque cuando la vio en el vano de la puerta abrió mucho los ojos y se quedó inmóvil, sin atinar a reaccionar. Mary cerró la puerta tras ella y fue a su encuentro, aunque mantuvo un par de pasos de distancia entre ellos. De pronto la asaltó una enorme timidez y no supo qué hacer salvo quedarse allí de pie y observar a Alexander con mirada velada. A pesar del notorio cansancio y las ojeras por la falta de sueño, nunca le pareció más apuesto: esa idea solo sirvió para que se retrajera aún más. Supuso que se preparaba para tomar un baño, porque estaba en mangas de camisa y se había despojado de las botas.

Antes de que él dijera nada, y sin saber cómo romper ese silencio extraño entre ellos, Mary forzó una sonrisa despreocupada y pensó con rapidez en algo, cualquier cosa que decir.

—¿Cómo consigues no hacer ruido? —comentó al tiempo que cruzaba las manos detrás de la espalda—. Creo que me ha visto la doncella de Emily, solo espero que no lo haya hecho ella también. Está muy nerviosa por todo lo ocurrido, y no creo que pueda tolerar descubrir que me escabullo a tu habitación en medio de la noche.

Alexander se repuso al fin de la sorpresa, pero no dijo nada respecto al nervioso parloteo de la joven, sino que acertó la distancia entre ellos y la abrazó como si pensara que se trataba de un espejismo y temiera que se desvaneciera si no la retenía a su lado, como si la vida se le fuera en eso.

—Gracias a Dios que viniste —dijo al fin con los labios sobre su cabello—. Estaba a punto de ir a buscarte.

Mary suspiró aliviada por su reacción. La timidez se había desvanecido y ahora solo sentía la paz que le otorgó encontrarse donde deseaba con todo su corazón. Entre esos brazos.

—Creo que es justo que alguna vez me tocara a mí correr el riesgo, ¿no lo crees? —bromeó ella.

—Lo habría hecho con gusto. Haría cualquier cosa por ti.

—Lo sé.

Alexander la tomó de los hombros y la alejó solo lo suficiente para mirarla a los ojos.

—No creo que lo sepas —insistió con la pasión que afloraba en cada una de sus palabras—. No puedes imaginar cuánto te amo; lo he hecho durante toda mi vida y creo que no podría tolerar no tenerte conmigo para siempre. Te lo ruego, Mary, cualquier reserva, cualquier duda que tengas, no permitas que nos separe. Nunca sentí tanto miedo como anoche, cuando pensé que no podría encontrarte; la idea de no verte más... Por favor, amor mío, ten compasión de mí y dime que no me abandonarás nunca más.

Mary le tomó el rostro entre las manos y le delineó las facciones con la punta de los dedos.

—Te equivocas al suponer que no puedo imaginar lo que sientes —dijo ella con una sonrisa rebotante de amor y ternura—. Porque es exactamente lo mismo que siento yo. Compartí tu miedo al pensar que ese era el fin para nosotros, que mis temores y dudas nos habían separado y que no te vería nunca más. Lo único en lo que podía pensar era que, si moría en el intento de escapar de esa horrible situación, solo tendría sentido si lo hacía por mi anhelo de volver a ti.

Él le tomó las manos en un raptó de pasión y se las llevó a los labios para besar las palmas con un ademán reverente.

—Mary... —suspiró.

—Te amo tanto, Alex; lo he hecho desde mucho antes de saber siquiera que fuera capaz de albergar un sentimiento tan grande, te quiero como nunca he querido a nadie, y el único miedo que sentí alguna vez, lo que me llevó a intentar acallar mis sentimientos, fue la posibilidad de que no fuera lo bastante buena para ti. Pero eso ya no me importa, porque sé que lo seré si tú me permites intentarlo.

Alexander sonrió al oírla y de su pecho brotó una risa ronca. Mary quiso preguntarle qué le causaba esa hilaridad, pero las palabras murieron en sus labios al ver cómo él hincaba una rodilla sobre el suelo y le tomaba las manos para acariciarlas como si fueran un tesoro precioso que temiera perder.

—Me río porque no puedo creer que pensaras algo como eso, que no eras lo bastante buena para mí —repitió con una voz que delataba cuán absurdo le parecía—. Si soy yo quien jamás será lo bastante digno de una mujer como tú. Te adoro, Mary, siempre lo he hecho, no soy más que un sirviente a tus pies que aspira a que muestres suficiente compasión para aceptarme pese a mis muchos defectos. Te juro por lo que es más sagrado, por el amor que siento por ti, que me esforzaré durante toda mi vida por algún día ser merecedor de mi amada rosa.

Ella dejó que las lágrimas cayeran por sus mejillas y se arrodilló frente a él con las manos fuertemente unidas.

—¡Cómo pude ser tan tonta y creer que no sería nunca feliz! Lo he sido siempre, he tenido lo más precioso del mundo frente a mis ojos y es mío —dijo al tiempo que posaba los labios sobre los de él y hablaba en un susurro con los ojos cerrados, como si quisiera saborear ese momento eternamente—. ¿Serás feliz también a mi lado, mi querido amigo, mi único amor? ¿Te quedarás siempre conmigo?

No hizo falta que Alexander respondiera, en realidad ella no lo esperaba. La forma en que la rodeó para abrazarla, y sobre todo la pasión en cada uno de esos besos, le dieron la respuesta que necesitaba. La que siempre había conocido y que nunca se atrevió a aceptar hasta entonces. En ese momento, pese a todas sus reservas pasadas, la aceptó y supo que atesoraría esa respuesta durante toda su vida. La vida de ambos. La que compartirían por siempre.

## CAPÍTULO XII

Un año después.

Ya están aquí! ¡El carruaje acaba de cruzar la verja!

—¡Benedict! Cálmate o arrancarás las cortinas.

Lady Falmouth contuvo un suspiro y dirigió una mirada a su esposo, que dejó a un lado el diario que leía para asentir al mudo pedido.

—Benedict... —dijo lord Falmouth con voz grave.

Bastó que el niño oyera esa sutil invocación paterna para que dejara de brincar frente a la ventana desde la que veía al exterior y se irguiera como un soldado. Su madre lo miró con una sonrisa resignada.

—Algún día tendrás que explicarme cómo lo consigues—susurró ella con una ceja alzada.

Él sonrió y se puso de pie para pasar un brazo por sobre sus hombros en tanto dejaban el salón acompañados de Benedict y Beatrice, que iban algo más rezagados.

—De la misma forma que lo haces tú con Beatrice, supongo —respondió lord Falmouth.

Emily mostró un gesto incierto.

—Lo dudo. A ella solo la consiento —rio.

Cruzaron la galería en dirección a la puerta principal, que el sol, en todo lo alto, bañaba con sus rayos para dotarla de una apariencia encantadora y perfecta para una ocasión tan feliz. Al final, tras muchos meses de espera, la familia se encontraba completa una vez más.

Mary y Alexander habían estado ausentes por meses y solo recibieron noticias suyas por cartas que les llegaron desde el otro lado del océano. Claro que leer sobre ellos no era similar a ver cómo se encontraban, así como compartir en una conversación las novedades.

Después de comprometerse acordaron casarse de inmediato, apenas esperaron un par de semanas para organizar los arreglos de la boda en deferencia a Emily, pero eso fue todo lo que aceptaron dilatar sus planes. La familia supuso que partirían de inmediato en su viaje de bodas, conocedores de la pasión de Alexander por los viajes, pero se vieron sorprendidos cuando el nuevo matrimonio anunció que emprenderían antes una aventura quizá menos emocionante, pero mucho más gratificante para ambos.

Estaban determinados a colaborar con Emily en la disposición del albergue que organizaba con la señora Allen para usar las donaciones recibidas en sus gestiones a fin de ampliar el lugar y asegurarse de que funcionaba de forma precisa. Fue Mary en realidad quien se volcó con mayor esfuerzo a esa labor junto a su hermana y la buena señora, amén de contar también con la señora Wood, que aceptó de inmediato unirse a la causa, tan pronto como Mary volvió a visitarla acompañada de Alexander para hacerle la oferta. Él, por su parte, sorprendió a lord Falmouth al mostrar no solo interés en los negocios para crear las nuevas vías del ferrocarril, sino que se ofreció a oficiar de agente viajero en el futuro cuando hiciera falta. Su encanto, inteligencia y afán de aventura aseguraban que le iría muy bien en esa tarea.

Durante tres meses, todos trabajaron sin descanso y no se sintieron satisfechos hasta que no estuvieron completamente seguros de que el proyecto era ya una realidad que había empezado a llamar la atención de muchas otras personas que hasta entonces no habían considerado la

posibilidad de que no solo las leyes podrían ser cambiadas a fin de conseguir mejores condiciones de trabajo para combatir así la miseria de tantos desafortunados y mayor atención para los niños, sino también encauzar sus esfuerzos en proyectos quizá más humildes, pero igual de efectivos, como ese albergue que, igual que otros que existían ya y algunos más que esperaban fueran fundados pronto, significarían una enorme diferencia en la calidad de vida de quienes más lo necesitaban.

Solo entonces, cuando estuvieron seguros de que habían hecho todo lo que estaba en sus manos y que, tanto Emily como lord Falmouth y muchas otras personas se encargarían de continuar con la labor, Mary y Alexander anunciaron que emprenderían el viaje de bodas postergado. Pero nada de una luna de miel por París para ellos, tal y como se estilaba entonces, sino que habían puesto la mira en un destino más lejano e interesante que sin duda iba servir para satisfacer las ansias de aventura de Alexander.

Partieron de Southampton en dirección a Nueva York en un gran trasatlántico con la bendición de lord Falmouth y los buenos deseos de Emily, que fueron a despedirlos al puerto.

Lord y lady Cahill pasaron cuatro meses en suelo americano y, durante la estadía, no solo se dedicaron a conocer todos los lugares que llamaron su atención, sino que Alexander se las arregló para hacer interesantes contactos con constructores del país que podrían serle de mucha utilidad a su hermano en los negocios. La sociedad estadounidense los recibió con entusiasmo y, aun cuando Mary conservaba su carácter más bien reservado, disfrutó tanto de la estancia como su esposo. Sin embargo, llegado el momento oportuno, ambos estuvieron de acuerdo en que era hora de regresar a casa.

Alexander estaba decidido a encargarse, al fin, de su propiedad en Surrey y había mucho por hacer ahí: una nueva aventura no solo para él, al tomar posesión de tanta responsabilidad y ocupar el lugar que tanto había esperado por él, sino que Mary se vería de pronto como la dueña de una gran

casa que esperaba poder gobernar con acierto, amén de organizar –tan pronto como le fuera posible– un invernadero que la ayudara a no echar de menos demasiado el de Falmouth Manor.

Tras una larga travesía, arribaron al puerto de Southampton y de allí hicieron una breve escala en Londres para visitar el albergue, que marchaba tal y como ambos esperaban. Luego visitaron a su buen amigo William Sinclair, que seguía tan inquieto como siempre y que les informó de todas las novedades de la ciudad, lo que fue muy divertido para ambos. Sin embargo, no tardaron mucho en ponerse en camino a Gloucestershire; ardían de impaciencia por ver a la familia. Finalmente se encontraban ahí.

Al bajar del carruaje, Mary no pudo contenerse e ignoró la mano del lacayo que se había acercado para ayudarla a bajar, así que se sujetó la amplia falda y corrió en dirección a su hermana, que la esperaba con los brazos abiertos. Se fundieron en un largo abrazo bajo la atenta mirada de lord Falmouth, que se había acercado también para recibir a su hermano y saludarlo con un cálido apretón de manos y una expresión de bienvenida. Los niños revoloteaban ante ellos, sin decidirse a quién saludar primero, pero Alexander resolvió la duda y tomó a Benedict por los hombros en un ademán cariñoso al tiempo que acariciaba el cabello de Beatrice. La niñera de Catherine la llevaba en brazos y la acercó a Emily para que ella se la dejara a Mary, que se vio encantada con los balbuceos de la niña y admiró lo mucho que había crecido en su ausencia.

Cuando todos se saludaron y los ánimos se sosegaron, Emily pasó un brazo por los hombros de su hermana y abrió el camino de regreso a la casa, en tanto Alexander sostenía una animada charla con su hermano mayor unos pasos detrás de ellas. Los niños habían ya habían llegado luego de competir por quién entraba primero al salón.

Emily se inclinó un poco para observar a Mary con mayor atención y esbozó una gran sonrisa al ver el brillo que irradiaba.

—Eres feliz —dijo en un susurro que fue más una afirmación que una pregunta.

Mary asintió de inmediato con una sonrisa.

—Mucho —expresó en un tono similar al tiempo que echaba un vistazo tras su hombro para encontrarse con la mirada de Alexander, que la observaba con amor—. Y él lo es también.

—Nunca lo dudé. —Emily sonó satisfecha—. Y ahora irán a Surrey. Supongo que no habrá muchos viajes más en el futuro.

—En realidad, esperamos hacer uno pequeño pronto a Florencia, en cuanto hayamos echado a andar la propiedad; siempre y cuando todo marche como lo deseamos, claro. —Mary miró a su hermana de reojo antes de continuar—: Pero creo que tendremos que descartar uno más largo, a la India; lo dejaremos para más adelante.

Emily se mostró intrigada por esa decisión, ya que sabía que Mary compartía el gusto de su esposo por conocer nuevos lugares.

—¿No crees que Alexander se sentirá decepcionado? —preguntó.

Mary lo buscó con la mirada y sonrió al ver que él se encontraba del todo abstraído en la charla con el conde. Cruzó el vano del salón sin soltarse del brazo de Emily y acercó los labios a su oído para responder en voz muy baja.

—Tal vez. Pero entonces le diré el motivo y estará tan feliz como yo —dijo con una sonrisa misteriosa.

Emily la miró entonces con cierta sorpresa y expresión de deleite.

—¿Será posible...?

Mary asintió, pero le pidió con la mirada que controlara la alegría.

—No digas una palabra. Es una sorpresa —dijo.

Emily se vio tan feliz como su hermana esperaba, pero no le permitió que hablara más al respecto o ninguna podría contenerse. En lugar de eso, Mary la dejó en un sillón al lado de sus hijos y se dirigió en dirección a Alexander, que estaba de pie frente a un ventanal que daba al jardín y desde el que se podía admirar el invernadero en el que ella había pasado tanto tiempo. Lord Falmouth, discreto, los dejó a solas con una disculpa y se reunió con su esposa.

Lord y lady Cahill permanecieron ahí un momento en silencio para contemplar ese lugar que tanto amaban y que los había reunido hacía ya tanto tiempo sin adivinar entonces lo que significarían cada uno en la vida del otro: la más emocionante aventura que ninguno imaginó que conocerían jamás. Una que sentían como si apenas acabaran de iniciar y que compartirían durante todas sus vidas.

# AGRADECIMIENTOS

A mi familia, por ser, por estar, todos y cada uno de ellos.

A Araceli, por su apoyo desde el inicio en esta aventura, por estar allí a cada momento y por el regalo de su amistad.

A Helena, por leer cada una de mis historias y darme ánimos para seguir.

A mi muy querida amiga Elizabeth Bowman, por su cariño y apoyo.

Y a todos los que me han alentado a seguir por este camino, a cada una de las personas que le han dado una oportunidad a mis historias, a quienes comparten sus impresiones con tanta generosidad, y desde luego también gracias a cada miembro del equipo de Vestales; por apostar por mí y por mi obra, mil gracias.